



MEMORIAS PARA LA HISTORIA DEL PERU

BIBLIOTECA DE LA REPUBLICA
DIRIGIDA POR JORGE BASADRE Y FELIX DENEGRI LUNA

VOLUMEN II

Las noticias y opiniones contenidas, en las obras que se publican, son de la exclusiva responsabilidad de sus autores, no solidarizándose con ellos la BIBLIOTECA DE LA REPUBLICA.

BIBLIOTECA DE LA REPUBLICA

GENERAL JOSE RUFINO ECHENIQUE

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE 1851 A 1854

MEMORIAS PARA LA HISTORIA DEL PERU

(1808 - 1878)

PROLOGO DE JORGE BASADRE

NOTAS DE FELIX DENEGRI LUNA

TOMO II



EDITORIAL HUASCARAN

LIMA, 1952

Primera edición de 1,000 ejemplares numerados

Nº 0114



RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

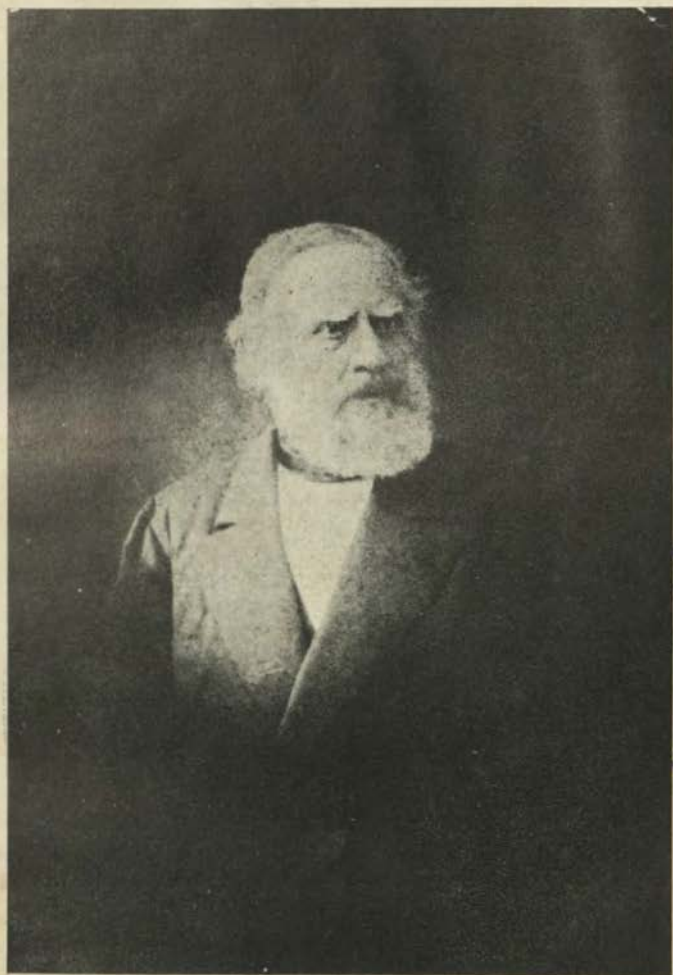
			Pág.
CAPITULO	XV	Obras públicas.— Inmigración.— Estadística	177
"	XVI	Justicia.— Educación.— Negocios Eclesiásticos.— Guerra y Marina	187
"	XVII	Hacienda Pública	195
"	XVIII	Antecedentes e iniciación de la revolución contra el Gobierno de Echenique	205
"	XIX	La campaña revolucionaria. —La batalla de La Palma	215
"	XX	La revolución de Vivanco	227
"	XXI	Echenique conspirador, preso político y expatriado	235
"	XXII	Echenique de regreso al Perú.—Presidencia y fallecimiento de San Román.— Primeros días del gobierno Pezet	251
"	XXIII	El Conflicto con España	261
"	XXIV	La revolución de 1865.— La guerra con España.— La dictadura y la revolución de 1867	273
"	XXV	Gobierno de Balta.	289
"	XXVI	Las candidaturas presidenciales de 1871 y 1872.— La rebelión de los Gutiérrez..	305
"	XXVII	Los gobiernos de Manuel Pardo y de Mariano Ignacio Prado	327
NOTAS		343
		Indice de nombres de personas y periódicos	379
		Indice de nombres geográficos	385
		Indice general	391
		Lista de suscriptores de la "Biblioteca de la República"	393

ADVERTENCIA

Los editores quieren hacer público su reconocimiento al señor don Francisco Echenique, nieto del autor de las "Memorias" que se publican, por haberles proporcionado, con hidalga gentileza, la copia mecanográfica de la obra que han dado a la imprenta y por las facilidades para confrontarlas con el manuscrito original; al doctor Carlos Velit por su valiosa asistencia en la revisión de los textos; al doctor Alberto Tauro por datos proporcionados para la confección de algunas de las notas; y a don Alejandro Lostaunau por su leal y entusiasta colaboración.

Se ha cuidado de respetar minuciosamente el texto original de las "Memorias" del General José Rufino Echenique, conservándose con la mayor fidelidad posible palabra por palabra, poniendo al día la ortografía y la puntuación. Para facilitar, en algunos casos, la comprensión se han interpolado palabras pero cuidándose que siempre estuviesen entre corchetes y en letra cursiva para que, de inmediato, el lector lo note. También, para facilitar su lectura y manejo, se ha dividido la obra en capítulos, ninguno de los cuales figura en el original.

Finalmente, se quiere dejar constancia de que el criterio seguido al anotar estas "Memorias" ha sido el de que no serán únicamente leídas por especialistas, y por esta razón muchas de las notas pueden parecer superfluas al lector erudito.



Ultimo retrato del General José Rufino Echenique

CAPITULO XV

OBRAS PUBLICAS.— INMIGRACION.— ESTADISTICA

(1851-1854)

Sabido es que cuando ingresé al mando la principal inmigración que se introducía en nuestra Patria, que tan necesitada era de ella por su inmenso territorio y falta de población, consistía en colonos asiáticos, a cuyo negocio se habían entregado hombres sin conciencia, que omito nombrar, por el gran lucro que de ello les reportaba. Tomándolos en su país a poco costo, transportándolos inhumanamente de manera que muchos sucumbían de hambre o por enfermedades y sublevaciones y vendidos en proporción a gran precio sobre la prima de treinta pesos que por cada uno pagaba la Nación, les daba una gran utilidad (1). No era esto, por cierto, lo que se requería para satisfacer la gran necesidad que he dicho, ni que se introdujera una gente de tan mala raza, y tan inapropiada, que tan malos resultados ha dado, y, convencido de ello, indiqué a las Cámaras que se adoptara un mejor sistema para atraer una inmigración adecuada (2).

Pues tenemos tan considerables terrenos eriazos en nuestra costa, desierta toda e incultivable porque carece de lluvias y, por lo tanto, sólo se cultivaban los valles por los que pasan los ríos que nacen pequeños de nuestras cordilleras, pero, haciéndose caudalosos, van a perderse en el mar llenos de agua, sin dejar otro provecho que el dicho, cuando con algún trabajo podrían utilizarse esas aguas, no sólo propuse este medio al Congreso para atraer una libre y utilísima inmigración, sino que inicié trabajos conducentes que voy a detallar. Pocos terrenos habrá en el mundo más fructíferos que los de Piura, por su calidad y temperatura, bastando a comprobarse esto con sólo manifestar que la uva produce dos veces al año

y que los cañaverales no necesitan ser plantados sino una vez para ser permanentemente productivos. Fué allí, por tanto, donde primero fijé mi atención, teniendo también en cuenta una autorización que había dado el Congreso a don Domingo Elías para irrigar esos terrenos con anuencia del Gobierno. Careciendo la nación de ingenieros me valí de uno bastante hábil que tenía la casa de Ruden para que examinara lo propuesto por Elías (3). Resultó del examen que la obra propuesta por tal sujeto era ineficaz. Mas, comisionado el mismo ingeniero para reconocer el río de Tumbes, expuso éste en una memoria que me presentó que, con el gasto de un millón de pesos, podrían irrigarse más de treinta mil fanegas de terreno, a la vez que hacer navegable el río por treinta leguas, de manera que pudieran extraerse de sus montañas las maderas de construcción que en ellas hay. Estos datos e informe sólo llegué a tenerlos cuando ya se había iniciado la revolución que me hicieron, no pudiendo, por tanto, pensarse en la obra.

Asombroso era ver que el Rímac, que atraviesa la capital, caudaloso en tiempo de aguas, es decir en el verano, que es cuando se necesita de ellas para el cultivo principalmente de la caña, fuera a perderse con todo su caudal en el mar, habiendo terrenos eriazos y sin cultivo a poco más de media legua de la ciudad. Con este motivo, y teniendo noticia de que en la época de los Incas se cultivaban esos terrenos, y que en la Cordillera había vestigios de las obras que para ello tenían, mandé, luego que ingresé al poder, careciendo de ingenieros, que una comisión compuesta del prefecto del departamento, acompañado de hacendados inteligentes interesados en la obra y de un señor Olavegoya, minero de cerca de aquella Cordillera y conocedor, por tanto, de aquellos lugares, fueran a practicar un reconocimiento de tales vestigios y de las lagunas de que parte el río, para conocer si era posible el aumento de las aguas en las épocas de escasez. Resultó de dicho reconocimiento que esos vestigios existían y que era muy posible el aumento de aguas en escasez, formándose los planos de la obra y calculando su costo en quinientos mil pesos, de todo lo cual di cuenta al Congreso pidiendo la autorización para hacer la obra. Por desgracia, no se resolvió el asunto y por eso quedó ella paralizada.

Se hallaba abandonada la obra de Uchusuma, después de empleadas grandes sumas y años de trabajo por una empresa particular, que ya carecía de fondos para continuarla; y, no siendo justo ni posible que quedara perdida esa obra que tanto podía favorecer a Tacna, lugar escasísimo de agua, dispuse que el Gobierno la continuara de su cuenta, comprando las acciones de los primitivos em-

presarios, abonando el valor de sus acciones con vales de consolidación. También la revolución paralizó aquella obra (4).

Sufría Arequipa, por la mala calidad de agua potable que consumía, endémicas enfermedades de gravedad y, con el fin de remediar este mal, hice un contrato para que se estableciera una cañería de fierro que condujera de distancia un agua saludable. Se había comenzado la obra y había llegado la cañería, cuando vino la revolución que paralizó la obra e hizo que la cañería se perdiera, haciéndose uso de ella para que sirviera estúpidamente aun como de cañones.

Constante en mi empeño de irrigar terrenos, ordené a los prefectos de La Libertad y Huancavelica que el primero mandase practicar reconocimiento de los provechos que se pudieran sacar del caudaloso río Santa para cultivar terrenos de aquella parte; y al segundo, para que hiciera examinar el origen del río Pisco y la manera de aumentar sus aguas en la época de escasez, y cómo se pudiera conducir alguna parte sobre Ica; los informes fueron favorables. Recomendé igualmente al prefecto de Puno igual reconocimiento sobre el gran río que atraviesa el departamento y va a perderse en el gran lago de Titicaca, con el fin de proveer las haciendas de agua en época de escasez, principalmente sus ahijaderos.

Si constante fui en lo referente a irrigación, no lo fui menos en lo concerniente a obras públicas, de manera que no hay un solo departamento que no recibiera beneficios en esta materia. Contraté y dejé establecida la aduana de fierro que existe en Paita. Se trabajó y reparó el muelle y aduana de Arica. En la aduana del Callao se trabajaron muchos y espaciosos almacenes para depositar los efectos que en abundancia se introducían merced a la rebaja de derechos y al gran consumo de ellos. Contraté y se concluyó el ferrocarril de Arica a Tacna por empresa particular. En este asunto no sólo me propuse el beneficio que el público y el comercio reportarían, sino que sirviera de ensayo para establecer por el mismo medio otros, que de los puertos fuesen a las principales poblaciones inmediatas a ellos. Esto, indudablemente, se hubiera realizado sin gravamen para el Fisco, desde que entonces abundaba el metálico en Europa, que apenas producía allí un 3%; mientras que en tales empresas, habría dado a lo menos un 6%.

Se construyó en la capital desde sus cimientos, por contrata y conforme al plano que yo mismo hice, la gran plaza de mercado que hoy existe; se construyó, igualmente por contrata, el puente de cal y piedra del río de Vitarte, en cuyo río, por falta de él, moría cada año mucha gente infeliz de la que venía del interior conduciendo especies alimenticias para el consumo de Lima; se colocó el puen-

te de fierro que hay en el río de Lurín, del mismo modo necesárisimo para aquella época; se trabajaron los parapetos que debían servir para colocar las hermosas verjas solicitadas de Europa; y [se] prepararon los parques en las plazas de Santa Ana y la Inquisición, en medio de las cuales debían colocarse las estatuas de Colón y Bolívar que mandé construir en Europa para honrar la memoria de aquellos héroes, cosa en la cual no se había pensado hasta entonces, a pesar de estar dispuesto por el Congreso que se hiciera lo segundo; hice preparar y mandé traer de Europa las verjas y estatuas que se ven en la Alameda de los Descalzos; mandé y se contrató prolongar hasta el Callao la alameda de la Portada de ese nombre, sin costo alguno para el Estado, por sólo que el contratista pudiera disponer de los rezagos y desagües de las aguas destinadas a aquella alameda. Compré de la Beneficencia, en vales de la deuda consolidada, el abandonado hospital de la Caridad, para establecer allí un teatro cuyos planos se trabajaron, siendo mi intento el que la capital tuviera dos, ése para representaciones líricas, y destinando el antiguo a dramáticas; hice establecer un lazareto en un lugar aparente de la Pampa de Amancaes; resolví hacer dos puentes más en el río que atraviesa Lima, uno frente al convento de Santa Rosa de los Padres, y otro frente a la Alameda de Acho, cuyos reconocimientos hicieron los ingenieros del Estado y estaba para principiarse la obra, cuando vino la revolución del 54. En cuanto al parque de que he hablado en la plazuela de Santa Ana, mi objeto era que allí se estableciese un Jardín Botánico de plantas medicinales muy abundantes y no conocidas por la ciencia, de que tanto abundan nuestras Cordilleras y Montañas, de las que hacen uso nuestros indígenas y los salvajes de esas montañas, cuidados por el director y empleados del colegio médico que existe en dicha plaza. Muchas otras obras más se proyectaron y se pusieron en planta en el departamento de Lima, que sería fastidioso enumerar, pero que constan del cuadro de Obras Públicas presentado a Congreso del 53 por el Ministro del ramo, siendo mi objeto sólo enumerar las más notables de cada departamento.

En el departamento de Arequipa se mandó construir el puente de Vitor, otro en el río de Pachacalla, otro en el de Congata y otro en el de Piaca.

En el de Moquegua, se construyó una plaza de Abastos en la ciudad de este nombre, y se hicieron otras obras que constan del cuadro.

En el departamento del Cuzco se concluyó el Puente de Huallati y el de Urcos; y se construyó uno de cal y piedra en Chalhuanca, otro de madera en Naigual, dos de cal y piedra en la calzada

de la laguna de Anta, otro sobre el río de Huaillabamba, otro de cal y piedra sobre el río de Combapata, otro id. en Pisac; y, lo más importante, dispuse que se hiciera el puente del Apurímac de cal y piedra donde, con asombro, como en otras partes, se ven hasta el día esos puentes de mimbres tan incómodos como peligrosos que inventaron los Incas. Estaban ya acumulándose los materiales para esa obra, cuando vino la revolución que la paralizó.

En el departamento de Puno se abrió un camino para Chauluma, se mandó construir el puente de cal y piedra de Ayaviri y otro en Lampa y en Ilpa, y un canal de irrigación en la misma provincia, una pila en Puno; se construyó la casa consistorial de Azángaro, y también un canal de la laguna de Lolanta para dar agua de buena calidad a aquel pueblo.

En el de Ayacucho se mandó reemplazar la cañería de la ciudad con una de fierro y construir cinco puentes de cal y piedra en las provincias de Andahuaylas y una pila de piedra de Huamanga en la plaza de Ayacucho; y se aumentaron las aguas de Huanta y Luricocha, construyéndose también un gran puente de cal y piedra sobre el río Pampas, cuyos estribos quedaron formados tan sólidamente que hasta hoy existen a la vista de cuantos pasan por allí, y cuya obra no se concluyó porque la paralizó la revolución.

En el [departamento] de La Libertad se aumentaron las aguas de Trujillo, se formaron diques en el río "Gran Taimi" (6), se desecaron los pantanos que había a barlovento de la ciudad de Lambayeque, que tan perjudiciales eran para la salud, se abrió un camino de la misma ciudad a Hualgayoc, que secaron varias lagunas en Huamachuco.

En Ancash se construyó un puente de cal y piedra sobre el río Santa y otro en el de Quilcay, se abrió un camino de Huaraz a Huarí, se aumentaron las aguas a la villa de Chiquián, y se compusieron los caminos de Carhuás y Ancash y de Caraz a Casma.

En Amazonas se abrió un canal para dar agua saludable a Chachapoyas, de la altura del cerro de Pumausco; se compuso el camino de Balzas a Chachapoyas, se abrió un camino de esta ciudad a Santiago de Borja, se reparó el de Chachapoyas a Moyobamba y otras obras de este mismo género, que eran sumamente necesarias.

Para tenerse una idea del interés que me animaba en materia de obras públicas que ningún país necesitaba ni necesita más que el nuestro, en embrión puede decirse a este respecto no sólo llamó la atención sobre el cuadro presentado al Congreso al cual me he referido, sino que se vea el haberme propasado en esto a la cantidad que para ello se me señaló en el Presupuesto para el bienio, en cer-

ca de seiscientos mil pesos, sobre haber existentes en las Tesorerías de los departamentos particularmente del Sur, fuertes cantidades consagradas a ello, con motivo de haber dispuesto que suspendiera la remisión de contingentes que antes remitían a la Capital, asignando ello a las obras públicas de cada uno. Si tal se hizo sobre la materia en poco más de dos años que hasta entonces había gobernado, júzguese lo que habría hecho en más de tres que me quedaban de Gobierno, cuando para tales cosas no sólo había votado el Congreso un millón de pesos en el Presupuesto, sino concedido la facultad de invertir en ello cuanto excediese a lo presupuestado para entradas que, naturalmente, se habían considerado por lo producido, cuando era probable que fueran mayores por la mayor cantidad que de guano cada año se vendía. Y sépase, por lo sucedido en el aumento de esas ventas, que tal cantidad en el bienio para el cual se había dado ese Presupuesto, no habría bajado de seis millones de pesos, pues ellas fueron considerables, y calcúlese cuánto pudo hacerse con tan grande suma en irrigación, caminos, puentes y en cuanto fuera necesario a los pueblos en instrucción, salubridad y ornato para bien de ellos.

Si tal fué mi consagración e interés en materia de obras públicas, no lo fué menos en atender a nuestras montañas trasandinas, en cuyos inmensos y fértiles territorios, que conocí desde que hice la expedición a Chanchamayo y por los informes que de ellas me dieron en el Cuzco, concebí, como concibo ahora mismo, ser allí donde está el venturoso porvenir y la grandeza del Perú, cosas que acaso poseeríamos ya, si la funesta revolución que se me hizo no hubiera paralizado mi obra y si nuestros Congresos y Gobiernos no hubieran mirado siempre con indiferencia y descuido aquella región. La provincia de Amazonas, por su posición geográfica y por su inmediación al gran río de ese nombre que desemboca en el Atlántico, era a la que debía atenderse preferentemente y así lo hice. Siendo sólo provincia, y, por lo tanto, sin otra autoridad que la de un subprefecto, dependiente de la prefectura de Trujillo, claro es que ella no podía tener ni la representación ni las facultades necesarias, ya para dar el impulso que aquello requería, ya para contener los desmanes y atropellos que contra nuestros derechos solían cometer las del Brasil limítrofe, ya para proteger la inmigración que allí debía atraerse. A fin de satisfacer tales necesidades, juzgué conveniente establecer allí una autoridad militar independiente, de elevado carácter, y sin sujeción a la prefectura de La Libertad, como también distribuir en distritos aquellos lugares con un gobernador en cada uno. Para poderlo verificar, me dirigí al Consejo de Estado, pidiéndole su acuerdo, y concedido éste, quedó constituido de la

manera indicada el gobierno de aquellas regiones, produciendo ello los mejores resultados y comenzando el progreso y adelanto de ellas. Después de esto, expedí un decreto para la navegación en nuestros ríos a todas las naciones con las que teníamos tratados. También [expedí] otro decreto de Colonización ofreciendo toda clase de ventajas a los que fueran a establecerse en ellos, como las de adjudicaciones de tierras, abono de pasajes y medios para su traslación, concesión de instrumentos y semillas para el cultivo, habilitación de puertos para su comercio, exención de contribuciones y de derechos de exportación e importación, como también de parroquiales, siendo los curas rentados por el Estado; creación de distritos y creación de funcionarios públicos competentemente autorizados, libertad municipal y autorización a los pobladores para nombrar sus delegados judiciales; en fin, todo lo que podía atraer a esos lugares hombres útiles y laboriosos. Y para más facilitar esa inmigración y hacer las exploraciones convenientes en nuestros ríos, mandé construir por contrata en Estados Unidos, dos vapores aparentes para navegar en ellos con lanchas especiales; haciendo también, para que el ejemplo y la novedad influyeran en atraer esa inmigración del extranjero, un contrato para que se llevaran allí trece mil alemanes con las primas establecidas para cada uno y el goce de las concesiones decretadas; se concedía igualmente a los nacionales o extranjeros que, avecindados en el país quisieran ir allí, libre navegación en los buques de guerra hasta el puerto de Casma, y desde ese puerto hasta aquel en que fueran a residir, acémilas y cuanto pudieran necesitar, de cuenta del Estado (7).

Sabido es que, en virtud de esto, muy pronto, estimuladas por las concesiones hechas, zarpó primero del Callao una colonia de alemanes y otros extranjeros y que poco después zarpó otra, cuya mayor parte era de peruanos y que también llegaron aquellos buques mandados construir, los que eran gobernados por nuestros oficiales de marina, armado cada uno de un cañón, los cuales algún servicio han prestado en la exploración y eso nada más, desde que mi empresa de inmigración y de comercio fué abandonada por los que triunfaron en la revolución que se me hizo. Expondré, al fin, a este respecto, que para dar mayor estímulo y protección a la navegación del Amazonas, el Gobierno se comprometió en el tratado celebrado con el Brasil, a subvencionar con veinte mil pesos cada año, por cinco años, a la primera empresa de navegación por vapor que se estableciera en Amazonas y llegara hasta nuestros puertos. Algunas otras cosas más se hicieron a este respecto, para satisfacer mis propósitos, pero excuso mencionarlas, porque ellas constan de documentos y disposiciones que se hallan publicadas en el Registro

Oficial que establecí con el solo objeto de recopilar y dar cuenta al público de todos los actos gubernativos, y sigo, por tanto, el compendio que me he propuesto hacer de éstos.

Como en mi decidido propósito de realizar las obras públicas que el país demandaba, tropezaba siempre con la falta de ingenieros de que absolutamente carecíamos y porque no habían venido del extranjero por falta de estímulos, como porque los naturales no se habían dedicado a esos estudios pues ni escuela había para ello, mandé que se contrataran en Europa a lo menos tres (8), que tuvieran suficiencia bastante, con buenos sueldos y abonándoseles el pasaje y demás gastos que tuvieran que hacer de cuenta del Estado, nombrando después otros tres como sub-ingenieros auxiliares con menos renta. Llegados los primeros dos de ellos, fueron mandados uno al Sur y otro al Norte de la República, encargados de comisiones importantes y para dirigir los trabajos comenzados, dando reglas para ello y el tercero y el más expedito para ocuparse de lo mismo en la Capital, a la vez que de dirigir una escuela central de ingenieros civiles que mandé establecer con un reglamento apropiado. También la revolución entorpeció ambas cosas, porque dos de esos ingenieros, y los más importantes, siendo mal tratados por Castilla porque no lo sirvieron en la revolución, se retiraron del país y fueron a establecerse en Chile, donde prestaron utilísimos servicios.

Careciéndose entre nosotros de conocimientos estadísticos, sin lo que no es posible gobernar bien, cosa en la que no se había pensado hasta entonces, mandé establecer en el ministerio de Gobierno una sección que se ocupara exclusivamente de tales trabajos, con el número competente de empleados, previa autorización del Congreso, que solicité y obtuve, pudiendo, desde entonces, empezarse a conocer todo lo concerniente a ella.

Pedí también al Congreso una nueva ley de elecciones conducente a evitar los abusos que en ellas se hacían. En Policía se suprimieron los impertinentes serenos, formando un cuerpo de vigilantes que se ocuparan en la seguridad de la población día y noche y di un reglamento de servicio de la Policía, dividiendo la capital en cinco cuarteles, cada uno con un comisario, lo cual regularizó mucho aquel servicio.

Sabido es que cuando tomé el mando estaba reducido el alumbrado por gas a sólo las primeras cuadras inmediatas a la plaza mayor y, no llenando esto la necesidad pública, lo extendí a toda la población por medio de un contrato ventajoso para el Erario y para el público; omito expresar las causas por las que ese contrato fué rehecho en la época de Castilla de un modo oneroso.

Se escaseaba completamente de nieve, que tan necesaria es pa-

ra la salubridad, al grado de faltar muchas veces en la capital en lo absoluto, a pesar de pagarse un real por cada libra, careciendo de ella aún para los urgentes casos de enfermedad, y era en lo absoluto casi desconocido en los puertos de la costa. Por medio de un contrato hice que se trajera de Estados Unidos, que se abasteciera de ella en todos los puertos, sin que pudiera faltar jamás, comprándose sólo [por] el valor de medio real por libra por el público, es decir, la mitad de lo que antes costaba y que el contratista pagase al Estado dos mil pesos al año de pronto, pero después diez y ocho mil, cuyo contrato llegó a realizarse.

CAPITULO XVI

JUSTICIA.— EDUCACION.— NEGOCIOS ECLESIASTICOS.— GUERRA Y MARINA

(1851-1854)

También, en fin, se hicieron algunas reformas útiles en el ramo de Correos que, no siendo de gran importancia detallarlas y estando consignadas en la Memoria presentada al Congreso por el Ministro del Ramo (1), excuso ocuparme de ellas; y paso, por tanto, a lo concerniente al ramo de Justicia, Instrucción, Beneficencia y Negocios Eclesiásticos.

En lo primero, tuve la fortuna de promulgar los Códigos Civil y de Procedimientos (2) que se dieron por el Congreso, arrojando al pueblo medallas de plata para perpetuar la memoria de aquel gran acontecimiento y ordené que se proporcionasen a los jueces y gobernadores los libros para que se asentasen las actas de los consejos de familia y los registros del estado civil, dándose los modelos para esos registros. Practicada por las Cortes la división de escribanos, y siendo indispensable aumentar el número de ellos, se nombraron los que las Cortes señalaron necesarios, de propuesta de ellas. Y siendo esencialísimo que se sancionase el Código Penal para complementar la legislación judicial, lo solicité del Congreso con instancia (3).

No teniendo jueces todas las provincias y que en algunas atendía dos un solo juez, de lo que resultaba gran perjuicio a aquella en que no residía, muy especialmente respecto de la gente infeliz que no tenía medios para residir en distinto lugar, ni para costear siquiera su pasaje, lo cual entorpecía sus demandas, o el esclarecimiento de sus derechos, principalmente en los juicios criminales, dispuse que esos jueces debían trasladarse a la otra en que no residían en cada semestre, y permanecer, a lo menos, por un mes, mien-

tras que el Congreso proveyera a cada una de su respectivo juez. Se adoptó también, con modificaciones que hizo el Consejo de Estado, que rigiera el Código de Comercio establecido en España (4), pidiendo el Gobierno al Consulado las propuestas para nombrar los corredores de que habla ese Código.

Atendidas las localidades de nuestros pueblos tan distantes unos de otros y a la especialidad de nuestra población tan ignorante e infeliz en su mayor parte, cuyas cosas se prestan a que se cometan abusos por los funcionarios judiciales, para remediar este mal pedí al Congreso autorización para que el Gobierno pudiera nombrar visitantes especiales autorizados y rentados que visitaran los distritos y, examinando escrupulosamente el estado de la administración de Justicia, le dieran informes circunstanciados, mediante los cuales pudiera ejercer las atribuciones que la Constitución le concedía a este respecto. En lo que hace a la capital, sabido es que muchas veces me apersoné en los lugares de despacho de los tribunales a hora en que debían comenzar sus trabajos, verificando esto aun en la Corte Suprema; todo esto, sin perjuicio de la libertad con que debían ejercer sus funciones y de respetar sus fallos, no habiendo llegado jamás el caso de que se entablara una competencia entre ambos Poderes.

Concibiendo insuficiente el haber que gozaban los empleados del Poder Judicial para que pudieran consagrarse debidamente al desempeño de sus funciones, y no proporcionado a la cómoda y decente subsistencia que debían tener y para evitar otros males, uno de ellos, por ejemplo, el que pudiera [no] darse los Juzgados de Primera Instancia y ser aceptados por acreditados profesores pedí al Congreso, y se concedió, el aumento de tales haberes, con lo cual, por lo menos, se logró lo primero.

Desempeñado el Tribunal de Responsabilidad y de Nulidad de los juicios de la Corte Suprema, como estaba establecido, con individuos sin emolumentos, sujetos tal vez en muchos casos, a ese alto tribunal, cuyas cosas hacían ineficaz la rectitud de sus procedimientos, pedí que dicho tribunal se compusiera de vocales jubilados que, libres e independientes y gozando de su haber, pudieran obrar libremente y con rectitud, llenando los importantes fines de tal institución.

Tampoco desatendí el mejoramiento de las cárceles en cuanto era posible, y se refaccionaron muchas y edificaron algunas. Pedí, en fin, que se ampliara la facultad del Presidente para conmutar la pena de muerte mientras ella llegara a extinguirse, para que de este modo se evitara el suplicio: ya he hablado sobre los panópti-

cos, que con tal fin pensé establecer, para que esa pena quedara suprimida.

En Instrucción, si no descuidé a lo general de ella en lo posible, como quedará demostrado, mi preferente atención se contrajo a la Primaria. Si esto, es obligatorio de los Gobiernos en todas las naciones, mucho más debe serlo en la nuestra, por las condiciones especiales de ella, en su heterogeneidad de castas poco inclinadas a instruirse, principalmente la indígena que no lo cree necesario y aun lo mira perjudicial porque les priva del servicio de sus hijos de que sacan provecho desde su tierna edad, como por la situación geográfica en que están los pueblos, a larga distancia unos de otros y los lugares donde moran sus habitantes en estancias separadas de ellas; y porque, en fin, una educación mayor en esa generalidad, es aun perjudicial en razón de que el que llega a adquirirla, por sólo esto, no se conforma ya con su condición y abandona el trabajo de que podía vivir. Mi idea, por consiguiente, ha sido, como lo expuse en el Congreso, que así como la instrucción primaria debía ser de obligación de la nación el costearla y fomentarla, debía la secundaria y superior ser costeadada por los padres de familia.

Propuse, por consiguiente, al Congreso que, establecidas las escuelas en número suficiente y abierta la de Artes y Oficios de que hablaré, debían suprimirse las becas que el Fisco pagaba, aplicándose su importe a premios del profesorado, conservación y refacción de locales y otros gastos de este ramo.

Después de la educación primaria, mi idea era que los hijos de artesanos y las clases inferiores aprendieran oficios en una Escuela de Artes que, fundada en la Capital, y educándose en ella jóvenes de los departamentos de cuenta del Gobierno, fueran éstos después por obligación a establecerlas en las capitales de ellos y aun de las provincias de manera que esos oficios se aprendieran de un modo conveniente y con reglas para que pudieran ser perfectas las obras y competir con los artefactos que vinieran del extranjero. Con tal fin, encargué a Europa se contrataran personas aparentes que pudieran dirigir aquella escuela fundamental. Vinieron éstos y destiné el local llamado la Chacarilla, de propiedad del Estado, apropiado y con la extensión suficiente, a este objeto; mas Castilla, que todo lo había de innovar, lo trasladó al llamado Colegio Real, variando completamente el objeto y reduciéndolo más bien a una escuela de maquinistas, constituyendo ese local en un suntuoso palacio en el cual vivieran como príncipes el director y los empleados, gastando en la obra cientos de miles que bien pueden llegar a un millón, sin que en 25 años que han transcurrido y después de grandes gastos que se han hecho en mantener empleados, haya salido de

tal escuela, ni un artesano en ninguno de los artefactos, si no es uno que otro mal fundidor y peor maquinista, que después han ido a ocuparse en sólo provecho propio.

Para la instrucción primaria, cuya principal falta era la de maestros aparentes y el sistema de enseñanza, cuyas cosas no pueden lograrse sino mediante una escuela normal, donde se críen esos maestros, encargué al Plenipotenciario de Madrid (5) procurase contratar uno bien instruido, que viniera a plantificar dicha escuela. Conseguido éste y autorizado el Ministro para hacer el contrato, lo verificó precisamente con un sujeto que había dirigido las normales de la Península, el cual debía verificar pronto su viaje. Mas la revolución impidió el que esto se hubiera realizado. Mientras se verificaba, dispuse que a los maestros que dirigían las escuelas establecidas y las que mandé que se establecieran de nuevo, se les pagase religiosamente sus haberes, cosa que antes no sucedía, y se les proporcionaran los útiles necesarios. Merced a esto mejoró un tanto la instrucción y se multiplicó y se aumentaron las escuelas, como se ve por el cuadro presentado al Congreso por el Ministro del Ramo en el que se demuestran seiscientas cincuenta y dos escuelas de niños con 28,558 alumnos y 73 de niñas con 3,404 alumnas, cosa que, por cierto, no había sucedido hasta entonces.

En lo científico o estudios mayores, pedí primero al Congreso que del profesorado se hiciese una carrera con grados y retribuciones a los que se consagrasen a ella, de manera que asegurasen su porvenir, y que se diera un Código de Instrucción. Se nombró un Director General de Estudios y se dictaron y propusieron al Congreso otras medidas que constan de la memoria del ramo. Entre las primeras, la de que el Colegio de Medicina se redujera al estudio sólo de esa ciencia, y que los alumnos costeados por el Gobierno que venían de los departamentos, fueran obligados a ejercer su profesión en esos departamentos por cinco años, con lo cual debían retornar a la nación el beneficio que les había hecho costear su educación, obligándose también a los que hubieran concluido sus estudios a dos años de práctica en los hospitales.

Se estableció también un colegio de Estudios Mayores en Chuquibamba, se impidió que se cerrase el de Puno por falta de rentas, adjudicándole una mesada de doscientos pesos por cuenta de diez mil y pico que le adeudaba el Tesoro y se mandaron a Europa a los profesores de pintura Lazo y Montero para que allí se perfeccionaran, y pudieran establecer después en la República escuelas de ese género, señalando a cada uno una renta con la cual pudieran sostenerse. Contribuí, en fin, y favorecí el colegio de niñas fundado

en Belén, poniendo a su cuidado la iglesia que allí existía casi abandonada (6).

En Beneficencia, si ella estaba bien atendida merced a la caridad y celo de las juntas consagradas a su cuidado, trate, sin embargo, de ayudarlas en sus necesidades, que eran frecuentes por la escasez de sus fondos y porque en algo dependía del Gobierno su mejoramiento. Se repararon y ensacharon algunos establecimientos; se hicieron muchos hospitales; se construyeron panteones; se hicieron algunas concesiones pecuniarias a las Juntas; se fundó, en fin, un asilo en el convento Superior de Santa Teresa para que en él se ampararan, mantuvieran y educaran las niñas pequeñas que quedaran huérfanas de padre y madre y que no tuvieran quien las sostuviese, adjudicándole las rentas del indicado supreso, sin que esas jóvenes pudieran salir de allí, sino para tomar estado o una ocupación que les diera cómo vivir. Grandes han sido los beneficios que de ello ha reportado la sociedad pues, a la vez de evitar los peligros a que estaban expuestas esas criaturas, han salido buenas madres de familia o personas útiles para la enseñanza y otras ocupaciones.

En lo Eclesiástico, tuve la fortuna de mantener la mejor armonía con el Arzobispo y Obispos de la República, a la vez de sostener incólumes los derechos del Patronato y sin coaccionar en manera alguna los actos que les eran propios. Siempre fueron elegidos para los curatos los que libremente proponía el primero en las ternas que dirigían al Gobierno; quité el abuso en que se estaba de nombrar canónigos de oficio arbitrariamente y se precediera [a] la oposición canónica. Los Obispos que elegí bajo las prescripciones constitucionales fueron tales, como el Obispo Ruiz para Chachapoyas, que fué ejemplo del apostolado, y el señor Charún, un pozo de sabiduría y de dignidad. Dirigí preces a Su Santidad para la erección del Obispado de Puno. De acuerdo con el Arzobispo distribuí el producto de Bulas, una parte a las misiones de Maynas y el Ucayali, y 900 pesos a la Beneficencia para la obra de las loquerías de San Andrés y Santa Ana. Tuve la dicha de restablecer el convento supreso de los Descalzos, de lo que tan grandes beneficios han recibido los fieles en lo general, siendo a la vez, el consuelo de muchísimos en el trance de la muerte. Para la mayor satisfacción que acompaña mi vida, accedí también, por solicitud de los habitantes de Moquegua, a que se trajeran de Europa religiosos para el desempeño de los oficios eclesiásticos. Atendí y señalé algunas cantidades para la refacción de muchos templos que estaban ruinosos o en mal estado en diferentes pueblos y mandé construir uno en el Callao apropiado para la gran población que ya tenía, adjudicándole un espacioso terreno de propiedad del Estado, y mandando entregar

veinte mil pesos para que la obra comenzase, la cual por desgracia no se verificó ni ha llegado a verificarse hasta ahora por el triunfo de la revolución que se me hizo. Habiendo, en fin, venido al país desterrado el Obispo de Cartagena, sin recurso alguno y quien sobre su alto carácter, había sido compañero del Libertador en la campaña de la Independencia, le asigné, mientras residiera en el país, una renta de doscientos pesos mensuales, de cuyo acto dí cuenta al Congreso (7). Descrito lo esencial que practiqué en los ramos expresados, paso al de Guerra y Marina.

Entregado a la carrera de las armas desde mi primera edad aunque sin conocimientos científicos en ella, como no los he tenido en ninguna, según lo llevó expuesto, al principio de estas memorias, poseía, al menos, los que me había dado la experiencia en tan dilatado tiempo que estuve en ella, viviendo con el soldado y manejándolo en todas las escalas desde cadete a general. Esa práctica, los primeros rudimentos que había estudiado y la lectura de algunos libros, me habían hecho conocer que el honor, la disciplina y el cuidado del soldado, atendiéndolo en sus necesidades, eran la base para todo, siendo lo primero lo más esencial en los oficiales. Las frecuentes revoluciones que tuvieron lugar desde la guerra de la Independencia, y aquella misma guerra, habían ocasionado que llegaran a ser tales, por causa de ellas, muchos que no eran dignos, al extremo de ser rechazados por la sociedad, prostituyéndose así la carrera. Persuadido [de] que ese honor sólo puede poseerlo aquel que tenga un nombre que respetar y una honra que guardar, cosas necesarias para llenar su misión consistente en conservar el orden público y defender los derechos de la nación en caso de guerra, me ocupé decididamente en atraer a la carrera jóvenes de las familias decentes, procurándolos muy especialmente de los colegios en aquellos que en los exámenes a que yo asistía manifestaban capacidad y robustez para ella, así como en los hijos de generales y jefes distinguidos, a quienes persuadía; esto, sin perjuicio de la esmerada educación que se daba en el Colegio Militar. Logré por estos medios cambiar la clase de oficiales que, por lo dicho, eran bien aceptados y frecuentaban la sociedad decente; y tan cierto es que con ello se modificó la condición del ejército, que la disciplina fué fácil, y nunca hubo síntomas de revolución en los cuerpos, dando ellos, por el contrario, pruebas de orden, tanto que con él solo y, a pesar de tener en contra la mayoría de los pueblos alucinados, combatí la revolución que se me hizo por más de un año. Pero triunfó esa revolución y habiendo sido despojado o separándose esos jóvenes, de los que, andando el tiempo, hoy tendríamos excelentes jefes y acaso generales, volvió la carrera a ser lo que había sido, porque vol-

vieron a ella esos hombres que he dicho y los de esa clase que aquella reprodujo de quienes nada había que esperar.

Autor yo de los reglamentos orgánicos que expedí cuando fui ministro, claro es que debí cuidar de su rigurosa observancia y del orden y economía que en ellos se prescribía. Jamás los cuerpos excedieron en la fuerza que les estaba señalada, teniéndola más bien en menor número; y mucho menor en los gastos, pues a ellos estaba sujeto el Presupuesto General de la Nación; siendo por ello una traba para dar ascensos, pues que no podía darse más sueldos, ni tenerse más destinos que ese Presupuesto señalaba sujeto a clases precisas.

El soldado estaba bien atendido pues para ello, como para sujetarlo a rancho sin el cual no está bien mantenido y es necesario para la disciplina, pedí que se aumentase su presupuesto en un real diario, como también que se aumentara el sueldo de los oficiales, pues con el que tenían no podían mantener la decencia necesaria a sus clases, cuyas dos cosas se me concedieron. Sentadas estas bases, fácil fué cuidar de la disciplina y corregir o impedir toda clase de abusos. Se constituyeran tablados en todos los cuarteles, con los fondos de los cuerpos y colchones para que durmieran los soldados para precaver las enfermedades, consistentes éstos en un saco de lienzo que podían cargar y rellenarlo en cualquier parte de paja o de chala seca, que en todas partes abunda.

Para que fuera más resignada la vida del soldado, pedí y presenté un proyecto de conscripción que reemplazara a los reclutamientos violentos, causa principal de las desertiones que tan perniciosos son y de los abusos que se cometen en ellos; el vestuario de cuartel se hacía de telas del país, y para el de parada, que sólo debe darse cada dos años, pedí las telas apropiadas de Europa, comprándolas directamente de los establecimientos, y que se remitieran para que en el país fueran contruídos los vestidos, lo cual producía gran economía, a la vez de impedir el gran lucro de que ellos sacan los contratistas y los abusos que se cometen; no así en las monturas de caballería que se mandaron construir en Europa por el Ministro que allí estaba, obteniéndolas a bajo precio; y en cuanto a su bondad, proverbiales son hasta el día.

La fábrica de pólvora y los talleres del cuartel de artillería mejoraron en mucho, protegiéndose la elaboración de la primera principalmente para obtener el salitre, al grado de adelantarse capitales a los que lo elaboraban y de que ella producía una utilidad al Estado por la venta de pólvora.

En la Marina, a pesar de la ligereza con que muchos piensan, atribuyendo a Castilla haber sido quien le dió impulso, yo les pre-

guntaría: ¿Qué hizo en ella para impulsarla? La fragata "Amazonas" que, en efecto mandó construir, fui yo quien dió las instrucciones para su construcción; yo fui quien compró el vapor de guerra "Ucayali", con motivo de la cuestión de Lobos; yo, quien mandó construir la hermosa fragata a vapor "Apurímac" y los vapores "Loa" y "Tumbes" con cuyos buques nos hicimos señores de nuestros mares y [fueron] respetados nuestros derechos; yo, quien compró la fragata "Mercedes" para establecer en ella el colegio de instrucción práctica que dirigía el memorable capitán de navío Noel, cuya muerte heroica se cita como ejemplo en el mundo (8) y del cual han salido los distinguidos marinos que tenemos. Y no quedaban reducidos a esto mis propósitos sino que, para tener una marina aun mucho más respetable, tenía resuelto mandar [construir] tres buques más, de gran poder como para guerra, pero que a la vez, desmontando sus cañones, sirvieran como de comercio, ya para hacer competencia a la compañía de navegación establecida, que tiranizaba con los precios de la carga y pasajeros, favoreciendo así el comercio, ya para que, siendo servidos esos buques por nuestros oficiales de marina y marineros del país, pudieran éstos conocer cada día más los incidentes de nuestra costa, ya, en fin, para que pudieran mantenerse esos buques sin costo del Estado. Testigo es de esto el señor Moncayo, Ministro del Ecuador, a quien hablé sobre la materia con el fin de que el Ecuador contribuyera, facilitándonos el vapor "Chile" mientras llegaba el "Apurímac", pues me proponía iniciar la empresa con tal buque y el "Amazonas". En suma, nunca el Perú tuvo una escuadra más respetable que la que yo le procuré y ella, como el ejército, jamás estuvieron, y esto es proverbial, en mejor pie de dignidad, orden y disciplina (9).

CAPITULO XVII

HACIENDA PUBLICA

(1851-1854)

Tiempo es ya que me ocupe del importante ramo de Hacienda; pero, antes de ello, necesario es también que haga una demostración de cuál era el estado en que se hallaba la riqueza pública del país y cuál el del Tesoro. Empobrecida la primera hasta lo infinito por consecuencia de las exacciones hechas en la guerra de la Independencia y revoluciones subsecuentes; perdidos mucho capitales por cupos y empréstitos hechos por los españoles antes de ella y después por la Patria, como también los que se impusieron en el Consulado en el Estanco de Tabaco y en Minería; extraídos otros por todos los españoles de fortuna que se expatriaron, esa riqueza pública no existía y, por falta de ella, estaban sin impulso y con muy escasa producción los fundos rústicos y deterioradas las propiedades urbanas y en estado ruinoso, de manera que sus rendimientos eran ínfimos. Sin capitalistas el país y con sólo uno que otro que especulaba con la usura de un 2 y hasta el 3% mensual, era imposible acudir a ese medio para impulsar los primeros, ni reparar las segundas y la pobreza general era, por consiguiente, grande. Había también adeudos del Tesoro por diversas causas, que no podían cubrirse y que no ganaban interés y por ello eran capitales muertos; una gran cantidad, además, de billetes que, no ganando tampoco interés por tener una pequeña amortización en aduana, valían un 10%. En lo segundo, si bien el Tesoro había acrecentado sus entradas por la venta de guano (1) que se hacía en el extranjero, ese aumento por causas que después expondré, era insuficiente para satisfacer los gastos que el servicio de la Nación requería. Y tan cierto era esto que, para comprobarlo, basta se recuerde la necesidad en que se encontró Castilla cuando se reunió el último Congre-

so de su período, al cual pidió autorización para hacer un empréstito de seiscientos mil pesos con el fin de pagar algunos meses de sueldo que se debía a los empleados de la nación, lo cual rehusó aquel Congreso por no inspirarle confianza el ministro que manejaba aquel ramo, pero que después concedió, separándose éste del puesto.

Hecha esta demostración, debo exponer que cuando tomé el mando sólo existían en Caja 46,653 pesos, consistentes, en su mayor parte, en documentos por cobrarse, de los que no se podían disponer inmediatamente, debiéndose a los empleados sus haberes de Marzo y Abril. Se adeudaban, además, a la Casa de Gibbs más de un millón de pesos por adelantos que había hecho sobre las ventas de guano, y había otras acreencias contra el Tesoro no cubiertas, así como el estar pactado que desde el año 52 debían empezar a satisfacerse los intereses de la deuda arreglada con Chile e Inglaterra, como el pago de interés por la deuda de consolidación que cada día debía aumentar más, por los reconocimientos que se habían hecho y debían continuar haciéndose.

Teniendo yo el principio de que todo empleado, para que se le pueda exigir un buen servicio, debe estar bien pagado, mi primera atención fué la de procurar recursos para pagar lo que a los servidores de la Nación se adeudaba. Y para que en lo sucesivo fueran religiosamente pagados en cada mes, dispuse que la Aduana del Callao, en vez de mandar diariamente al Tesoro lo que entraba por derechos, lo atesorara hasta fin de mes y el último día de cada uno, remitiera la colectado a la Tesorería General para que el primer día del siguiente empezara a pagarse, de preferencia a todo gasto, el sueldo vencido; y así sucedió sin interrupción mientras mandé, de manera que el día 5 no había quien no estuviera pagado. Igual disposición de pago a los empleados, ordené que se hiciera en los departamentos.

Aumentadas las entradas de Aduana a más del doble, mediante el liberal Reglamento de Comercio (2) que expedí con autorización del Congreso, como lo he expuesto, y mediante el cambio que hice de algunos empleados conforme a mis facultades, ordené que los departamentos quedaran exonerados de la remisión de contingentes a la Capital, lo cual facilitaba el cumplimiento de mi disposición, y que cada uno tuviera con que hacer frente a las obras mandadas verificar. No sólo se remedió con lo dicho la exactitud de los pagos y que los empleados tuvieran con seguridad cómo atender a sus necesidades, sino que por éstas no se vieran obligados a vender sus sueldos con pérdida a los agiotistas, como sucedía y lo cual disminuía su haber.

Después de rescindido por oneroso el contrato de arrendamien-

to que los señores Quiroz y Aquiles Mier habían hecho de las guaneras de Chíncha para expender el guano en Europa, Castilla lo había dado en consignación a la Casa de Gibbs para toda ella; y como la tal casa no considerada entonces de primera clase, no tenía ni los recursos suficientes para atender a los cuantiosos gastos que demandaba su explotación, carguío y conducción al extranjero, y demás atenciones que el negocio requería, la venta de él estaba reducida a pocos mercados que hacían muy pequeño en proporción, su consumo y, por consiguiente, no daba la entrada que podía dar. Y no se crea que exagero lo expuesto respecto de esa Casa, pues me consta que, no teniendo ella cómo atender los primeros gastos del negocio tuvo que ocurrir a la fuerte cantidad que en tal Casa tenía en depósito don Pedro Tristán, bien que con consentimiento suyo, y a condición de no pagársele lo que antes le daba por depósito. Con conocimiento de lo primero, reduje la consignación de la Casa de Gibbs a sólo Inglaterra, estableciendo otras consignaciones en las demás naciones (3). Tal providencia aumentó considerablemente las ventas, que cada día se hacían mayores por el interés de los mismos consignatarios, aumentando con ello considerablemente los productos, de manera que pudo el Erario entrar en desahogo y atenderse todos los gastos de la Nación.

Con mucha justicia, y como era propio de la dignidad y crédito del Perú, mandando Castilla, había dispuesto liquidar y hacer la conversión de la deuda que habíamos contraído en Inglaterra en la época de nuestra Independencia. Esa deuda, a causa de nuestras necesidades había sido desatendida hasta entonces, de manera que no se pagaban ni se habían pagado nunca ni los intereses siquiera, razón por la cual estaba depreciada y no valía en plaza sino veinte y tantos por ciento cuyas cosas facilitaban mucho naturalmente un arreglo, máxime cuando, como he dicho, el interés del dinero entonces se cotizaba la 3%. Si aquel procedimiento fué, como he dicho, justísimo, también es cierto que las condiciones del arreglo que se hizo contenían no pequeños inconvenientes que vinieron a acontecer cuando yo mandé. Hecha la liquidación de interés se expidieron dos bonos, uno de la primitiva deuda que se llamó de [activos], al cual se le fijó el interés de un 6%, como se había hecho el empréstito, con la amortización forzosa de sólo un 1% anual; y el otro de lo que se adeudaba por interés, aunque haciendo una rebaja, al cual se le llamó de [diferidos], con menos interés, al que se señaló una amortización posterior. Se asignaba, para el pago de esos intereses y amortización, la mitad de los productos de lguano que se vendía en Inglaterra, cuya mitad era muy superior a la cantidad que se requería para tales pagos, sin expresar que el sobrante fuera

de libre disposición de la Nación, y se pactó también que la amortización se haría al precio de plaza.

Una deuda con tan fuerte interés, pagada religiosamente con hipoteca tan saneada y con una amortización tan tardía que aseguraba por muchos años tan fuerte provecho, hizo naturalmente que el valor del crédito subiera hasta más allá de la par. Llegado el caso de la amortización y estando tal crédito al ciento cuatro o ciento cinco, exigieron los tenedores que el pago se hiciera a ese tipo, y no sólo eso sino que, perteneciéndoles de un modo absoluto la mitad de los productos del guano, y no pudiendo amortizarse sino el 1% sobre los activos, todo lo que resultase sobrante de esa mitad señalada para aquella deuda, se aplicase a la amortización de los diferidos. Ruinoso habría sido consentir en estas cosas; pues que, de un lado, habría subido quiza a un 50% de premio o más el crédito y, de otro, la amortización de los diferidos que era deuda menos gravosa, se habría hecho antes del tiempo señalado para su amortización; y teniendo en cuenta que el Congreso al aprobar aquel contrato, había dispuesto que la amortización no pasara de la par, cosa sobre la que hubo el descuido de no hacerlo saber a los acreedores, dispuse que no se hiciera ni una ni otra cosa de las que se exigían y que si los tenedores no se conformaban con la amortización a la par, se depositara en el Banco de Inglaterra la cantidad que correspondía a esa deuda, y se llevase el asunto a los tribunales.

Para mejor salvar tales dificultades y concibiendo posible el renovar el arreglo bajo mejores condiciones y sin los embarazos expuestos, determiné mandar a Inglaterra al ministro de Hacienda con suficientes autorizaciones para hacer ese nuevo arreglo; y, caso que los tenedores de nuestra deuda no se prestaran a ello y se mantuvieran firmes en sus exigencias, levantara un nuevo empréstito en cantidad suficiente para cancelar esa deuda, cosa para la que, como para cualquiera operación que diera provechos al Fisco, estaba autorizado por el Congreso. Amenazados con esto, dichos tenedores no sólo cedieron en sus exigencias anteriores, sino que se prestaron a ese nuevo arreglo, el cual se redujo el interés del 6 al 4½%, dando esto al Estado una utilidad anual como de doscientos mil pesos o más; que la amortización no pasara de la par en activos, y sólo se haría la de diferidos en el tiempo estipulado; y que quedaría a merced del Gobierno aumentar la amortización en la cantidad que tuviera a bien señalar (4).

Se había también verificado la liquidación de la deuda con Chile por los gastos que había hecho para contribuir a nuestra independencia, resultando de ella ser nosotros deudores a esa nación por cuatro millones, sobre los que debíamos pagar un interés del

6%; y arreglado por mí con aquel Gobierno el abonarle dos millones sobre los que se proponía negociar, mandé yo que se hiciera un empréstito en Europa de aquella cantidad, el cual se verificó al 4 y 1/2 de interés, resultando de ello el que fuera pagado Chile y el Perú reportara la economía de 1-1/2% anual de gastos (5).

Estaba pendiente el arreglo de la deuda a Colombia por igual causa, cuyo monto hacía subir aquella nación a diez millones de pesos, cantidad que se consideraba por parte del Perú en extremo exorbitante, no habiendo por eso llegado a arribarse a ningún arreglo, lo cual no dejaba de ser un inconveniente para las buenas relaciones con las repúblicas en que se había dividido aquella nación. Tomado en consideración por mí, principié por arreglarme con Venezuela esto en consideración por mí, principié por arreglarme con Venezuela (6), en la cual gozábamos de mayores simpatías, y arribamos a un convenio por las 28 y 1/2 unidades que a ella le pertenecían, en una cantidad que se consideró justa, y entonces, sirviendo ello de base, se hizo el arreglo bajo los mismos términos con Nueva Granada y el Ecuador, viniendo a reducirse el monto total de aquella deuda a cuatro millones de pesos, en vez de los diez que se reclamaban. Juzgo que en ello, como en lo demás que practiqué en materia de deuda externa, hice un bien a la Patria, dejándolas zanjadas todas, con economía y utilidad, y a satisfacción de la Nación, pues todo ello fué aprobado por el Congreso del 53 al que di cuenta de cuanto había verificado a ese respecto (7).

En lo concerniente a deuda interior, continué reconociendo en conciencia, y con estricta sujeción a la ley de consolidación, todo lo que ella mandaba reconocer, y cuyos reconocimientos se publicaban en el Registro Oficial, expresando la persona a quien se le hacía, la cantidad y la causa, sin que jamás ni por la prensa, ni de modo alguno se hubiera hecho al Gobierno la menor increpación de abuso, arbitrariedad o violación de la Ley. Cuando Castilla dejó el mando, en cuyo gobierno se dió esa Ley (8), había ya éste reconocido cerca de siete millones de pesos, tan sólo por una parte de los sueldos devengados, billetes, reformas y otros créditos reconocidos ya, o que aparecían por documentos, faltando por reconocerse mucho por las mismas causas, y todo lo tomado por suministro, cupos y embargos y todo lo tomado en dinero o especies desde la guerra de Independencia, que era la parte esencial de la ley. Dada a pedimiento mío, la que señalaba el plazo en que debían hacerse los reclamos (9), sin la cual no habría tenido eso término, y habría dado lugar a infinitos abusos, terminado ese plazo, se habían reconocido veinte y tres millones doscientos once mil y pico de pesos, suma total a que ascendió la deuda.

Esa deuda que era muerta y nada valía antes pues, como he dicho, sólo se cotizaban en plaza los que se llamaban billetes al 10% y todo lo demás ningún valor tenía, lo tomó en las cédulas que se expedían, que eran pagadas y representaban un 25% por el interés del 6% que al importe de ellas se asignó. Tenían ese precio cuando dejó Castilla el mando, y no porque hubiera subido el monto de ella a la cantidad que he dicho, disminuyó en lo menor ese valor. Había, pues, formado la Nación esos capitales en favor de la riqueza pública, con sólo dar esos papeles y gravarse con el interés dicho. Mas ellos eran pequeños, pues sólo representaban una cuarta parte de su valor nominal, desde que el interés del dinero era al menos el de 2% mensual, y, además ese papel no tenía giro alguno ni servía para las transacciones, lo cual no podía darle gran importancia ni podía hacerlo útil para mejorar la situación del país, que antes he descrito.

Para dársela aumentando su valor y llenar tales fines, concebí la idea de trasladar una parte de esa deuda interna a externa, disminuyendo así, de un lado, el gravamen de la nación y, de otro, que aquel crédito tomara mayor valor en favor de los tenedores. Verificada esa idea estipulándose en Inglaterra un contrato para que fueran allí trasladados diez millones, se aceptó la conversión de esta cantidad con sólo el interés de 4-½%, lo cual disminuyó el gravamen del Fisco en 150,000 pesos por año, produciendo la sola noticia de aquel hecho, que el valor de aquel papel subiera al 53% y después se puso a la par. Fué entonces que empezaron a impulsarse y rehacerse los fundos rústicos y entrar en reparación las propiedades urbanas; fué entonces que se vió engrandecer el comercio y dar vida a la industria; fué entonces que salieron de la miseria mil familias empobrecidas con las exacciones de la guerra; fué entonces que, por consecuencia de esa Consolidación, tan maldecida por los envidiosos y por los que la tomaron por pretexto para llenar sus fines de ambición y codicia y merced a las providencias que realicé en Hacienda, se vió, de un lado, un desahogo en el Tesoro como no lo ha habido ni antes ni después, con sobrantes en sus rentas y hecha la riqueza pública, con vida barata para todos y facilidades para todo negocio; fué entonces que se extinguió la usura en el país poniéndose el dinero al 6% al año pudiéndose acudir a aquel medio para procurarse fondos; fué entonces, en fin, que impulsado el comercio y estando en nuestro favor la balanza de él, por el gran producto que nos daba el guano y otras exportaciones que se hacían, el numerario no salía del país y se vió, por el contrario, venir de Inglaterra pastas de oro para ser acuñadas en nuestra Casa de Moneda, contribuyendo mucho a lo primero la economía con que

se hacían los gastos con estricta sujeción al Presupuesto, haciéndose más bien ahorros en los decretados. Respecto de los que se hacían en Palacio nadie podrá citar el menor abuso. Jamás se extrajo un peso del Tesoro para festines o convites de aniversarios que entonces eran frecuentes, ni para los que se hacían al Cuerpo Diplomático; y hasta el gasto de alfombrados y muebles que se pusieron en Palacio, cuando tomé el mando, todo se hizo de mi peculio (10).

¡Quién de cuántos entonces vivían, no recuerda en su fuero interno y por más dominado que esté de pasiones, que aquella fué una época floreciente y de riqueza en el país! Aun la gente infeliz, más sincera en esta parte, se lamenta de ella y me la hace presente en las calles y las plazas cuando me encuentra, llena de enternecimiento y de pena por haberla perdido.

En lo que hace a la Casa de Moneda, conocido es por todos que Castilla en su último mensaje a las Cámaras, dió por excluida e inútil la maquinaria que en ella había para la amonedación. Queriendo persuadirme de ello, fuí personalmente a reconocerla acompañado del hábil maquinista Rumrill quien, examinándola prolijamente, me expuso que el mal sólo consistía en graves errores y complicaciones que había cometido el que la había últimamente reparado, lo cual era fácil remediarse, y ordené, por tanto, que se ocupara de ello quedando, por consecuencia, expedita. Pero sí me hizo presente que los volantes estaban gastados y era necesario renovarlos, como también el que para hacer una fuerte y más segura amonedación y no se sufrieran las frecuentes interrupciones que solían acontecer en las épocas de escasez de agua, era conveniente colocar un motor a vapor. Convencido de tales necesidades, dispuse que el mismo ingeniero marchase a Estados Unidos para que mandara hacer esos volantes bajo el nuevo sistema entonces en uso, y más capaces para una fuerte amonedación, así como la máquina de vapor para todas las operaciones de la oficina, ordenando al ministro allí establecido le proporcionara los fondos necesarios, pidiéndolos de la casa consignataria del guano. Se hallaba ocupado de esto el tal maquinista, y estaba por concluir su obra, cuando tuvo lugar el triunfo de la revolución, no obstante lo cual vino la maquinaria y la Casa de Moneda tuvo cómo acuñar con facilidades y perfección.

Si conocí la necesidad de visitadores para procurar que la justicia fuera bien administrada en los distritos, también me parecieron muy necesarios, para examinar las Tesorerías y las Aduanas de la República en el buen desempeño de los empleados y el orden de las oficinas y para cortar los abusos que pudieran haber, que iguales visitadores fueran a ellas pidiendo, para ello, autorización al Congreso.

A fin de poner en armonía y dar unidad a nuestra moneda con la que usaban las naciones que estaban en íntimo comercio con nosotros, pedí al Congreso la adopción del sistema decimal en ella.

Causaba gravísimo mal a los padres de familia y hombres de buena fe, el sistema de fianzas establecido para conceder ciertos destinos en Hacienda; y pedí que esto se suprimiera, reemplazándolo con penas corporales, para los que abusaran en el manejo de las rentas nacionales, lo cual habría sido, sin duda, un mejor correctivo para evitar esos abusos.

Figuraba en los libros de Tesorerías, un capital imaginario, por incobrable, de deudas atrasadas al Tesoro, cuyos deudores o habían muerto o pesaban sobre familias menesterosas, no sirviendo sino para confusión de las cuentas. Pedí que, así como se extinguió la causada por habilitación de azogues, se extinguiera también toda deuda contraída en la época española hasta 1825 en su total; por mitad, pagadera en vales de Consolidación esa mitad, de aquella fecha hasta 1849; y que pudiera cancelarse su totalidad en dichos vales toda la existente de esta última fecha al año 50.

Con grave perjuicio para el comercio y toda propiedad corría la moneda feble de Bolivia, introducida desde la dictadura de Santa Cruz y que seguía introduciéndose hasta entonces, corriendo a la par y al mismo valor de la que se amonedaba en el país de buena ley, cuya introducción era interminable desde que, estando a favor nuestro la balanza de comercio en seiscientos o setecientos mil pesos, es claro que tal cantidad venía en numerario de aquella nación anualmente. Para impedir esto, aparte del tratado celebrado, de que ya he hecho referencia, era necesario prohibir aquella introducción; pero como no era posible hacer esto sin extinguir la cantidad existente, que de buena fe poseían nuestros nacionales, adquirida por su valor nominal y que por ese valor corría aún en el Tesoro, pedí al Congreso una ley para el caso, cuyo proyecto se trabajó por la Comisión nombrada por aquél, de los señores Ureta y Freyre con anuencia, y acuerdo mío. Hechos exactos cálculos de la cantidad que podía existir en el Perú y de lo que costaría el convertirla en buena moneda resultó que con dos millones de pesos podía ejecutarse la operación; y en tal concepto se dió la ley autorizándome a tomar ese empréstito en Europa. Se hizo éste y, cuando llegó la cantidad en oro, se me había hecho la revolución que, ocupando la mayor parte del Sur, por donde se introducía, no era posible hacer la conversión, quedando el país por esto y por el triunfo de ella, con aquel mal que después se hizo mayor. Con las desatinadas medidas de Castilla, que depreciaron el cambio, disminuyeron en un tercio las fortunas particulares. Y, sin embargo, esto fué

tolerado por los Congresos y lo toleró el país a quien sólo impresionan las pasiones políticas y vive a merced de los que por ellas lo explotan y lo arrastran en pro de sus intereses (11).

Por causas que me eran conocidas, tenía el gran temor de que se reabriera la Consolidación, lo cual un grave mal era, no por los reconocimientos que pudieran hacerse a causa de pocos reclamos que en justicia aun podían interponerse que no se hicieron por incuria, desatendiendo la prescripción de la ley, sino por abusos que se preparaban, hasta el grado de forjarse expedientes con la falsificación de la firma de San Martín y otras autoridades; sabiendo yo esto, pedí al Congreso en mi mensaje que no se hiciera tal cosa, y no sólo lo pedí sino que, sabiendo había gran interés en ello en un gran número de representantes, procuré que, pues no podía darse tal ley sino en Congreso pleno, que no llegara este caso, como realmente sucedió en toda la Legislatura del 53, salvo en los últimos días, con el preciso objeto de resolver sobre tratados pendientes, con lo cual evité el gravísimo mal indicado.

CAPITULO XVIII

ANTECEDENTES E INICIACION DE LA REVOLUCION CONTRA EL GOBIERNO DE ECHENIQUE

(1853)

He descrito con lealtad, y están comprobados con los hechos y con documentos públicos, cuáles fueron mis principales procedimientos en poco más de dos años y medio que se me dejó gobernar en paz; cuáles fueron mi política y mi sumisión a la ley, como mi consagración para atender las necesidades públicas y a todos los ramos de la Administración. Júzguese, por ello, cuanto habría realizado en mis proyectos iniciados, o que iniciara, en más de tres años que aun me quedaban por gobernar, y los provechos que al país y las instituciones hubiera reportado en ese tiempo. Tranquila mi conciencia y satisfecho de proceder bien, nada en verdad temía, y no creía que la paz fuera turbada, a pesar de que nunca dejaron de notarse síntomas de desorden. Pero juzgaba que ellos serían impotentes y los atribuía sólo al partido de Vivanco, desagradado por su derrota eleccionaria, y obra de los descontentos, que todo gobierno tiene porque no han sido satisfechas sus inconsideradas pretensiones. Mas nunca pensé ni podía pensar que los promovedores fueran Castilla y Elías unidos, ni que estos hombres, encarnizados enemigos personales y políticos, llegaran a juntarse con tal fin; y mucho menos, cuando ningún motivo les había dado personalmente, ni mi conducta como gobernante se las daba tampoco. El primero, aunque nos veíamos poco, era considerado por mí como más no podía esperar: había yo trabajado y contribuido a que no se le siguiera el juicio de residencia que los muchos enemigos que tenía se empeñaban en promover por vengarse e infamarlo solamente; sus deseos y pretensiones eran satisfechos, aunque nunca me los manifestó di-

rectamente, sino por conducto de un ministro que le era adicto y en nada se le molestó. Aún contribuí a que se le pagaran en dinero y no en Consolidación los sueldos que se le adeudaban. El segundo se me mostraba el amigo y partidario más decidido; tenía libertad para verme a cualquiera hora aun cuando estuviera en despacho o en mi habitación privada, y aunque estuviera en cama; sus exigencias, que no eran pocas, fueron satisfechas en lo posible, hasta el grado de haber yo dispuesto que se le diera una cantidad de dinero adelantada por cuenta del carguío, a consecuencia de haberme una vez manifestado la penosa situación en que estaba con sus acreedores, al grado de no tener cómo satisfacer las necesidades de su familia, servicio por el cual me juró que, aun cuando fuera yo abandonado de todos los que estaban conmigo, lo encontraría siempre a mi lado.

¿Podría yo, con tales antecedentes, juzgar que esos hombres conspirasen contra mí ni que, tan enemigos personales y políticos como eran entre sí, se hubieran juntado para revolucionar? No lo sospeché siquiera ciertamente ni por un incidente casual que aconteció y paso a referir. Con noticia que tuve de que Castilla se encontraba enfermo en cama, fui a verlo, pues nada había entre nosotros que me lo impidiera; y, hallándome con su señora en el salón de recibo, ví salir a Elías del dormitorio de aquél, lo cual significaba un grado de íntima confianza. Me sorprendió ello mucho ciertamente pero, como yo conocía las extravagancias de Castilla, lo atribuí sólo a eso candorosamente, cuando la verdad era que conspiraban, como lo demostraron después los hechos y la revolución misma que hicieron.

Más, antes de tratar de ella, necesario es demostrar los apoyos con que contaron para hacerla, y las verdaderas causas que los impulsaron y motivaron el que esos dos hombres que tanto se aborrecían llegaran a juntarse, de lo que provino, en fin, la audacia del Jefe de Bolivia para proceder, como lo hizo, pues todo se halla eslabonado y causó el que a un tiempo me encontré con la guerra provocada por aquella nación y con la revolución interior. Empezaré por lo último, pues que ello quedó suspenso al ocuparme de lo concerniente a Relaciones Exteriores.

He expuesto que, infringido por el Jefe de Bolivia el tratado que se celebró con esa nación sobre moneda, y tolerada esa infracción por Castilla mientras mandó y por el Ministro que allí teníamos desde aquella época, lo reemplacé con otro, que juzgué sería más exacto en el cumplimiento de sus deberes y a quien le recomendé especialmente el asunto, bien que previniéndole procediera con la mayor moderación y prudencia, pero también con la efica-

cia necesaria hasta lograr el fin, Lo hacía el Ministro interponiendo atentos reclamos y las más veces verbales, sin obtener resultado, pues se le contestaba con evasivas o diciéndole que el tratado se cumplía. Cansado, al fin, el Ministro, y para persuadirse de la verdad de lo que se le aseguraba, cuando tenía noticias en contrario, resolvió hacer un viaje a Potosí, donde se hacía la acuñación. Allí por sus propios ojos palpó que aquello no era cierto y, por tanto, volviendo a La Paz, donde estaba el Gobierno, le interpuso nueva demanda, fundándola en lo que había visto. Sin más que esto, el general Belzú, altanero por carácter y contando seguramente con lo que Castilla y Elías tramaban en el Perú, pues estaba en íntimas relaciones con el primero, al grado de haberle mandado en esa época el regalo de un lucido *necesaire* con un señor Pinto, tuvo el arrojo de mandar prender a nuestro Ministro y expulsarlo con agentes de policía hasta fuera de la ciudad, atropellando así su caracterizada persona y, con ello, la dignidad del Perú. No era posible tolerar impasible tal ultraje, y mandé inmediatamente ocupar el puerto de Cobija con un buque de guerra, a la vez de dictar otras medidas de represalia e interdicción que pudieran obligar a aquel Gobierno a la reparación del ultraje que nos había hecho, y mostraran la actitud enérgica en que nos poníamos en guarda de nuestros derechos. Nada de esto importó a ese Jefe, y se mostró indiferente porque contaba con nuestra situación interna que él sabía bien era su apoyo; tan cierto es esto, que ni siquiera se preparó para la defensa, aun declarada la guerra, pues decía a los suyos que ella la tenía en su cartera: esto es notorio en Bolivia (1).

Las verdaderas causas para la revolución fueron: en cuanto a Castilla el haberse éste persuadido de que sólo mediante ella podía volver al mando, porque él, como muchos, erróneamente, juzgaron y supusieron que yo patrocinaba al general Torrico para que me reemplazara en el poder, cosa en la que no sólo no pensé, sino que muy claramente había yo dicho a éste lo contrario, en una ocasión [en] que se hizo preciso declararlo. Respecto de Elías era el salvar mediante ella, como salvó, del gran descubierto en que se encontraba, por haber recibido, y dádole indebidamente la Casa Gibbs que lo favorecía, el importe de lo que debía pagársele por la separación del guano oscuro que contenían los depósitos, el cual no debía mezclarse con el que debía ir a Europa, separación que no se hacía y que, no obstante, constándole esto, a esa Casa le daba el importe. Sabido es, por confesión del mismo Elías, que tal cantidad, indebidamente recibida, llegó a seiscientos mil pesos; y sabido es también que con el triunfo de la revolución, quedó aquello olvidado, perdiendo el Erario tan fuerte suma. Impulsábalo, también, a

éste el resentimiento de que yo no le hubiera ofrecido el reconocimiento de un valioso expediente de Consolidación, cuya promesa quiso arrancarme, sin que siquiera hubiera yo examinado tal expediente, por lo cual me negué, como debía, a hacerle tal promesa, necesaria sin embargo para él, pues con ella lograba el gran lucro que se propuso sacar del negocio. He aquí demostrado el interés que había unido a esos hombres, tan contrarios uno de otro, y la verdadera causa de la revolución. Y en verdad que esa unión les era necesaria, pues, al fin, cada uno contaba con algún partido, mientras que solos habrían sido completamente impotentes.

Los apoyos con que contaron, tanto para decidirse a ella como para verificarla fueron, aparte del partido que cada uno de ellos tenía, seducir y atraer a su favor al que pertenecía a Vivanco, que tan decidido, se mostró desde el principio por la revolución y continuaba siéndolo, y al cual concibieron fácil engañar invocando su nombre, como sucedió en Arequipa, lo cual vino a ser el alma de aquella revolución. Contaron con la cooperación y auxilios del Jefe de Bolivia, a pesar del estado de guerra en que estábamos con él, y quien en efecto cumplió por su parte, ya invadiendo nuestros territorios al mismo tiempo que se verificaba la revolución de Tumbes como estaba pactado, como facilitando después armas, caballos y cuanto necesitó la revolución, mostrándose en todo aliado de ella. Contaron también con el carácter de nuestro país, propenso y acostumbrado a las revueltas por el provecho que de ellas sacan algunos que tienen algún poder en los pueblos, y con la ignorancia de nuestras masas fáciles de ser alucinadas con imposturas. Contaron, por último, con que, situadas las fuerzas de que disponía el Gobierno en la frontera de Bolivia para impedir cualquiera agresión, estaban sin ellas la capital y el Norte, donde principalmente tenían resuelto proceder.

Estaba ya todo prevenido para la guerra de Bolivia; habían venido los armamentos pedidos de Europa; la artillería y parques listos, y sólo esperaba que terminaran las sesiones del Congreso para emprender la campaña, cuando un incidente precipitó la revolución. Con noticia de que el carguío de las Islas estaba mal servido y que ello ocasionaba fuertes estadías que el Erario tenía que pagar por la demora que sufrían los buques para la carga, reconvine por esto a Elías. Contestándome que eso no era cierto, y que el mal consistía en la aglomeración de buques que llegaban casi a un tiempo para cargar, le dije yo que no me satisfacía su descargo y que para conocer la verdad y poner remedio, iría yo mismo en breve a las Islas. Juzgo que esta determinación mía debió aterrorarlo porque comprendió que entonces conocería yo la defraudación que estaba

haciendo, consentida por el gobernador que allí había desde la época de Castilla, coronel Salcedo, y muy especialmente por la Casa de Gibbs que le hacía el pago por la separación del guano obscuro, cuando esto no se verificaba, y sobre lo que me había hecho antes tan exigentes reclamos, no haciéndolos desde que decreté la separación. Como medio de que yo no conociera tal cosa y evitara el viaje apareciendo la revolución, la inició con aquella carta que el mundo conoce escrita por un clérigo Novoa que llevó a las Islas entonces, con el fin de que se la redactara (2).

Cuando esto sucedió, estaba funcionando el Congreso ordinario de 1853, al cual había yo dado cuenta de mis actos administrativos en el bienio que acababa de terminar y de lo ocurrido con Bolivia (3), como de las medidas que tomé contra el ultraje que se nos había inferido, acompañándole un manifiesto que ponía en claro los sucesos a fin de que, en vista de todo ello, resolviera lo conveniente. El, por consecuencia, había decretado la guerra, para la cual me preparaba yo debidamente, habiendo desde antes solicitado de Europa armamento que no teníamos y otros útiles de necesidad, a la vez de ordenar la organización de Guardias Nacionales en el Sur, de las que principalmente me proponía sacar la fuerza para engrosar el ejército con gente aparente. Tal, repito, era nuestra situación cuando apareció la susodicha carta, presagio de la revolución que se preparaba. Conociendo yo esto, mandé poner en prisión al tal Elías, pero no teniendo los comprobantes que pudiera servir en un juicio, y si sólo fundadas sospechas, di cuenta al Congreso, pidiendo me autorizara a conservarlo en prisión mientras que pudieran aclararse las cosas o se obtuvieran esos comprobantes con los que se hiciera patente su crimen y enjuiciarlo. El Congreso, persuadido de mis razones, me autorizó para mantenerlo en prisión.

Hasta entonces, repito, yo tenía convicción de que se conspiraba, cuyos síntomas se veían claros, mas no había llegado a conocer quiénes pudieran ser los que acaudillaban esa conspiración que se advertía principalmente en el Norte, donde algunos de los comprometidos habían solicitado para adquirir poder, el formar cuerpos de Guardia Nacional para la guerra de Bolivia, cosa que, pedida con tan laudable propósito, no era posible negar y concedí. Mas siéndome ello sospechoso, dispuse que el ministro de la Guerra fuera a esa parte de la República, llevando un batallón para que lo investigara todo, y autorizado para poner pronto remedio en lo que fuera urgente y para que dos cuerpos de Caballería cívica que se habían formado, uno en Piura y otro en Trujillo, de los que tuve fundadas sospechas, los hiciera venir a la Capital. El ministro llenó en parte su cometido, mas no en el todo, pues dejó sin cumplir la

orden que le di respecto del cuerpo formado en Trujillo, dándome seguridades de no haber nada que temer de él.

Estando Elías preso, como he dicho, con la autorización que para ello tenía, y yo cada día con mayor convicción de que conspiraba, pero sin que ella me diera aquellas pruebas necesarias para un juicio, en el que pudiera hacerlas valer, pues eran confidenciales, se me presentó don Pedro de la Quintana cuñado suyo, hombre veraz y caballero, a la vez que amigo mío, pidiéndome la libertad de Elías, a condición de que en el acto se separaría del país, a lo cual estaba resuelto, y me lo ofrecía en nombre suyo, pues con su acuerdo y por indicación suya hablaba conmigo y me hacía el ofrecimiento. Desde que no podía someterlo a juicio por la causa que he dicho, y sabiendo que en el Congreso se promovía ya y se trataba en privado el decretar su libertad, cosa a la que estaban muchos inclinados y era seguro que así lo resolvieran, convine con don Pedro de la Quintana en lo que me pedía, bajo la condición dicha, ordenando su libertad pues, separado Elías de la República, parecía lo suficiente para que la revolución quedase cortada. Muchos han atribuido este proceder mío a debilidad y que ella fué causa de que se realizara; mas los que tal juzgan no se ponen en las circunstancias ni en que habría sido mucho peor no hacerlo.

Puesto en libertad Elías, en vez de irse a su casa para preparar su viaje y salir de la República inmediatamente, como lo había ofrecido, fué a asilarse en la casa del Ministro francés y, acompañado de él y protegido por el gobernador del Callao, general Deustua, qué también había estado comprometido en la revolución, pues Elías y Castilla le habían ofrecido que ella sería para que él fuera Presidente, pudo fugar y marcharse, a Tumbes, burlando a su mismo cuñado. Allí, donde de antemano tenía preparada la revolución, la inició poniéndose a la cabeza pero, de un lado, [por] la actitud del pueblo, que se mostró contrario a ella, y de otro, el haberle faltado el cuerpo con que contaba en Piura, que fué el que hice venir a Lima, la revolución fué sofocada (4). El, entonces salvándose, vino oculto a Ica, en cuyo lugar, como vecino de allí y con grandes relaciones, la había preparado también y, por lo tanto, la verificó en el acto fácilmente, pues aun el subprefecto de aquella provincia, que era partidario de Castilla, contribuyó a ella por mandato de éste. Entonces se proclamó Jefe Supremo, nombrando a Castilla general en jefe. Se me ha culpado también de no haber por ello aprisionado a Castilla y aun hay quienes dijeron que a éste y a Elías debí victimarlos, y con ello se habría salvado el país, evitando la revolución. Pero yo haciendo esto no habría sido sino un miserable asesino; y para prender a Castilla no tenía el menor antecedente, ni podía ser-

lo el solo que Elías lo hubiera nombrado General en Jefe, pues ello podía muy bien ser un ardid y así lo creí porque, viéndolo el general La Fuente en esas circunstancias, no sólo le protestó de su inculpa-
bilidad, sino que se manifestó ofendido de que alguno supusiera si-
quiera el que podía unirse para ello con un hombre que, no sólo le
había hecho grandes ofensas en política, sino que tenía las pruebas
de haberlo mandado asesinar en Tacna cuando se hizo la revolución
contra Vivanco. No era, pues, posible juzgar, con todo esto, que es-
tuviera mezclado en aquella revolución y, sin embargo, el tiempo
demostró que ello era una verdad, y muy pronto comenzó su obra.

Necesario es que se conozca y recuerde cuál era mi situación
y las atenciones que me rodeaban cuando tuvo lugar esa tan inme-
recida como funesta revolución. Decretada por el Congreso la gue-
rra contra Bolivia (5), para la cual no estábamos preparados, me
ocupaba de ella con fe y con la resolución de llevarla a cabo de
una manera conveniente al lustre de nuestras armas y a la dignidad
del Perú. Había, como he dicho, mandado a Europa por fusiles que
no teníamos, por pistolas y monturas para la caballería, y en el país
se preparaba lo necesario para arreglar un buen parque para montar
una buena artillería y todo lo demás que era necesario para poner
el ejército en campaña; había, como también he dicho, mandado que
se organizaran y disciplinaran los cuerpos de la Guardia Nacional,
principalmente en el Sur, con el fin de poner una fuerza a lo menos,
de ocho mil hombres. Había, en fin, situado dos fuertes divisiones
que casi eran todo el ejército que teníamos: una en Puno, a las ór-
denes del general Pezet, y otra en Tacna, a las del general Vigil,
con el fin de resguardar aquella parte de la República y prevenir
cualquier invasión de aquella nación; estaba también un batallón
en el Norte para cuidar el orden de manera que en la Capital me
hallaba casi sin fuerzas. Después de lo dicho en cuanto a la guerra,
tenía las atenciones del Congreso que estaba reunido ordinariamen-
te y con el peligro de que la Consolidación se abriera, sobre lo que
había gran interés, tal vez en la mayoría de los representantes, cu-
ya cosa consideraba funestísima: y, en medio de estas dos cosas,
me amenazaba la revolución cuyos conatos se hicieron claros par-
ticularmente en Lima, como en el Norte y también en Arequipa.

Urgentísimo era destruir inmediatamente aquella revolución
antes [de] que tomara cuerpo; y, desprendiéndome por tanto de las
pocas fuerzas que tenía en la Capital, mandé al general Torrico con
ellas para que batiera a los revolucionarios, quedando yo con sólo
una compañía de línea, los gendarmes y el escuadrón de milicias
que hice venir de Piura. Castilla creyó entonces fácil hacer la re-
volución en Lima, y la trabajó de acuerdo con el general Deustua

en el Callao. Pero, sabiendo yo lo primero, tomé las más resueltas medidas para oponerme a su ejecución y, no habiendo por eso logrado Castilla realizarla, se fugó al Callao y asiló en un buque de guerra francés, de donde, con el apoyo del Ministro de aquella nación, siguió conspirando claramente.

Muy patente se hizo para mí, entonces, la suerte del país, y se la expresé en confianza al ministro Gómez Sánchez con quien la tenía sin reserva. Si el general Torrico batía a Elías, como era más que probable (6) y, hecho eso, venía a la capital con las fuerzas que llevó como se le había ordenado, quedaba salvada la capital de la revolución y también el Norte; así como si el general Pezet, como también se le había ordenado, descendía sobre Arequipa con las fuerzas que tenía, a sus órdenes tan luego que en esa ciudad se promoviese cualquier desorden y lo contenía, lo cual era seguro que sucediese, la revolución estaba muerta. Entonces yo, libre de atenciones interiores, habría llevado la guerra a Bolivia con todas las probabilidades de triunfo, pues no sólo habría contado con un fuerte ejército sino que allí la deseaban para salvarse de la tiranía y arbitrariedades de Belzú: cartas tengo de personas tan respetables como el general Velasco y el doctor Olañeta que me la pedían, ofreciéndome cooperación.

Sucedió lo primero y el Norte se salvó, a pesar de haberse sublevado Huaraz, Cajamarca y Trujillo, como es sabido, pues tuve fuerzas para dominar las primeras, no habiendo necesitado de ellas en el último, merced a la actividad y denuedo del señor Iturregui [que] batió con sus gendarmes al escuadrón de caballería que allí se formó para la guerra de Bolivia, y que el general Torrico no condujo a Lima como se le mandó. Pero no sucedió lo propio en el Sur pues, habiéndose movido Arequipa, el general Pezet no cumplió con las órdenes que tenía por haberse dejado dominar del señor Costas, interesado en la revolución, y del coronel Torrico, jefe de uno de los cuerpos que él tenía, que ejercía gran influencia en él, y le hicieron comprender que no debía abandonar Puno, pues podía ser invadido por Belzú. Para corregir tal falta, lo destituí del mando de aquella fuerza, y dispuse que el general Torrico fuera a ponerse a la cabeza de ella y atacase Arequipa.

Mientras esto sucedía, Castilla había ido a ponerse a la cabeza de la revolución de Arequipa (7) y el general Torrico, en vez de batirlo, emprendió la retirada sobre Lima con todas las fuerzas por mar, degollando la magnífica caballada que tenía y dejando el Sur a merced completa de Castilla que se adueñó hasta el Cuzco uniéndose a él todos los cuerpos de Guardia Nacional que se habían formado en aquél departamento, que eran catorce, y los de Puno y

Tacna, quedando yo, por consiguiente, reducido a sólo el Norte desde Ayacucho. Fué entónce que él lanzó aquella célebre proclama en la que daba las causas para la revolución que hizo.

Una de ellas era la de que no había yo hecho la guerra a Bolivia. Ya he expuesto los justos motivos que hubieron para postergarla; y, mientras tanto, quien daba esa causa se ponía en relación con el Jefe que nos había injuriado y recibía de él, armas, caballos y toda clase de protección. Cuando se nos infirió el ultraje, apenas contaba el Perú con dos mil quinientos hombres de todas armas ¡Y podía con tal fuerza hacerse inmeditamente una guerra de invasión careciendo además de todo lo que para ella se necesitaba, y en circunstancias de estar amenazado el orden interior, y de las demás que he expuesto! ¡Se juega así la suerte y la dignidad de una Nación!

Era otra la Consolidación, suponiendo que en los reconocimientos se cometieron fraudes, y que por ellos montó el crédito hasta veintitrés millones, sin tener en cuenta todo lo que, en la ley del caso, dada en su tiempo, se mandaba reconocer, y que de esos veintitrés millones había él reconocido cerca de siete, sólo por una parte de los créditos que ella mandaba se reconocieran; y que, faltando mucho de esa misma clase, y lo esencial de los bienes tomados para la guerra de Independencia y demás subsecuentes revoluciones, nada extraño era que el total hubiera llegado a la cantidad dicha; y, sin tener en cuenta tampoco que yo había sido el que promovió que se pusiera un término a la ley, sin lo cual entonces sí habrían tenido lugar esos abusos; y que debido a mí había terminado esa Consolidación, pues trabajé para que no se reabriera; que, en fin, la revolución nada podía remediar a tal respecto.

Acusaba igualmente [a] mi administración de tiranía, cuando ninguna había existido más sometida a la ley, como lo tengo demostrado, y cuando más bien era yo tachado de débil. Fundábase para esto en sólo que la legislatura del 51 había sancionado una para reprimir los desórdenes a la cual, en vez de dársele el nombre de represión como la llamaba, debía, más bien, dársele el de garantías, pues ella, de un lado quitó la pena por delitos políticos y, de otro, establecía las reglas cómo debía procederse con los trastornadores del orden público y contra los que se empleen en ello, evitando de este modo los abusos que se cometían por las autoridades y fijando las causas por las que solamente podía trasladarse a un individuo de un lugar a otro, y eso dándole lo necesario para su mantenimiento. Dos años habían transcurrido desde que se dió aquella ley y en ellos sólo hubo uno con respecto de un individuo del Cuzco, un doctor Delgado al que, sin embargo, habiéndosele traído a Lima, cuando yo mismo le dije que podía volver a su país [(departamento)],

me contestó que le concediese la gracia de mantenerlo del modo en que estaba por más tiempo, pues que se hallaba en Lima en mejor condición que en su país.

Me increpaba, en fin, de que hubiera ejecutado las operaciones de Hacienda que llevo mencionadas, cuando ellas no sólo habían producido gran economía al Tesoro, sino enriquecido el país poniéndolo en el estado más floreciente, como nunca había estado antes ni estuvo después.

Los demás cargos que me hace en su mencionada proclama no merecen siquiera mencionarse, pues sólo son un conjunto de procaces injurias sin fundamento, conducentes a cubrir su ambición y seducir a los pueblos. Sin embargo, ellas fueron aplaudidas por la mayoría de la nación dispuesta al desorden y muy especialmente por aquellos que de antemano lo procuraban para medrar, y por el vulgo fácil de ser engañado en nuestro país más que en ningún otro (8).

CAPITULO XIX

LA CAMPAÑA REVOLUCIONARIA.— LA BATALLA DE LA PALMA

(1854-1855)

Habiendo tomado cuerpo la revolución con el abandono que se hizo del Sur, del cual se apoderó Castilla con todos los elementos que en aquellos departamentos existían, naturalmente creció el espíritu revolucionario en todo el país, inclusive en el Norte y Lima, y se agitaba fuertemente quedando el Gobierno sin otro apoyo, puede decirse, que el del leal ejército aunque reducido, las autoridades igualmente leales y algunos amigos que permanecieron fieles; las masas estaban completamente fanatizadas y seducidas. En la necesidad, por tanto, de mantener el orden en esta parte de la República y de aumentar el ejército y ponerlo en pie de que pudiera vencer la revolución, fué preciso concentrarse a ella para resguardarla y llenar el objeto dicho. No sólo había logrado apaciguar todo el Norte y apagar los tumultos que en él hubieron, sino también tener la seguridad de que no se repetirían pues, de un lado, se habían separado o fugado los que los promovían y, de otro, reaccionaba la opinión desengañada de las imposturas con que la habían seducido. Fué entonces que decidí obrar sobre los revolucionarios del Sur reconcentrando mis fuerzas; pero un incidente desgraciado, el naufragio de la fragata "Mercedes" con más de seiscientos buenos soldados (1) causó el que postergara mi proyecto. Reemplazada esa fuerza, decidí emprender la campaña mandando situar los cuerpos en la provincia de Jauja a las órdenes del general Mendiburu para después salir yo a ponerme a su cabeza, y ocupar hasta Ayacucho, que era mi plan, pues tampoco debía alejarme mucho de Lima, donde había gran peligro. Esa provincia que tan decidida había sido siempre por mí, no lo era entonces pues un señor Lorente,

director de un colegio que allí se estableció, había corrompido a la juventud que enseñaba (2), y a los padres de familia inclinándolos a la revolución; la indiada también era adicta a ella por la exoneración de tributos.

Puesto yo en marcha y habiendo llegado al pueblo de San Mateo, recibí allí comunicaciones del expresado general en las que me hacía saber que Castilla se encontraba con su ejército en Huancavelica y que venía sobre él, estando en peligro de ser atacado de un momento a otro, de manera que si no precipitaba mi marcha, tal vez se vería obligado a dar la batalla sin mí. Tuve, por consiguiente, que precipitarla poniéndome en dos días del lugar dicho a Huancayo, donde estaba el ejército. Lo revisé allí haciendo un simulacro con fuegos y después me propuse ocupar las alturas de Huando, que están al otro lado del Izcuchaca, para esperar allí a Castilla; pero el puente de este lugar estaba ocupado por fuerzas de él por cuya causa, poniéndome en marcha con el ejército, dispuse tomar el puente por sorpresa, adelantando una columna que la verificase antes del amanecer del día siguiente a las órdenes del coronel Salaverry, que conocía perfectamente aquella localidad, pues el tal puente había sido construido siendo él prefecto de aquel departamento. Pero, o no hizo ese jefe la marcha con la prontitud que el asunto requería o postergó la hora en que debía emprenderla, y el caso fué que sólo llegó al puente cuando era de día no pudiendo, por tanto, verificar la sorpresa, viéndose obligado, en lugar de ella, a trabar un combate desventajoso que, duró más de medio día; con su tropa al descubierto y el enemigo parapetado (3), y, lo peor, dejando frustrado mi plan que, como he dicho no era ocupar Izcuchaca sino como un medio para tomar las alturas de Huando, las que, si por esa demora, eran ocupadas por Castilla como sucedió, me ponían a mí en posición muy desventajosa.

Ya para obligar a Castilla a que me buscara, encontrándose con el paso libre sobre la provincia de Jauja, (cosa que podía halagarlo) o, si no hacía esto, buscarlo yo, tomándolo por la espalda y dominándolo si él ocupaba la posición de Huando, me dirigí a Pampas, de donde, si no llenaba el primer objeto, tenía el paso libre para el segundo. Mas no hizo Castilla lo primero; y para lo segundo encontré que el puente de allí se había cortado. Frustrado así lo uno y lo otro, decidí volver a Huancayo y ocupar los pueblos de Chongos y Chupaca, lugares provistos de todo, donde podía yo permanecer mucho tiempo, mientras que Castilla, ocupando, como ocupó, Izcuchaca y Conaica, escasos de todo, bien pronto se encontraría en la necesidad de venir en mi busca por Huancayo, en donde yo podía recibirlo con ventaja, pues estaba a poca distancia de ese lugar, o ten-

dría que retirarse, dejándome el paso libre de esa posición, para que yo lo buscara, o maniobrar por mi flanco derecho para interponerse en la ruta de Lima y dirigirse a ella, que fué lo que concebí más probable. Por ello me situé en los lugares dichos, con el fin de batirlo cuando él verificara aquel movimiento.

La manera como yo me situé, dispuesta para todo caso paralizó completamente a Castilla dejándolo estacionario en aquel lugar donde él carecía de todo, mientras que mi ejército estaba perfectamente atendido y completaba su disciplina e instrucción. Y no sólo esto, sino que aquella inacción de tanto tiempo daba lugar a que la opinión se reaccionara al grado de que los departamentos del Sur ocupados por Castilla, tan decididos antes por él, comenzaban a serle adversos conociendo el engaño que habían sufrido. San Román mismo, aquel San Román que se le había unido (4), olvidando las graves ofensas que de Castilla había recibido y que mandaba una división en el Cuzco, se mostraba reacio en obedecer las órdenes que repetidamente le mandaba para que se le uniera, y no estaba distante de plegarse a mí, cosa sobre la cual le escribieron varios generales de mi ejército a quienes si no contestó, tampoco se mostró ofendido, ni lo comunicó a Castilla.

Yo que, como he dicho, juzgaba lo más probable que Castilla hiciera el movimiento hacia Lima por mi flanco derecho, había tomado todas las medidas necesarias para prevenirlo. Aunque tenía en contra [a] la indiada y [a] la mayor parte de la gente de esa provincia, había logrado ponerme en comunicación con un jefe del Estado Mayor del ejército de Castilla que me daba cuenta de todo lo que allí pasaba y a quien especialmente tenía encargado me avisara con anticipación cualquier movimiento que se intentara. Había también conseguido poner en su campamento dos espías a los que con garantía les había ofrecido lo que para ellos era una fortuna, si me daban un oportuno aviso de lo mismo. Llegado el caso el jefe cumplió escribiéndomelo a debido tiempo pero con desgracia, pues su comunicación fué interceptada, valiéndole esto un juicio que pudo costarle la vida; pero felizmente Castilla no era sanguinario y sólo se le destituyó de su empleo. Los otros dos espías seguramente no pudieron darme el aviso; así que cuando supe el movimiento, ya el ejército enemigo había pasado mi línea y estaba delante de mí hacia Lima por las alturas.

Mandando un cuerpo por la misma dirección con sólo el objeto de que observara sus movimientos y me diera aviso de ellos, púseme yo en marcha por el camino principal para alcanzarlo o cortarle el paso, mas, cuando llegué a un pueblo llamado Huaripampa, donde hice la primera jornada, me dió a conocer el jefe de Estado Mayor

General Mendiburu que los víveres y todo lo que era necesario para el ejército lo había dispuesto por la ruta de Chacapalpa a causa de ser más corta, y no por Jauja. Con este motivo y no conociendo yo el camino ni sabiendo los inconvenientes que por él había, me dirigí por esa ruta, fiado en lo que ese jefe me había dicho; y me encontré con que el camino era por una estrecha quebrada en la que había que ir en desfilada, desembocando esa quebrada precisamente por donde el enemigo estaba; y que, sabiendo seguramente mi ruta por allí, me esperaba en aquel lugar, en el que habría sido indudablemente batido en detalle. Conocido el peligro y donde el enemigo me esperaba por las descubiertas, me ví obligado a retroceder, saliendo de tan penosa situación. Felizmente no supo él aprovechar de tan buena ocasión, pues sólo con un cuerpo me habría desbaratado si me hubiera perseguido; pero aunque esto no sucedió, ello me hizo perder un día de marcha.

Continuando el camino por la ruta directa y suponiendo que el enemigo, que me llevaba gran delantera, ocupase el puente de La Oroya, con el fin de embarazarme el paso y teniendo presente que el ejército español en un caso semejante había marchado a atravesar el río por un vado que había en distinta dirección, tomé ese camino sin que nadie, ni el mismo Jefe de E. M., conociera mi objeto. Logré, en efecto, llegar al vado en la tarde y encontré fácil pasar el río, lo que verifiqué con mi escolta. Mas el ejército que, para llegar allí, tenía que hacer una larga desfilada, fué llegando por partes. Habían pasado sin novedad algunos cuerpos, cuando de improviso se armó una fuerte tempestad, que puso en creciente el río haciendo imposible el paso, de manera que me encontré con medio ejército de un lado de él y el otro en el opuesto, habiendo perdido algunos soldados que pasaban cuando llegó la avenida. Mi plan era continuar en la misma noche para alcanzar a Castilla, que dos horas antes que yo había pasado aquel lugar para situarse en La Oroya, como yo lo había pensado. Si hubiera yo logrado realizar eso y puéstome en la altura de La Oroya, no habría necesitado más que intimar rendición a Castilla, pues allí él ni tenía cómo empeñar un combate ni cómo ir a ninguna parte, embarazándolo para todo, de un lado el río y de otro yo colocado sobre formidables posiciones. La suerte, por el incidente dicho, quiso salvarlo en esa ocasión (5).

Al día siguiente de esa tremenda noche pudo, muy de madrugada, pasar el río el resto del ejército; pero los soldados no se habían alimentado y su ropa estaba completamente mojada con la fuerte lluvia que nos cayó y fué necesario atender estas cosas no pudiendo emprender la marcha sino en la tarde. No era posible suponer que Castilla, hallándose a sólo dos leguas de mí y cuando toda

la indiada estaba por él, ignorase el sitio en que yo me encontraba y que, sabiéndolo, permaneciese donde estaba. Calculando yo esto, y siendo lo importante para mí impedir su marcha a Lima, me dirigí sobre Yauli por la vía de Pachacaca, a cuyas inmediaciones acampé esa noche.

Mi principal objeto parecía logrado pues que, si Castilla no se había movido de la Oroya, estaba ya yo delante de él. Si lo había hecho, contaba con que se habrían cumplido las órdenes que muy de antemano tenía dadas y repetido después, para que se le impidiera el paso de la quebrada de San Mateo principalmente cortándole los puentes, lo que haría que yo lo alcanzara indefectiblemente en ella y dominándolo en cualquier parte, con seguridad lo batiera.

Habiendo llegado yo al tal [*pueblo de*] Pachachaca, supe que había sucedido lo segundo y que Castilla se había dirigido a Morococha, encontrándome en ese lugar con el señor Olavegoya, no sólo amigo personal mío, sino interesado en el triunfo de mi causa por cuestiones de interés que tenía con un señor que por el mismo motivo era enemigo mío y partidario de Castilla. Dicho señor Olavegoya acababa de llegar y de estar con Castilla quien lo había encontrado viniendo de Lima y quitándole unas cargas de plata. Díjome Olavegoya: 1º que Castilla ese mismo día emprendía su marcha para Lima; 2º. que la quebrada estaba completamente abandonada y a merced suya porque el subprefecto que debía cumplir mis órdenes estaba en Chacacayo; y 3º. que Lima no sólo estaba en lo absoluto por la revolución sino que el día anterior al de su salida había tenido lugar un fuerte tumulto que, merced sólo a la energía con que habían procedido los generales La Fuente y Morán, había podido contenerse pero que era seguro se repetiría de un modo incontinente si Castilla con su ejército se ponía delante de mí en aquel camino, y todo esto, en efecto, había sido cierto.

Atendido esto, no había para mí otro recurso que alcanzar en el día a Castilla y batirlo en Casapalca, donde debía dormir esa noche, según me dijo Olavegoya. Dispuse, por tanto, que después de tomar rancho la tropa, continuara la marcha para llegar en la misma noche a dicho lugar, adelantándome yo con sólo dos compañías, y siguiéndome una división con la que habría tenido bastante para batirlo si era preciso hacerlo con sólo ella, movimiento que fué necesario hacer atravesando la cordillera en la noche. Cuando yo llegué a una legua del lugar, supe que Castilla no lo había ocupado y que en él sólo había algunos enfermos que había adelantado y unas mujeres de su ejército, llamadas rabonas. Pero tampoco era posible repasar en la noche la cordillera con una fuerza fatigada con tan penosa marcha y se hizo preciso acampar allí.

Estaba ya yo delante de Castilla, mas a él le quedaba libre la provincia de Jauja y el Cerro de Pasco y, sobre todo lo favorecía el río fatal, apoyado en el que podía eludir un combate que había sido y era su principal objeto hasta lograr él hacerse dueño de la capital. Conociendo yo esto, de un lado, y lo importante que era para mí no perderla; y sabiendo, de otro, que la reacción se hacía en mi favor en todo el Sur, determiné variar completamente el plan de campaña sosteniendo Lima y obrando sobre el Sur.

Dueño Castilla de Jauja y del Cerro, varió también para él su apremiante situación en materia de recursos y fué entonces y sólo entonces que San Román se resolvió a obedecer sus órdenes viniendo a reunírsele. Quedaba en todo el Sur sólo Elías en Moquegua con una pequeña fuerza; y como su apoyo Arequipa, que era el lugar más frenético por la revolución, comparable en esto sólo con la capital. Ordené entonces que el general Morán marchase con una división suficiente para batir a Elías y que, logrado esto, viniera a situarse a las inmediaciones de Arequipa, no para batir la ciudad sino sólo a asediarla para ver si podía lograrse reducirla buenamente con la influencia del general Vivanco que, más caballero y sensible al bienestar de la Patria, no se había unido a tan inicua como injusta revolución sino que por el contrario, se había puesto a mis órdenes, razón por la cual ordené al primero se pusiese de acuerdo para ello con el segundo. Justo que la historia conozca lo que aconteció cuando yo di a Morán aquella orden. Me expuso que, leal al Gobierno y en el deber de cumplir la orden que le daba, iría a batir a Elías pero que, ligándolo a él deberes de amistad y aún siendo su compadre, no extrañase yo que, después de vencerlo lo salvase si era posible sobre sus hombros. Le contesté que podía hacerlo. Al dar yo a Morán aquella orden respecto de Arequipa, obraba en mí el considerar que luego que fuera derrotado Elías y lo supiera Castilla, se vería obligado éste a descender sobre Lima y buscar la decisión en una batalla. Si tal cosa no hacía, era perdido con mengua y por consunción porque, naturalmente, todo el Sur se le pondrían en contra; para tal caso quedaría contar con esas fuerzas para engrosar más mi ejército y batir con mayor ventaja, pues me era muy fácil hacerlas venir por mar, para lo que tenía los trasportes listos en Islay.

Salió Morán con la expedición, se entendió con Vivanco en Islay y después llegó a Moquegua donde batió a Elías en el Alto del Conde (6). Pudo allí tomarlo pero lo dejó salvar, por desgracia suya y que fuera a Arequipa. Mientras esta pasaba, contando el general Vivanco con la gran influencia que tenía sobre Arequipa, se dirigió allí con pocos hombres, llevando una cantidad como de tres-

cientos fusiles y municiones bastantes para armar la parte de pueblo que se viniera donde él. Mas ese lugar a pesar de ser tan frenético por él, lo fué más por la revolución, no sólo desatendiéndolo, sino batiéndose con él hasta el grado de haberle inferido una grave herida de bala, dando por resultado ese encuentro la pérdida de los fusiles y municiones que había llevado (7).

Cuando llegó Elías a ese lugar había sucedido todo esto y, por lo tanto, lo encontró perfectamente armado y ese pueblo de Arequipa, enemigo encarnizado de este sujeto por la revolución que había hecho a Vivanco cuando éste gobernó y que fué causa, puede decirse, de su derrota, se puso a sus órdenes, constituyéndose en su defensa y apoyo. Morán que cumpliendo las órdenes que tenía, vino a situarse a sus inmediaciones, nada pudo hacer pacíficamente, y así debió mantenerse; pero hombres traidores de los que conozco algunos, le hicieron creer que, si acometía, le serían entregadas las trincheras. Alucinado con esto, se decidió a atacar seguro del triunfo y de hacer un importante servicio al Gobierno. Conoció la traición cuando no era posible retroceder y fué no solamente batido, sino hecho prisionero, siguiendo a su prisión el asesinato más cruel que jamás se había cometido, hasta el grado de que su cuerpo exánime fuera arrastrado por las calles, como trofeo de aquel triunfo, cosa que consintió y aun se ha dicho que fué mandada por aquel a quien pocos días antes había salvado (8).

La noticia de aquel fracaso la tuve por un buque de guerra que, de expreso para cualquier eventualidad, tenía situado en el Sur pudiéndose, por tanto, mantener en secreto varios días; a la vez que ella, tuve también, de un modo fidedigno, la de que Castilla, con conocimiento de lo ocurrido en Moquegua, y sin saber, por supuesto, lo de Arequipa, se ponía en marcha sobre la Capital. Para este caso y [para] conocer la ruta que él pudiera tomar, tenía situados oficiales en los pueblos de la quebrada, pero éstos fueron aprisionados por los habitantes de ella, como las pequeñas partidas que mandaba con igual fin; de manera que si con seguridad sabía que Castilla se había movido, no pude conocer la dirección que traía. En tal indecisión, me situé entre la hacienda del Trapiche y el valle de Ate, de cuyos puntos podía acudir bien a San Pedro Mama, posición que había elegido para esperarlo si venía por Matucana, o sobre el camino de Lurín si descendía por San Damián al valle de Cieneguilla. Para poder conocer oportunamente esto, mandé un fuerte destacamento al primer lugar y por él supe que Castilla había tomado la obra ruta, de donde también tenía dos caminos para acercarse a Lima: el uno por el Portezuelo y el otro por la Tablada. Reconcentré, entonces, mis fuerzas de La Molina a Monterrico Chico.

Increíble es cuánto gasté de mi peculio en espías para conocer la ruta que pudiera tomar, siéndome todo infructuoso, a causa de que los espías le servían a él más bien que a mí, porque la multitud era adicta a la revolución: obraba yo, en fin, por sólo cálculo. Una de las medidas que tomé fué la de situar una pequeña partida a cargo de un oficial muy valiente y muy decidido por mí con buenos caballos, que se situara muy cerca del enemigo, en observación de sus movimientos con cohetes de señales para que, por medio de ellos, me indicara la ruta que tomase. Por este medio supe, al fin, que venía por el camino principal. Pero también de él tenía dos direcciones, la una rectamente por San Borja, la otra que podía ser por San Juan, a Miraflores. Así que, cuando en la noche me anunciaron los cohetes su marcha, me situé en San Borja con todo el ejército.

Cuando empezó a amanecer, distinguí del mirador de la hacienda, por la polvareda, que se dirigía a Miraflores. Poniendo en marcha el ejército a ese lugar, me adelanté con una división. El camino de mi tránsito lo habían inundado completamente, lo que embarazó mucho mi marcha, sucediendo que llegara él primero que yo a Miraflores, lo cual me obligó a tomar la Huaca Juliana, a cuyos puntos, tanto él como yo llegábamos en desfilada no pudiendo, por tanto, atacarnos. Debo advertir que de prevención al dirigirme yo a San Borja, había mandado toda mi caballería que se componía como de mil hombres a la órdenes del general Vidal, para que embarazase los movimientos del enemigo. Por desgracia no hizo esto, que me habría facilitado ocupar Miraflores antes que él y con una parte del ejército reunido, de manera que pudiera batirlo.

Si la posición que yo ocupé era formidable para contenerlo y embarazar sus proyectos, los que, según después supe, fueron dirigirse al Callao, con cuya población contaba; y también para cortar el camino a Lima, es decir, para la defensiva en todo caso, de nada servía para la ofensiva pues que para ella había graves inconvenientes. De frente no podía atacársele porque lo defendía el olivar de Surquillo con grandes paredones de manera que no dejaba espacio para llegar donde él, sino por la estrechura del camino, en el cual apenas cabía una mitad de frente y, además, lo defendía el pueblo con las tapias de su frente en las que podía parapetarse. Por mi derecha lo resguardaba también el estrecho que hace el mar, cubierto igualmente de tapias. Y para atacarlo por la izquierda era necesario dar un largo rodeo, dejando descubierta la Huaca, en la cual estaba yo situado que, ocupada por el enemigo, le dejaba franco el paso para Lima y el Callao.

Situados ambos de ese modo, pasaron muchos días sin que ni uno ni otro atacase, estando, puede decirse, a tiro de cañón. Contaba

yo con que mi enemigo no podría permanecer mucho tiempo de ese modo porque los recursos debían escasearle, obligándolo esto a variar de posición; mas como tenía a su favor la opinión tanto de la Capital como de las masas, no sucedía ello porque lo proveían de todo. Concebí entonces la manera de atacarlo sobreponiéndome a los inconvenientes dichos, del siguiente modo. Hice primero que mis comandantes generales de divisiones, sin decirles el objeto, subiendo a la Huaca, conociesen bien la manera cómo estaban situadas ese día las fuerzas de Castilla; y luego en la noche, reuniéndolos en mi tienda de campaña, les hice conocer mi resolución de atacar, la hora en que me proponía hacerlo y lo que cada uno debía practicar. Constaba mi ejército de cuatro divisiones que las mandaban los generales Pezet, Deustua, Cisneros y Guarda. A una hora dada en la noche, debía el primero ponerse en camino con su división y dos fuertes escuadrones de Caballería, y circunvalar el olivar de Surquillo de manera que en los momentos de empezar a rayar el día se encontrase sobre el flanco derecho del enemigo y lo atacara de sorpresa. Las divisiones 2ª. y 3ª. debían moverse a la misma hora y colocarse tras los paradones del galpón de Surquillo que ya estaban casi a tiro del enemigo y, al sentir los fuegos de la división de Pezet, atacar también rápidamente la una por el camino real y la otra sobre el pueblo. La 4a. quedaba en reserva. A la vez que se sintieran los fuegos de Pezet debía también nuestra artillería romperlos sobre unas piezas que el enemigo tenía colocadas para defender el camino e inutilizarlas, cosa muy posible pues ya habíamos verificado el ensayo el primer día del año habiendo bastado una descarga para que aquellas piezas fueran abandonadas. Dedúcese de lo expuesto que los fuegos de Pezet a la derecha del enemigo era la señal del combate para las otras divisiones y para la artillería. Seguro habría sido el resultado, pues el enemigo no podía resistir un ataque hecho a la vez sobre su flanco derecho y de frente, y así lo confesó el general San Román después.

Sólo los cuatro generales nombrados, el comandante general de artillería y el general Suárez, prefecto de Lima, conocían mi intento de atacar en aquella madrugada, y el último sólo porque me fué preciso pedirle las fuerzas que tenía en Lima para contar con ellas más en la batalla. Y, sin embargo, Castilla supo que debía ser atacado (9) y con conocimiento de esto varió su campamento, de manera que, cuando llegó el general Pezet al lugar indicado, ya no se encontraba el enemigo en él.

Sabía Pezet que en ese sitio estaba combinada la batalla y que sus fuegos eran la señal para que las demás divisiones obraran, y lo natural, lo reconocerán todos, era hacer alto allí y dar cuenta de

lo ocurrido para que, en concepto de ello, se resolviera lo conveniente. Mas no lo hizo así ese general sino que, en su deseo de combatir y juzgando, según después me lo dijo, que con sola su división batiría a Castilla tomándolo en el movimiento que ejecutaba, lo siguió y comprometió la batalla con sólo ella, estando ya aquel situado con todo su ejército en La Palma, en cuyo lugar percibí los fuegos (10).

Sorprendido con aquel incidente, sin saber lo que pasaba ni siquiera la manera cómo el enemigo estaba colocado, me dirigí yo al lugar del combate, disponiendo que las divisiones de Deustua y Cisneros me siguieran. A pesar de la gran neblina que había, acercándome cuanto era necesario a mi objeto, y poniéndome a merced de los fuegos enemigos, logré conocer cómo estaba colocado y cuáles eran su derecha e izquierda. Se reanimó entonces mi esperanza porque ví que Castilla se había colocado de una manera que no lo habría hecho ningún soldado, entregándome completamente su flanco derecho. Para vencerlo no había más que sostener el ataque como estaba comprometido y atacar en seguida ese flanco. Corrí, por tanto, a alcanzar las divisiones que venían tras de mí y, encontrando la de Deustua, lo mandé atacar el centro de la línea enemiga, previniéndole esto, y volví a alcanzar la de Cisneros para que atacase a la izquierda. Pero cuando esa división llegó estaba ya derrotado Pezet y, por lo tanto, mandé que lo reemplazara, marchando en seguida para conducir yo mismo la de Guarda a atacar el flanco que el enemigo me había descubierto. Llegué al sitio conveniente y, cuando hacía que esa división desplegara para que verificase el ataque, me encontré con que las divisiones de Deustua y Cisneros habían vuelto caras: la primera porque el general que la mandaba había muerto al principio del ataque, como murió también el coronel Carranza, jefe del mejor cuerpo y quien, sin esto, habría reemplazado al general; y la otra, por encontrarse sola ya en la batalla contra todo el ejército enemigo. Al ver yo esto, disponiendo que se iniciara el ataque, me dirigí al lugar de la dispersión con el fin de contenerla y rehacer la batalla, máxime cuando veía intacta la Caballería que podía servirme para ello. Pero ningún esfuerzo bastó por la desgraciada calidad de nuestros soldados, que una vez que vuelven caras no hay poder que los detenga.

La batalla estaba completamente perdida y, sin embargo de esto, traté de volver donde había dejado la división de Guarda, mas encontré obstruido el camino por todas partes por el enemigo victorioso, no teniendo absolutamente por dónde ir donde quería, y estando acompañado de sólo dos ayudantes que no me abandonaron y de una pequeña escolta (11), tuve entonces que resignarme a la

suerte y venir al paso a Lima, que ya estaba en movimiento con la victoria de Castilla, y me asilé en casa del Ministro inglés.

Al poco rato de esto, se sintieron ya turbas desenfrenadas que, vitoreando el triunfo de Castilla y acaudilladas por hombres perversos, se entregaban al saqueo del Palacio y de mis propiedades, adquiridas antes de ser Presidente, y que no sólo robaban, sino destrozaban por sólo el placer de perjudicarme, llegando al extremo de querer acometer la casa del Ministro en la que me encontraba para victimarme, cosa que no llegaron a verificar merced sólo a la energía con que procedió ese Ministro tendiendo en la puerta el pabellón de su nación para que pasasen sobre él. De ese modo, y con mi ostracismo después, fué cómo se compensaron los beneficios que yo había hecho a ese pueblo, de libertad completa, de respeto a las garantías, de progreso, de enriquecimiento y de bienestar general. No sentía ciertamente, lo declaro, haber perdido un puesto que ya me tenía completamente hastiado, y que aun triunfando tenía la firme resolución de dejar, renunciándolo, sino la ingratitud e injusticia con que se me injuriaba y se pagaban mis servicios. Mi resolución de dejar la Presidencia llegaba al grado de tener dispuesto, en el caso de triunfar, expedir sobre el mismo campo de batalla el decreto convocando un Congreso extraordinario para deponer el mando ante él y pedir mi juicio de residencia: ése habría sido el único trofeo que habría tenido y pretendido por mi triunfo.

Estando en casa de dicho Ministro, se me presentó el señor Moncayo, Ministro del Ecuador, que, mandado por Castilla, venía a verse conmigo para saber la resolución que yo pensaba tomar. Le contesté que yo mismo no sabía lo que haría, pues nada había resuelto sobre el particular. Entonces me repuso que el general deseaba conocerla, porque si yo me decidía a pasar el Istmo, en tal caso procedería con indulgencia respecto de todos los que habían servido mi causa, con muy pocas excepciones; mientras que de otro modo tendría que ser severo con la generalidad. Interponiéndose la suerte de mis fieles servidores dije que lo complacería, dirigiéndome a Estados Unidos, y con tal objeto me trasladé a un buque de S. M. B. comprometido con el Ministro de esa nación para verificar aquel viaje, quien me acompañó hasta el buque, persuadido yo de que se me cumpliría lo prometido y resuelto, en cuanto a mí, a no ocuparme más de política (12).

La manera cómo cumplió el vencedor fué empezar desde el día siguiente que me vió embarcado, a dar de baja del ejército a todos los generales y jefes, sin derecho a los goces que tenían por sus servicios; a despojar a todos los empleados y aun algunos del Poder Judicial; y, constituido en dictador, aprisionar y perseguir a

muchos y desterrar a otros, a la vez que su prensa seguir publicando dictérios contra mí. Mi resolución con esto varió naturalmente y, luego que llegué a Estados Unidos, publiqué y dirigí una protesta a la Corte Suprema contra la violación hecha a los preceptos constitucionales, resolviéndome, además, a proceder conforme a mis deberes en cumplimiento de ella. Después de lo dicho, si yo podía resignarme a mi personal desgracia, no era posible que como patriota mirara con indiferencia la suerte del país y la de tantos que con lealtad habían servido, no a mí, sino a la legitimidad y a las instituciones, consignadas en una Constitución que había regido dieciséis años y que se rompía por el querer de un hombre y de una facción.

CAPITULO XX

LA REVOLUCION DE VIVANCO

(1857-1858)

Para ser indiferente a tales cosas, era necesario no tener ni honor ni patriotismo y, a Dios gracias, como lo he manifestado en este escrito, he poseído lo uno y lo otro, y por ambas cosas sacrifiqué siempre mi bienestar. Debí, pues, por tanto, procurar el reivindicar mi honra que cada día se vulneraba más por la prensa y con procedimientos injustos, sin que nadie se atreviera a defenderla, y a cumplir mis deberes como patriota procurando el restablecimiento del orden constitucional, de la manera que me fuera posible y con mayor razón en esto, cuanto que ello se me pedía con instancia por muchísimas personas de representación en el país, que me hacían conocer el estado de violencia en que él estaba por las arbitrariedades de Castilla y la ruina a que lo encaminaba.

Principié, en cuanto a lo primero, por escribir un manifiesto en el que estaban demostradas la injusticia, como la verdadera causa de la revolución que me hicieron, el cual se publicó en Nueva York, sin que nadie se atreviera a contradecirlas, sino repitiendo los dictérios y calumnias que contra mí se prodigaron desde un principio y continuaron prodigándose después (1).

Respecto de lo otro, me resigné a nuevos sacrificios y penalidades, olvidando cuanto había sufrido y las ingratitudes y algunas traiciones de que había sido víctima, en más de un año que combatí aquella revolución, con sólo el apoyo de un pequeño pero leal ejército, y las que he omitido detallar de exprofeso. Ante el interés de la Patria yo debí olvidar y olvidé que el pueblo por cuyo bien había trabajado con tesón, hubiera correspondido mis esfuerzos con una revolución, olvidé que turbas exaltadas y desenfrenadas hubie-

ran saqueado y destruído mis propiedades y aun amenazado mi vida con el asesinato; olvidé, por último, que se hubiera calumniado e infamado mi nombre. Nada de esto había hecho la Patria que, por el contrario, sufría más que yo siendo, por tanto, mi deber redimirla del penoso estado en que estaba y del fatal porvenir que se le esperaba.

Y no se piense que cuando me resolví a esto, fuera impulsado por el deseo de gobernar o por ambición al mando. Nó, y para que esto no se crea y se juzgue de los hechos de mi vida, debo aquí hacer una confesión sincera de los sentimientos de mi alma, de mi carácter y aún de mis flaquezas. Sea por pequeñez o insuficiencia, nunca me dominó la idea de gobierno ni de hacerme de ese modo superior a mis compatriotas y si alguna vez contribuí a ello y me presté, fué sólo arrastrado por las circunstancias. Mi verdadera ambición ha consistido sólo en ser útil a mi Patria en cualquier esfera y en merecer un buen concepto y las consideraciones de mis semejantes, así como la de servir a cuantos pudiera y muy especialmente a mis amigos, lo cual ha sido mi débil y me ha costado sacrificios no pequeños y amargos desengaños. Ser querido, que se tuviera buen concepto de mí y poder ser útil, he aquí lo que ha constituido mi verdadera ambición. Por eso, jamás me envanecí en la prosperidad y fuí atento aun con el más infeliz; así como tampoco me degradé ni prostituí en la desgracia, siendo en ella más bien altanero y hasta soberbio. Apreciador del mérito y de los talentos, respeté estas cualidades aun en los que me eran contrarios, y procuraba atraerlos. Jamás he sido vengativo y he olvidado con facilidad aun las mayores ofensas cuando el que me las ha hecho se ha arrepentido de ellas o procurado satisfacerme; buena prueba de esto es el haber perdonado, llegado el caso, como todos saben, a ese mismo Castilla y a ese Elías, que tanto me habían dañado en mi reputación e intereses y que fueron causantes de mis desgracias, como a otros que también fueron injustos conmigo.

No fué, pues, por tanto, la ambición lo que me impulsó a variar de propósito y volver a la vida de fatigas y penalidades, sino sólo restablecer el orden constitucional, salvar al país del mal camino por el cual se le conducía y remediar la suerte de mis fieles servidores. Después de esto, el interés en cuanto a mí era justificarme ante el mundo de las imputaciones que se me habían hecho, por medio de un juicio de residencia y, después de él, vivir tranquilo en mi Patria al lado de mi madre, esposa, hijos y familia.

Resuelto, por todo lo dicho, a proceder y trabajar por el restablecimiento de las instituciones derrocadas, contesté a los amigos que me habían escrito en este sentido, para que contribuyeran por

su parte; y empecé a procurar los medios de hacerme de algún armamento y de algunos otros útiles que eran de absoluta necesidad, que no podían obtenerse en el Perú, y sin los que nada era posible hacer. Como gozaba yo de buena reputación en el extranjero, como era sabido que representaba la legitimidad en el Perú y no se desconocía lo que en él pasaba, no faltaron capitalistas aventureros que, por una persona de mi confianza, me mandaron proponer el facilitarme dos mil hombres, enganchados de gente selecta, perfectamente armados con más [de] seis mil fusiles, artillería y otros útiles, para armar y equipar en el Perú igual fuerza, y también dos grandes vapores, siendo todo hecho y transportado de su cuenta, a condición de que el valor que se estipulara por todo, fuese pagado con guano que ellos extraerían de las Islas de Chíncha luego que éstas fueran ocupadas por mí. Por lisonjera que fuera esta propuesta, yo la consideré contraria a mi honor y a mi patriotismo y la rechacé de plano. Supe después que ello llegó a conocimiento de Castilla quien, sin dejar de continuar infamándose en lo general, dijo que en aquello procedía con nobleza y patriotismo.

Antes de que estas cosas sucedieran, había llegado a conocimiento de Castilla la protesta que yo había dirigido a la Corte Suprema; con motivo de ella decretó (2), artero y bien seguro de que no sucedería, que yo fuera a Lima a someterme a juicio, cuando él ejercía el mando dictatorialmente. ¡Podía suponer él nunca que yo fuera intonso hasta el grado de hacer tal cosa en semejante circunstancias! Seguro es que no debió esperarlo; pero su fin era alucinar y tal fué su único objeto. Cuando conocí tal decreto estaba ya en la prensa el manifiesto de que he hablado, y en él en un apéndice expuse que llegaría la vez en que eso sucedería, cuando la Nación gozase de libertad, lo cual en efecto aconteció, como lo demostraré después.

Continuando mis diligencias para hacerme de algunos artículos de guerra, logré obtener un contrato por seis mil fusiles con sus correspondientes municiones, algunos cañones, equipo y menaje para igual fuerza, siendo de cuenta del contratista poner estas especies en Valparaíso, mantenerlo allí embarcado por tiempo determinado y después ponerlo en un puerto del Perú que yo señalara, debiendo yo adelantar diez mil pesos por su importe, pagar las estadías del tiempo que estuviera en Valparaíso y satisfacer el resto de su valor en un plazo señalado; lo cual, si no se cumplía quedaba rescindido el contrato, perdidos por mí los diez mil pesos y árbitro el dueño del cargamento para disponer de él como tuviera por conveniente. Con las seguridades que se me daban del Perú, juzgué que podía yo cumplir las condiciones dichas y, por tanto, a la vez de em-

prender la navegación aquel buque por el Cabo, también la verifiqué yo por Panamá en el vapor de la Mala.

De allí, es cierto que no podía yo continuarla del mismo modo hasta Valparaíso, porque habría sido tomado en el Callao o en cualquier puerto del Perú; pero sabía que algunos buques de guerra debían tocar allí para seguir con aquella dirección y que no era difícil que me condujeran, contando con relaciones que podían facilitarme aquello. Llegó, en efecto, un buque de guerra inglés y obtuve de su bondadoso capitán tal gracia, aunque debía llegar de tránsito al Callao. Pero esto, en vez de serme perjudicial, me era favorable por muchos motivos y celebré, por tanto, el incidente.

Sorprendió infinito a Castilla mi presencia en el Callao (3) de ese modo pero, habiéndole hecho conocer el Ministro de la nación a que pertenecía el buque en que estaba, que sólo iba de tránsito, tuvo que resignarse, aunque vigilando el buque de distancia con botes de ronda día y noche para impedir el que pudiera desembarcar. Pude, sin embargo de esto, ponerme en comunicación con miembros de mi familia, como con amigos y partidarios de mi íntima confianza y saber por ellos que era cierto el estado de gran violencia y disgusto en que estaba el país y el desprestigio en que se encontraba Castilla por sus desaciertos, hasta por el mismo partido que lo había elevado, asegurándome que el menor esfuerzo de mi parte y el sólo el apersonarme en cualquier parte del Sur del Perú, con cualquier apoyo, bastaría para derrocarlo del Poder y restablecer el anterior orden de cosas.

Después de seis u ocho días de residencia en aquel lugar, continuamos el viaje a Valparaíso, donde fui recibido con el mayor regocijo por los generales y jefes que allí estaban desterrados, quienes con mi presencia concibieron la esperanza de volver a la Patria y salir de la triste condición en que estaban, concibiéndola también la generalidad del país de salvar, con mi aproximación, de las arbitrariedades, derroches y desgobierno de Castilla. No eran ya sólo, repito, los que habían caído conmigo quienes tal cosa deseaban, sino también, aunque por distinto medio, los que lo habían ayudado a elevarse, cuya cosa se demostró por diferentes actos de aquel partido, bien conocidos (4), de que después hablaré. Juzgué yo por lo tanto [*que habían*] mayores facilidades para mi empresa y para que el país volviera a la senda constitucional, restableciéndose derechos adquiridos por servicios prestados, y que la nación se descargara de empleados improvisados, de militares sin títulos ni carrera, con cuyas cosas se habían duplicado los cargos, viniendo a ser más tarde un insoportable gravamen para el Erario Nacional; de volver-

se, en fin, al camino constitucional y al estado de progreso, de orden y de economía de que la revolución lo había privado.

Desde que llegué a Valparaíso, recibí innumerables comunicaciones, todas conducentes a ofrecerme cooperación y manifestarme grandes posibilidades para destituir a Castilla del poder, pues así lo deseaban aun los mismos que lo habían elevado; pero también me decían que el medio más seguro era el de que procediera de acuerdo con Vivanco y que, juntos, penetráramos por el Sur pues, de ese modo, podríamos apoyarnos en Arequipa, cuyo pueblo se mostraba generalmente arrepentido de la manera que contra él había procedido y deseaba darle pruebas de ello, a la vez que también mostraba decisión por mí. Con este motivo, marché a Santiago, donde estaba aquel general acompañado del general Caravedo, muy amigo suyo, para hablarle sobre lo que se consideraba como necesario. Se manifestó dispuesto a que procediéramos de acuerdo y que marchásemos juntos contra Castilla, pero nó en favor del principio constitucional sino por la Dictadura en nombre suyo; pues que juzgaba que sólo de ese modo podía servirse con provecho al país por ser la única manera como podían combatirse los vicios y la corrupción que tan arraigados estaban en él. No era posible que yo, representante de la legitimidad, me prestara a ello y, por lo tanto, discordando en esta parte, no pudimos arribar al fin propuesto, despidiéndonos como amigos, pero resueltos a proceder cada uno aisladamente a su fin.

Castilla, que conocía bien su situación y el gran peligro que corría si yo llegaba a penetrar en el Sur, cuyos pueblos le eran adversos, máxime cuando sabía los elementos de guerra que tenía y podía introducir por allí, mandó en el momento que la mayor parte de la escuadra de que disponía y que era abundante, pues le habían llegado los buques que yo había mandado construir, fuera a situarse en los puertos del Sur, estableciendo con ella un crucero que embazara lo uno y otro, con lo cual quedaron paralizados mis movimientos, pues sin aquel armamento nada podía realizar con provecho.

Entonces mis amigos dedicaron sus trabajos a procurar poner de mi parte la escuadra o parte de ella para facilitar mis operaciones, logrando entenderse en Arica con el hoy contra-almirante [Lizardo] Montero que estaba allí en el "Apurímac", el buque de más poder, quien se prestó porque ningún compromiso lo ligaba con Castilla y había, por el contrario, sido servidor de mi gobierno, dándole alguna cantidad para que gratificara [a] la guarnición. A la vez, el coronel Gamio, aquel mismo que había sublevado Arequipa contra mí (5), que gozaba de gran influencia sobre la plebe de ese pueblo y que estaba ofendido con Castilla, se había entendido con

miembros de mi familia en Lima y ofrecido reaccionar y sublevar aquel lugar en mi favor, pidiendo para ello una cantidad que concebía necesaria. Aceptada la promesa y dándosele lo que pedía, se puso en marcha a aquella ciudad y verificó la revolución pero, en lugar de proclamar el principio constitucional, la hizo en nombre de Vivanco. El señor Montero depuso también al jefe que mandaba el buque, poniéndose a la cabeza de él pero, habiendo proclamado Arequipa a Vivanco (6), y concibiendo quedar sin apoyo si él no verificaba lo mismo, tuvo que hacerlo, ocasionando ello que la revolución que debió hacerse por la legitimidad y que se verificó con mis elementos, resultó por Vivanco.

Noticioso éste de lo ocurrido, se puso inmediatamente en viaje para ponerse a la cabeza del movimiento, sin verse ni entenderse conmigo, llegando sin novedad a Arequipa, pues nada había que pudiera impedirselo. Pero él, como era natural, no conocía los hilos ni ramificaciones de una revolución que no había trabajado y que causó gran sorpresa en el país, pues sólo la esperaban en mi favor produciendo, por tanto, de un lado, paralización, en los pueblos que debían secundarla y, de otro, el no saber él, cómo debía proceder para llevarla a buen éxito. En cuanto a mí, si no debía cruzarla, pues al fin tendía a salvar la República de la ominosa dominación de Castilla, tampoco era posible que me uniera a ella en el carácter que investía. Dejé, por tanto, a los míos en libertad de proceder como lo estimaran conveniente, aconsejando sin embargo a los que me consultaban que se unieran a él, como sucedió con todos los desterrados que estaban en Chile, incluso el Gran Mariscal La Fuente, quienes fueron a ponerse a sus órdenes. También por consejo mío se declararon a su favor algunos pueblos pero otros, a pesar de ello, permanecieron inactivos, ya porque no le eran adictos ya porque no convenían en el principio dictatorial que él proclamó, contra el cual habían antes combatido.

Por tales causas no pudo ser atinado en sus procedimientos y, en vez de hacerse dueño de todo el armamento que yo poseía, entendiéndose con el contratista que ya era dueño de él, cosa que sabía, por no habérsele pagado en el tiempo acordado y de apoderarse de todo el Sur sin inconveniente, abandonó completamente esta parte de la República y se dirigió al Norte con cerca de ochocientos hombres que inmediatamente organizó en Arequipa, tocando de arribada en el Callao, donde permaneció algunos días, suponiendo que Lima se pronunciaría en su favor. No era posible que esto sucediera, como no sucedió, estando allí Castilla con fuerzas, y entonces se dirigió a aislarse en Piura, donde un amigo mío se pronunció por él, poniendo a sus órdenes como cuatrocientos hombres.

Castilla, sin embargo de no tener facilidades por mar, pues que sobre el buque de mayor poder que ya tenía Vivanco, se le había pasado otro, haciendo uso sólo de los vapores mercantes, puso en Trujillo una fuerte división a la cual Vivanco no pudo combatir; éste, entonces, conociendo su error, decidió volver al Sur, y quiso atacar el Callao, creyéndolo sin tropas, y apoderarse de Lima, que era su meta. Llegado a este puerto mandó desembarcar la mayor parte de sus fuerzas a las órdenes del coronel Lopera, pero éstas fueron batidas por sólo las Guardias Nacionales del Callao, muriendo allí el jefe. Sucedido esto, Vivanco, con sus restos, se dirigió a Arequipa en donde Castilla, haciendo uso de los vapores mercantes, lo buscó con su ejército y lo atacó y venció, como es sabido, obligándolo a volver a su destierro, perdida completamente una revolución que se había iniciado bajo de los mejores auspicios y con todas las probabilidades del triunfo (7).

Si desde que se verificó la revolución en Arequipa con el nombre de Vivanco, y en todo el tiempo que ella duró, me escribían mis partidarios asegurándome el mal éxito de ella y manifestándome el no serles posible cooperar en su favor por ser contraria a los principios que ellos profesaban y yo representaba agregando el que, por la misma causa, no era aceptable por los que habían servido con Castilla, aunque estuvieran disgustados con su mal proceder, mayor fué el número de cartas que recibí cuando Vivanco se reconcentró en Arequipa, después de su derrota en el Callao, haciéndome saber que, aunque éste fuera vencido allí por Castilla, encontraría yo mayor cooperación y más facilidades si me presentaba en cualquier punto del Perú con algunos elementos, pues que aun autoridades al servicio de Castilla y hasta el prefecto de un departamento inmediato a la capital, estaban decididos y comprometidos a servir mi causa, dándome comprobantes que justificaban tales asertos.

A la vez que recibía tales cartas se presentó en Valparaíso, donde me hallaba, el vapor de guerra "Apurímac" que Vivanco mandó a ese puerto, a las órdenes del general Rivas, uno de mis más decididos partidarios, quien, a la vez de tener el carácter de Comandante General de Marina, llevaba el encargo de procurar armamento, vestuario y otros útiles de guerra de que aquél carecía. Como era consiguiente a nuestras relaciones, me buscó en el acto para darme noticias del estado de Vivanco, como del objeto de su viaje. No podía presentármeme mejor oportunidad de arreglar un plan, teniendo en cuenta el contenido de las cartas dichas y, por tanto, mostrándoselas todas a Rivas para que conociera la situación del Perú y lo que se me pedía, convenimos en que debía permanecer leal a Vivanco mientras que existiera su causa, pero que si él era derro-

tado, como parecía probable y ella concluía, entonces, en lugar de someterse a Castilla y entregarle el buque, volviera a Valparaíso para ponerlo a mis órdenes, a fin de que fuera yo en él a desembarcar donde me conviniera, dejando a Castilla aislado en Arequipa con sus fuerzas, sin que pudiera moverlas a ninguna parte pues que dicho buque, después de dejarme en un puerto del Perú, se situaría sobre la costa de Arequipa para embarazar el que Castilla pudiera dirigirse por mar a ningún lugar.

Rivas, en vista de tales cartas, no sólo se comprometió seriamente conmigo a proceder de la manera dicha, sino que todos los días, mientras estuvo en Valparaíso, me visitaba, ratificando su compromiso, mostrándose contento de que pudiera llegar la ocasión en la cual le fuera permitido satisfacer los deseos de su corazón y servir la causa de sus afecciones y de sus principios.

Cuando hubo llenado los objetos de su viaje a Valparaíso, se despidió de mí, reiterándome sus promesas y diciéndome que, con la seguridad de que ellas serían religiosamente cumplidas, tomase todas las medidas que concibiese conducentes al logro de mis propósitos. Así lo hice y en tal concepto escribí al Perú haciendo las prevenciones convenientes, y determinando la manera cómo debía procederse en el caso de que fuera derrotado Vivanco y se supiera que yo había ocupado cualquier punto del Perú, aunque sin determinarlo, pues esto sólo yo debía saberlo, pero era en concepto de ello que determinaba el modo cómo debía procederse en cada lugar.

Nunca, atendida la situación en que el Perú estaba entonces, pudo presentarse mejor oportunidad para restablecerse el orden constitucional, y para salvarlo de la ominosa dominación de Castilla. Rechazada ella aun por los mismos que lo habían elevado, lo cual [se] comprueba con irrefragables testimonios que acaecieron, como por ejemplo la revolución que hizo en la capital el general Castillo a presencia suya y con fuerzas de su mismo ejército y la que intentó después el señor Gálvez, también con fuerzas que acometieron su casa, de la que salvó por un incidente y encontrándose reducido él a Arequipa con su ejército y libre, por tanto, la República de fuerzas que impidieran la libre acción de los pueblos, claro es que ellos habrían obrado con decisión para sacudirse de tan aborrecido gobernante, tan luego como hubieran contado con algún apoyo. Pero Rivas, o no tuvo resolución para llenar sus compromisos cuando al llegar a Islay supo la derrota de Vivanco, o en sus personales intereses encontró preferible capitular y someter el buque a la autoridad de Castilla mediante una estipulación, como lo verificó, burlando así mis proyectos y dejándome sin acción, pues con la entrega de aquel buque lo hacía nuevamente dueño del mar.

CAPITULO XXI

ECHENIQUE CONSPIRADOR, PRESO POLITICO Y EXPATRIADO

(1858-1861)

Y, por cierto que con ello se perdió una brillante oportunidad pues, sobre lo dicho, saben todos cuán difícil se hizo la situación de Castilla en Arequipa después de su triunfo. Exacerbado el pueblo y lleno de saña después de su derrota, tanto por ella cuanto por las providencias de castigo que aquél decretó, estaba dispuesto a todo y principalmente a vengarse, encontrándose a la vez armado y contenido sólo por la fuerza que allí existía. Sobre esto acaeció en ese tiempo, como también debe recordarse, el hecho escandaloso de haberse disuelto a bayoneta armada el Congreso, por el comandante Arguedas (1), hecho que generalmente se atribuyó a Castilla o, por lo menos, fué tolerado y sancionado por él, pues que en vez de restablecerlo, convocó uno nuevo con el carácter de Constituyente, quedando el otro disuelto por aquel hecho. Y no sólo hizo esto, sino que ejerció todo su poder para que los diputados que se eligieran fueran de un color político enteramente opuesto al de aquellos que lo habían elevado, tanto que aun dos de los que habían sido ministros míos, fueron por ese influjo elegidos representantes, haciendo que aun la presidencia de aquel cuerpo recayera en uno de ellos. Su plan era entonces deshacerse de la Constitución que el otro había sancionado, contraria a sus ideas, y que se diera otra conforme a ellas, y por la cual pudiera ser reelecto Presidente (2).

Aunque perdidas por mí todas las ventajas y facilidades que me habría dado el que Rivas cumpliera lo prometido, en lo cual estaban basados mis cálculos, no por eso podía yo ni debía abandonar la empresa a la cual me ligaban sagrados deberes y compromisos con muchos que, no obstante lo sucedido, me manifestaban decisión

para ayudarme y facilidades de buen éxito; pues que si era cierto el haberse prestado a servir con Castilla muchos de los militares que habían caído conmigo, después de haber sido hostilizados y perseguidos por él, también gran parte de los que le habían pertenecido estaban resueltos a ayudarme. Se agregaba también a ello el que Belzu había sido derrocado en Bolivia por una revolución (3) que se había hecho en favor del señor Linares, amigo político y personal mío, con quien me ligaban compromisos antelados, desde la época en que aquél se había puesto en pugna conmigo favoreciendo la revolución de Castilla y púestose en guerra con el Perú. Sobre todo, se me aseguraba que si lograba ponerme de cualquier modo en el Sur del Perú, se levantarían inmediatamente en favor de mi causa Arequipa, Tacna y Moquegua que estaban decididos por ello, y aun Puno donde, de seguro, se contaba con el jefe del batallón de gendarmes que allí había, comprometido a ello y decidido amigo mío.

Aunque Castilla, recelando seguramente que yo pudiera hacer tal cosa, había puesto mucho crucero sobre aquella costa para impedirlo, resolví verificar mi viaje por Cobiya, fletando un pequeño buque que me condujera allí y, desembarcando de incógnito, penetrar por el despoblado para situarme en las inmediaciones de Puno, de manera que fuera desconocida por aquél mi situación. Llegué, en efecto, a dicho puerto siendo completamente ignorada mi marcha aun en Chile mismo y continué de ese modo hasta Oruro. Allí me fué preciso ver a la autoridad para evitar cualquier tropiezo, verificándolo de una manera reservada y con el fin de hacerle conocer que el único objeto de mi viaje era el de ver y hablar con el señor Linares. Supe entonces que dicho señor debía llegar al lugar a los tres días, y convinimos en que lo esperara, manteniéndome de incógnito mientras tanto. Pero la casualidad hizo que unos viajeros de Tacna, que habían ido a aquel lugar por negocios y que eran amigos de Castilla, me viesen; y éstos en el acto comunicaron por un propio a la autoridad de su país el encontrarme yo en aquel punto, noticia que, como era consiguiente, se transmitió a los prefectos de Puno y Arequipa y también al mismo Castilla.

Cuando el señor Linares llegó en el tiempo que se había dicho, fuí a verlo en el acto, como debía hacerlo, recibíendome él con la mayor cordialidad y agrado, no sólo por la amistad que entre ambos existía, sino porque mi presencia en Bolivia era una garantía para su gobierno contra las pretensiones de Belzu, asilado en el Perú, de quien, como de los demás que con él habían caído y que estaban en su compañía, temía una reacción patrocinada por Castilla, como lo había hecho antes contra Ballivián (4), en razón a las relaciones políticas que los unía y porque en los intereses de ambos

para ayudarme y facilidades de buen éxito; pues que si era cierto el haberse prestado a servir con Castilla muchos de los militares que habían caído conmigo, después de haber sido hostilizados y perseguidos por él, también gran parte de los que le habían pertenecido estaban resueltos a ayudarme. Se agregaba también a ello el que Belzu había sido derrocado en Bolivia por una revolución (3) que se había hecho en favor del señor Linares, amigo político y personal mío, con quien me ligaban compromisos antelados, desde la época en que aquél se había puesto en pugna conmigo favoreciendo la revolución de Castilla y puéstose en guerra con el Perú. Sobre todo, se me aseguraba que si lograba ponerme de cualquier modo en el Sur del Perú, se levantarían inmediatamente en favor de mi causa Arequipa, Tacna y Moquegua que estaban decididos por ello, y aun Puno donde, de seguro, se contaba con el jefe del batallón de gen darmes que allí había, comprometido a ello y decidido amigo mío.

Aunque Castilla, recelando seguramente que yo pudiera hacer tal cosa, había puesto mucho crucero sobre aquella costa para impedirlo, resolví verificar mi viaje por Cobija, fletando un pequeño buque que me condujera allí y, desembarcando de incógnito, penetrar por el despoblado para situarme en las inmediaciones de Puno, de manera que fuera desconocida por aquél mi situación. Llegué, en efecto, a dicho puerto siendo completamente ignorada mi marcha aun en Chile mismo y continué de ese modo hasta Oruro. Allí me fué preciso ver a la autoridad para evitar cualquier tropiezo, verificándolo de una manera reservada y con el fin de hacerle conocer que el único objeto de mi viaje era el de ver y hablar con el señor Linares. Supe entonces que dicho señor debía llegar al lugar a los tres días, y convinimos en que lo esperara, manteniéndome de incógnito mientras tanto. Pero la casualidad hizo que unos viajeros de Tacna, que habían ido a aquel lugar por negocios y que eran amigos de Castilla, me viesan; y éstos en el acto comunicaron por un propio a la autoridad de su país el encontrarme yo en aquel punto, noticia que, como era consiguiente, se transmitió a los prefectos de Puno y Arequipa y también al mismo Castilla.

Cuando el señor Linares llegó en el tiempo que se había dicho, fuí a verlo en el acto, como debía hacerlo, recibéndome él con la mayor cordialidad y agrado, no sólo por la amistad que entre ambos existía, sino porque mi presencia en Bolivia era una garantía para su gobierno contra las pretensiones de Belzu, asilado en el Perú, de quien, como de los demás que con él habían caído y que estaban en su compañía, temía una reacción patrocinada por Castilla, como lo había hecho antes contra Ballivián (4), en razón a las relaciones políticas que los unía y porque en los intereses de ambos

estaba protegerse mutuamente. Era, por consiguiente una necesidad para él la caída de Castilla, como para éste la de Linares, sin lo cual no tenían seguridad de sostenerse, agregándose a lo dicho el que ambos eran desde muy atrás enemigos personales y políticos por la manera hostil y despectiva con que el primero había tratado al segundo en la época en que estuvo desterrado en el Perú, mandándolo él, y a Bolivia, Belzu. Desde esa época, y muy especialmente desde que se decretó la guerra contra éste, databan mis relaciones íntimas con dicho señor Linares, pues que entonces tuvimos ambos diversas conferencias conducentes a obrar de común acuerdo para salvar a Bolivia de tan pernicioso gobernante y para que él lo reemplazara en el poder, para que de ese modo se establecieran de un modo permanente las buenas relaciones entre ambos pueblos, cosas en las que nos pusimos en completo acuerdo.

Existiendo tales precedentes, consiguiente a ellos era que nuestra conferencia fuera franca, máxime cuando él me pidió que así procediera, anticipándome él hallarse dispuesto a ayudarme decididamente en los proyectos que tuviera, por juzgarlo conveniente al interés de ambas naciones. Poco tenía yo que decirle respecto del estado de violencia en que estaba el Perú con Castilla y el anhelo de la mayoría de sacudirse de su administración como de la reacción que había hecho en favor mío pues él acababa de venir de allí y conocía sobradamente ambas cosas, así que sólo me reduje a hacerle conocer los motivos que me habían llevado a Bolivia, que consistían en ponerme en aptitud de penetrar en mi patria sin los inconvenientes que para ello tenía estando en Chile luego que se verificase una revolución a mi favor en Arequipa, la cual sería secundada por otros lugares como de ellos me lo ofrecían, muy especialmente en Puno, en cuyo lugar contaba con las pocas fuerzas que allí había. Contesté que le parecía muy bien mi proyecto y aun me agregó que, si quería, podía proceder en el acto, pues él pondría a mis órdenes parte de su ejército para que con él ocupara Puno para facilitar así el movimiento de Arequipa. Le contesté que no creía conveniente proceder de ese modo, pues ello daría lugar a que en todo tiempo se dijera que había invadido mi patria con fuerzas extrañas y se mirara como un baldón del que nunca podría librarme, siendo ello a la vez perjudicial y tal vez dañoso de presente, pues retraería a muchos poniéndolos del lado de Castilla pero, sobre todo, muy perjudicial a mí para lo futuro. Puesto que, se hallaba dispuesto a ayudarme, yo sólo le pedía el apoyo de algunas armas y otros útiles de guerra que pudiera necesitar pues con ello juzgaba tener lo suficiente para salvar [a] mi patria. Me contestó que contase con seguridad con ello en todo tiempo y que para ello, como para cuanto fuera

conducente a facilitar mis operaciones, me bastaba el entenderme con su ministro Fernández, a quien haría las prevenciones convenientes a fin de evitar las interpretaciones que pudieran darse de vernos en íntima relación.

Yo le había expuesto, entre otras cosas, que mi plan era el irme a situar en La Paz para de allí estar más próximo al Perú y en más facilidad para comunicarme con Arequipa y Puno; y él, respecto de esto me manifestó que, para quedar a cubierto de todo reclamo que sobre ello se le pudiera hacer, le parecía conveniente que no hiciera tal cosa sino que me estableciera, bien en el pueblo de Caracato o el de Luribai, ambos de muy buen temperamento y de donde tendría iguales facilidades, sin estar tan próximo a la frontera. Convine en ello y me dirigí al primero, de donde empecé a dirigir mis cosas poniéndome en comunicación con los que debían obrar en los diversos puntos del Perú, principalmente con los de Arequipa y Puno, recibiendo de ambos lugares satisfactorias noticias al grado de asegurarme del primero que pronto se haría la revolución, y del segundo, escribirme el jefe de las pocas fuerzas que allí había, estar dispuesto a cumplir mis órdenes, cualquiera que ellas fueran.

Esperaba lo primero para ponerme en Puno y pasar en seguida a Arequipa, cuando llegaron a Bolivia, también por el despoblado de Cobija, el general Castillo, primer teniente de Castilla en la revolución que se había hecho contra mí, el doctor Ureta, su jefe de E. M. en aquella campaña y después su ministro, y el coronel Gamio que, como lo he dicho había sido el autor en Arequipa ya de la revolución que contra mí se hizo allí como de la que después se verificó a favor de Vivanco. Todos tres estaban prófugos o desterrados por los sucesos que perpetraron contra Castilla, como ya lo he mencionado. A todos tres los conducía el objeto de sublevar el Sur, contando el primero con las influencias que en Puno tenía el señor Costas, autor también de la revolución que contra mí se hizo en aquel lugar, pero que ya se había hecho enemigo de Castilla. Cuando esos tres señores llegaron, trataron de ponerse en relación conmigo, viniendo el tercero al pueblo de Caracato en cuyo lugar me hallaba. Yo no tuve inconveniente en prestarme a ello con el primero y tercero, mas no con el segundo de quien había recibido ofensas personales. Pero el primero quería que uniera mis esfuerzos a los suyos, mas no en favor de la legitimidad sino para que la revolución fuera a su favor como la había hecho en Lima (5) y para sostener los principios de los llamados liberales, con quienes estaba de acuerdo y quienes se habían puesto en pugna con Castilla, siéndole, por tanto, adversos. Indigno era esto de mí y por ello me negué a tal

pretensión. El coronel Gamio entonces, disculpando sus anteriores procedimientos y el engaño que había hecho cuando revolucionó Arequipa en favor de Vivanco, atribuyendo que en esto había sido obligado por la decisión del pueblo y manifestándome de un lado, la impotencia de Castilla y de otro su decisión por mí, como lo era también entonces la de Arequipa, se comprometió solemnemente [a] ir allí; sólo que yo le facilitara cómo trasladarse y sublevar el pueblo a favor de la legitimidad.

Indudable era la gran influencia de este caballero sobre la plebe de aquel lugar, pues ya se había demostrado en dos ocasiones; y por ello, como para que hubiera más facilidades y mayor unidad en lo que allí se hiciera, acepté su ofrecimiento proporcionándole lo que necesitaba para su viaje, y dispuse también que el hoy coronel Larrañaga (6), leal amigo y constante partidario mío, que estaba en mi compañía, fuera al mismo lugar con el fin de ayudarlo y que sirviera de intermedio para que mis partidarios se entendieran por su conducto con aquel, cuya cosa pretendieron ambos. Fueron prevenidos de comunicarme cuanto ocurriera y muy especialmente la época en que pudieran obrar, pues mi propósito era situarme para entonces inmediato a aquella ciudad para ocuparla sin pérdida de tiempo y dirigir las operaciones, llevando, a la vez, armamento y los útiles de guerra necesarios, para lo que contaba con los ofrecimientos que a este respecto me había hecho el señor Linares, y su decisión para ayudarme.

Me entendí, por tanto, inmediatamente con éste y le pedí lo que podía necesitar en armas y municiones principalmente, y el que dispusiera que todo estuviera encajonado y dispuesto de manera que a mi primera indicación pudiera todo ser conducido al lugar que yo determinara. Así lo dispuso en mi presencia, dándole al ministro Fernández las órdenes necesarias al caso, con prevención de ponerlo todo en camino tan luego como yo se lo pidiera. Hecho esto, escribí también a mis agentes en los diversos departamentos de la República muy especialmente de Puno, Tacna y Moquegua para que previnieran las cosas de manera que, al tenerse conocimiento de haberse iniciado la revolución en Arequipa, la secundaran escribiéndome a ese lugar.

Cumplíendose mis indicaciones, se me avisó que en tal época, día más o menos, se haría el movimiento en Arequipa, y yo lo comuniqué a Linares para que estuviera prevenido y dispuestas las cosas convenientemente, marchando a situarme en un lugar próximo, del que pudiera ponerme en la ciudad en poco tiempo y dar pronto aviso a todas partes, con el objeto indicado, y al señor Linares para la remisión de las armas. Era la hacienda de un amigo en la

Cordillera, de donde tendría facilidades para todo, y donde podía estar sin que nadie tuviera conocimientos de mí, excepto mis principales agentes de Arequipa para que me comunicaran lo que sucediera. Mas, sea que Gamio no hubiera podido realizar lo que había ofrecido con motivo de haberse opuesto la pequeña fuerza que allí había, o sea que nunca hubiera tenido verdadera decisión y que su objeto único hubiera sido el de que yo le facilitara los medios de transportarse a su país, que es lo probable y lo que debe deducirse por lo sucedido, el hecho es que él nada hizo ni se apersonó de modo alguno, y que sólo mi leal amigo Larrañaga, engañado, se presentó a la cabeza de mis partidarios del pueblo a verificar el movimiento sin que nadie acudiese de parte de Gamio, siendo, por consiguiente, batido por la fuerza y herido de manera que perdió una pierna.

Tal fué la fatal noticia que recibí en el lugar donde estaba, viéndome obligado por ella a volver a Caracato burladas mis esperanzas por entonces. Y digo por entonces en razón de que, a pesar de ello, no se desalentaron mis partidarios quienes, por el contrario, me escribían de todas partes y muy especialmente del mismo Arequipa, de Moquegua y Tacna, más entusiastas que nunca. Aunque frustrado aquel movimiento, debió ello infundir temores a Castilla respecto del Sur, pues que de un lado situó dos fuertes divisiones, la una en Arequipa y la otra en Tacna a las órdenes del general Freyre, y de otro, a la vez de aumentar considerablemente su ejército, trató de arreglarse con el señor Linares, celebrando un convenio para que los emigrados de ambas naciones fueran internados y se alejaran de las fronteras (7), convenio que realmente se verificó notificándoseme lo estipulado aunque, a la vez de ello, me escribiera el señor Linares una carta particular disculpándose de no haberme podido excluir de él a pesar de haberlo pretendido. Mas, antes de que yo tomara una resolución en consecuencia, que habría sido, como lo pensé, la de separarme de Bolivia, fué ésta invadida por una cruzada de los emigrados bolivianos a las órdenes del general Agreda y, según las apariencias, protegida y tolerada por Castilla, lo cual, como era consiguiente, irritó mucho al señor Linares quien, no sólo revocó la notificación que se me había hecho, sino que, destruída la cruzada, me escribió pidiéndome que lo viera en La Paz. Así lo hice y entonces, a la vez de autorizarme para que residiera donde quisiese, me ofreció de nuevo todo su valimento para que realizara mis planes instándome para que me decidiera a obrar con fuerzas suficientes de su ejército que pondría a mis órdenes, pues que a ello estaban decididos todos sus jefes.

Firme en mi propósito de no invadir jamás mi Patria con fuer-

zas extrañas, todo lo acepté mas no lo último, y menos podía aceptar esto cuando, entonces más que nunca, se me daban seguridades de diferentes puntos del Perú de poderse realizar pronto una general conmoción por estar cada día más pronunciada la opinión contra Castilla y a mi favor, siendo él rechazado aun por los que lo habían elevado. Se me aseguraba, entre otras cosas, estarse trabajando con buen éxito sobre la división situada en Tacna, que probablemente se prestaría a iniciar el movimiento, por lo cual debía yo estar en aptitud de acudir prontamente allí al primer aviso que se me diera, con la seguridad de que Moquegua también estaba decidida a moverse tan luego que sucediera lo otro.

Hallándome en La Paz, ilusionado con tales esperanzas, recibí el deseado aviso de Tacna para que inmediatamente me pusiera en marcha sobre aquél lugar, pues que la división allí existente estaba dispuesta y comprometida de un modo seguro para declararse en favor del principio legal que yo representaba, negando la obediencia a Castilla, tan luego, como yo estuviera allí. No pudiendo dudar yo de esto por el carácter y condiciones de las personas que me lo anunciaban, púseme en el acto en marcha con aquella dirección y al hacer la segunda jornada, me alcanzó un pariente mío que venía de Puno de escotero con sólo el objeto de avisarme el haber tenido lugar en el Cuzco una revolución verificada por el mismo prefecto contra Castilla, pero sin proclamar caudillo ni principios, por cuya causa mis amigos de allí se habían puesto en acción para declararse por mí y esperaban sólo mis órdenes. Como esto no podía detener mi marcha, que llevaba un objeto más importante pues que, hecho el movimiento de Tacna, era casi seguro que con ello me haría dueño no sólo de Tacna sino también de Moquegua y, tal vez, de Arequipa, dispuse que ese pariente mío regresara en el acto con orden de que nada se hiciera hasta esperar órdenes mías, sin perjuicio de preparar las cosas de manera que pudieran obrar luego que yo lo determinara. Y aunque ese coronel Zevallos había sido quien sublevó el mismo Cuzco contra mí, decidí escribirle para inspirarle confianza, aprobando su procedimiento y diciéndole que procurara sostenerse y no precipitara las cosas hasta tener noticias mías.

Hecho esto, continué mi marcha a Tacna, mas, al llegar a la hacienda mineral de la Portada, inmediata a aquel lugar, de propiedad de un decidido amigo mío y colaborador, encontré en ella a un relacionado de éste y también partidario mío, a quien se había mandado para que me esperara allí con el fin de decirme que no pasara, pues que se había frustrado el plan con motivo de haber salido para Arequipa de división que allí estaba a causa de la revolución practicada en el Cuzco por Zevallos y que, a la vez, la au-

toridad tenía noticia de mi viaje y había tomado providencias para prenderme en el camino antes que llegara a población.

Con esta nueva burla de la suerte y de acontecimientos adversos, triste situación de quien conspira por cualquier causa, por justa que ella sea, tuve que retroceder a Bolivia para esperar nueva oportunidad, o ver el provecho que pudiera sacar de la revolución que había hecho Zevallos. Mas ésta fué sofocada en el mismo Cuzco quedando, por consiguiente, las cosas en peor estado que antes, pues que con tal motivo tomó Castilla eficaces medidas para asegurar el Sur, entre ellas la de separar del mando de las fuerzas de Puno a aquel jefe con quien yo contaba. Sucedió esto cuando de la capital y del Norte de la República se me escribía dándome seguridades de ser muy posible verificar la revolución por allí, pues que la opinión cada día se pronunciaba más a favor mío y contra Castilla, y que, por consiguiente, debía ponerme en aptitud de poder acudir a esa parte, luego que fuera llamado, cosa que no podía hacer estando en Bolivia.

Atendido todo esto, resolví atravesar de nuevo el despoblado de Cobija y volver a situarme en Chile de donde, por lo menos, tenía más facilidad para estar en pronta comunicación con toda la República y obrar como conviniese. Mientras verificaba mi viaje, tuvo lugar en Bolivia la revolución que contra Linares hicieron sus mismos ministros, despojándolo del poder y desterrándolo (8), de manera que, cuando me embarqué en el indicado punto en el vapor de la Mala, venía en él dicho señor, con dirección también a Chile. Fué, por tanto, muy oportuno el que yo me hubiera separado de aquella república pues, permaneciendo allí, me habría faltado hasta el apoyo que el despojado me tenía ofrecido.

Situándome en Valparaíso, encontré allí [a] algunos, de los que, prófugos o desterrados por la revolución que se había intentado a favor de Gálvez, habían ido a situarse allí. Por ellos, que en el acto me visitaron, como por la abundante comunicación que en cada vapor recibía de todas partes y principalmente de la capital, pude convencerme ser cierto cuanto se me había escrito respecto del general descontento que había contra Castilla por su mala administración, arbitrariedad y desaciertos, como de la reacción que se había verificado en favor mío. Los hechos ocurridos hasta entonces y que después tuvieron lugar eran pruebas claras de lo primero, como lo fueron también de lo segundo los acontecimientos que acaecieron respecto de mí, cuyas cosas iré demostrando oportunamente. Se habían hasta entonces verificado contra Castilla, tres revoluciones por los mismos hombres que lo habían elevado y sido sus tenientes o ministros, convirtiéndose, por lo tanto, en enemigos suyos. Se

había disuelto a bayoneta armada el mismo Congreso que él formó de partidarios suyos. Se le había separado y convertido en enemigo suyo su primer teniente Elías, autor de la revolución, y los pueblos que, fanáticos, conspiraron contra mí y le sirvieron de instrumento, le eran completamente adversos y anhelaban su destrucción y caída.

Pero, en cambio, rara anomalía del Perú, donde no hay principios y sólo imperan la conveniencia y los intereses personales, verdad que me es doloroso expresar y de la que parten todos sus males, se habían unido a Castilla y prestándose a servirle con lealtad, aquellos a quienes había despojado de sus puestos, encarcelado y desterrado; principalmente militares a quienes había dado el mando de los cuerpos del ejército que era lo único con que podía sostenerse contra la voluntad del pueblo y a despecho de la opinión. Se veía en ellos a los jefes que habían servido conmigo; se veía sirviéndole de teniente a ese mismo general Pezet, por quien había yo perdido el Sur, y sido la causa de que se perdiera la batalla de La Palma; se veía, no quiero mentar personas, muchas de alta clase, que le servían de espías y comunicaban mis planes; se veía, en fin, exclusivamente sostenido por aquellos que contra él habían combatido en la revolución que hizo.

No era, pues, extraño que, por motivo de una de las causas que he expuesto, fueran conocidos por él mis proyectos y que ellos generalmente fracasaran. Pero, no pudiendo yo sospecharlo siquiera y, dominado por las facilidades que ofrecía el estado del país y las que me daban mis leales partidarios, continué tenaz trabajando y procurando los medios de restablecer en el Perú la legitimidad y el orden de cosas destruido, sin perdonar sacrificios.

Había dejado, como he dicho, trabajos sistemados en el Sur de la República, y continuaba en ellos, estableciéndolos también en el Norte y en Lima, de manera que pudieran dar un feliz y seguro resultado. Próximo estaba a proceder dirigiéndome de incógnito a Lima, con cuyo fin y para hacerlo con seguridad había contratado un buque que, tomando carbón en el puerto de Coronel saliese directamente al Callao pero que, a cierta altura y en tiempo determinado, me esperase en ella, o lo esperase yo, pues para aquel tiempo debía salir de La Serena en el buque de un amigo mío, que hacía frecuentes viajes, destinado a la carga de metales; y, trasbordándose, llegara al Callao con su carga, sin que pudiera infundir sospecha alguna respecto de mí. Antes que llegara ese tiempo y de estar completamente combinado cómo debía procederse en el Sur, se me presentó el señor Bogardus (9), comisionado por agentes de Lima, para obligarme a que en el mismo vapor, a su regreso de Valparaíso, que debía ser a los cuatro días, me dirigiera a Lima

acompañado de él, por ser allí necesaria mi persona para que la revolución se verificara. Observéle sobre la premura del tiempo, ya porque esperaba noticias del Sur de la República, que debían servirme para dejar dispuestas las cosas de manera que se verificase un movimiento simultáneo en toda ella, o, por lo menos, para que se secundara en el acto el que se hiciera en la Capital, como porque tenía arreglada la manera de hacer mi viaje con toda seguridad, y sin los peligros que ofrecía el verificarlo en el vapor de la carreta que, teniendo que tocar en todos los puertos del Perú, era probable que fuera descubierto, exponiéndome a ser apresado en cualquiera de ellos o al llegar al Callao. Contestóme que eso lo tenía dispuesto de modo que nadie en el buque sabría mi marcha sino el mayordomo de él y un sirviente, con quienes estaba ya convenido y tenía comprado su secreto. Díjele que ello no era bastante, pues había muchas otras circunstancias, atendido mi carácter, por las que pudiera ser conocido mi incógnito, que veinte días a lo más sería lo que necesitase para que todo pudiera quedar expedito y que mi viaje se verificara con toda seguridad. Contestóme que ese tiempo era demasiado y acaso bastante para que todo se perdiese, u otro aprovechara de la revolución porque indudablemente se atribuiría mi demora a pura cobardía e irresolución de mi parte. Tocado con esto el estímulo del honor, díjele que aun cuando estaba seguro de ser tomado por Castilla si verificaba el viaje de la manera que me proponía, lo realizaría para probar que no era cobarde. Contestóme que ello no importaría pues que, no pudiendo hacerse otra cosa que la de ponérseme preso en un cuartel, ello mismo facilitaría la revolución. Díjele que se equivocaba, pues que Castilla nunca me colocaría en un cuartel, sino en algún pontón, como lo había hecho con Iguain, pero que, sea cual fuese el resultado, prefería cualquier desgracia antes que la de que se me llamara cobarde. Confieso que esto fué una debilidad e indiscreción en mí, pero mi fatalidad ha sido no saber dominar los ímpetus de mi carácter.

Embarquéme, por consiguiente, en aquel vapor y, a pesar de la reserva y privaciones con que hacía el viaje, encerrado en el camarote en que estábamos sólo Bogardus y yo, y viéndome únicamente con el sirviente que hacía su limpieza cada día y a cuya hora me introducía la comida que sólo tomaba cada veinticuatro horas, mi permanencia en él fué descubierta no sé por qué incidente por el Capitán de Puerto de Islay, quien dió noticia a los Capitanes de los puertos por los que debía tocar el buque para que cuidaran el que no desembarcara en ninguno, como a Castilla y al gobernador del Callao avisando mi viaje, cosas que ignorábamos completamente.

En Pisco se embarcó mi hermano político, don Florentino Tris-

tán, que había ido allí por asuntos personales, como también la familia del general Pezet, a la que, por desgracia, se puso en camarote inmediato al que yo estaba. Sabiendo estas cosas, procuré verme con el primero en la noche para que noticiara a mi esposa de mi marcha, pues la ignoraba, y con el fin de hacerle algunas prevenciones y encargos para el caso en que pudiera ser yo tomado, cosa que siempre temía. Llegamos al Callao como al amanecer (10) y, como si hubiera una cosa combinada, salió esa familia a la cámara y se sentó frente al camarote en que yo estaba con el fin de esperar al Capitán del Puerto para desembarcar con él, imposibilitándose con ello poder salir del mío y que pudiera ponerme en aptitud de desprenderme del buque en un momento propicio. Fué éste en seguida circundado de botes de ronda que notablemente cuidaban de examinar las personas que desembarcaban; cuya cosa me hizo comprender que se trataba de mí y que se conocía el estar yo en el buque.

Luego que hubieran desembarcado los pasajeros, y sin que se desprendieran los botes que cuidaban el buque, penetraron en él comisionados con el objeto de registrarlo. Pude yo ocultarme de pronto, de manera que no me encontraron. Mas Castilla, que estaba en Chorrillos, a quien se dió cuenta de ello, dispuso que no se desprendieran los botes que cuidaban el buque, y que al día siguiente se hiciera más prolijo examen, asegurando que yo estaba en él. Favorecido por el mayordomo y, no siendo bastante seguro el sitio en que había salvado del primer registro, me trasladó éste en la noche a otro que le pareció mejor. Tampoco fui encontrado en el segundo examen que se hizo. Pero insistió Castilla en que yo estaba allí y ordenó que se hiciera más prolijo examen y aun se dijo que para el caso de que no fuera encontrado en aquel registro, dispuso que se diera humazo al buque. Pienso que para entonces me había vendido ya el mismo mayordomo encargado de mi cuidado, pues que la comisión encargada de buscarme, que la encabezaba el contra-almirante Haza, fué directamente con tal sujeto al lugar en que yo estaba y les señaló ese sitio, cosa que ví (11).

Preso de ese modo, se me puso en un buque de guerra, del que después se me trasladó a un pontón, que se mandó situar en la isla de San Lorenzo, cuidado por el bergantín de guerra "Guisse", puesto a su costado, y me custodiaba una Compañía del ejército y un jefe que relevaban cada ocho días. No creo exagerado el decir que pocas veces o ninguna se habrán tomado contra un preso más medidas de seguridad y de opresión que las adoptadas contra mí. Se me había arreglado un camarote especial que, precedido por el que ocupaban el jefe y oficiales que me guardaban y teniendo una ven-

tana a su espalda y una claraboya sobre el techo en cuyos lugares se colocaban centinelas, no podía hacer nada, ni lo más excusado, sin que fuera visto. Se me había quitado todo recado de escribir y no me era permitido leer periódicos; no me era dado el hablar aun con los que me guardaban, ni a éstos conmigo; y si tenía alguna necesidad la había de comunicar al jefe del buque, que siempre para esto debía estar acompañado del de la guarnición, sin serles a ellos permitido verme de otro modo. Debía, en suma, permanecer mudo y sin acción y aun para el acto de comer debía ser a la vista de un oficial, y servido por un muchacho de siete a ocho años que era uno de los pajes de los oficiales. Era entonces el gobernador del Callao y el que hacía cumplir estas órdenes el general Pezet (12).

Mi esposa, aunque tampoco se le permitía verme, cumpliendo con las prevenciones que le tenía hechas, luego que tuvo conocimiento de mi prisión se presentó al Congreso pidiendo mi juicio de residencia y manifestándole que tal era el objeto con que yo había venido a Lima, y que si lo había hecho de incógnito era por temer a que Castilla me impidiera desembarcar; para eludirlo de ese modo, a causa de que no podía dejar de tener el conocimiento que tal juicio sólo podía ser dañoso a él, pues haría patente la injusticia de sus procedimientos contra mí y, por consiguiente, de la revolución. El Congreso que funcionaba, retardó resolver la solicitud de mi esposa, a pesar de que ello estaba ya decretado por la primera Legislatura que convocó Castilla después de su triunfo, y éste ordenó que el Juez del Crimen del Callao me siguiera juicio como conspirador, sin darle otros comprobantes de tal crimen, que el de unas cartas escritas por mí en clave y sin firma cuyo, contenido nadie pudo descifrar, ni Castilla determinó cómo habían ido a su poder. Puesto a disposición de ese honrado Juez, el señor Corzo, vocal hoy de la Corte de Lima, y tomada mi declaración instructiva, dispuso éste que quedara yo comunicado, mas Castilla, a quien se dió cuenta de ello, ordenó que tal comunicación se redujera únicamente a mi esposa y familia; prohibiendo después aun esto a pesar de lo determinado por el juez; y así se seguía el juicio.

Estando ya al cerrar sus sesiones el Congreso y por exigencias de mi esposa, resolvió él al fin que se me siguiera el juicio de residencia; pero sucedió esto cuando, antes de diez días que era el tiempo señalado para observar cualquiera ley, debían estar terminadas sus sesiones. Aprovechando de esto Castilla observó la resolución, estando ya el Congreso clausurado, de manera que el asunto quedara pendiente hasta la siguiente Legislatura, es decir, dos años después. Dignos son de mencionarse los fundamentos de tales observaciones. Aquel mismo que me había llamado a ese juicio, por con-

secuencia de la protesta que dirigí en Estados Unidos, decía, entre otras cosas originales, que no era posible someterme a él porque ello sería que la Corte Suprema arrastre a sus estrados a don José Rufino Echenique por una parte y por otra a la Nación en masa, y que si el fallo del tribunal absolviese al primero él debía ser re-
puesto inmediatamente a la Presidencia de la República, y la Nación en masa condenada a las penas en que había incurrido por haber atacado a la honra del Presidente de la República (13).

Eludido de tal manera aquel juicio, quedé sólo reducido al de conspirador que se me seguía. No encontrando el recto juez a quien estaba sometido causa ni fundamento para condenarme o imponerme pena, pronunció sentencia de absolución y el que se me pusiera en libertad, a pesar de las instigaciones que empleó Castilla para lo contrario y de las amenazas que le hizo personalmente. Apelando el Fiscal de la Corte de tal sentencia, ésta la confirmó en el todo quedando yo, por consiguiente, completamente absuelto. Debo hacer notar que, antes de esto, había empleado Castilla de otro medio para libertarse de mí. Valiéndose del coronel Freyre, amigo mío y de mi familia, que a la sazón estaba de prefecto de Lima, hizo que éste le hablase a mi esposa en su nombre, proponiéndole que si yo me resolvía a ir a Europa y ofrecía permanecer allí en quietud, me restituiría el empleo de que me había despojado, me pagaría los sueldos que no había recibido hasta entonces y continuaría haciéndoseme el pago de los que devengara. Aunque mi esposa manifestó que yo jamás aceptaría tal cosa, se creyó obligada a decírmelo, con cuyo motivo se le permitió que me viera. Contesté yo, como debía, que mi cuestión no era de conveniencias, sino de honra, y que me era muy extraño se atrevieran a hacerme semejante propuesta.

Irritado por esto Castilla y después porque los tribunales me hubieran absuelto, determinó arbitrariamente, atropellando las leyes y las resoluciones judiciales, el expatriarme de nuevo y mandarme muy lejos de la Patria, hasta Petropodski (lugar de Rusia), según se dijo. Juzgaba en su vanidad que a conducirme allí se prestarían los jefes de marina, a pesar de existir una ley terminante que prohibía generalmente hacerlo con nadie, bajo penas muy severas, si no era dispuesto por sentencia judicial. Hablados algunos jefes de marina para ello, muy especialmente el capitán de corbeta Muñoz que mandaba el "Guisse", cuyo buque se había fijado para ello, por ser de vela, encontró que todos se negaron decididamente a prestarse y obedecerle por prohibírselos la ley. Tuvo por esto que variar de propósitos y resolvió el mandarme a Chile junto con tres jefes a quienes también se propuso desterrar por sólo quererlo,

así, y porque a conducirnos allí se prestó un apocado y débil jefe de marina llamado Cabieses; esos tres jefes eran el general Rivas, que le había entregado el "Apurímac", el coronel Eléspuru y mi fiel partidario Larrañaga, tipo de lealtad (14).

Teniendo noticia mi esposa de tan violenta como arbitraria disposición, se presentó a la Comisión Permanente del Cuerpo Legislativo, quejándose de tan injusto proceder para que lo impidiera. Pidió ella informe al Gobierno, contestando Castilla que aquello no significaba sino el ponernos en el lugar de que habíamos venido (15). Se efectuó el destierro, mandándonos a Talcahuano, en un miserable y mal tenido buquecito. Duró la navegación más de treinta días, habiendo estado a punto de fracasar en alta mar, a consecuencia de un incendio que acaeció en la cámara dispuesta para los guardias marinas que nos conducían, del cual salvamos, no por cierto por medidas del jefe del buque, sino de las que yo tomé y merced a la actividad que empleó Larrañaga, cuando ya se había incendiado toda aquella cámara y el fuego tomaba otros lugares que nos pusieron en gran riesgo. Pasado aquel percance y de haber sido malísimamente tratados en la navegación principalmente en la parte alimenticia, llegamos, al fin, al puerto de nuestro destino, en el que desembarcamos. Libres ya en él y a merced de nuestra voluntad, nos dirigimos a los pocos días a Valparaíso pasando yo, acompañado de Larrañaga, a establecernos en la ciudad de La Serena (16).

Tan notable y escandaloso acto de arbitrariedad y de atropello a las garantías individuales, como el que entonces se había ejercido contra mí, después de muchos otros que ya habían tenido lugar, verificados por Castilla, y cuando la Nación había vuelto al estado de decadencia y atraso en que estaba cuando me entregó el mando, natural fué que la opinión acabara de sublevarse contra su gobierno, y a favor mío, por lo cual me habría sido acaso fácil verificar la revolución que contra él había trabajado por más de cuatro años. Pero para mí entonces las cosas habían variado mucho con el transcurso del tiempo, de los sucesos y de la situación. Habíase ya dado una nueva Constitución que el país había aceptado y por la que debía Castilla dejar pronto el mando sin poder ser reelegido; se había dado una ley llamada de reparación por la cual se restablecían los derechos de los antiguos servidores de la Nación, que violenta y arbitrariamente habían sido despojados sin causa y sólo por pasiones, incluyéndose en ellos [a] los militares que habían combatido la revolución, sosteniendo fielmente mi gobierno, hallándose colocados los más de ellos. Debíase pronto verificarse la elección popular para Presidente de la República con los requisitos

de la ley; los males, en suma, que la revolución había causado no era posible ya que fueran reparados pues muchos eran hechos consumados o estaban afianzados por el tiempo. Inútil era, por consiguiente, fundada en principios, y, por tanto, desistí completamente de ella aun cuando entonces más que nunca se me invitase del Perú a verificarla, ofreciéndome mayores facilidades de realizarse con buen éxito, pues se me aseguraba que la mayor parte del ejército que estaba con San Román en Puno se hallaba dispuesto a verificarla en mi favor. Mas, repito que yo, a quien nunca impulsó el deseo de mandar y que no le encontraba objeto en el estado que se hallaban las cosas, rechacé toda indicación.

CAPITULO XXII

REGRESO DE ECHENIQUE AL PERU.— PRESIDENCIA Y FALLECIMIENTO DE SAN ROMAN.— PRIMEROS DIAS DEL GOBIERNO PEZET

(1862-1864)

Mis partidarios entonces, sin indicación mía ni aprobación siquiera, decidieron emprender trabajos eleccionarios en muchas partes, principalmente en Lima y Arequipa, a favor mío siendo San Román el candidato de Castilla para Presidente, y para primero y segundo Vice-presidentes el general Pezet, cuyos antecedentes ya he mencionado, y don Pedro [Diez] Canseco, su cuñado. No hubieron más candidatos y era yo, por consiguiente, el de la oposición. Original fué ver entonces [a] ese pueblo de Lima que se había levantado en masa contra mí y saqueado mis propiedades, pasear por las calles mi retrato con grande acompañamiento y afrontárselo a Castilla en sus balcones y en la puerta de Palacio, y ver también a Elías, autor de la revolución que con él hizo, presidir en mi favor la mesa electoral que se formó en la Plaza conforme a la ley, mientras que las que se establecieron por San Román, favorecidas por el Gobierno, se escondían en los conventos y funcionaban sostenidas por la fuerza. Del mismo modo, en cuanto a Arequipa, cuyo lugar había sido el alma de la revolución, necesario fué que San Román descendiese sobre él con todas las fuerzas que tenía en Puno para dominar la opinión y que la decisión recayera en su favor. Y no sólo sucedieron estas cosas, sino que es sabido por todo el país que, para lograr Castilla que sus candidatos prevalecieran, empleó el soborno y gastó en la elección más de cuatrocientos mil pesos, corrompiendo así al pueblo y estableciéndose desde entonces la necesidad de acudirse a tan infame medio para toda elección.

Tales actos de coacción y cohecho y los esfuerzos empleados

por Castilla en el Congreso para las calificaciones, dieron naturalmente por resultado el que sus candidatos fueran proclamados para ejercer los indicados puestos. Ninguna sorpresa ni desagrado me causó tal noticia, pues que ni yo deseaba la Presidencia ni esperaba ser elegido. Tuve, por el contrario, gusto del suceso porque terminaba el gobierno de Castilla y, mediante ello, determiné volver a mi patria, esperando que el nuevo gobernante no me cerraría sus puertas ni se atrevería a ello.

Nombrada por el Congreso una comisión, en la que había amigos míos, para que fuera a Arequipa a anunciar a San Román su elección para Presidente, dijo éste a los comisionados, respecto de mí, en conversaciones que tuvieron después del acto oficial, que ninguna prevención tenía contra mí, pues estaba al cabo de mi conducta prescindente en política y que, por tanto, tendría gusto de que me viniera a la Patria, seguro de ser considerado por él, autorizándolos a que así me lo escribieran. Lo hicieron y ello no hizo más que confirmar la resolución que ya tenía tomada, verificando mi viaje, calculando llegar al Perú cuando el nuevo gobernante estuviera en el mando (1).

Conocidas por todos fueron las manifestaciones de entusiasmo y contento con que me recibieron en todos los puertos del Perú a que llegaba el vapor que me conducía, y las ovaciones que me hicieron. A Arica vinieron de Tacna muchísimas personas de todas las clases, por sólo tener el gusto de verme y celebrar mi llegada, obsequiándome un banquete preparado al intento. Sucedió lo mismo en Islay donde, a pesar de la gran distancia que lo separa de Arequipa, acudieron muchísimas personas, siendo de notar que gran número de la gente infeliz hizo el viaje a pie y se daba por suficientemente compensada de sus penalidades con sólo verme y abrazarme. Llegamos al Callao al anochecer, y no obstante la hora, se vió que rodeaban el buque muchísimos botes con más de doscientas personas que fueron a él sólo por recibirme y para pedirme que no desembarcara hasta el día siguiente, pues que tanto ese pueblo como el de Lima habían dispuesto manifestarme su contento por mi llegada de una manera digna. Me negué a ello de momento, por no alarmar [a] la autoridad y porque no me animaba ninguna pretensión política, pero a instancia de los concurrentes y comprendiendo que ello significaba una reparación de la injusticia con que esos pueblos habían procedido contra mí, convine en ello. No tengo para qué expresar lo que todos vieron y la manera como fui recibido en ambos pueblos, en medio de vivas y aclamaciones y sobre flores que de todos los balcones y casas me arrojaban, bastando el manifestar haber sido tal la afluencia de gente que me rodeó y acompa-

ñaba que para llegar a mi casa, distante de la estación sólo cuatro cuadras, tuve que emplear más de dos horas. Llegado a ella subí al techo que daba a la calle para despedirme del inmenso pueblo que me había acompañado, pues no había otro modo de hacerlo, y para darle las gracias por la manera cómo me había recibido, dirigiéndole algunas palabras. Se redujeron éstas a aconsejarles la paz y la obediencia y respeto que debían guardar a la autoridad que se había elegido, cuyas palabras se reprodujeron por la prensa (2).

Mi casa después fué un jubileo de personas notables y de todas clases que iban a darme la bienvenida sin dejarme momento de descanso, hasta la hora de comer. Pasado este acto, concebí de mi deber ir al momento a ver al Presidente y ofrecerle mis respetos. Me recibió éste con la mayor cordialidad, haciéndome presente que debía contar con su amistad y con que me serían guardadas todas las consideraciones a que era acreedor por mis antecedentes y a la confianza que le inspiraba y tenía en mí. Contestéle yo que me conocía bastante y que debía estar seguro de mi leal proceder. Correspondió él mi visita al día siguiente.

Si tales cosas pasaron conmigo en la Capital y en los pueblos que toqué, innumerables fueron las cartas que de todas partes me dirigían felicitándome por haber vuelto a la Patria; y de Arequipa, de ese pueblo que tan contrario me había sido en la revolución, recibí un acta con más de cuatro mil firmas entre las que figuraban las de personas muy notables y aun de algunos que me habían sido contrarios, la cual demostraba la mayor decisión de aquel lugar por mí. Tal acta fué publicada en los periódicos.

También el Presidente, cumpliendo con la ley de reparación que me comprendía y sin que hubiera de mi parte la menor indicación ni reclamo, expidió espontáneamente un decreto, por el cual se me restituía el grado de general, de que arbitrariamente me había despojado Castilla. Y en Congreso, a reclamo de mi esposa, dió una resolución para que se me repararan los daños que había sufrido en el saqueo que hicieron de mis propiedades, tolerados por la autoridad, aunque señalando una cantidad muy inferior a los que ellos importaban.

Tal conjunto de acontecimientos favorables, conducentes todos a reparar mi honra y a demostrar la injusticia con que se había procedido contra mí y que tenían lugar cuando volvía a mi patria sin ningún poder público ni autoridad que los pudiera impulsar a que se atribuyeran, ensancharon naturalmente mi ánimo y me causaron la mayor complacencia, compensando suficientemente las penalidades y amargos sufrimientos que por cerca de siete años había soportado. Mas ello no me envaneció en manera alguna, ni fué bas-

tante para hacerme variar del propósito que había hecho de no volver a pretender el mando ni tomar parte en los acontecimientos políticos. Si los hechos me habían justificado, si las imputaciones y cargos que me hicieron estaban completamente desmentidos; si aun mis enemigos, dueños del poder y de los archivos y documentos públicos, nada pudieron probar de cuanto habían dicho contra mí; también, no obstante, mi alma estaba completamente desilusionada, mi ambición al mando había muerto y, sea por pequeñez de espíritu o desengañado de la injusticia e ingratitud de los hombres, o porque no me encontrara con las dotes necesarias para regir un pueblo como el nuestro, tan difícil de ser gobernado con sujeción a la ley y tan fácil de ser engañado y arrastrado al desorden, el hecho es que a nada ambicionaba, contentándome con merecer el aprecio de mis compatriotas y ver desmentidas las calumnias que contra mí se fulminaron.

Si ello había sucedido en el juicio público y el de los hombres sin pasiones, necesarios también era que lo fuera ante la ley, para confundir a mis detractores y que mi honra quedara incólume y libre de que esas calumnias pudieran revivir después. Por ello, y existiendo la resolución que dió la Convención, creada por Castilla, para que se me siguiera el juicio de residencia y la que había dado el último Congreso con el mismo objeto, a pedimento de mi esposa, me presente a la Corte Suprema por escrito, pidiendo el que ello se verificase, y nombrando por abogados míos a los señores Dr. don Max Alvarez y Dr. don Toribio Pacheco, que suscribieron el escrito. No sé por qué causas la Corte no lo determinó así y dejó el asunto indefinidamente aplazado y sin resolución; tal vez hubieron influencias para que así sucediera, cosa que no podré asegurar porque pudo suceder pues ya entonces había en ese tribunal algunos vocales, nombrados por Castilla, amigos suyos y entre ellos aun quien había servido en la revolución. Aunque desagradado con tal procedimiento, tuve que resignarme a ello, porque no se atribuyera mi insistencia en el juicio conducente a fines de ambición para el caso en que fuera absuelto, como era seguro que sucedería (3).

A pesar de ello y de la conducta tranquila y prescendente de la política que observaba, mostrándome más bien a todos interesado por la paz y amigo del gobierno, no faltó quienes trataron de infundir sospechas a éste conmigo, haciéndole creer que conspiraba, sólo por mala voluntad, o por interés mezquino de sacar algún fruto, teniendo por único fundamento la popularidad de que gozaba y los muchos amigos que me rodeaban. Habiendo llegado esto a mi conocimiento, fuí a ver al Presidente para decirle lo que sabía y pedirle que me permitiera ir a vivir en el extranjero, para estar

así libre de calumnias y [él] sin los temores que ellas pudieran causarle. Me contestó que, ciertamente, no habían faltado quienes le hablaran contra mí pero que, conociéndome bastante y estando persuadido de mi sinceridad y buena fe, nada había creído ni creía y que, por lo tanto, jamás consentiría en que me separase del país pues ello, aparte de ser una ofensa innecesaria que me hiciera, podría también serle perjudicial porque, naturalmente, inspiraría recelo y desconfianza en mis amigos, retrayéndolos de él; que, en suma, viviera seguro de que nada recelaba de mí, como yo no debía recelar de él, pues en todo nos entenderíamos con la franqueza que entonces sucedía.

Mediante este paso y no habiendo ciertamente dado él importancia ni hecho caso de los oficiosos cuentistas, paró la calumnia y continuamos ambos en la mejor armonía tratándome él con la confianza de hacerme penetrar hasta su cuarto de dormir, alguna vez, en las ocasiones que lo visitaba, aunque de tarde en tarde. Sus desconfianzas entonces eran más bien respecto de Castilla, de quien, no sé si con razón o sin ella, tenía la presunción de que conspiraba, al grado de haber pensado ponerlo en prisión y desterrarlo, cosa que después fué notoria y aun llegó a conocimiento de Castilla, pero de la que, como tampoco de sus recelos, jamás habló el Presidente conmigo.

Manteniéndose mis buenas relaciones con éste, aunque viéndonos pocas veces, como he dicho, y acercándose la época en la que debía elegirse un diputado por Lima, se me presentó un día el general Rivas, que era visitante diario del Presidente, diciéndome que éste le había encargado me viera para pedirme el que influyera con mis partidarios a fin de que aquel cargo recayera en el Dr. La Puente, por convenirle así. Y, aunque yo no conocía siquiera a aquel sujeto, ni estaba al cabo de sus antecedentes, ni había pensado tomar parte en tal decisión, pues ello era contrario a mis propósitos, juzgué que no debía ser indiferente al deseo de un gobernante que tantas consideraciones me había guardado, y le mandé contestar que procuraría complacerlo, hablando sobre el particular y recomendando su indicación a aquellos amigos míos que se ocupaban de elecciones, yendo en seguida a verlo para repetirle lo mismo, en testimonio del aprecio que hacía a su indicación y para persuadirme del grado de interés que en ello tuviera. Me contestó simplemente que le sería grato sucediera ello, pero sin manifestar ese decidido empeño que Rivas me había ponderado. Fatal incidente para mí por las consecuencias que ello me produjo, haciendo que volviera a la vida pública, de que había resuelto alejarme.

Cumpliendo mi promesa, hablé a mis partidarios con el fin in-

dicado y, aunque todos ellos me mostraron desagrado para trabajar a favor del indicado, por el cual ni tenían la menor simpatía, dijeron que lo harían sólo por complacerme y, en efecto, organizaron sus clubes y los encaminaban al objeto. Con este motivo volví a ver al Presidente para darle cuenta de lo que se había hecho y manifestarle que esperaba satisfacer su deseo.

Para entonces había llegado al país el general Vivanco, íntimo amigo suyo, con el cual seguramente acordaron la diputación en favor de él, pues que me contestó que había variado de pensamiento y que deseaba que la elección recayera en dicho general. Con los antecedentes que entre éste y yo existían, conocidos por todos, indigno de mi decoro y dignidad habría sido el que se me viera, y se viera trabajando a mis amigos en el campo eleccionario a favor de quien, en el mismo terreno, me había disputado la Presidencia de la manera que ya he mencionado; y, más que esto, interpuéstose y arrebatádome una revolución que en favor del país y de las instituciones procuraba yo; y por lo cual, a causa de su comportamiento de entonces conmigo, nos habíamos puesto nuevamente en entredicho. Sobre todo, imposible era que mis partidarios, enemigos suyos por ambas cosas y que lo consideraban causante de las desgracias que habían sufrido, se prestasen a tal cosa. Manifesté todo esto con franqueza al Presidente y le dije que, si ya no existía el motivo por el cual había pensado en La Puente, se fijase en cualquier otro por el cual pudiera ayudarle como lo deseaba, en testimonio de las consideraciones que le debía. Preguntóme, entonces, quien me parecía aparente, tal vez por descubrir mis ideas, pues él era sumamente desconfiado. Sin cuidarme yo de esto y con el candor de buena fe y sinceridad, le contesté que de pronto se me ocurría el Dr. Prada (4), hombre de representación que había figurado aún como vice-presidente del Consejo, que tenía aptitudes y podía adquirir influencia en el Congreso y contra quien no podía haber mala prevención en nadie, desde que no había tomado parte alguna en los últimos acontecimientos públicos, ni pertenecido marcadamente a ningún partido. Contestóme que le parecía bien y que podía trabajarse por él. Así lo hice saber a mis partidarios, quienes recibieron con mucho agrado el cambio.

Mas el Presidente, que tenía verdadero interés por Vivanco, y que conoció mi resistencia para ayudarlo en ese sentido, no fué franco en declararme lo primero, en cuyo caso yo habría prescindido de tomar parte en la elección por consideración a él y porque ningún interés tenía en ella. Pero, habiéndome contestado, como lo hizo, conviniendo en Prada y apareciendo la candidatura de Vivanco exhibida por sus amigos, aunque apoyada por el prefecto coronel

Freyre, que también lo era, juzgué, como era natural, que la lucha era entre aquel general y yo, exclusivamente. Dominado por esta idea, comprometido el amor propio, e incapaz por carácter de doblegarme ante ninguna resistencia que concibiera contraria a mi honra, o que demostrara flaqueza de espíritu y habiendo, sobre todo, arrastrado a mis amigos y partidarios, entre los que figuraban muchos hombres de respeto, como por ejemplo el general La Fuente, a aquel lance, necesario fué, para no exponerlos a una derrota, el que yo tomara parte activa en la elección. Así lo hice y, mediante ello, se obtuvo un completo triunfo, a pesar de los esfuerzos que emplearon las autoridades políticas por mandado del Presidente, cosa que después me declaró el mismo coronel Freyre. Claro es, por lo expuesto, que aunque tal cosa sucediera contra el querer de aquél, ninguna queja pudo tener de mí, pues no le había dado motivo desde que ello provenía de no haber tenido franqueza conmigo; así que tampoco me la manifestó de modo alguno.

En la época que transcurrió para que, conforme a la ley, se reuniera el Colegio Electoral, que debía hacer la elección de diputados, acaecieron, como es sabido, los graves acontecimientos que paso a referir. Amagado el Presidente de una enfermedad que hacía tiempo padecía, cayó de gravedad, por cuya causa mandaron los médicos que se trasladara a Chorrillos, donde juzgaron que acaso pudiera restablecerse mediante la bondad del clima. Allí también se hallaba Castilla quien, estando al corriente de las malas prevenciones que contra él tenía aquél, no lo visitó ni le hizo la menor atención, lo cual, sin duda, hizo mayores esas prevenciones y aumentó las sospechas de que conspirase, al grado de que diera, según se aseguró, la orden para que se le prendiera, lo cual evitaron sus ministros o alguno de ellos, aconsejándole que no era conveniente hacerlo en el estado en que se encontraba.

Persistiendo la gravedad del mal, que lo ponía en peor estado cada día, juzgaron los médicos que era incurable, y que estaba próxima su muerte, determinando, por tanto, el que hiciera sus últimas disposiciones. Sucedió esto cuando el Vice-presidente general Pezet se encontraba en Europa, donde había ido a medicarse, y el 2º Vice-presidente [Diez] Canseco, cuñado de Castilla, en quien éste tenía poderoso dominio, y debía de pronto tomar el mando, se hallaba en Arequipa. Habiéndose hecho saber al enfermo lo dispuesto por los médicos, parece que la noticia hubiera disipado sus prevenciones contra Castilla, pues dispuso que se le llamara en el acto a su nombre, (5) bien sea para hacerle, según parece que le hizo, algunas recomendaciones para su cuñado que, interpuestas por ese conducto, juzgó serían atendidas, o porque entonces reviviera ese

poderío que siempre había tenido Castilla sobre él. Prestóse éste a verlo y, después de haber conversado ambos largo rato en privado, hizo el enfermo su testamento y se confesó, siendo desde entonces muy frecuentes las visitas de aquél.

Asistió [Castilla], por consiguiente, al acto de los Sacramentos al que también concurrí yo y allí, por primera vez después de los sucesos ocurridos, nos encontramos él y yo, en presencia de un moribundo, y delante de Dios, representado en la Sagrada Eucaristía, yo mirándolo con la conciencia tranquila y él sin atreverse siquiera a dirigirme la vista, pues la suya no podía estarlo.

Muerto San Román (6) sin que hubiera llegado [Diez] Canseco, a quien de antemano se le había mandado llamar para que tomara el mando, quedó por ello la Capital sin autoridad suprema; pero las locales y los jefes del ejército se pusieron a órdenes de Castilla, ya por ser el general de mayor graduación, como por las circunstancias que concurrían de ser relacionado del que debía mandar y por las confianzas que con él tuvo el Presidente antes de morir, conservándose de ese modo el orden que en honor del país, debe decirse, nadie pretendió turbarlo. (7)

Llegado a los pocos días [Diez] Canseco y héchose cargo del mando (8), éste no obstante de haber pertenecido a la revolución que se me hizo, y de sus relaciones con Castilla, me trató con deferencia, guardándome las mayores consideraciones, así que nada tuve que sufrir con el cambio de autoridad en el poco tiempo que duró su gobierno.

No me sucedió así, por cierto, con Pezet que lo reemplazó (9), quien tantas obligaciones y deberes tenía para conmigo. Después de lo dicho antes de su mal proceder conmigo, habíamos quedado reconciliados y en buena amistad por haberme visitado luego que volví al país, y despedídose de mí amigablemente cuando se fué al extranjero, hechas algunas explicaciones y satisfacciones que me dió respecto de aquellos procedimientos. Tan persuadido quedé de su amistad, que aun le escribí cuando murió San Román, haciéndole conocer que nada tenía que temer de la situación del país, mientras pudiera venir a él, pues ningún síntoma había de que el orden fuera turbado; y, como era consiguiente, también lo visité luego que llegó. Me manifestó entonces que necesitaba mucho de mis consejos y me pidió que lo ayudara en cuanto me fuese dable para el desempeño del espinoso cargo que tenía, señalándome aun las horas de la mañana en que podía verlo, de manera que pudiéramos estar solos. Creyéndolo de buena fe, le ofrecí que así lo haría con muy buena voluntad, aunque no lo viera con frecuencia, pero que él podía mandarme llamar siempre que necesitara de mí; me habló, en fin,

aun del gabinete que pensaba nombrar, aunque no como una cosa resuelta; y que, por lo tanto, podía yo indicarle alguno que me pareciera conveniente. Sin aprobar ni desaprobando aquellos a quienes me había nombrado habiéndome pedido de antemano el Dr. don Mariano Alvarez que influyera en que lo hicieran ministro de Justicia, se lo propuse, aprovechando de esa indicación y creyéndola sincera.

Cuando así procedía conmigo, no por cierto de buena fe, como después lo demostraron los hechos, sino por alucinarme y tenerme de su parte con el engaño, igual cosa hacía con Castilla, a quien desde el primer día buscó en su casa en la noche, para acordar con él las personas que deberían componer su gabinete que le fueran agradables. El Dr. Alvarez había logrado también interesar a Castilla a su favor para el ministerio que pretendía y como todos los nombrados fueron a voluntad de éste, claro es que se resolvió su nombramiento, por tal causa. Mas Pezet, reservándome lo que había pasado, me vendió la fineza de que lo iba a nombrar sólo por mi indicación, dándome la noticia en la mañana del día siguiente, cuando aun no era sabida por nadie y autorizándome para que lo pudiera decir al agraciado, lo cual verifiqué en el acto.

Ninguna otra indicación que después le hice, cumpliendo su encargo, en asuntos generales, pues en personales nada le pedí, fué atendida. Observaba, por el contrario, que se reservaba de mí para todo y que aun mis visitas le eran poco agradables, pues me trataba sin franqueza y con la mayor ceremonia, seguramente por temer de que la intimidad conmigo desagradase a Castilla que tan enemigo mío era hasta entonces y a quien trataba de halagar y tener de su parte, sólo por cálculo, sin profesarle verdadero afecto ni que le mereciera confianza, según me lo declaró varias veces, al grado de manifestarme cuán desagradable le era el que fuese elegido senador por Tacna, como estaba indicado. No dudo que esto fuera cierto, pero también lo era el que no tenía valor, por lo dicho, para contrariarlo en cosa alguna; su plan, procediendo así, era tenernos engañados a Castilla y a mí y jugar con nosotros como le conviniera. Contando con el poder que tenía, había concebido o alguno de sus directores le había hecho concebir, que, según la figura que usaba, debía tenernos a ambos en una balanza, colocado a cada uno en los platillos de ella, siendo él, el fiel de ella para inclinar su peso al lado opuesto de aquel en que alguno de los dos pudiera ponerla, obra, por cierto, bien difícil en política y que [no] podía darle otro resultado que el de quedar mal con ambos, como en efecto sucedió.

Conociendo yo su falso proceder conmigo, al juzgarlo por sus hechos, y por verlo enteramente sometido a Castilla, mi enemigo, me retiré de él sin visitarlo sino muy rara vez. Supe después que aquél

había hecho lo mismo en lo absoluto, aunque sin conocer la causa, quedando, por tanto, el señor Presidente sin esa balanza que se propuso manejar.

Antes y después de esto tuvieron lugar diversos acontecimientos que debo exponer por la relación que tuvieron conmigo, aunque el más grave de ellos sea de todos conocido, como sus funestas consecuencias, pero cuyos causales y pormenores ignora la generalidad.

Cuando llegó la época en la cual se reunieron los Colegios electorales de Provincia para nombrar senadores y diputados, había muerto el Dr. Prada en quien nos habíamos fijado para que lo fuera por Lima. Decidió entonces el Colegio elegirme a mí y, aunque yo me negué a ello con firmeza, indicando al general La Fuente para que fuera el diputado, vino a mi casa el mismo día de la elección todo el Colegio con este general que ya lo presidía, para manifestarme que habían resuelto elegirme y pedirme que me prestase a ello. Insistí en la negativa, indicando, como antes, que eligieran al general La Fuente; pero, a pesar de ello, la votación resultó a mi favor, casi por unanimidad. También Castilla había sido elegido senador por Tacna (10).

Dando Pezet mala interpretación a que me hubiera alejado de él y sin tomar en cuenta o desatendiendo su engañoso e ingrato proceder conmigo, lo atribuyó a que conspiraba, sin otra causa que la popularidad de que yo disfrutaba o, tal vez, por sugerencias de algunos de los que lo rodeaban, llegando al extremo de hacerme espiar y aún hacerme asechar en mi propia casa, sin detenerse en esto ni en la época en que, teniendo a mi esposa gravemente enferma y puede decirse en su lecho de muerte por largo tiempo hasta que falleció (11), no me separaba yo de su lado, ni pensaba, ni me ocupaba sino de ella, siendo de notar el que ni entonces le mereciera un acto de atención.

CAPITULO XXIII

EL CONFLICTO CON ESPAÑA

(1864-1865)

El acontecimiento grave que he indicado, es el referente al almirante Pinzón y la escuadra española que apareció en nuestras costas en aquel tiempo y cuyos sucesos comenzaron antes que llegara Pezet de Europa (1) y concluyeron el 2 de Mayo cuando ya no estaba en el poder.

Viniendo él de Panamá en nuestra fragata "Amazonas", que había ido allí de expreso para traerlo al Callao, se encontró en alta mar con dicha escuadra y, viendo en ella el almirante de ésta, la bandera cuadrada distintivo de la autoridad que conducía, le hizo el saludo correspondiente disparando 21 cañonazos. Ignoro el porqué no se le hubiera contestado del mismo modo, o hecho cualquier acto de atención en respuesta, pero sí supe después que este hecho empezó a prevenir de un modo desfavorable el ánimo de Pinzón; pues si para entonces aun no estábamos en perfecta paz con su nación, habían precedido actos amigables como, por ejemplo, el haber recibido y tratado con el ministro que yo mandé cuando gobernaba, el haber recibido igualmente el que mandó después Castilla, y el estar ejerciendo entonces en Madrid mismo como cónsul nuestro el señor Moreyra, cuyos actos significaban que tampoco nos hallábamos en estado de guerra (2).

Habiendo llegado al Callao después de esto el almirante Pinzón con su escuadra, (3) y venido él a residir en Lima, sabido es que en ambas partes fué bien recibido por una gran parte de la sociedad, lo mismo que sus jefes y oficiales, a todos los que se dieron muestras de consideración y aprecio, admitiéndolos en todas las casas con sumo agrado; y que muchos visitaron al primero. Fuí yo uno de éstos; y, sea por mi posición social y los altos puestos que había

ejercido, por simpatía o por cálculo, juzgándome con influencia en el Gobierno y que por medio mío pudiera lograr ponerse en buenas relaciones con el Presidente de quien, como de sus ministros, no había merecido ni el acto de atención de que le mandaran una tarjeta, no sólo me trató con cordialidad, sino que al día siguiente correspondía mi visita y continuó visitándome, aún cuando yo no hubiera vuelto a verlo, y asistía constantemente a la reunión de amigos que yo recibía en mi casa de noche una vez por semana, bien que invitado por mí en una de las veces que me vió.

Intimando de este modo conmigo, me habló varias veces del Perú, manifestándome sus buenas disposiciones respecto de él, y lo agradecido que estaba para con la sociedad de Lima que lo trataba con tanta benevolencia, pero en una de ellas también se me quejó de no haber merecido la menor atención del Presidente y de sus ministros, por lo cual él tampoco los veía ni se entendía con ellos sobre cosa alguna, mostrándose sumamente ofendido del procedimiento de ellos. No juzgando yo que esto pasase de queja, ni que hubiera consecuencias, y estando en completo entredicho con el Presidente, como lo he expuesto, me contenté con disculpar a éste como pude aunque, como era consiguiente, sin fruto.

Pasado algún tiempo de esto, sin que hubieran variado las cosas, vino un día a mi casa el señor Pinzón con el objeto de despedirse de mí, manifestándome, a la vez, que había resuelto marcharse por estar ya convencido de que nada podía hacer en el asunto principal que lo había traído a Lima, por embarazarlo el desprecio y la manera ofensiva con que, tanto respecto de la nación como de su persona, había procedido el Presidente, lo cual les pesaría bien pronto pues no era el hombre que tolerara impasible tales cosas. Y, siendo en aquella vez más explícito conmigo, y habiendo llevado consigo originales las instrucciones que tenía de su Gobierno, y mostrándome la parte referente al Perú que ellas contenían, me dijo que había venido al Perú animado de los mejores intentos y resuelto a procurar que las dos naciones se pusieran en perfecto estado de paz, amistad y comercio, por medio de un tratado para [el] que él estaba autorizado, como lo había hecho con Buenos Aires en sólo media hora de conferencia amistosa que tuvo con el señor Presidente Mitre, lo cual juzgó verificar también en el Perú sin inconveniente, desde que el único que podía causarlo era la cuestión de deuda y ella no tenía importancia para él ni pensaba mencionarla siquiera, porque sabía perfectamente que toda o la mayor parte estaba en manos de usureros y temerarios especuladores que la habían comprado al 3 ó 4% abusando de la desgracia y necesidades de los primitivos o directos acreedores, nombrándome algunos de aquellos y que, no

por favorecerlos, lo cual era contra su conciencia y sentimientos, había de ser embarazo para que dos naciones, que tantos vínculos de unión tenían, dejaran de entenderse y quedar íntimamente unidas; dijo, en fin, que el único causante y responsable de que ello no se hubiera realizado como de las consecuencias que de ello sobrevinieran, sería el señor Pezet, recordando entonces nuevamente el hecho de no haber contestado el saludo que le hizo en alta mar, lo cual no podía mirarse sino como una ofensa a la bandera de su nación; el no haberle saludado siquiera con una tarjeta cuando llegó y el no haberle merecido el menor acto de atención en el tiempo que había estado en Lima; expresándose en todo en un tono amenazante.

Después de haberlo escuchado yo atentamente y leído de nuevo las instrucciones que, en verdad, nada contenían que fuera contrario al Perú, o que envolviera siniestras miras, pero juzgando también que, a pesar de esto, él era muy capaz de cometer un acto de violencia, llevado de su carácter exaltado y sumamente susceptible por lo muy ofendido que se mostraba contra Pezet, le dije que apreciaba debidamente la confianza que me dispensaba y el que me hubiera hecho conocer sus buenos propósitos como las causas que le habían impedido llevarlos a cabo; pero que siendo, como debía ser, patriota ante todo, no debía extrañar el que pusiera en conocimiento de mi Gobierno cuanto me había dicho, por más confidencial que ello hubiera sido. Me contestó, sin ofenderse, que podía hacer lo que tuviera por conveniente, deduciendo yo de esto el que tal vez ése hubiera sido el objeto de la confidencia que entonces tenía conmigo.

En consecuencia, y no obstante del completo entredicho en que me encontraba con Pezet, fui a Chorrillos donde él estaba, y le referí cuanto me había dicho Pinzón, como sus quejas y amenazas y el haber visto las instrucciones que tenía respecto del Perú, y lo que ellas contenían. Me recibió con indiferencia y también la mostró por todo lo que le dije, como si nada le importara ello, ni hubiera que temer, reduciéndose a contestarme que no tenía Pinzón motivo para estar quejoso de él pues había hecho que lo visitase su hijo, y que, por lo demás, que le había referido, tomaría providencias. No teniendo que replicar a esto me despedí de él.

Al día siguiente volvió Pinzón a mi casa y empezó por decirme que comprendía haberle yo comunicado al Presidente nuestra anterior comunicación, por habérsele presentado el señor Lavalle, mandado por él, para que se entendieran, pero sin darle para ello credencial alguna que mostrara estar autorizado, ni siquiera la de una simple esquila, de lo cual deducía que el objeto de aquél no

podía ser otro que el de entretenerlo y descubrir sus intenciones, pues a proceder de buena fe, lo natural habría sido que lo hubiera mandado llamar para que se explicaran o que, si quería valerse de un tercero, pudo fijarse en mí, con quien debía comprender tenía confianza por lo mismo que le había comunicado y que de uno u otro modo, todo pudo quedar arreglado en media hora, y llegarse al término que él tanto deseaba; pero que, no habiendo sucedido así él llevaba adelante su resolución de marcharse, pues no era hombre que soportaba desprecios ni burlas.

Se marchó, en efecto, y conociendo su carácter, fácil de comprenderlo por poco que se le tratara, muy de temerse era que cometiese alguna violencia, dominado como estaba por la idea de haber sido tratado por Pezet con indiferencia él y con menosprecio su bandera. Sin duda que él era un cumplido caballero, franco y sencillo, capaz de ser dominado por la confianza y el buen trato, pero también susceptible, violento y sumamente irascible en caso contrario. Llevado probablemente de estos sentimientos e impresionado por lo anteriormente dicho, cometió, como es sabido, el de apoderarse de nuestras guaneras de Chíncha que, por desgracia, ocupó sin que la guarnición que allí estaba le disparara siquiera un tiro al desembarcar, en honor de nuestra bandera, aunque con ello no pudiera impedírselo (4). Persuadido estoy, y he estado siempre, de que tal cosa no hubiera sucedido, ni las consecuencias que sobrevinieron, si Pezet con menos vanidad o mejor aconsejado por los que lo dirigían, hubiera procedido como convenía a los intereses del país y como procedió el Presidente Mitre de Buenos Aires (5). Se atribuyó ello, o se tomó por pretexto, la cuestión de Talambo (6), mas no fué en verdad ésa la causa sino la que llevo expuesta.

Sin haberse hecho nada para remediar el mal, ni procurado hostilizar de algún modo a Pinzón (7), pudiéndose hacer algo en ambos objetos, llegó la época en la cual se reunieron las juntas preparatorias para el Congreso ordinario, que debía funcionar próximamente, y en ellas fuimos calificados, Castilla como senador y yo como diputado, siendo indicados ambos para Presidentes de las respectivas Cámaras. Ninguna oposición hizo Pezet respecto de aquél, pero en cuanto a mí se empeñó fuertemente para que no fuera elegido, al extremo de hablar personalmente a todos los diputados para que no lo hicieran, poniéndome por competidor al general Mendiburu a quien, por consiguiente, favorecía con todo su poder. Mas éste era impotente para combatir la popularidad que yo entonces gozaba y, por tanto, fuí elegido presidente a pesar de sus esfuerzos en contra. Castilla entonces, que ya procuraba ponerse

bien conmigo, o por enemistad con Mendiburu, con el que estaba ofendido por haberle faltado en el Congreso Constituyente del año 60 contribuyó indirectamente a mi elección, pues cuando sus amigos diputados, hablando del asunto, le preguntaron su opinión, contestaba del modo sarcástico que le era usual que entre un godo, refiriéndose a él, y un patriota, refiriéndose a mí, no había que vacilar (8).

Al día siguiente de esa elección se instalaba el Congreso conforme a la ley, (9) presidido por Castilla. Debí saber Pezet por algún conducto seguro, que aquél había preparado un discurso gravemente ofensivo contra él. Se acordó entonces de mí y, no obstante todo lo que había acontecido entre ambos, me mandó llamar antes de la instalación para comunicarme lo que sabía de Castilla, y decirme que se me presentaba la más favorable ocasión de sobreponerme a éste combatiendo su discurso como presidente de la Cámara de Diputados, para lo cual encontraría apoyo en el Congreso, y que también debía contar con el suyo de la manera más decisiva para todo. Dije que yo nada tenía que hacer con ello, ni atribución alguna en aquel acto, en el cual cualquier opinión que él emitiera no podía considerarse sino como personal y, por lo tanto, si le era ofensiva nadie, sino él mismo, podía contrariarla y defenderse; que en lo otro yo no tenía pretensión ni objeto para sobreponerme a él ni a ningún otro, pues nada pretendía; y me despedí de él para ir al Congreso.

Castilla estuvo realmente procaz e hiriente al contestar el discurso de apertura que pronunció Pezet, hasta el grado de acusarlo que estaba "en convivencias criminales con los españoles", no sé con qué fundamento, pues no lo expuso. En la Cámara de Senadores se hizo después una proposición sobre esto contra Castilla, cuya resolución le fué adversa y pasó, por ello, en revisión a la de Diputados. Yo la mandé a comisión, contribuyendo a que allí quedara aplazada, pues no eran momentos en los que, hallándose la Nación comprometida en una cuestión exterior tan grave, que requería la unión y el esfuerzo común de todos los peruanos, nos anarquizáramos ocupándonos de asuntos de ese género, que sólo podían dar por fruto el dividirnos y hacer impotente la defensa. Castilla, al fin, era un caudillo y contaba con un partido. Logré de ese modo mi objeto, y el Congreso, por tanto, sólo se ocupó de la cuestión española (10).

Con el entusiasmo que a todos animaba para la defensa y por vengar el ultraje recibido, se autorizó al Presidente para levantar un empréstito de cincuenta millones de pesos en el extranjero a fin de que procurase toda clase de elementos de guerra (11); pero la parte exaltada del Congreso, que era la mayoría, en cuyo número

estaba Castilla, no sé si por cálculo, y todos los enemigos de Pezet pretendían que se declarara la guerra inmediatamente, sin que estuviéramos preparados para ella, habiéndose hecho una proposición al efecto, la cual apoyó con su informe la comisión nombrada para dictaminar, opinando del mismo modo. Al ponerse el asunto en discusión, hice yo notar que, conforme a la Constitución, no podía el Congreso resolver en el asunto sino a pedimento del Ejecutivo o previo su informe; cuya verdad, conocida por la lectura del artículo referente al caso y no habiendo tenido lugar lo uno ni otro, obligó a detenerse y pedir ese esencial informe puesto que el Gobierno no había pedido que se declarase la guerra (12).

Sabido es que desde que el Congreso se reunió había en él gran oposición contra Pezet o, diré más bien, contra su gabinete, a cuya ineptitud y falta de tino se atribuía la situación en que nos hallábamos y el que nada se hubiera hecho para remediarla, en los tres meses transcurridos después del atentado cometido por Pinzón. En efecto, no se le había hostilizado de modo alguno, y su escuadra tenía diariamente carne fresca, víveres de toda clase y hasta legumbres que recibían de Chincha; no se habían tomado providencias para privarlos del carbón que tan necesario les era, ni se había hecho cosa alguna conducente a que aquel jefe volviera sobre sus pasos, conociéndose, como se conocían, las causas que lo habían impulsado, comunicadas por mí oportunamente, de lo cual instruí al Congreso, como era mi deber hacerlo, expresando en la tribuna todo lo ocurrido; nada, en fin, se había hecho para remediar el mal de modo alguno. Por el contrario, se había agravado la situación con el desacierto de mandar que en Panamá se hiciera una poblada contra [Salazar y] Mazarredo para apoderarse de todos los documentos y comunicaciones que él llevaba, como parece sucedió, suponiendo descubrir por ellos el objeto de Pinzón para haber ocupado las Islas y los cómplices que tuviera, en cuyo número me juzgaba, según después llegué a saber, sólo por las confianzas que éste había tenido conmigo antes de partir y que yo tan lealmente había comunicado al Presidente (13). He dicho que ello agravó la situación, porque nadie ignora que antes de eso, poniéndose en relación el cónsul Moreyra con el Gobierno de España, había logrado la promesa de que se desaprobaba la conducta de Pinzón y se mandaría que desocupara las Islas, cosa que no sucedió por el indicado hecho, siendo ya el motivo principal del entredicho. No obstante, sabido es que Pinzón fué relevado en el mando de la escuadra reemplazándolo el almirante Pareja (14).

Conociendo Pezet la gran oposición que había en el Congreso contra su gabinete, y la influencia que yo tenía en él, me mandó lla-

mar y manifestó que había resuelto variarlo, fijándose en mí para que lo presidiera y organizase del modo que me pareciera conveniente. Yo que, de un lado, a nada aspiraba y que, de otro, estaba persuadido de su falaz proceder conmigo y que tenía consejeros privados que lo dirigían, me negué decididamente a complacerlo, exponiéndole que mi puesto en aquella situación era más útil al país en el Congreso. Me pidió entonces que le indicara las personas que, a mi juicio, concibiese aparentes para desempeñar los ministerios en aquella situación. Le contesté que, de momento, se me ocurrían el Dr. Pacheco y el Dr. Tejeda, en quienes concurrían calidades de probidad y recto juicio, a la vez de no pertenecer a partidos ni ser exaltados; y que, por tanto, serían aceptables al Congreso. Preguntóme qué me parecía el señor Costas, diputado entonces, para presidir el ministerio y aunque yo no tenía el mejor concepto de él, en cuanto a su capacidad pero conociendo que era honrado y que gozaba de influjo en los diputados del Sur, cuya mayoría era opuesta al Gobierno, díjele que, por estas calidades, me parecía bien. Organizó, por consiguiente, el ministerio con los dichos, llevando a Hacienda al Sr. Zaracondegui, persona que entonces tenía gran crédito y a Guerra al general Frisancho (15).

Tal era el ministerio cuando se pidió el conforme para la guerra, y aunque yo, no obstante lo anterior, no me veía ni entendía con el Presidente (porque entonces ya sabía su juicio sobre mí en lo de [Salazar y] Mazarredo) me entendía sí con los nuevos ministros, que no habían tenido parte en ello ni me habían hecho tan grave ofensa. Desempeñaba el ministerio de Relaciones Exteriores, como es sabido, el Dr. Pacheco, sin duda el más importante en aquella situación. En lugar de expedirse por escrito el informe pedido, se presentó todo el gabinete para darlo de palabra, concurriendo diariamente a las sesiones del Congreso que, como era consiguiente, sólo se ocupaba de la cuestión española.

Con el cambio del gabinete, varió en mucho la animosidad del Congreso contra el Gobierno pues, en efecto, los diputados del Sur calmaron por el influjo de Costas y también fueron bien aceptados los nuevos ministros. No sucedió así con la parte exaltada, a cuya cabeza estaba el general Castilla, que a toda costa quería la guerra, pretendiendo que los españoles desocuparan las Islas, sin indicar los medios para esto, ni que tuviéramos elementos para lo otro. Circunscribiéndose a estas únicas cosas las sesiones del Congreso, presentó, al fin, un día Castilla una proposición para que se obligara a los españoles a desocupar las Islas, sin expresar los medios que se emplearan para esto, al mismo tiempo que yo presenté otra reducida a que mandara el Gobierno una comisión ante el jefe de la

escuadra española para pedirle explicaciones y que expusiera las causas de la ocupación indefinida que hacía de las Islas, fundandola al presentarla en que ése era el único modo de arribar a un resultado. Ambas proposiciones se mandaron a comisión citándose a Congreso en la noche para discutir las.

Me hallaba yo en la secretaría de mi despacho con algunos diputados, cuando se presentó allí Castilla, quien procuró sentarse a mi lado y saludándonos por primera vez desde los sucesos del 54, me dijo en seguida que había estudiado mi proposición y encontraba enérgicos los considerados; pero que la parte resolutive no correspondía a ellos y, por lo tanto, todo quedaría bien si se refundía en una su proposición y la mía. Le contesté con desagrado que la de él, a mi juicio, no pasaba de ilusiones y utopías que ningún resultado podían dar y, sin hablar más, nos fuimos todos a Congreso. No se resolvió esa noche el asunto, quedando aplazado para el siguiente, después de una larga discusión.

En la mañana de él, antes de la sesión, se me presentó el señor Chávez, secretario del Senado, y común amigo de Castilla y mío, trayéndome una proposición que él le había dado firmada para que yo la examinase y, si me parecía bien y quería ponerle mi firma, lo hiciese a fin de que fuera presentada al Congreso de ese modo. La examiné y encontrando en ella mis conceptos, y reformándola en lo que juzgué conveniente, se la devolví diciéndole que no tendría inconveniente en poner mi firma en esa proposición con la de él, si ella era puesta como yo había enmendado. Al poco tiempo se me trajo la proposición tal cual yo la había puesto, firmada por Castilla, para que yo también la firmara, y así se presentó al Congreso.

Dispensada de todo trámite y siendo bien aceptada por los ministros del Gobierno, que se hallaban presentes, se puso en discusión, pidiendo inmediatamente la palabra el diputado Cárdenas, el cual expuso que en las circunstancias en que el país se hallaba, era necesario, ante todo, terminase la enemistad, desacuerdo y completo entredicho en que nos encontrábamos el Presidente Pezet, Castilla y yo, pues, de ese modo, se lograría la unión del país para la defensa y el que todos marchásemos de acuerdo a tan importante objeto. Castilla contestó en el acto que, en cuanto a mí, estaba bien dispuesto a extenderme la mano inmediatamente, haciendo la demostración; pero que, respecto de Pezet, se la daría en el campo de batalla cuando, unido él a nosotros, hubiéramos vencido a los españoles. Obligado yo con esto a dar también mi opinión dije que, estando de por medio los intereses del país, olvidaba ofensas y agravios por graves que hubieran sido y aceptaba por completo la indicación hecha.

Empezó después de esto la discusión sobre la proposición que Castilla y yo habíamos presentado, siendo aprobada casi por unanimidad y, sancionándola el Ejecutivo con el cúmplase luego que la recibió, fué, por consiguiente, ley. El día [en] que se discutió y dió por el Congreso, que fué también, como lo he expuesto, aquel en que hizo la indicación dicha el diputado Cárdenas, me había tocado presidir el Congreso y cuando levanté la sesión y se retiraban los representantes, me esperó Castilla, me dió la mano y salimos juntos del local y, causando asombro a todos los que nos encontraban, vernos de ese modo. Desde aquel día, aunque no nos visitamos, quedamos en buena armonía y, teniendo que vernos constantemente en los días de Congreso, nos tratábamos familiarmente en los asuntos que se discutían, respecto de los que algunas veces consultaba mi opinión (16).

Cuando yo supe que aquella ley se había sancionado por el Ejecutivo, fuí a ver al Presidente, impulsado por el patriotismo y juzgando poder obtener un buen resultado, para proponerle que, si no tenía inconveniente, me nombrara para entenderme con el jefe de la flota española. Me contestó que lo haría con mucho gusto, a no estar ya comprometido con el general Vivanco, a quien había hablado sobre el asunto, quien como es sabido, marchó a las Islas con tal misión.

Nada había, por cierto, que pudiera reprocharse respecto de la capacidad, patriotismo y honradez de este general, pues eran calidades que poseía en alto grado y, merced a ellas, se esperaban los mejores resultados. Habiendo sido bien recibido y perfectamente tratado por el jefe de la flota española, fácilmente pudieron entenderse y pactaron el tratado que todos conocen, por el cual quedaban zanjadas las cuestiones de presente con España comprometiéndose, por parte de ella, a desocupar las islas y dejarlas libres en nuestro poder; y por la nuestra, a pagar tres millones de pesos por gastos de guerra (17). Al convenir en esto el general Vivanco tuvo seguramente en menos lo material del dinero cuando, a cambio de él, nos librábamos de la difícil situación en que estábamos con nuestras guarniciones ocupadas por una poderosa escuadra, no teniendo nosotros otra con la que se les pudiera obligar a desalojarlas. Dominado él, probablemente, por esta idea, confiando en su buena fe y llevado de su carácter candoroso y poco previsor, no debió fijarse ni considerar, sin duda, al convenir en esa parte, de un lado, en la susceptibilidad de nuestro país, tan fácil como es de impresionarse en mal sentido por cualquiera idealidad y que, sin medir nuestra impotencia ni las dificultades que puedan haber en ella, la mira siempre realizable según su querer; y, de otro, en lo indebida que era

la pretensión de los españoles desde que ningún gasto de guerra habían hecho, pues que los únicos que pudieron verificar consistían en el imprescindible mantenimiento de sus buques donde quiera que se encontraran y en los que eran consiguientes al objeto de la navegación que habían emprendido.

Pudo, tal vez, haberse obtenido el mismo arreglo sin aquel gravamen que el país miró deshonoroso, si se hubiera opuesto tenaz resistencia para convenir en él, pues, aparte de lo injusto que era, como lo he expuesto, y de que la hidalguía española no lo habría hecho motivo esencial de la cuestión, había otras razones para suponerlo así. Si la situación era difícil para nosotros, no lo era menos para nuestros adversarios que, a tan grande distancia de su patria, tenían que mantener una ocupación verificada por un acto de irritación violenta, sin grande objeto, como lo demostró el tratado mismo que se hizo, desaprobado por las naciones, principalmente las americanas, que, al fin, harían causa común con nosotros, sin voluntad de su Gobierno mismo que, como es sabido, no la desaprobó sólo por el suceso de Mazarredo en Panamá y que, al fin, pudo ser insostenible si se llegaban a tomar serias medidas para que no pudieran obtener recursos de material subsistencia. Pero juzgándose probablemente más obvio, menos expuesto a contingencias u otras dificultades, menos gravoso y más conveniente, salvar al país a ese costo de tan penosa situación, el hecho fué, como todos saben, que el tratado se estipuló con tal condición.

Bien aceptado por el Gobierno, se remitió al Congreso para su sanción, donde fué objeto de acaloradas discusiones. Para entonces se había cambiado el gabinete, para cuya formación me llamó el Presidente y me propuso que tomara la presidencia del Consejo de Ministros, con el despacho de Guerra, autorizándome a elegir y nombrar a mi exclusiva voluntad los que debieran desempeñar los otros; y, habiéndome negado a ello por los mismos motivos que la vez anterior, lo organizó del modo que todos conocen, sin que yo hubiera intervenido en la elección, figurando en él los señores Zárate, Calderón, Gómez Sánchez, García Urrutia y el general Allende, quienes concurrían al Congreso en apoyo del tratado. No habiéndose logrado ni con esto obtener la aprobación, por la tenaz resistencia que le oponían una gran parte de los representantes, resultó de ello el que hubiera llegado el momento próximo en el que debía clausurarse el Congreso, conforme a la ley, y se clausuró sin haber resuelto el asunto en pro ni en contra. Castilla era el principal opositor; yo opiné porque se procurara reabrir las negociaciones con el fin de excluir la parte onerosa del tratado y, si eso no se lograba, se aceptase la guerra.

Cerradas las sesiones del Congreso (18) y, habiendo el Gobierno aprobado el tratado por sola su voluntad (19) y mandado pagar la cantidad estipulada, sabido es que ello produjo gran disgusto en la mayoría del país, ya por la arbitrariedad que el acto encerraba como porque aquel gravamen se miró ofensivo a la dignidad del país, aumentándose, por consecuencia, el descrédito y mala voluntad que, de antemano, había contra la administración de Pezet, a quien juzgaba incapaz para gobernar, y causante de aquella situación que no había sabido precaver. Ese mismo tratado, no obstante de considerarse ofensivo, descubría también, al juicio de los hombres pensadores, que la ocupación de las Islas por Pinzón no tuvo por objeto reivindicar el derecho a ellas por España, como se dijo, pues, a haber sido eso, ni Pareja se hubiera prestado a desocuparlas tan fácilmente por tres millones de pesos ni hubiera reducido aquella nación su empresa a sólo mandar una escuadra para que la ocupara, sin fuerza de desembarque, ni otros apoyos con los que pudiera hacer efectivo aquel hecho y sostenerlo.

Sabido es, también, que desde entonces comenzaron a sentirse síntomas claros de revolución, siendo ellos mayores cada día. Conociéndolos Pezet y juzgando, tal vez, que yo pudiera calmar y dominar aquella situación, me mandó llamar y por tercera vez me propuso que me hiciera cargo del gabinete y eligiese los ministros que tuviera a bien, usando la frase de: "que ponía en mis manos el Gobierno". Yo, que más que nadie, conocía la situación y que deseaba salvarla, pero que solo me encontraba impotente para ello, se lo declaré así con franqueza y le manifesté que el único modo como ello pudiera lograrse, era poniéndome de acuerdo con Castilla y consultándole de antemano el caso. Me contestó que podía hacerlo.

No nos visitábamos entre ambos, como he dicho, aunque estábamos en buena armonía y sabía yo que él se expresaba bien de mí con sus amigos y, por tanto, no creyendo conveniente irlo a buscar en su casa, me valí del coronel Freyre, amigo común de ambos, pidiéndole una entrevista en la de éste, comunicándole el objeto y dejando a su voluntad elegir el día y hora. Se prestó a ello, y a la hora que indicó se presentó en dicha casa acompañado del señor Ferreyros. Le manifesté lo que me había propuesto Pezet y la contestación que le dí con los pormenores de uno y otro, agregándole que en efecto, juzgaba ser indispensable la acción y el esfuerzo de ambos, único modo, a mi entender, de impedir el desorden que amenazaba. Me contestó agradeciendo la confianza que manifestaba tener en él y que juzgaba de la misma manera que yo; que, por tanto, aceptara organizar el gabinete con la condición precisa que se compusiera de mí para el despacho de Guerra, del señor Ferreyros

para Relaciones Exteriores, de Freyre para Gobierno, cualquier letrado para Justicia y él tomaría el hueso de Hacienda. Tales fueron sus expresiones, y que, si en esto no se convenía, dejara que Pezet solo dominara la situación y no me expusiera a perderme con él inútilmente. Me aseguró, entonces, poniendo a Dios por testigo, que, demasiado viejo ya y cansado de la cosa pública, a nada aspiraba para sí y que reconocía de justicia me hiciera el país una reparación.

Conviniendo con él en el gabinete indicado y juzgando que, por muy duro que ello fuera a Pezet, habría sido ciertamente el modo de salvar la situación, fui donde él y le comuniqué lo ocurrido en mi entrevista con Castilla. Me preguntó secamente: "Y, entonces, ¿qué soy yo aquí?". Le contesté: "El Presidente", concluyó con sólo esto nuestra entrevista.

Continuó, por consiguiente, gobernando con el gabinete que tenía, sin hacer nada que precaviera el mal ni apagara el espíritu revolucionario, impulsándolo, más bien, con actos inconsultos como, por ejemplo, el de haber nombrado prefecto de Arequipa al coronel Prado que no era su amigo.

Llegado probablemente a conocer Pezet que ese espíritu revolucionario era mayor cada día en el país y creyendo, con razón o sin ella —juzgo lo segundo por lo que me había dicho— que Castilla era el principal instigador, lo mandó prender y expatrió en el acto, despachándolo al extranjero en un buque de vela, sin recursos ni otra ropa de su uso, que la que se le preparó por el Gobierno (20). Mas no por ello calmó ese fervor revolucionario que tenía otras causas, siendo las principales el desconcepto en que había caído el gobernante y la tendencia que, por desgracia, ha habido siempre entre nosotros al desorden, fomentado con cualquier pretexto por ciertos hombres que especulan o medran con él.

A pesar de haber manifestado yo en diversos actos, ser contrario a ese desorden, y aun el haber expuesto en la tribuna del Congreso, en una ocasión que vino al caso, no tener la menor ambición al mando, autorizando a los representantes que así lo hicieran conocer a sus pueblos en toda ocasión que, sobre el particular pudiera ofrecerse; solicitaron muchos de mí, en la Capital, que me pusiera a la cabeza de la revolución, y se me escribió sobre lo mismo en Arequipa y me hablaron de ello agentes o naturales de allí que había aquí, asegurándome que aquel pueblo, donde todo estaba dispuesto, la iniciaría. Constante en mis propósitos, y fiel a mis convicciones, me negué abiertamente a ello con todos pero, no obstante esto, ella se verificó poco después en aquel lugar, ejecutada, como es sabido, y poniéndose a su cabeza ese mismo prefecto que Pezet había nombrado (21).

CAPITULO XXIV

LA REVOLUCION DE 1865.— LA GUERRA CON ESPAÑA.— LA DICTADURA Y LA REVOLUCION DE 1867

(1865-1868)

Sabido es, también, que los departamentos del Sur secundaron inmediatamente la revolución y que, organizándose un ejército, vino éste sobre la Capital descendiendo del interior sobre la costa por Chíncha, sin que Pezet hiciera nada para embarazarlo ni impedir su progreso, a pesar de contar con un ejército leal y con la escuadra. Para entonces el general don Pedro [Diez] Canseco, que tenía el carácter de 2º Vice-presidente y que estaba en Lima, había ido a reunirse a la revolución, reconociéndolo Prado como Jefe de la Nación (1), quien con tal carácter declaró en Chíncha por un decreto la guerra a España (2). Si en esto algún mérito claro es, por lo dicho, que no lo tuvo Prado.

Cuando las fuerzas revolucionarias ocuparon el valle de Lurín, fué que Pezet salió de Lima con su ejército a situarse en San Juan descuidando Chorrillos. Los enemigos, días después, llegaron allí sin inconveniente en una noche (3) y, continuando la marcha del mismo modo, ocuparon Lima en la mañana con sólo disparar algunos tiros en la portada, donde les hizo una débil e instantánea resistencia una pequeña partida de tropa que allí se había situado. Defendía Palacio el general Allende con un batallón mandado por el comandante González, y fué allí únicamente donde se trabó un reñido combate, con éxito adverso para los de Palacio, que cedieron a la superioridad de fuerzas que los atacó y por no haber venido en su apoyo Pezet con su ejército que vagaba irresoluto por [el fundo] San Borja y sus inmediaciones. A pesar de que los revolucionarios eran ya dueños de la Capital, se mantenía fiel al Gobierno el fuerte

de Santa Catalina, mandado por el coronel Cuba, al cual no se atrevieron a atacar los revolucionarios, y él que con los fuegos de artillería que disparaba contra los enemigos que se le aproximaban, anunciaba a Pezet que se sostenía y que por allí podía penetrar en la Capital sin inconveniente, contando con el apoyo que le ofrecía aquel fuerte. Era opinión de todos que, si hacía tal cosa, era seguro su triunfo, como también lo habría sido si aparece en la Capital con su ejército cuando se defendía Palacio, ya por la superioridad de sus fuerzas en número y disciplina, como por el desconcierto en que estaban las de sus adversarios al ocupar la población, pues que muchos de sus soldados se metían en las casas agobiados por el cansancio o porque, siendo reclutas, no querían combatir. También el pueblo se mantuvo, indiferente e inactivo, lo cual hacía que ni con el apoyo de él pudieran contar los ocupantes.

Díjose después que, habiendo consultado Pezet a sus jefes sobre lo que debería hacerse en aquella situación, la opinión de uno que otro fué la de atacar, mientras que los más juzgaron que lo conveniente era retirarse al Callao y, por tanto, así se verificó, causando esto el desorden y la dispersión de casi toda la tropa con lo cual se perdió aquel ejército y con él la causa del Gobierno. Por boca de esos mismos jefes supe yo quiénes habían opinado de un modo y quiénes de otro, mas omito nombrarlos porque ello no conduce a mi objeto (5).

Desde que se verificó la revolución en Arequipa, ni Pezet me ocupó en cosa alguna, a pesar de mi clase militar, ni me habló del asunto en una que otra vez que nos vimos, y por ello, como por ser contrario a la revolución, tuve que permanecer inactivo todo el tiempo que ella duró. Pude por esto, terminada ella, visitar al general [Diez] Canseco y al coronel Prado. Al primero, porque me había tratado con la mayor consideración cuando antes gobernó; al segundo, porque, aun cuando no éramos amigos, se había casado con una parienta de mi mujer y mía, persona a quien, como a su familia, debía consideraciones hasta el grado de haber sido esa familia la que me esperó y obsequió con un lunch en Islay cuando vine al país, siendo, además, el padre de ella íntimo amigo mío y mi segundo jefe cuando mandé Piquiza. El primero [Diez Canseco], me recibió con la mayor consideración, mas el segundo [Prado], con marcada frialdad e indiferencia, hasta el grado de no corresponder mi visita; recordaba seguramente que cuando mandé y solicité que lo incorporase al ejército de capitán, pocos años antes, no lo había considerado.

Sabido es que pocos días después de haber triunfado estos señores, se defeccionó Prado contra [Diez] Canseco, despojándolo del

Poder que él mismo le había dado en nombre de la Constitución, reconociéndolo como autoridad legal y que lo sustituyó haciéndose Dictador (6) con el apoyo de los jefes del ejército que le pertenecían, pues habían sido nombrados por él y, a virtud de que lo preconizaran tal, en la plaza pública algunos ciudadanos preparados para ello, siendo todo obra, según se dijo, del señor don José Gálvez que lo dirigía y gobernaba. Yo, como era consiguiente a mi dignidad y a lo que antes he expuesto, ocurrido entre ambos, no lo visité entonces ni después. Sea por esto, o por imposturas que me levantaran los que lo rodeaban, juzgó que conspiraba al grado de mandarme decir con don Emilio Althaus, pariente mío y de su mujer, con quien se veía diariamente: "Que revolucionara de una vez, o me uniera a él". Con tal motivo juzgué conveniente irlo a ver para contestarle personalmente su recado y, habiéndolo verificado y expuéstole lo que, en su nombre, se me había comunicado, le dije que no revolucionaba porque no lo había pensado siquiera pues no tenía por qué ni para qué hacerlo desde que a nada ambicionaba y el puesto que él tenía lo miraba con horror y fastidio, bien desengañado de lo que en él se cosechaba, y que no me unía a él porque no tenía lugar entre los suyos, que todos ellos eran o habían sido mis enemigos. Reduciendo su contestación a sólo lo primero, me preguntó si se lo aseguraba por mi honor. Le dije que sí y que el tiempo le probaría la verdad de ello. Confió entonces en esa palabra y me repuso: "Como Ud. debe confiar en mí, y espero que nos veamos algunas veces". Le ofrecí que lo visitaría, y me despedí.

Desde entonces, en efecto, no se me molestó en lo menor y me trataba con consideración y aprecio las veces que lo veía, aunque ellas eran pocas y sólo en los días de ceremonia o por algún acontecimiento, por lo cual en una me reconvino de un modo amigable y cariñosamente de comportarme tan esquivo y retraído de él, por lo cual lo visité después con alguna frecuencia más.

Sabido es que desde que se declaró la guerra a España (7), hizo Chile causa común con nosotros, y que por ello se mandó a sus costas nuestra pequeña escuadra a orden del Gobierno de aquella nación. Entonces tuvo lugar el suceso de haber apresado la "Esmeralda" de Chile a la "Covadonga" (8), buque pequeño de la escuadra española, a lo cual se atribuyó el haberse suicidado el almirante Pareja, sucediéndolo en el mando el señor Méndez Núñez; en seguida aconteció el combate de Abtao (9), glorioso para los aliados, y particularmente para nuestra escuadra, que hizo aquella defensa, después, en fin, fué bombardeado el puerto de Valparaíso indefenso, causándole graves daños a aquella población (10).

En la noche del mismo día que recibimos tan infausta noticia,

fuí a Palacio para verme con el Dictador. Lo encontré solo, taciturno y pensativo y hasta me pareció triste. Hablándole de lo acaecido, le dije que, a mi juicio, tendríamos muy pronto la escuadra española en el Callao para verificar lo mismo que en Valparaíso y que en tal concepto el objeto de mi visita era el pedirle, para entonces, un puesto en el que pudiera combatir. Me contestó que lo tendría y agregó que mi visita lo ensanchaba mucho, pues que ya se veía abandonado de todos. Así era, en efecto, a causa de que las atenciones de los que pertenecían al partido que había imperado y estaba con el Poder estaban consagradas al señor Gálvez, que desempeñaba el ministerio de la Guerra y era quien lo disponía todo y dirigía las cosas.

Con el interés del patriotismo y juzgándome autorizado por el ofrecimiento que se me había hecho para conocer el estado de defensa del Callao y los trabajos que se hacían en las trincheras que se construían para colocar la parte de artillería de grueso calibre que había llegado de Europa, comprada por Pezet con la autorización que le dió el Congreso, y los cañones que teníamos desde la época española, que no eran, por cierto, muy útiles, fuí a aquel lugar al día siguiente de mi entrevista con Prado. Me pareció encontrar alguna faltas y que era necesario atender a algunas necesidades; y con tal motivo fuí donde éste para comunicárselas. Con el interés dicho volví al Callao a los pocos días y encontré que no se había hecho nada de lo que a mi juicio era necesario porque tal vez no lo era así al de los directores de la obra. Cuando me retiraba de las baterías encontré que iba a ellas el Dictador con su ministro de Guerra, el señor Gálvez, y en presencia de éste volví a hacerle presente mi opinión explicándole en lo que la fundaba. Sea de ello lo que fuere, mi proceder al menos probará el interés que tenía en la defensa.

No pasó mucho tiempo sin que, como le había yo dicho al Dictador en mi primera entrevista, apareciera en la isla de San Lorenzo la escuadra española (11). Tan luego como tuve noticia de esto, me vestí de uniforme y fuí donde él para que, como me lo había ofrecido, me señalara el puesto que debía ocupar en el combate y, encontrándolo en momentos de irse al Callao, no me señaló ninguno y sólo me dijo que estaríamos juntos. Fuíme, por consiguiente, a ese lugar en el mismo día donde también concurrieron otros generales, aunque sin ser llamados por el Gobierno. No atreviéndose probablemente los señores Prado y su ministro Gálvez a desairar a tan respetable clase en la que había hombres de mérito, veteranos de la Independencia y vencedores de Junín y Ayacucho, lo cual habría sido un escándalo, ni queriendo tampoco emplearlos en los puestos

de defensa en los que estaban destinados sus partidarios aunque de inferior clase y con menos experiencia, expidieron un decreto por el cual, de dichos generales que estaban en el Callao, se establecía un Supremo Consejo de la Guerra (12), cuya misión principal era ilustrar al Gobierno con sus luces en los casos que se le consultasen, determinando que tomara la presidencia el más caracterizado, y se le señaló como local de residencia la habitación de un empleado de la Aduana del Callao, situada sobre las murallas de la Fortaleza. Concurrimos allí inmediatamente todos y se instaló el Consejo, (13) tomando la presidencia el Gran Mariscal La Fuente, de lo que se dió cuenta. A mí especialmente me dijo el Presidente que todos los días fuera a comer y almorzar con él, pues quería que estuviéramos constantemente juntos. Así lo hacía, y como también concurría a esas horas el ministro Gálvez, fué allí donde por primera vez nos saludamos él y yo, desde los sucesos del 54, por haber sido uno de los que pertenecieron a la revolución que me hicieron en aquella fecha; tratándome él desde entonces con la mayor consideración y aprecio.

A ejemplo de los generales y por espíritu de patriotismo, se fueron también al Callao, con pocas excepciones, todos los jefes y oficiales que se hallaban sueltos en Lima, sin colocación y no considerados de modo alguno, por haber servido a Pezet y no pertenecido a la revolución, deseosos de concurrir a la defensa del país, con cuyo fin se presentaron al ministro. Había entre ellos muy buenos oficiales de artillería y marina que habrían servido con mucho provecho en las baterías, pero no se destinó a ninguno en ellas. Dispúsose que de todos, que serían como seiscientos, se formara un cuerpo, nombrándose de entre ellos mismos los que debían servir como jefes y oficiales y se les situó en el Castillo del Callao, que estaba desartillado, sin darles armas ni municiones, de manera que para nada podían servir en ningún caso.

Llegó, por fin, el 2 de Mayo, día en el que, desde el Callao, se veían en la escuadra española síntomas de moverse, por lo cual juzgamos todos que sería para atacarnos. En ese día, a la hora del almuerzo, nos sentamos juntos en la mesa el señor Gálvez y yo, estando él más amistoso conmigo, al grado de partir conmigo el pan especial que sólo para el Presidente y para él se había puesto, lo cual hizo que, a mi vez, partiera yo también con él del que para mí, como para los demás, se nos puso. ¡Cuán distantes estábamos ambos de que aquel agasajo sería lo último que acontecería en la vida entre los dos y que no nos volveríamos a ver!

Cuando concluyó el almuerzo, vimos que la escuadra enemiga se ponía en plan de combate y se movía sobre nosotros. El señor

Gálvez se dirigió en el acto a la trinchera llamada la "Merced", que era la principal, y cuyo puesto había elegido para batirse en él; yo marché a reunirme con el Consejo de Generales. Como por prevención que se nos había hecho y conforme al espíritu del decreto de su creación, debíamos estar al lado del Presidente durante el combate, y nada se nos había dicho sobre el particular, juzgando, sobre todo, que el lugar en que se pusiese sería de peligro o acaso él de estar recorriendo las baterías mientras él durase, pues uno u otro se dejaba comprender por el decreto que expidió nombrando sucesor en caso de muerte aquel día (14), díjele al general La Fuente, haciéndole presente todo esto, que, como presidente del Consejo, debía, a mi juicio, ir donde el Dictador para que le señalase nuestro puesto o le dijera cómo debíamos proceder para estar junto a él. Así lo hizo y sólo le contestó "que permaneciésemos donde estábamos y que él iría donde estaba el Consejo". Se acercaba ya la escuadra española al Callao, cuando él se presentó en el Castillo con sus ministros y comitiva, pero sin dirigirse donde el Consejo estaba.

Llegó, por fin, el momento en que se rompieron los fuegos, (15) y de elogiarse es la bizarría española que, haciendo ostentación de valor y de arrogancia, condujo un buque hasta ponerlo a menos de tiro de nuestros más ínfimos cañones, y tan próximos a nosotros que se veían claramente sus jefes y aun se oían sus voces, expuestos, por tanto, a ser echados a pique todos los de madera; cosa que muy bien pudo suceder, o por lo menos que se inutilizaran, si los que gobernaban nuestras baterías no se hubieran empeñado en dirigir los tiros a la "Numancia", gran buque blindado al cual no podían dañar nuestras balas, o si esas baterías hubieran estado servidas por los buenos y experimentados jefes de artillería y marina que teníamos, de quienes he hablado antes.

Tenía ciertamente la escuadra española, gran superioridad sobre nosotros en el número de cañones y en la calidad de ellos (16) y, contando con eso, debieron juzgar que, atacándonos como lo hicieron, no podríamos resistirlos mucho tiempo y apagarían nuestros fuegos. Mas si de elogiarse es el arrojo y valor con que ellos atacaron, también lo merecen los que defendían nuestras malas trincheras, que sostuvieron por más de cinco horas tan reñido combate sin que los arredrara la lluvia de balas que sobre ellos caían o pasaba por sus cabezas, ni los estragos que acaecieron ya cuando primero voló la torre de la "Merced", que era la mejor batería que teníamos, incendiada por una bomba que cayó en sus municiones, ocasionando la muerte de muchos, entre ellos la del ministro Gálvez, ni después cuando sucedió lo mismo y se desmontó el cañón de la batería llamada "Del Pueblo", que espontáneamente improvisaron y traba-

jaron los vecinos del lugar, dirigida por el ingeniero Rumrill de quien antes he hablado, en la cual perecieron también algunos, entre ellos el valiente jefe de marina Cárcamo; ni en fin, cuando en algunas de ellas se extinguían las municiones, no habiendo como reponerlas.

Si meritorio fué esto en ambos combatientes, también contribuyó mucho al triunfo y sirvió de estímulo a los nuestros el gran entusiasmo y extraordinaria decisión que por la defensa mostraron los vecinos del lugar y muchos de Lima, que acudieron allí, todos los que, llenos de valor, cruzaban las calles y recorrían las trincheras en medio de las balas, prestándose a servir en cuanto pudiera ofrecerse, sin que se notara el menor desorden, a pesar de estar muchas casas y establecimientos de venta abandonados; actos de heroísmo se vieron aun en mujeres y niños. Dignas de nuestra gratitud también fueron las compañías de bomberos de la Capital que, aunque compuestas de extranjeros, concurrieron al lugar para acudir a los incendios que acaecieran; y las monjas de caridad para emplearse en los actos de humanidad a que son consagradas. Los generales que componíamos el Consejo únicamente, y el gran número de jefes y oficiales que se presentaron, a pesar de nuestro deseo por combatir, cumpliendo con el deber que se nos había impuesto, permanecimos inactivos en el lugar que se nos había señalado, soportando impasibles la triste y bien penosa condición de espectadores de un combate, sin poder hacer nada en la defensa pues ni siquiera se nos consultó en cosa alguna, aunque expuestos a todos los peligros pues estábamos a descubierto de las balas enemigas que causaron algunos daños en el lugar e hirieron a uno que otro jefe y oficial.

En ese peligro común, próximo estuve yo de ser muerto o herido a causa del suceso que paso a referir. El hoy coronel Larrañaga, llevado del valor que lo distingue y consultándome antes, se fué donde el Dictador y el ministro Gálvez para pedirles que le señalaran el puesto de más peligro. No habiéndole éstos dado ninguno y mirado con indiferencia su ofrecimiento, volvió donde mí para comunicarme lo que le había pasado, y decirme que había resuelto irse al "Tumbes", único buque de guerra que teníamos en la bahía, para batirse en él, verificándolo en seguida. En lo más recio del combate, estando yo sobre la muralla, lo ví venir hacia el Castillo y, juzgando que pudiera haber ocurrido algún contraste en el buque a que había ido, me fuí a esperarlo en la puerta para que, a solas, me dijese lo que hubiera pasado. Hablaba en secreto conmigo y me comunicaba que se había separado del buque por haber consumido sus municiones y que venía en busca de ellas cuando, reventando

una bomba enemiga en el dintel de la puerta principal, uno de sus cascos mató al coronel Baquero que, con otros, estaba a nuestra intermediación; y otro hirió gravemente en la espalda a Larrañaga que hablaba conmigo, cayendo casi exánime a mis pies, por lo cual lo hice levantar en hombros con mi hijo Pío que estaba junto a mí y, ayudado por otro oficial, lo llevaron al Cuarto de Banderas de donde, en seguida, a pesar de las balas que caían en la población, lo mandé echado sobre unas frazadas al hospital de sangre, por no haber en el Castillo médico alguno que pudiera asistirlo.

Habiendo, al fin, puesto los nuestros fuera de combate dos de los seis buques, que se batían, lo cual vimos claramente, herido al almirante Méndez Núñez (17), jefe de esa escuadra, y agotadóseles las municiones, cosa que sólo después supimos por los jefes de buques de guerra neutrales, que de bien cerca presenciaron el combate y pasado él habían ido a visitar a los españoles, abandonaron éstos la lucha, retirándose a la Isla, disparándose de nuestra parte los últimos tiros y siguiéndolos algún trecho el "Tumbes" que *motu proprio* verifiqué esto, mandado por el contra-almirante Montero. Fué únicamente entonces que vimos salir del torreón al Dictador con sus ministros, quienes montaron a caballo para recorrer las baterías y saber lo que en ellas hubiese pasado, a cuyo acto los acompañaron algunos, entre ellos yo.

Como entonces ignorábamos las dos últimas causas dichas que motivaron la retirada, atribuyéndola sólo a la primera, se juzgó que, pudiendo ellos reparar en esa noche el daño de sus buques, volverían al día siguiente al combate, y para él no teníamos principalmente balas, pues también se nos había agotado, lo cual era un conflicto porque no teníamos cómo sostenerlo. Determinóse para remediar en algo el mal y que aun pudiéramos batirnos, que se buscaran y recogieran todas las balas que nos habían arrojado y fueran aparentes para nuestros cañones. Se lograron, en efecto, muchas y estábamos nuevamente preparados. Pero no sucedió lo que se temía y, en vez de ello, cuando hubieron reparado sus buques, desocuparon la Isla y se dirigieron a España (18).

No estando ya los enemigos al frente, hizo el Dictador su entrada triunfal a Lima (19) donde, como debe recordarse, fué recibido con las muestras del mayor contento y entusiasmo del pueblo, que lo miraba como el vencedor. Merecidas eran, sin duda, tales ovaciones, porque él había preparado la defensa y era en aquel día el Jefe de la Nación. Pudo ser ese triunfo más completo y acaso la escuadra española no habría vuelto a su país, si, como debió suceder, hubieran estado con nosotros los buques que después tuvimos y el que pudo adquirirse, mas el que esto no sucediera, no fué cul-

pa del Dictador sino que lo ocasionaron otras causas e incidentes que no todos conocen y, por tanto, deben exponerse.

Gobernando el general Pezet, y antes que tuvieran lugar los acontecimientos con España, mandó a Europa al entonces capitán de fragata don Aurelio García con el fin de que hiciera construir bajo su dirección la blindada "Independencia". Mandó en seguida al capitán de navío Salcedo, de origen chileno, con el de que se procurara la compra de un buque de guerra y, lográndose, viniera en él gobernándolo, siendo autorizado para lo uno y otro y para verificar los pagos y gastos, el Ministro que teníamos en Europa. Facilitóse comprar la blindada "Dinamarca", buque de tanto poder como la "Numancia" española, que, habiendo sido mandada construir por la nación del mismo nombre y aunque acabado y aun con su dotación, estaba detenida en Inglaterra por la guerra en que aquella estaba empeñada entonces con Prusia. Sabiéndolo nuestro Ministro, dispuso que el mencionado García fuese a reconocer el tal buque con el fin de comprarlo si sus condiciones eran buenas. El informe de éste fué favorable; pero, habiendo ido a reconocerlo también Salcedo, en cuyos objetos estaba el que no se comprara, para demorar de ese modo su regreso, opinó éste que no debía comprarse, poniéndole defectos al buque, lo cual causó el que se paralizase la compra al grado de que, cuando quiso hacerse, ya él no se vendía por haber terminado la guerra que causaba su detención y le facilitaba los medios para pagar su importe.

Salcedo, entonces, se ocupó de la construcción del "Huáscar" y cuando éste y la "Independencia" estuvieron concluídos, lo cual, como es consiguiente, tardó tiempo, zarpó cada uno sin inconveniente del puerto en que se construyeron, reuniéndose ambos en Brest desde donde, cumpliendo con la orden que tenían los jefes Salcedo y García, que mandaban los buques, debían navegar en convoy a las órdenes del primero, como el más caracterizado, y hacer el viaje por el Estrecho de Magallanes. Basta leer el parte que pasó el segundo, de Valparaíso, el 3 de Agosto a la Secretaría de Guerra y Marina, y ver por él la lentitud con que navegaron esos buques por orden de Salcedo y los embarazos y demoras que éste causó en la navegación, para persuadirse que a él se debió lo que he dicho antes de que pudieran estar con nosotros esos buques para el 2 de Mayo, uniéndose a ellos la "Unión" y la "América", que también compró Pezet en Estados Unidos, y que llegaron antes que los mencionados, y a más los que se batieron en Abtao, todo lo que nos daba una escuadra muy superior a la española, es claro que nuestro triunfo pudo ser más completo entonces.

Sea de esto lo que fuere, lo esencial es que con el combate del

2 de Mayo y la retirada de los españoles, quedó de hecho terminada aquella guerra. Pero en ella había muerto Gálvez, que era el alma de la Dictadura, y sin él ella no podía subsistir, siendo el juicio de muchos que, si hubiera sobrevivido al 2 de Mayo, se habría hecho el Dictador. Conociendo probablemente Prado lo primero y, no teniendo resolución ni encontrándose con suficiencia para desempeñar tan grave e importante cargo, es sabido que expidió un decreto convocando a los pueblos para que por votación directa eligieran Presidente Constitucional de la República y representantes para un Congreso enteramente nuevo que entendiera de la elección, todo con la seguridad de que en tales circunstancias y con tal Congreso, nadie sino él podía resultar electo. Así fué, pero en el entretanto ocurrió un suceso que no debe olvidarse por su gravedad, y que yo debo exponer por la parte que en él tuve.

Había dispuesto la Dictadura que se contratara por nuestro Ministro en Estados Unidos, un jefe de marina de aquella nación para que mandase nuestra escuadra, y otros de inferior clase para emplearlos en los buques. Contratados éstos de los que habían estado al servicio del Sur en la guerra intestina que hubo en aquella nación y, habiendo llegado a Lima, escribió particularmente el Dictador a los jefes de marina: Montero, Aurelio García, Ferreyros y Grau, que estaban en Valparaíso, el primero a mando de la escuadra y los otros al de los buques, anunciándoles que dichos contratados debían ir allí y se pusiera la escuadra a las órdenes del más caracterizado, que era un tal Tucker a quien se nombraba Comandante General de ella. Fuertemente impresionados nuestros jefes con semejante nueva que no esperaban, pues no habían dado el menor motivo para ello y, por el contrario, sostenido con honra nuestra bandera en Abtao, le contestaron, también particularmente, que cumplirían sus órdenes pero que estaban determinados en ese caso a separarse del servicio, pues su estimación y propia dignidad les impedía estar a órdenes de un extranjero (20).

Con este motivo, y temiendo acaso el Dictador que la escuadra procediera de otro modo y trastornara las cosas, pues tenía bastante poder para ello y le habría bastado invocar el régimen verdaderamente constitucional, a lo que el país se habría plegado pues su concepto había decaído mucho, resolvió mandar inmediatamente en el "Chalaco" a su ministro, el señor Pardo, con amplios poderes para entender en el asunto, y con él algunos jefes y oficiales de marina con el fin de que fueran destinados en los buques. Tan luego que llegó el "Chalaco" a Valparaíso y, sabiendo los ya nombrados jefes que en él había llegado el indicado ministro, fueron aquellos a bordo para ver a éste, en testimonio de respeto, y, habiéndolo-

les comunicado él la comisión que llevaba de poner la escuadra a órdenes de Tucker, contestaron ellos que estaban prontos a obedecer lo que el Gobierno disponía pero también resueltos, por honra y propio decoro, a separarse del mando de los buques en que se hallaban, cuya dimisión le hacían. Díjoles, entonces, Pardo que la sumisión que manifestaban a las determinaciones del Gobierno, era aun más meritoria para ellos que el triunfo de Abtao y, consintiendo en su separación, como en la de otros jefes y oficiales de la escuadra, que no quisieron continuar sirviendo con Tucker, les dió a todos pasaje para el Callao en el mismo "Chalaco"; estaba comprendido entre éstos mi hijo Juan Martín, que servía como comandante de la guarnición de uno de esos buques, cuyo destino solicitó para la guerra con España.

Molesto el Dictador con el procedimiento de tales jefes, inmediatamente que llegaron al Callao los mandó poner presos en el Arsenal de Marina; y, por conducto de su ministro de Guerra el general Bustamante, dispuso que fueran juzgados en Consejo de Guerra verbal por el delito de desertores en campaña, nombrando por jueces a los generales que componían el Consejo Supremo de la Guerra, creado en el Callao, que aun subsistía con tal misión. Díjose que esto procedió de que, habiendo desfigurado los hechos el ministro Pardo, los había acusado fuertemente, manifestando que habían cometido tal falta; pero tal acusación no apareció en el juicio, siendo cabeza de proceso sólo la nota del ministro de la cual he hablado, sin estar acompañada de fundamento alguno. Empeñado estaba el Dictador en que se impusiera pena a esos jefes fundándose en que ello era necesario para la disciplina y respetabilidad del Gobierno, y tanto, que aún habló interesándose en ello a algunos de los generales, entre los que fuí uno de ellos, que me hizo llamar a Palacio con sólo ese objeto cuando ya estábamos en el caso de pronunciar sentencia. Manifestéle con franqueza que no tenía razón en lo que pretendía, y que por nada podía faltar a la justicia pues esos jefes no habían cometido la falta de que se les acusaba. El Consejo, fundándose en esto, los absolvió y, conforme a ordenanza del general La Fuente que lo presidía, publicó la sentencia y puso en el acto en libertad a los enjuiciados. No negaré que en todo esto tuve yo gran parte y que, sabiéndolo, el Dictador se disgustó conmigo, pero sin que por ello variasen las consideraciones con que me trataba y siguió tratándome (21).

Hecha la elección popular y reunidos después de lo dicho el nuevo Congreso, fué [Prado] proclamado Presidente (22); pero para entonces ya la opinión pública estaba más pronunciada contra él por sus procedimientos desacertados, principalmente en materia

religiosa, que lo pusieron en entredicho con los prelados y disgustaron [a] los pueblos, al grado de verse síntomas claros de revolución, con especialidad en Lima y Arequipa, donde más impresión causaron tales procedimientos. Y se conspiraba, en efecto, pues aun a mí me hablaron para que me pusiera a la cabeza de la revolución ofreciéndome, por conducto de personas muy respetables que aun viven, toda clase de elementos y grandes cantidades de dinero que los que las daban decían sólo pondrían a mi disposición. No es extraño que en tales casos se fijasen para tales cosas en mí, pues tenía los prestigios de haber mandado la República, conservaba todavía muchos amigos y partidarios en toda ella y estaban vivos los recuerdos de los beneficios que habían hecho a la Nación. Mas yo, que era opuesto a todo desorden y firme en mi propósito de no mezclarme en guerras intestinas, me negué resueltamente a ello, como lo hice antes y después, ya porque no tenía ninguna aspiración al mando, como por el miedo que tales cosas me causaban, no precisamente el miedo material pues, a Dios gracias, no lo he tenido en los peligros cuando se han presentado, sino el que me causaban los desengaños, decepciones e ingratitudes que había experimentado, y muy especialmente a la injusticia con que se me calumnió para despojarme del poder.

Pero como mi negativa no podía importar mucho en el orden de las cosas, ni embarazar el curso de ellas, estuvo para estallar al poco tiempo una revolución en la capital, encabezada por el general La Fuente (23) y, contando con las fuerzas que estaban en Santa Catalina, fué a esperar el momento en sus inmediaciones, vestido de general. Mas, denunciada ella por alguno de sus cómplices y tomadas medidas para impedirla, no se efectuó y tuvo el general que retirarse a su casa. Como por la denuncia debió saber el Gobierno que él era quien la promovía, ordenó al Intendente de Policía Andraca que lo prendiera; pero éste, antes de verificarlo, dió aviso al general, quien por ello se trasladó a mi casa, inmediata a la suya, de manera que, cuando fueron a buscarlo, ya no lo encontraron.

De que estuviera en mi casa sólo tenían noticia su hija y el tal Andraca, a quien se lo comunicó el general por confiar en él a causa de lo sucedido y con el fin de que le avisara lo que posteriormente pudiera ocurrir. Me dió, entonces, el Presidente un testimonio claro de las consideraciones que me guardaba pues, habiéndolo yo ido a visitar al tercer día, que era feriado, después del saludo y en presencia de dos personas que estaban presentes, me preguntó cómo me iba con mi huésped. Comprendí al momento la alusión de la pregunta y le contesté que ciertamente había tenido uno, pero que ya no estaba en casa, lo cual era cierto. Me dijo, entonces, que por

respetar mi casa no lo había mandado sacar de ella pues sabía que allí estaba. Cómo pudo él saber eso, que sólo estaba en el conocimiento de la hija del general, del Intendente Andraca y de mí, fácil es deducirlo. Sea como fuere, yo recibí un testimonio de consideración que ciertamente agradecí, y comuniqué al general lo ocurrido para que se precaviera.

Al poco tiempo de esto resultó, como todos saben, la revolución que se hizo en Arequipa encabezada por el general [Diez] Canseco, que tenía el carácter de 2º Vice-Presidente de la República en el orden legal (24). Juzgó Prado que su presencia a la cabeza de un ejército sería bastante para dominarla y marchó con él hacia ese lugar (25), dejando en el mando al hoy Vice-Presidente general La Puerta. Pudo ello suceder muy bien, si en el acto hubiera atacado o procediera militarmente, como debía, mas no sucedió lo uno ni lo otro. Llevando la ofensiva, con una fuerza muy superior a la que los revolucionarios tenían, en vez de situarse en el llano sin embarazar a su frente para poder atacar cuando le conviniera, se colocó próximo a la ciudad con un barranco por delante que no podía atravesar sino en desfilada, bajo los fuegos del enemigo, el cual podía esperarlo parapetado, y con un río que tenía que atravesar con dificultad y que le impedía toda maniobra, ocupándose sólo de bombardear la ciudad. Viendo que esto solo no era bastante para que se rindieran y, con el fin de intimidar, mandó que desde Lima le llevaran un cañón de calibre de 300, el cual con mil dificultades podía ser transportado desde Islay, pues todavía se carecía de ferrocarril en esa ruta.

Mientras estas cosas pasaban se sublevó, como todos saben, el coronel don José Balta en Chiclayo, plegándose a la revolución de Arequipa. El señor La Puerta mandó contra él al ministro Cornejo con una fuerza más que suficiente para batirlo, mas éste, que no era militar sino en el nombre, se dejó derrotar con un pueblo casi desarmado resultando de esto gran nombradía para dicho Balta (26).

Sucedido esto, y habiéndose quitado a Prado el recurso del cañón que esperaba, por una sorpresa que con algunos guerrilleros hizo en "Catarindo" el hoy general Segura, tomándolo e inutilizándolo, con clavarlo y destruir su montaje, se resolvió, al fin, aquél a atacar con los inconvenientes que he dicho y del modo más desordenado, por lo cual lo derrotaron tristemente, sin que siquiera hubiera pasado el río y, abandonando los restos de su fuerza, que retiró el hoy contra-almirante Montero, se marchó a Islay para embarcarse y venirse a Lima, siendo objeto de desprecio de esos restos y aun de sus más decididos partidarios, pues todos se expresaban malísimamente de él, completamente desengañados de su capacidad.

Su descrédito era generalmente tal, entonces, que antes de esto sucedió en la Capital que un gran número de representantes de ese Congreso que él mismo había elegido, se fueran en cuerpo donde el general La Puerta para pedirle que asumiera el mando con absoluta prescindencia de Prado, asegurándole que ello sería aprobado por aquel cuerpo, mas aquél rechazó eso porque ello habría sido faltar a la confianza que se había depositado en él y su honor se lo impedía. Después se vió, cuando llegó, la indiferencia y desprecio con que fué recibido por todas las clases, habiendo acontecido el que aun los muchachos lo pifiaran y se burlaran de él en la calle pública, por cuya causa no se atrevió a asumir el mando (27).

Sin poder moral por consiguiente, ni fuerza material que pudiera sostenerlo, resolvieron muchos reunirse en Cabildo abierto en el local de la Municipalidad para destituirlo del poder. Se me invitó para que fuera a presidirlo pero yo, firme en mi proposito de no mezclarme en tales cosas, me negué a ello. No por eso dejó de verificarse (28) y, cuando el pueblo se reunía en dicho local y en la plaza pública, me mandó llamar el general La Puerta, que aun gobernaba, con el Dr. Luna, entonces diputado, para que yo organizara el gabinete y me hiciera cargo de la situación, juzgando acaso que con el influjo que tenía pudiera dominarla. Cuando llegué a Palacio, me encontré con el Intendente Andraca que mandaba la única fuerza que había situada allí, quien se acercó a mí y me dijo que la ponía a mi disposición y no obedecería otras órdenes que las que yo le diera. Sin embargo de esto, cuando el general [La Puerta] me hizo la propuesta que he dicho, me negué a aceptarla porque conocía bien que ello a nada conduciría, pues el curso de las cosas era incontenible.

Cuando salí de Palacio, funcionaba ya el Cabildo abierto, presidido por el general La Fuente, y la plaza estaba llena de gente del pueblo que, llena de entusiasmo, se manifestaba contra Prado. Juzgando yo, por esto, que las cosas pudieran ir hasta el grado de que se intentara cometer un atropello contra él, como sucede en tales casos, me fuí a la calle donde vivía para estar cerca de su casa y contener, con mi influjo sobre el pueblo, cualquier desorden; me vieron en ella el mismo La Puerta y su suegro Ugar-teche. No sucedió, por fortuna, lo que temía, concluyendo todo con destituirlo del mando y reconocer como único gobernante al vencedor de Arequipa [Diez] Canseco, encargando provisionalmente del de la capital a su hermano don Francisco (29). Prado se trasladó a ocultarse en otra casa y de allí en una noche acompañado de los Althaus, parientes de su mujer, y otro, se fué al Callao para irse

al extranjero, cosa que verificó sin inconveniente. Nadie se imaginaba siquiera entonces que este caballero volvería a mandar el país.

[Diez] Canseco, inexperto en política y temeroso de que aun pudiera suceder algo, fué a situarse en Santa Catalina con todas las fuerzas que había. Por suposiciones, a causa de no haberme yo prestado a concurrir al Cabildo abierto, o por hacer mérito con su hermano, juzgando que yo me inclinara a Balta, e hiciera refluir las cosas en su favor, me mandó llamar a Santa Catalina pidiéndome mil excusas por tal avance. No tuve inconveniente en ir a su llamada y, volviéndome a pedir excusas por haberlo verificado, me dijo que se le había asegurado que yo conspiraba contra lo hecho y que, aun cuando no lo creía, juzgaba que estaba en los deberes de los respetos que me guardaba el avisármelo, pues no podía olvidar que había sido mi ayudante cuando mandé. Me reí de tal cosa, diciéndole que despreciaba las calumnias y las suposiciones. Entonces él me contestó que tenía razón y que su objeto principal era hablarme de la Presidencia futura, juzgando que debía pretenderla, pues era lo que convenía al país; y que para ese caso me pedía que yo considerase y lo llevara como Vice-Presidente, pues él podía contribuir mucho al triunfo con el poder de su hermano. Sorprendíme mucho de la proposición y le dije que no pretendía de modo alguno tal puesto y, por tanto, él y su hermano podían fijarse en otro que lo desease, concluyendo con esto nuestra entrevista.

No debió quedar muy contento de mí, y aun creo que escribiera al hermano indisponiéndome con él pues éste, cuando llegó a Lima y lo visité, me recibió con suma seriedad y como quejoso o resentido conmigo, por lo cual no volví a verlo más ni me entendí con él para nada. Haciéndose él cargo del mando supremo como Vice-Presidente de la República (30) y organizado su gabinete, se vió obligado, conforme a ley, a dar las órdenes para que se eligiera Presidente y Vice-Presidentes; y, no teniendo en cuenta la existencia de los dos tercios del Congreso legal, dispuso que se eligieran también representantes en su totalidad para uno completamente nuevo.

CAPITULO XXV

GOBIERNO DE BALTA

(1868-1871)

Para entonces, el coronel don José Balta, por sólo el mérito de su triunfo en Chiclayo y por la influencia de algunas personas de valer en Lima, de entre las que nombraré a los señores vocales de la Corte Superior, Carpio y Ribeyro (1) (porque fueron ellos sus más predilectos consejeros, y quienes entonces lo llamaban el "sableador") empezó a fijarse la opinión pública en él para el primer puesto y, como nadie se le opusiera ni le hiciera competencia, esa opinión se extendía. Luego que llegó a Lima fui, naturalmente, a verlo porque había sido jefe de un cuerpo cuando mandé y le consagraba amistad. Me preguntó entonces si yo pretendía la presidencia y, como le contesté que nó, lo cual era cierto, me pidió que en tal caso lo ayudara con mi influjo para poderla obtener. Ofrecíle que lo haría y con ese motivo hablé a mis amigos de Lima que se ocupaban de elecciones para que obrasen en tal sentido; y escribí sobre lo mismo a otros de los diferentes puntos de la República, con lo cual se generalizó la opinión y se hizo el único candidato.

[Diez] Canseco, que siguió, entretanto, gobernando tuvo, al fin, que decidirse también por él, pero exigiéndole antes el compromiso de llevar adelante el contrato que había hecho del ferrocarril de Mollendo a Arequipa (2), en el cual estaba interesadísimo. Contrato leonino, mal calculado, oneroso para el Fisco y fecundo en males, pues abrió la-puerta a especulaciones inmorales que enriquecieron súbitamente a muchos, con gravamen del Tesoro, y han sido y son la causa del descrédito nacional en materia de deuda y de sus escaseces y pobreza, cosas estas todas que nadie deja de conocer y que los sucesos posteriores han ido demostrando más palpa-

blemente, pero que yo no analizo porque no conducen a mi objeto, ni mi propósito es herir la reputación de nadie.

Llegado el caso de practicarse las elecciones, sabido es que no hubo la menor contradicción en cuanto a la Presidencia pues, aunque los intereses a las diputaciones y a los puestos locales, causasen las funestas dualidades, en muchas partes o se supusieran en algunas, el Presidente que se elegía era el mismo, en todas (3). Tal vicio de la elección con la circunstancia de no haber una base de representantes que entendiera de las calificaciones en juntas preparatorias, causó el que hubieran graves dificultades para ella. Me encargó el coronel Balta que yo procurara salvarlas y con ese motivo concurrían donde mí todos los que se consideraban elegidos, juzgándome el árbitro de las elecciones. Procuré reunirlos en mi casa sin excepción para que, de común acuerdo, se resolviera la manera cómo debía procederse; y se acordó el que los que fueran unipersonales, es decir, que no tuvieran dualidad, se consideraran como calificados y formaran la mesa calificadora, siéndola momentáneamente presidida en diputados por el coronel Balta que se hallaba en ese caso por haber sido elegido diputado por Chiclayo, y en senadores por el que a viva voz eligieran todos los que estuvieran presentes; que ante esa mesa se eligiera por votación la que debía servir de calificadora y, teniéndose por calificados los unipersonales, se votara por todos en las calificaciones hasta llegar a componer un tercio de calificados del número total que debía componer cada Cámara, después de lo cual continuaría entendiendo en la calificación sólo ese tercio, conforme a ley.

Hízose todo esto sin tropiezo alguno en ambas Cámaras; y, luego que se llenó ese tercio en diputados, se retiró el coronel Balta para que continuaran las calificaciones sin él. En senadores se eligió para la primera mesa al Dr. [Pedro] Gálvez y para la segunda al doctor don Antonio Arenas; y desde entonces se hizo grave la calificación de representantes de ambas Cámaras, pues quedaba sujeta a ese tercio y a la lista que privadamente dió el presunto presidente a las comisiones, señalando los que en cada provincia o departamento debían ser calificados como senadores y diputados, cuyo conocimiento sólo teníamos en diputados su hermano don Juan Francisco, que era diputado, y yo, senador, para que dirigiéramos la elección en tal sentido.

En Lima se había forjado una dualidad de la que sólo se tuvo conocimiento cuando debían reunirse los colegios de provincia, suponiendo que ella se había hecho en los conventos, mientras que la legal se había verificado conforme a la ley en las plazas públicas. Respecto de mi senaduría no había dificultad porque también me

habían puesto como senador, probablemente con el designio de que yo no me opusiera; el interés de los que tal hicieron sólo estaba en las diputaciones, en los cargos municipales, y el tener de su parte las mesas momentáneas para las futuras elecciones.

En obsequio a la justicia, por estar comprometido el honor y los intereses políticos de mis partidarios y amigos y porque estaba elegido diputado mi hijo Juan Martín, cuyas aptitudes y patriotismo querían se conociesen, deseaba naturalmente que fuera aprobada la elección legal y le hablé sobre ello al futuro Presidente, de cuya voluntad dependían las calificaciones y el momento de verificarlas. Me contestó que era justo mi deseo, que contase con que sería aprobada a elección y que determinaría se viese, recomendándola. Pasaron, sin embargo, días sin que esto sucediese y volví a recordarle el asunto. Me dijo, entonces, que para que el triunfo fuera más completo, había pensado que la calificación se hiciera cuando ya el Congreso estuviera reunido. No me agradó, ciertamente, aquello pero, confiando en las seguridades que me daba de favorecer con su influjo la elección y contando con la perfecta armonía y buena amistad y confianza en que estábamos al grado de vernos frecuentemente cada día, y consultarme él para todo, tuve que resignarme sin temor de ser burlado.

Próximo el día de instalarse el Congreso que yo debía presidir por haber sido elegido presidente del Senado, me pidió que activase lo posible el escrutinio de la elección para Presidente, indicándome las personas que deseaba compusieran la comisión que debía entender en el asunto. Todo se hizo como me lo previno, de manera que a los cuatro días, es decir el 2 de Agosto [de 1868], estuvo proclamado Presidente de la República. A prima noche de ese mismo día, después de haber comido, fuí a verlo como era consiguiente a nuestras buenas relaciones. Lo encontré en la mesa y, no obstante lo dicho, me sentó a su lado y, manifestándome su contento por la manera como había procedido, díjome en seguida secretamente *motu proprio*, que lo único que faltaba era el que se viese la elección de Lima cuyo buen éxito me lo aseguraba él; su confianza conmigo en esa noche llegó al grado de llevarme a su escritorio, concluida la comida, para mostrarme el discurso que pensaba pronunciar en el Congreso, después de prestar el juramento, pidiéndome el que le dijera si me parecía bien. Le indiqué algunas modificaciones con franqueza, las que, sin embargo, no hizo.

Con lo expuesto y, atendida la intimidad en que estábamos, yo no dudaba un punto en que la elección de Lima sería aprobada y favorecida con su influjo, aun cuando notaba el que retardase en verse. Juzgo que él procedía de buena fe, y aun supongo que así lo

desease y fuera su intención, mas deduzco por los hechos que excusaba sus intentos la dominante influencia que sobre él tenía su hermano don Juan Francisco quien, manteniendo contra mí rencor e injusto resentimiento, en treinta y dos años transcurridos, por la manera que, con mucha razón, lo dí de baja de mi cuerpo cuando se pasó a los montoneros en la quebrada de Canta, de cuyo suceso ya he hablado (4), estaba dispuesto a vengarse de mí en cualquiera ocasión que se le presentase. Aprovechó entonces de aquélla, como después aprovechó de otras, según se verá en este escrito; pudo acaso impulsarlo también el disgusto de la intimidad en que me veía con su hermano y el temor de que ella llegara a disminuir su dominación sobre él. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que cuando llegó a verse y tratarse de la elección dicha, nada hizo el Presidente en su favor ni habló siquiera a diputado alguno, mientras que el hermano, aprovechando de su posición y del poder que le daba el haberse hecho nombrar con el mayor cinismo ministro de la Guerra, influyó en que se desaprobara, aunque sin lograr en que se aprobara la contraria, lo cual habría sido el mayor escándalo, a que no se atrevió el Congreso. Y no sólo sucedió lo dicho, sino que, debiéndose, por consecuencia, mandar el que se practicaran de nuevo las elecciones de Lima, no se hizo esto en los cuatro años que mandó Balta por el temor de que yo volviera a triunfar en ellas, habiendo, por lo tanto, carecido la capital de representantes en el Congreso durante todo ese período.

Exaltado yo y sumamente molesto, con lo ocurrido, me retiré del Senado para no ser objeto de más burlas, resuelto a no volver a tomar parte alguna en aquella administración, que veía a merced de los caprichos de un favorito. A los Balta nada importó esto, envanecidos como estaban y aun juzgo que el ministro se alegrase de ello creyendo que de ese modo quedaba yo anulado, y él más absoluto en la dominación de su hermano y sin traba alguna para sus pretensiones ulteriores, que bien claras se vieron después. Los senadores, por el contrario, manifestaron sentimiento por mi separación reemplazándome en la presidencia, conforme a ley, el general Vivanco por haber sido quien obtuvo el accesit en la votación que para ella se hizo y por no estar expedito el Vice-presidente, que lo era el doctor Arenas.

Este general, a pesar de su reconocida capacidad y buenas dotes, de que antes he hablado, sea por no estar versado en asuntos parlamentarios o por su carácter y tendencias a hacer uso de la palabra por la fecundidad de su ingenio, no dirigía bien las discusiones, lo cual tenía disgustados a los senadores. Mis amigos íntimos del Senado, que diariamente me veían, hablándome sobre esto

me pedían que volviera a él, mas yo, firme en mi resolución, me negaba a ello con constancia, hasta que un día se presentó en mi casa una comisión de senadores que, en nombre del cuerpo, me manifestó el deseo de todo él para que concurriera a las sesiones. No era posible negarse a tan respetable indicación y, aunque muy a pesar mío, tuve que condescender y volví a ejercer mi puesto.

Con este motivo, tuve también que volver a ver al Presidente de quien, con sobrada justicia, me había separado. La primera vez que esto sucedió trató de satisfacerme por lo acaecido y, con la franqueza que me es característica, le dije que, en verdad, no lo culpaba a él sino a su hermano, de cuya mala voluntad estaba persuadido, conociendo las causas. Me contestó que ése era un error en mí y que hablaría a su hermano sobre ello. Debí hacerlo pues un día que nos encontramos en Palacio, llamándome a un lado, me trató del asunto y entramos en explicaciones que de ningún modo me dejaron satisfecho, pues sus procedimientos de antes y de después contradecían sus palabras. Sin embargo, desde entonces volvimos a saludarnos como antes y aun una que otra vez tratábamos sobre los asuntos del Estado, pero sin confianza y sin visitarnos nunca; al Presidente mismo, no obstante el mostrarme cariño, lo visitaba poco, sólo cuando era indispensable verlo por alguna causa y jamás le pedí favor alguno; no tenía confianza en él para eso ni la tuve nunca, aun cuando después volvimos a intimar; fiel, sin embargo, a mis principios de sostener a la autoridad en lo que concebía justo o conducente al bien del país, mis procedimientos y la influencia que tenía con algunos senadores se encaminaban a esos fines.

En cuanto a la administración pública, dirigida en lo esencial por el ministro hermano del Presidente, como es conciencia de todos que así era, nada había hasta entonces que pudiera decirse en favor o en contra, pues todo marchaba en el orden corriente sin verse, sin embargo, en sus actos cosa alguna que fuera conducente al progreso moral y político que estaba en el deber de procurar un gobierno elegido con la sanción general del país, sin resistencia ni oposición y al cual se habían afiliado todos los partidos; sin obligaciones, por tanto, con nadie y expedito por ello para toda clase de reformas, muy especialmente la de corregir la inmoralidad y abusos que habían causado los anteriores trastornos y, sobre todo, el agio y especulaciones ruinosas establecidas contra el Tesoro, y en lo que muchos especulaban, abusando algunos aun de los puestos públicos que tenían o de la influencia que gozaban con los gobernantes; remediar siquiera esto habría sido su mayor timbre, y habría hecho el mayor bien al país.

Con tan infame sistema que encontró en boga, y por los gastos que causó la guerra con España, encontró, naturalmente, empobrecido el Tesoro, de manera que carecía aun de lo necesario para pagar el sueldo de los empleados y pensionistas del Estado, cuyas listas habían acrecentado infinito, como es sabido, desde la revolución del 54. Necesario le era, para hacer siquiera este gasto, el apelar al gravosísimo medio, que también encontró establecido, de empréstitos y adelantos que sobre los productos del guano hacían los consignatarios, quienes lo daban al fuertísimo interés del 2 y hasta el 3% mensual, y algunos supliendo el mismo dinero que tenían del Estado por ventas hechas de que no habían dado cuenta; lo cual, con otros manejos que les dejaban gran provecho, hacía que fueran dueños, tal vez, de un tercio de los productos del guano.

Conociendo el ministro que se hizo cargo del ramo de Hacienda (5), aquella mala situación del Tesoro, y, no concibiéndolo o no queriendo variarla y remediarla, librándose de esos adelantos que continuó haciendo como único modo de hacer frente a las necesidades, ni desprenderse de los consignatarios a quienes estaba ligado, y de quienes aun se decía era abogado, y recibía los provechos de tal, renunció el puesto.

Habiéndolo yo sabido, y conociendo las aptitudes que para él tenía don Nicolás de Piérola, a quien entonces había tratado más íntimamente con motivo de ser él quien dirigía un periódico que se publicaba (6); y, concibiéndolo aparente para la situación, aun sin indicárselo a él, ni darle la menor noticia, me valí de extraños conductos que lo propusieran al Presidente, para el destino, haciéndole conocer sus calidades. Sin saber éste ni su hermano que de mí partía la propuesta, pues así lo había encargado, se decidieron a nombrarlo. Luego que llegué a saberlo, como era consiguiente, por los mismos de quienes me había valido, se lo mandé avisar a dicho Piérola con mi hijo Juan Martín, al que sorprendió mucho tal cosa pues estaba muy distante de pretender tal puesto y tanto, que pretendía otro muy inferior (7).

Hecho el nombramiento de ministro en él y, aceptándolo éste, saben todos que se presentó en las Cámaras y que, con sorprendente arrogancia, manifestó a ellas que aun cuando conocía bien el mal estado en que estaba la Hacienda pública, como era notorio, juzgaba que era muy posible remediarlo. Opinaba yo del mismo modo y, con tal motivo, nos veíamos diariamente y tratábamos del asunto. Partió de mí la indicación de procurar en Europa la manera de expender el guano fuera del sistema de consignaciones y, siendo esta misma la opinión que él tenía para mejorar la situación del Tesoro, la hizo presente al Presidente, manifestándole y demostrán-

dole con razones convincentes y le propuso que, para el efecto, era necesario mandar un comisionado allí autorizado para que, de acuerdo con el señor [Toribio] Sáenz (8), situado en aquellos lugares como Ministro, procurasen con alguna casa que ofreciera garantías y seguridades bastantes, un contrato de venta de dos millones y medio con mejores condiciones que las que tenían los consignatarios y que dieran mayor utilidad al Tesoro. El Presidente, que también estaba interesado en mejorar la situación rentística del país, que tantas amarguras le causaba, convino en todo a pesar de las íntimas relaciones que tenía con algunos de los consignatarios.

Sin saberlo yo, ni que se me hiciera la menor indicación, se había fijado el ministro en que mi hijo Juan Martín fuera el comisionado, ya por los conocimientos que tenía sobre Hacienda como por las relaciones que en Europa tenía; a él mismo nada le dijo sino el día que debía salir el vapor, llamándolo al ministerio horas antes para decirle que fuera a preparar su viaje y volviera donde él para recibir las instrucciones que él mismo había escrito y marcharse de allí al Callao para embarcarse. La cautelosa reserva que él guardó en el asunto fué temiendo que la poderosa influencia que los consignatarios tenían, dejara sin efecto la comisión. La [reserva] que guardó el Presidente prueba, también, la buena fe con que procedía y su interés por mejorar la situación de la Hacienda pública. Mi hijo apenas tuvo tiempo para avisarme de su marcha, encargándome que me despidiera en nombre de él del señor Graña, a quien debía servicios y que le mandase sus órdenes a Europa (9).

Cuando, al día siguiente, supieron los consignatarios la marcha de mi hijo y el objeto de su comisión, se rieron de ella y la miraron como una ilusión fantástica, impracticable y que ningún resultado daría. El principal y secreto fundamento que para esto tenían era el de que sólo por ellos era conocida la grande utilidad que les daban los manejos y operaciones que verificaban en el negocio y que, no conociéndose ésta, ninguno se atrevería a acometer una empresa que demandaba hacer cuantiosos gastos a descubierto por largo tiempo, sin producto, pues que no podían vender guano sino cuando hubiera concluido el contrato de los consignatarios y que, mientras tanto, tenían que atender a los que demandaba el fletamiento de buques, carguío, almacenaje y demás que requería la negociación, teniendo también que pagar a los consignatarios más de nueve millones de pesos que les debían por adelantos y gastos hechos, a la vez de suministrar al Tesoro los anticipos que le eran necesarios para hacer frente a los gastos precisos e indispensables. Contaban, además, con los trabajos que emplearían en Europa, como realmente los emplearon, para desacreditar el negocio e intimidar a los

que quisieran hacerse de él. A mí mismo, el día que se fué mi hijo, me habló primero mi pariente don Emilio Althaus, sobre tales inconvenientes, excepto el primero y último, confiado en que nada podría hacerse por tales causas, a las que yo le contradije fundándome en la magnitud del negocio y en la abundancia de capitales en Europa, y después tratamos sobre lo mismo con don José Canavaro a quien profesaba, como profeso ahora mismo, la más perfecta amistad.

Tranquilos, pues, los consignatarios, confiando en los inconvenientes dichos, nada temían y les importó poco la comisión que se mandó a Europa. Sin embargo, para precaverse de cualquier eventualidad y, conociendo las instrucciones que se habían dado, se valieron del señor Valdeavellano para que, mediante la amistad que le profesaba el Presidente por los servicios personales que le debía, obtuviera de él que se variara la cláusula de hacerse el contrato a firme, para que quedara sujeto a la aprobación del Gobierno, lo cual les convenía, pues con ello, aun cuando llegara a hacerse el contrato, pudieran, conociéndolo y mediante sus influencias, lograr que quedara a su favor por el tanto. El Presidente concedió a Valdeavellano lo que le pidió y, en consecuencia, se escribió a los comisionados haciéndoles saber que quedaba modificada aquella cláusula de las instrucciones y que el contrato debía hacerse sujeto a la aprobación del Congreso. Con esto crecieron naturalmente las dificultades de ellos, pues ello quitaba la seguridad del contrato que se celebrara.

Impelido el ministro [Piérola] por las necesidades del Tesoro, no teniendo cómo hacer frente a los gastos, tuvo que ocurrir a los consignatarios para que le hicieran un empréstito. Estos, aprovechando de la ocasión, y seguros de que no podría lograrse en Europa el contrato que se había ido a buscar, convinieron en prestar al Gobierno tres millones doscientos mil soles, mediante un contrato que con ellos se hiciera, de venderles el Gobierno dos millones y doscientos mil y pico de toneladas de guano, entre otras, con las dos siguientes apremiosas y onerosas condiciones. Era la una, que si, a los tres meses no estaban pagados los tres y pico de millones mediante otro contrato que hiciesen, quedaba consumado y en vigor y fuerza el que entonces se verificaba con ellos; era la otra, que los dos millones de toneladas se les vendía al precio de treinta soles en buena cuenta, aunque se decía que no sería menor de treinta soles. Este contrato se firmó en 31 de Mayo del 69.

Sorprendente en extremo fué a los consignatarios ver que antes del plazo fatal que se había señalado para la validez del contrato que habíase celebrado, llegara al Callao mi citado hijo Juan

Martín acompañado del señor [Augusto] Dreyfus, trayendo el [acuerdo] que con éste se había ajustado en Europa, a pesar de sus creencias y de los embarazos que allí le habían opuesto (10). Su principal conato fué, entonces, el de conocer las condiciones del contrato hecho para, con ese conocimiento, pedir la preferencia por el tanto. Con tal fin y, juzgando que yo debía saberlas, vino en el momento a verme mi pariente Althaus, a quien comisionaron o él se ofreció a hacerlo, indicándole que podía ofrecirme quinientos mil pesos por ello, cosa que él no aceptó, ni se atrevió a decirme, sino mucho después, cuando había concluido completamente la cuestión, cierto del rechazo que yo le haría y de lo que me ofendería con el mismo: me conocía bastante para no atreverse a tal cosa. No logrando de mí su objeto, pasó en el acto a verse con mi hijo Juan Martín creyendo conseguirlo de él. Mi hijo le hizo saber que, precisamente, en ese momento tenía copia del contrato, pero que ni se lo mostraría ni le diría nada sobre él porque su honor y el deber se lo prohibían. Hablaron, entonces, a mi hijo Pío para que influyera con su hermano en que mostrara el contrato, ofreciendo que darían a éste por ello doscientos cincuenta mil pesos. Sólo por cumplir, manifestó el uno al otro el encargo que se le había hecho pero con la seguridad de que no aceptaría tal propuesta, como él no la hubiera aceptado en igual caso. Mi hijo Juan, como era consiguiente, se negó a tal infamia (11).

De otro lado y con el mismo fin (tal vez antes que se ocurriera a mí) fué el señor Valdeavellano a ver al Presidente para que éste le mostrara el contrato; díjose que así lo había ofrecido cuando convino el variar las instrucciones en la parte de que no se hiciera el contrato a firme. Sea como fuere, el Presidente le ofreció que se lo mostraría pero, estando él en poder del ministro, lo mandó llamar para pedírselo lo cual, verificado en presencia del mismo señor Valdeavellano, diciéndole el objeto, contestó el ministro al Presidente, con la energía que le era propia, no poder ni deber hacer eso sin faltar a la dignidad de su alto puesto y establecer con ello un funesto precedente para casos de igual naturaleza. Convenido el Presidente de esto, no se efectuó el ofrecimiento.

Conocidos son todos los manejos que desde entonces se emplearon para cruzar el contrato que se hizo con Dreyfus, las representaciones que por parte de los consignatarios se dirigieron al Gobierno para que recayera en su favor; y la polémica que se entabló entonces entre las dos partes, llegándose al extremo de querer comprar al Gobierno la preferencia por doscientos mil soles que darían a la Nación como se ve en el recurso que dichos consignatarios presentaron al Gobierno en 18 de Agosto del 69 (12).

Con vista de las propuestas que entonces hicieron al Gobierno, por consecuencia del contrato Dreyfus, asombra la falta de conciencia con que procedieron al celebrar el que verificaron dos meses y medio antes y las fuertes y onerosas ganancias que se proponían tener, con daño del Tesoro, aprovechándose de sus penurias. Basta fijarse en que entonces proponían dar al Gobierno treinta soles por tonelada, cuando por el contrato Dreyfus se ofrecía treinta y seis, lo cual en dos millones y medio de toneladas hacía la diferencia de quince millones de pesos; que ofrecían dar los adelantos que se les pidiera a un interés que no fuera mayor al que actualmente cobraban, el cual no bajaba del 2% mensual, cuando Dreyfus se comprometía a no cobrar por esto sino el 5% anual, cuyas dos diferencias solas eran bastantes para que jamás mejorara la situación del Tesoro, quedando por esto y otros manejos una utilidad a favor de los consignatarios tal vez de un tercio de los productos líquidos del guano, con perjuicio del Tesoro. Mi citado hijo Juan Martín hizo entonces publicaciones demostrando numéricamente que con el producto y economías que daba el contrato Dreyfus y merced a los adelantos que por él estaba obligada aquella casa a proporcionar, quedaba el Tesoro en desahogo para con esa entrada y las naturales del país hacer frente a los cuidados públicos y al servicio de la deuda y encontrarse a los veinte meses libre de la deuda de los consignatarios y de los adelantos que hubiera hecho Dreyfus y dueño, por lo tanto, de todo el producto del guano.

Sábase, también, que las representaciones de que antes he hablado fueron denegadas por el Gobierno y que, en consecuencia de ello, ocurrieron los consignatarios a la Corte Suprema quejándose de despojo. Mis relaciones con el Presidente habían vuelto a su intimidad anterior, desde que mi citado hijo volvió de Europa con el contrato, pues entonces me manifestó lo complacido que estaba del importante servicio que había hecho al país, asegurándome que él sería aprobado, con cuyo motivo nos veíamos con frecuencia. Cuando los consignatarios se dirigieron a la Corte, me dijo que sería bien recomendarse el asunto a los amigos que tuviera en ella, muy especialmente al señor Alzamora que, por haber sido mi ministro cuando goberné, me guardaba la mayor deferencia. Hícelo así y éste me expuso que con doble motivo procedería como le indicaba, pues consideraba que la razón y la justicia estaban de parte del Gobierno. Sin embargo, procedió en contra cuando llegó el caso, excusándose conmigo cuando, pasado algún tiempo de ello, nos vimos, con decirme que, después de haberle hablado yo, lo vió el ministro La Rosa y le recomendó el asunto en nombre del Presidente en sen-

tido adverso. No pudiendo creer tal cosa, la juzgué como un avance del ministro. Sábese, en fin, que, aun cuando la Corte sentenció en favor de los consignatarios, el Gobierno no se sometió a tal sentencia, sosteniendo su derecho y fundándose en que sólo al Congreso, de que había sido autorizado, competía el resolver en el asunto quedando, por tanto, aplazado el asunto hasta su reunión (13). Dreyfus, no obstante, dió los tres millones que habían suplido los consignatarios a fin de mayo y continuó dando las mensualidades a que se había comprometido importantes ya a un millón de soles por las modificaciones que se habían hecho al aprobarse su contrato.

Tranquilo el Presidente con esto, teniendo cómo hacer frente a las obligaciones del Tesoro sin pasar por la mengua de estar solicitando anticipos ni tener que pagar por ellos gravosísimos intereses, se fué a Ancón durante el verano. Allá lo iba yo a visitar de vez en cuando y, siempre que se ofrecía hablar del contrato Dreyfus, me aseguraba que lo sostendría en el Congreso, convencido de la justicia y de las ventajas que él ofrecía al país. En una de esas ocasiones me trató sobre la futura Presidencia, manifestándome cuán grato le sería que lo reemplazara en el mando. Yo, a quien ni por la imaginación se había pasado tal cosa, ni tenía la menor ambición a tal puesto, juzgando candorosamente que ése pudiera ser su deseo y, sin sospechar el que en ello se encerrase otro fin, le contesté con sinceridad que no quería ni pretendía tal puesto.

Pasaron así las cosas hasta que llegó la época de reunirse el Congreso (14), agitándose, sin embargo, los partidos en ganar prosélitos en diputados y senadores, que decidieran la cuestión en su favor, y para ello se valieron aun de ilícitos y corruptores medios a que, sensible es decirlo, se prestaron algunos. Lo esencial, naturalmente, era ganar las mesas, es decir, la elección de presidente y secretarios de las Cámaras, pues de ello dependía la elección de las comisiones y dirección del negocio. Se fijaron en mí para la presidencia del Senado a pesar de que, para obtenerla, necesitaba que recayeran en mí dos tercios de la votación por ser reelección, mientras que para cualquier otro que fuera mi competidor, sólo se requería la mayoría absoluta, pero confiaban en el prestigio que gozaba en aquel cuerpo. A pesar de la dificultad dicha, la elección recayó en mí y la de diputados en un amigo del Gobierno y partidario del contrato Dreyfus.

Aterrados los consignatarios con esto, se reunieron en el local del Banco del Perú y, con vista de la defensa que había hecho mi hijo del contrato Dreyfus, y temerosos de mi influencia, resolvieron que a mi indicado hijo se le ofrecieran setecientos mil pesos porque parase su acción en aquella defensa e influyera en mí para

que no tomase parte en el asunto. Hízosele, en efecto, la propuesta pero él la rechazó, como correspondía a su honor. Ciertamente que, tal como se había puesto el asunto, y que, habiendo hecho los consignatarios iguales propuestas a las de Dreyfus, no era ya de gran importancia para la Nación el que el negocio quedara en uno u otro; pero la justicia, el decoro de ellas, el funesto precedente que se dejaba para lo posterior, y los adelantos que había hecho Dreyfus, tal vez con sacrificios, obligaban a que no fuera burlado.

Un día después de hecha en mi favor la elección de que he hablado y, estando ya funcionando el Congreso, me dijo el ministro Santa María (el de mayor confianza del Presidente y el cual estaba al cabo de sus secretos) que éste tenía la mayor decisión porque yo lo reemplazara en el mando, y tanta, que aun había acordado de que, tan luego como terminaran las sesiones del Congreso, fuese él a recorrer los departamentos para prevenir la elección en mi favor. Le contesté que yo ni pensaba ni pretendía tal puesto, y que lo autorizaba para que, llegado el caso, se lo hiciera conocer así al Presidente para que no verificaran tan inútil medida. Muy lejos estaba yo de imaginar que ello fuera un ardid para conocer mis pretensiones y que estuviera relacionado con la cuestión Dreyfus, como después lo conocí.

Estaba todo dispuesto en el Congreso para resolverse el asunto de un modo favorable a aquél y aun puesto el informe de la comisión en tal sentido; pero ello no se verificaba porque el Presidente, con sorpresa de algunos y sin conocerse la causa, lo tenía aplazado. Con motivo de haber sabido yo que había enfermado y que estaba en cama, fui a verlo para saber de su salud. Dándosele cuenta de mi visita, dispuso que entrara donde estaba, como lo hacía con algunos de confianza. Estando solos, me habló nuevamente sobre la Presidencia futura, manifestándome su decisión para mí y exigiéndome que, con franqueza y sin ninguna clase de escrúpulo, le dijera si la pretendía. Yo, que en realidad no tenía tal pretensión, le contesté que con la franqueza que me pedía, le declaraba no sólo el no pretenderla, sino que, si espontáneamente se me diera el puesto, lo rehusaría con firmeza, pues estaba convencido de que en él no se cosechaban sino desengaños e impedimentos para hacer el bien. Después de haberle declarado esto, no bien me había despedido de él y separádome, llamó a su ayudante y le ordenó que fuera donde el presidente de la Cámara de Diputados y le dijera que se votase la cuestión Dreyfus a favor de éste. Era el misterio de la cuestión en el Presidente, que su hermano don Juan Francisco pretendía sucederle, y que si yo también tenía igual pretensión, se temía que Dreyfus, obligado a mí como estaba, y con posteriores miras, me

ayudara con sus caudales y con la influencia que le daba el negocio; por lo cual en este caso no era conveniente que estuviera en sus manos, sino en la de los nacionales, que más bien ayudarían a su hermano. Y, en efecto, podía suceder uno u otro, pues la influencia y decisión del Presidente daban la negociación a aquel a quien él quisiera que la obtuviese.

Sabido es que, resuelto el asunto (15), no sólo quedó el Gobierno en completo desahogo para atender a las obligaciones del Tesoro, sino que el crédito de la Nación, tanto en el país como en el extranjero, subió considerablemente dando facilidades para todo, lo cual, por desgracia, vino después a ser funesto por haberse abusado de él. Confiándose en ese crédito y contándose con ese desahogo, sin considerar cuán necesaria era la economía que se había propuesto el ministro para llegar a su objeto, sin esperar siquiera a que estuviera pagado lo que se debía, se entró en gastos superfluos o, por lo menos, que no eran apropiados a aquella situación. No pudiendo embarazarlos y contenerlos el ministro, a pesar de las observaciones que hacía, renunció el puesto y, aunque no se aceptó su renuncia, resuelto estaba a no volver a él mas, en fuerza de las observaciones que le hicimos el Sr. Derteano, amigo influyente en Balta, y yo, se resignó a continuar desempeñándolo en la persuasión de que se variara de procedimiento.

Habiendo confirmado y sostenido el Presidente Balta el contrato que hizo el señor [Diez] Canseco sobre el ferrocarril de molendo a Arequipa, a pesar de lo oneroso que fué para el Fisco por las indebidas e inmorales utilidades que se dieron a favoritos o personas extrañas al negocio, sólo porque con su influjo se lograba obtenerlo (16), causó esto el que, de un lado, se crease en todos los pueblos de la República el deseo de igual mejora para el tráfico y, aprovechando de ello, en algunos, el de enriquecimiento personal por los puestos que tenía o el favor de que disfrutaban. El Presidente dicho y su hermano el ministro, tal vez de buena fe, creyendo hacer un gran servicio al país o, quizás por cálculo, para ganar popularidad con el fin de conservarse gobernando en paz, y que les sirviera para miras ulteriores, se decidieron a emprender esta clase de obras pero sin atender, por desgracia, a la manera de realizarla ni a lo gravoso que sería para el Fisco verificarlas por su cuenta y costo, no pudiendo producir lo necesario siquiera para pagar los capitales que hubiera que tomar prestado, ni a las verdaderas conveniencias de un país escaso de población y comercio, para el cual habría bastado el mejorar sus vías de comunicación de otro modo, por ejemplo el de caminos carreteros, para lo cual el costo de sólo uno de esos ferrocarriles habría bastado para ponerlos expeditos en

todas direcciones, sin considerar el fin que la gran cantidad que en ellos se invertiría y la enorme deuda que iba a contraerse pondría en desequilibrio las entradas de la nación con sus gastos, y causar ello gravísimas dificultades después para el Tesoro. Algunos pocos y yo no participábamos de las ideas del Presidente y su hermano; mas en la generalidad del país y de las Cámaras eran un torrente incontenible que ningún esfuerzo habría podido contener. Bastaba ver que ninguna empresa particular se decidió a practicar de su cuenta aquella obra, como sucedió en el ferrocarril de Arica a Tacna, para persuadirse de cuán improductivos serían (17).

Después del contrato que se hizo del ferrocarril de Mollendo a Arequipa con el señor Meiggs, fué el segundo el que se estipuló con el mismo de Lima a La Oroya (18), costosísimo y con los mismos vicios de aquél. Convidados los representantes del Congreso para la inauguración y colocación de la primera piedra, y, en seguida de eso, a una mesa de "once" obsequio del contratista al Presidente, fuí yo uno de aquéllos, como senador. No queriendo contradecir mis ideas con mi presencia en el primer acto, no concurrí a él pero, para no hacerme en extremo notable en todo, fuí al segundo, cuya mesa se preparó en el Colegio Militar. Me hallaba allí cuando llegó el Presidente, lleno de contento, acompañado de un numeroso y entusiasmado concurso de pueblo. Viéndome, fué a sentarse a mi lado y me llamó la atención sobre aquella entusiasta concurrencia. Díjele yo que ojalá no llegara el día en que esa alegría se convirtiera en llanto. Llamándole esta atención, entramos en discusión sobre el asunto, dándole yo mis razones por las que opinaba en contra, y concluí por decirle que, a mi juicio, llegaría día en el que buscarse el Gobierno a quién obsequiar esos caminos y no encontraría quién los admitiera ni de ese modo. Ese día su hermano ministro, al colocarse la primera piedra, había pronunciado un discurso en el que hacía saber que la idea del Gobierno era la de convertir en rieles los fusiles, que la nación tenía. Ojalá en esta época hubiéramos tenido más fusiles y menos rieles (19).

Con el crédito que entonces tenía la Nación, fácil fue obtener en Europa el empréstito, por acciones, de los cuantiosos millones que importaba aquel ferrocarril. Siguió a éste el contrato del de Ilo a Moquegua (20), por influjo del ministro [*Juan Francisco*] Balta que buscaba popularidad; luego, el de llevar hasta el Cuzco el de Arequipa (21); después, el de Chimbote a Huaraz (22) y, por último, el de Salaverry [*a Ascope*] (23). Para hacer frente al gasto que estos caminos ocasionaban, fuera del de La Oroya, se trató en el Congreso de autorizar al Gobierno para que hiciera un empréstito de sesenta millones (24). Dada la autorización en la Cámara

de Diputados y, queriendo yo cruzarla de un modo indirecto, pues directamente no era posible, o, si esto no se lograba sacar algún provecho en lo que yo juzgaba de mayor utilidad, puse una adición a la autorización para que de esos sesenta millones se emplearan diez millones en irrigaciones en la costa. No logré mi primer objeto pues, era tal la decisión de la mayoría de las Cámaras por los ferrocarriles, que mi adición fué aceptada sobre tabla por ambas. Excuso ocuparme de cuántos sacaron provecho personal y se enriquecieron en el asunto: la nación lo sabe; y fué escandaloso principalmente lo que ocurrió respecto del camino de Chimbote. Sólo diré que mi adición fué burlada, pues nada se hizo sobre irrigación, sino el aumentar las aguas del Rimac para la época de escasez, cosa de poca importancia.

CAPITULO XXVI

LAS CANDIDATURAS PRESIDENCIALES DE 1871 Y 1872.— LA REBELION DE LOS GUTIERREZ

(1871-1872)

En medio de estas cosas apareció la candidatura del ministro Balta para la Presidencia de la República, que asombró a muchísimos no sólo por el cinismo que encerraba tal pretensión en quien, siendo hermano del Presidente, no tenía otro mérito que éste, sino, y muy particularmente, a los que habían servido en la guerra de la Independencia, por atreverse a ello quien había sido enemigo y combatido con los españoles contra esa causa hasta capitular en Ayacucho y a quien se atribuía haber sido el oficial que mandó la escolta con la cual se fusiló tan inhumanamente en Matucana a los inocentes jefes patriotas Millán y Prudán, sólo porque en ese pueblo habían fugado de la prisión otros dos jefes que, con ellos y muchos otros, iban con destino a la isla de Esteves, tomados cuando se sublevaron las fortalezas del Callao, y dispúéstose que por la fuga de esos dos muriera igual número, determinados por suerte (1). No era, pues, posible que los que habían sido patriotas desde aquel tiempo y los que eran entonces, se conformaran con ser mandados por quien tenía tales precedentes, ni tampoco los que respetaban las instituciones, pues, conforme al espíritu de ellas y estando prohibida la reelección, podía muy bien juzgarse que por las mismas causas se hallaba impedido de sucederle y mandar inmediatamente un hermano del que estaba gobernando.

Con más pudor el Presidente, y aunque hubiera condescendido en ello con su hermano por la dominante influencia que sobre él tenía, nada dijo sobre el particular a sus ministros (al menos estoy seguro que no habló de ello al señor Piérولا) ni tampoco a mí, aunque nos veíamos con frecuencia. Si me hubiera hablado de ello,

yo le habría manifestado con franqueza mi opinión contraria, como lo hice con algunos, aunque sin hacer nada, por entonces, para cruzarlo. Sólo estaba en el plan el ministro de Gobierno [*coronel Manuel*] Santa María, quien, por tener ese puesto, se entendía con los diputados y senadores que les eran adictos, y tenía que entenderse con las autoridades de los departamentos y provincias y con las gendarmerías, pues era con lo que contaban para el triunfo, seguros de obtenerlo.

Aparecieron como competidores, para obtener la Presidencia, los señores [*Manuel*] Pardo y [*Manuel Toribio*] Ureta, invocando ambos la candidatura civil. Los dos eran, sin duda, reconocidos como hombres de talento y de influencia. El primero como banquero, como antiguo consignatario, como negociante y por sus relaciones de familia, contaba con los capitalistas del país, y con gran parte de la gente decente, a pesar de no haber dado muestras de tino administrativo cuando fué ministro de Prado (2). Al segundo, como fiscal de la Corte Suprema, le favorecían los hombres que por sus demandas tenían que entenderse con él; los jueces de las provincias y los que pertenecían a su oficio, aunque sus precedentes no fueran buenos, principalmente cuando sirvió a Castilla. Contra el primero tenía fuerte prevención el Presidente Balta por haberle disputado autoridad en un asunto del municipio como alcalde [*de Lima*] que era, y juraba que por nada consentiría en que lo sucediese; era, sin embargo, quien más avanzaba en su candidatura. En él se veía el principal opositor de Balta.

En tal estado las cosas, habló un día el Presidente al ministro Piérola sobre la candidatura de su hermano, preguntándole su opinión y cómo veía las cosas. Este ministro, con la lealtad y con la franqueza que le era propia, dió su opinión en contra, manifestándole en lo que la fundaba, y le declaró que no era aceptada por el país. Preguntóle, entonces, si le repetiría iguales cosas en presencia de su hermano. Contestóle que no tenía inconveniente y, llamándosele, expuso a éste cuanto al Presidente había dicho. Despechado el ministro pretendiente al encontrarse con dificultades que no pensó tener, y con oír de persona tan autorizada los inconvenientes que había, dijo que desistiría y, en efecto, desistió haciendo, como todos vieron, una manifestación por la prensa (3). Procedió bien, sin duda, porque, aun cuando por el poder de la fuerza y la acción de las autoridades hubiera podido obtener la elección, habría sido imposible que conservara el puesto en paz, ni se sostuviera con los antecedentes que él tenía faltándole, además, capacidad para gobernar.

Habiendo sabido yo el desistimiento, aunque sin conocer la causa, juzgándolo atinado y conveniente al país, y como nada había hecho hasta entonces contra tal candidatura y, más bien, negádome a aceptar los ofrecimientos que de muchos puntos de la República me hacían para trabajar por mí, aconsejándome o pidiéndome que me exhibiera, cosa que no podía ignorarse, resolví ir a ver al Presidente para felicitarlo por el suceso. Al entrar a Palacio, me encontré con el Dr. Ureta, que de él salía, y, hablándome de lo acaecido, me pidió que lo ayudara con mi influencia y mi partido. Díjele que a nada podía resolverme sin saber en qué quedaban las cosas ni lo que podía suceder. Fué este un medio de excusarme, pues era en lo que menos pensaba y porque, creí que, tal vez, el Presidente se fijara en otra persona idónea, en lugar de su hermano. Cuando me ví con éste, me habló del paso que había dado su hermano, que yo elogí como patriótico y conveniente a los intereses del país. En seguida me manifestó que tampoco consentiría en que lo reemplazara Pardo en el poder, poniéndole toda clase de tachas; y, agregando, que más bien podría inclinarse a Ureta, pues éste no sería tan enemigo de los militares porque, al fin, había sido Jefe de E. M. G. de Castilla el 54. No quise contradecirle porque no había para qué ni tenía objeto (4).

Cuando, después de esto, volví a mi casa, encontré en ella algunas personas de influencia que me esperaban, entre ellas unos amigos del Presidente, todas con el designio de proponerme que, habiendo retirado Balta su candidatura, sería conveniente al país el que me exhibiera como tal, ofreciéndome que cooperarían en mi ayuda pues que [(sic)] su fin principal era salvar que la Presidencia recayera en Pardo o Ureta, a quienes no consideraban idóneos ni con las cualidades necesarias para mantener la paz de la República. Conocía que tenían razón en lo que decían y, sobre ello, en mi fuero interno y sólo para mí, sin haberlo dicho ni entonces, pesaban otras consideraciones que me hicieron fuerza, como eran la de haber visto a Balta, poco antes, inclinado a Ureta que, a mi juicio, era el menos aparente y, con él, que el partido llamado liberal se entronizaría, con exclusión y daño de mis amigos y partidarios; [y] la de que, sea que la autoridad recayera en Pardo o Ureta, era más que probable que el contrato Dreyfus (que yo juzgaba bueno) fuera desechado por cualquier causa y entonces, o cuando ese contrato hubiera terminado, volviera a caer el guano en manos de los consignatarios, a cuyo favor estaban los candidatos indicados y a quienes estaban ligados por amistad y, tal vez, por intereses [*Otra consideración era*] la de, en fin, que desde que proclamaban la candidatura civil, era claro que se ponían en pugna con los militares y esa

carrera, o debía, decaer y ser anulada y ellos, para no consentirlo, trastornarían el orden y harían que volviéramos a las funestas revoluciones. Mas, a pesar de todo esto, mi adhesión al mando era tan grande y tan desengañado estaba de que en él no se cosecha sino amarguras, que no me resigné, contentándome con decirles que el asunto era muy delicado y se necesitaba pensar mucho antes de tomar una resolución.

Después de esto, fueron muchas las personas de todas clases, y aun respetables obispos, que me vieron e impulsaron a que me exhibiera, habiéndoseme ofrecido hasta el proporcionarme, sin cargo, el dinero que necesitara para los gastos que demandara la elección; llegando a suceder el que en el Callao, sin el menor conocimiento de mi parte, ni previo acuerdo, se reunieran algunos vecinos de allí y exhibieran mi candidatura, mandándome y publicando el acta que sobre esto habían formado. Con todos los precedentes dichos, víme obligado a contestar que, si esa candidatura era aceptada por los demás pueblos de la República, me prestaría a ello; obra fué tal decisión, vuelvo a decir, no de ambición al mando (como después lo demostré con los hechos) sino de ese lazo de débil condescendencia que siempre me ha arrastrado y de que me he dejado llevar sin pensar en mí, cuando se ha tratado del bien de la patria.

Antes de esto, sin embargo, creyéndome obligado por las consideraciones que debía al Presidente, juzgué que debía, antes de proceder, hacerle conocer mi determinación, también con el fin de no ir en contradicción con él si algo tenía pensando o resuelto sobre la tal candidatura. Habiéndole hecho presente lo uno y lo otro, me contestó secamente y con seriedad, que estaba en perfecto derecho de pretender y que, por su parte, no había inconveniente pues en el asunto lo único que tenía resuelto y pensado era el que Pardo no lo reemplazase en el mando, pues eso no [lo] consentiría. Díjele, entonces, que yo no solicitaba otra cosa de él sino el que por parte del Gobierno no se interviniera en la elección y que obrase con completa prescindencia, pues con ello creía tener bastante para que ella recayese en mi favor. Ofreció, también con seriedad, que así sería, después de lo que me retiré de él sin queja y quedando en buena armonía. Supe en el mismo día que, tan luego como me separé de él, llamó a los ministros y les comunicó mi determinación, previniéndoles que, en lo sucesivo, cuidaran mucho de los puestos que se proveyesen en cada ramo fuesen en personas que en manera alguna pertenecieran a alguno de los candidatos. El ministro Piérola con ironía le contestó que en tal caso habría que hacer "hombres de palo".

Este ministro, que ya de antemano estaba completamente disgustado, viendo fracasado su plan de Hacienda con los infinitos gastos superfluos, y prodigalidades que se hacían, y, más que todo, con los ferrocarriles y la inmensa suma empleada en ellos, que desequilibraba el Presupuesto, gastos y obras que no podía impedir, pues procedían de decretos y disposiciones de los ministerios de Gobierno y Guerra, renunció el puesto para quedar libre y sin responsabilidades; su renuncia fué aceptada (5).

Comprometido ya en la candidatura, y contando con el ofrecimiento de completa neutralidad que me había hecho el Presidente, hablé a mis amigos de la Capital para que trabajasen por ella, y escribí a los principales que tenía en los diversos lugares de la República con igual fin, quienes la acogieron con entusiasmo, excepto uno que otro, cuya contestación se redujo a decirme que, habiendo esperado mucho tiempo y creyendo que no pensaba en tal cosa, se habían comprometido con Pardo, de lo que, como hombres de honor, no podían retroceder; y otros que, fundándose en lo mismo, me dijeron que contraído ya ese compromiso y, no pudiendo ser contra mí, permanecerían neutrales. Fué uno de los primeros el señor Garmendia del Cuzco y de los segundos, el señor Zapata de Tacna, a quienes nombro por la influencia que gozaban en aquellos departamentos. En cuanto a la neutralidad ofrecida, vióse que, por la acción del ministro Santa María, comprometido seguramente con el Dr. Ureta, a pesar de decirme que estaba por mí, se nombraban para los destinos a amigos de éste; y por la de don Francisco Balta, en odio a mí y, a pesar de la gran resistencia que mostraba el Presidente a la candidatura de Pardo, se nombraba a los que eran de éste; de manera que el realmente combatido por el Gobierno era yo. Y llegó esto al extremo de que cuando prefectos y otras autoridades políticas —como sucedió en Amazonas y Huancavelica— obraban con escándalo y descaro a favor de Pardo; y jueces de muchas provincias hacían lo mismo a favor de Ureta, ni siquiera se les reconvenía por esto. Al prefecto de Arequipa, Chocano, que mostró clara decisión por mí, se le separó del puesto y [se le] mandó venir a Lima (6).

Molesto yo por tal cosa, fuí donde el Presidente para manifestarle la injusticia con que se procedía contra Chocano y [para] ver si lograba sostenerlo en el destino. Me manifestó que si se había dictado esa providencia era por el escándalo con que procedía en mi favor pero que, teniendo más interés por mí en la elección que por los otros candidatos, y, deseando servirme, si no retrocedía de lo dispuesto respecto de Chocano, haciendo que volviera al destino, porque ello sería contrario a la dignidad del Gobierno, tuviese la

seguridad de que lo haría prefecto del Cuzco, cuyo departamento era más importante para la elección. Quedé conforme con lo que me ofrecía, muy especialmente por las palabras que a ello se agregaron; mas llegó Chocano a Lima, pasó largo tiempo y el ofrecimiento no se cumplió, continuando los procedimientos del Gobierno de la misma manera que antes.

A pesar de ello, mi candidatura surgía y progresaba en todas partes. Conociendo esto Pardo (como no podía dejar de conocerlo, por lo que le escribían sus partidarios) y temiendo que ello, a la vez de debilitar su candidatura, aunque secretamente favorecida por el hermano del Presidente, hiciese que éste se decidiera de una manera más activa por Ureta, a quien por los procedimientos del ministro de Gobierno parecía inclinado, y le diera el triunfo, pretendió, valiéndose de mi hijo Juan Martín con quien entonces estaba en buenas relaciones, el que tuviéramos una entrevista secreta para tratar lo que conviniera a nuestros intereses en la elección. Convine en ello y nos juntamos en casa de mi hijo Pío, que, desocupada entonces por estar su familia ausente, ofrecía la seguridad de que nadie pudiera descubrir que nos habíamos visto.

Con la mayor cordialidad y del modo más sincero, hablamos ambos del asunto, comunicándonos cuanto pasaba y con lo que cada uno contaba en cada lugar. Me confesó estar en relaciones con don Juan Francisco Balta y que favorecía su elección; pero que, a la vez, sabía cuán contrario le era el Presidente quien, sin embozo, decía que no le entregaría el mando. Por mi parte, le hice un fiel retrato de lo que él tenía en cada lugar y tan exacto que me dijo parecía que hubiera leído su correspondencia; le comuniqué lo que me había ofrecido el Presidente, manifestándome que estaba a mi favor, cosa que los hechos contradecían. Convinimos, en fin, que lo claro, por los hechos y por los procedimientos del ministro Santa María, era que el verdaderamente favorecido por el Gobierno en la elección [*resultaba ser*] el Dr. Ureta; pero que, si ambos obrábamos en perfecta armonía, podíamos muy bien embarazar su triunfo, y resolvimos que a ese fin, por indicación de cualquiera de los dos, nos reuniríamos en el mismo lugar, siempre que fuera necesario o que hubiera algo que debiéramos comunicarnos. Por mi parte, ciertamente sin ambición personal, juzgaba que entre él y Ureta, convenía más él a los intereses del país que el otro.

Seguían las cosas del mismo modo, más claras cada día las resistencias que manifestaba el Presidente a la candidatura de Pardo, y las de su hermano a la mía, por lo cual me invitó aquél [*Pardo*] a una nueva entrevista, por conducto de mi citado hijo Juan Martín. Verificada ella y, procediendo ambos con igual franqueza, tra-

tamos sobre lo necesario que era decidir algo que definiera nuestra situación; propúsele yo, para que no divagáramos y llegáramos a un fin, el que nos juntáramos ambos con los señores Piérola y Derteano, y discutiéramos entre los cuatro lo que debiera hacerse en beneficio del país y para salir de ese anómalo estado, en lo cual el convino, pues ambos le merecían confianza, quedando yo encargado de invitar a los dichos para el objeto. Lo hice así y, prestándose ellos después de conocer el objeto, nos reunimos reservadamente en casa del segundo de los nombrados.

Luego que estuvimos reunidos, principié yo por manifestar la ninguna ambición que tenía al mando, las causas únicas por las que había exhibido mi candidatura. Y que, por tanto, atendido esto, y lo que pasaba respecto de la elección, lo único que debía tratarse era, si [*era provechosa*] a los intereses del país, y a la conservación de la paz futura; como [*también resolverse*] a que no recayera el Poder en el Dr. Ureta que por sus antecedentes e ideas y el partido a que pertenecía no parecía conveniente, a tales fines. [*Y, finalmente, si*] sería bien el que yo desistiera, para que de ese modo hubiera menos partidos y se simplificase la cuestión; o si el verificarlo podía producir un resultado diverso del que se quería. Pensóse entonces de que, si bien con mi desistimiento engrosaría bastante el partido que favorecía a Pardo, también muchos de los míos irían a engrosar el de Ureta; que, no estando yo de por medio, única cosa por la cual —en odio a mí— favorecía don Juan Francisco Balta la candidatura de Pardo, aun en contradicción con su hermano el Presidente, posible era que la abandonase uniéndose al hermano en contra; que éste, sin tener de por medio las consideraciones que me guardaba, muy probable era que obrase abiertamente y con despecho a favor de Ureta. Pensóse, de otro lado, que, comprometido ya como estaba don Juan Francisco con Pardo, acaso la poderosa influencia de éste y el dominio que tenía sobre su hermano pudieran calmar el encono y mala voluntad de éste, no estando [*de*] por medio esas consideraciones que por mí tenía y entonces todo sería conducente a los fines indicados. No pudiendo atinarse en cuál sería el resultado de mi desistimiento, y con el fin de que decidieran sin el inconveniente de mi presencia, dije que me retiraba por esta causa, dejando a que ellos solos resolvieran sobre el asunto, con la segura persuasión de que yo procedería como ellos lo determinasen. Se me dijo al día siguiente que lo resuelto era el que las cosas quedarán como estaban, por ser lo que menos peligros ofrecía.

Se acercaba la época en la cual debían practicarse las elecciones populares. Los partidos se agitaban y organizaban y reunían públicamente sus clubes, hasta el grado de hacerse una manifestación

del poder de ellos llevándolos reunidos a un lugar determinado, y parecía que la elección sería tormentosa y a mano armada. Clara era ya la protección de don Juan Francisco Balta a Pardo, pues ponía de su lado las autoridades principalmente al Intendente, quien lo proveía de armas y municiones. El Presidente, con tal motivo, citó a su Palacio a los señores Pardo, Ureta y a mí, y nos previno que, dejando libre la elección, impediría que los ciudadanos fueran armados y que su objeto en reunirnos era el de que nos comprometiéramos a desarmar [a] nuestra gente; y que la elección se hiciera de un modo pacífico. Contesté yo que de mi parte me comprometía a ello. El señor Ureta dijo lo mismo, pero el señor Pardo expuso que él no podía comprometerse a lo que sus partidarios pudieran hacer. Quedó de este modo terminada la reunión. Mas al pararse de su asiento el señor Pardo, cayó al suelo el revólver que tenía consigo, lo cual irritó en sumo grado al Presidente que, lleno de cólera, le reconvino de ponerse en su presencia armado, como resuelto a tomar una providencia contra él. Para impedirla y parar la violencia, dije yo que aquello, en tales circunstancias, era inocente e impensado, lo cual juzgaba por mí mismo que, sin meditación, estaba igualmente armado, sacando y mostrándole igual arma. Se contuvo en verdad con eso porque tenía que proceder conmigo como con él lo hiciera (7).

Al día siguiente de tal suceso, me mandó decir el señor Pardo que deseaba nos viéramos en el lugar de costumbre. Juzgo que tenía el temor de que [yo] le ganara la elección porque, aparte de que sabía me pertenecían las mesas momentáneas y de que había sacado gran cantidad de cartas de ciudadanía para los míos, cuyos clubes en su mayor parte eran de artesanos y gente de voto, mientras que los de él, si ciertamente tenían gente decente, la mayoría era de plebe sin voto y sólo buena para actos de fuerza, debió también recelar que el Presidente cumpliera la amenaza de impedir que a la elección concurriera gente armada, que era en lo que constituía su fuerza. Por tal cosa, probablemente, cuando nos vimos me propuso un arreglo para que se hiciera una elección pacífica, consistente en que, por mi parte, no le disputara la elección en las parroquias, dejándole libres las mesas, comprometiéndose, por la suya, a dividir la elección de manera que la mitad de los votos para Presidente fueran por mí y la otra por él, así como el que, de los cuatro diputados que había que elegir, dos fueran de los suyos y los otros dos los que yo determinara. Objetéle que de esa manera no se podía hacer arreglo, pues que era hacer un completo abandono de mi partido y ponerme en ridículo; y le propuse que podía irse al mismo objeto de una manera más digna y más realizable, dejándole yo

libres las mesas del Sagrario, San Sebastián y San Marcelo, y él a mí las de Santa Ana y la Recoleta, de cuyo modo y, compartiendo también los suburbios, pudiera componerse el colegio electoral de Provincia, mitad de amigos suyos y la otra de los míos y representar así en los demás cargos que debía elegirse; que, en cuanto a diputados, se determinara de antemano para que la elección fuera uniforme, que de su parte lo fueran él y su amigo el señor [*José de la*] Riva Agüero, y de la mía, el señor Piérola y mi hijo Juan Martín, ambos amigos personales suyos. Convino en que los diputados fueran los nombrados pero insistiendo en que le dejara libres las mesas y que todos los electores fueran de su parte. No era posible que yo conviniera en eso y, por lo tanto, no se hizo arreglo alguno, quedando las cosas como estaban.

El Presidente, como lo había indicado y al objeto de que se hiciera una elección pacífica, llamó al Intendente y le ordenó que requisara los clubes y las casas de los que los encabezaban y recogieran cuantas armas pudieran tener. Este, que obraba de acuerdo con el señor don Juan Francisco Balta, redujo su requisa a sólo los míos, dejando a los otros no sólo las que tenían y habían comprado en abundancia, sino proporcionándoles muchas más. Con ello —y tolerados por su caudillo para que estuvieran armados— cobraron naturalmente aliento mientras que a los míos les impuse yo, además de lo sucedido, que ninguno pudiera llevar consigo ni siquiera un cuchillo, manifestándoles que a ello estaba comprometido con el Presidente, y éste resuelto a no consentir gente armada en la elección, lo cual debía esperarse que sucedería y, por lo tanto, confiarse en ello y en que triunfaría el mayor número de sufragios. Tranquilos y contando con esto, reunieron sus clubes en la noche precedente al día de la elección en los lugares que tenían dispuestos, con orden mía de no salir de ellos sino cuando yo lo ordenase, y mientras que los de Pardo, con su gente armada, ocuparon en la misma noche las posiciones que dominaban el lugar en que estaban colocadas las mesas, para impedir a balazos que no llegaran a ellas los que no eran suyos.

También don Juan Francisco Balta, descarado ya, y, aprovechando de que el Presidente estaba resfriado en cama, amaneció en los balcones de Palacio que dan a la Plaza para apoyar la elección en favor de Pardo por medio del Intendente que tenía a sus órdenes. No contando con esto, el que es hoy coronel Larrañaga, que encabezaba uno de mis clubes, ni con que sería recibido a balazos en la Plaza Principal, se dirigió a ella con su gente enteramente desarmada; mas, apenas aparecido en ella, le hicieron un nutrido fuego de los techos y de los balcones los partidarios de Pardo. Cumplien-

do con las prevenciones que yo había hecho a todos, tuvo que retirarse y ellos entonces se apoderaron de la mesa (8).

Sabiendo yo lo sucedido allí y que en todos los lugares en los cuales debía practicarse la elección había el mismo hostil preparativo, mandé orden a todos los míos para que se disolvieran y que los ciudadanos se fueran a sus casas abandonando la elección; lo cual se verificó, quedando, por tanto, los de Pardo dueños de hacerla por sí solos sin competencia. Escandalizó la manera parcial con que en lo primero se mostró don Juan Francisco Balta, desde los balcones de Palacio, llegando al grado de felicitar públicamente a los pardistas por su triunfo. Cuando el Presidente tuvo conocimiento de lo que había pasado, mandó a don Melitón Porras, amigo común de él y mío, para que me buscara y en su nombre me dijera que de ningún modo abandonase la elección, y que dispusiera que los míos se reunieran y, formando las mesas de los individuos que legalmente debían componerlas, procedieran a hacer la elección, seguros de que la fuerza pública impediría todo desorden; y ella se pondría a las órdenes de los presidentes de ellas como lo disponía la ley; y que para ello iba a expedir un decreto. Se publicó ciertamente éste y en consecuencia de él, se vieron funcionando, a la vez, tres mesas eleccionarias en las plazuelas designadas para ello, todas con fuerza pública en su apoyo.

Cuando por tales causas vi al Presidente lo encontré irritadísimo por la manera como había procedido Pardo faltando a sus prevenciones y protestó que se equivocaba mucho en creer que pudiera mandar el país, pues él lo impediría con todo su poder; que, por tanto, estaba resuelto a proteger mi candidatura y que, seguro de ello, le pidiera cuanto me fuese necesario en apoyo de ella. Le creí e hice algunas indicaciones que, por cierto, no se efectuaron.

Cuando más confiado estaba en sus ofrecimientos, se me presentó un día un ayudante suyo, que vino a mi casa en un coche de Palacio, diciéndome que el Presidente me llamaba y que fuese con él en el coche que había traído. Sorprendiéndome la manera con que se me llamaba y la atribuí a que quisiera hacer pública esa decisión; pero, equivocado en el juicio, me sorprendió mucho más cuando me dijo que el objeto de mi llamada era para proponerme que el Dr. Ureta y yo desistiéramos de la candidatura y refundiéramos nuestros partidos a favor de un tercero por el cual pudiera él obrar más libremente y con mayor decisión. [Agregó] que acababa de hablar con el primero quien le había manifestado estar dispuesto a ello, y faltaba sólo el que yo también me prestara. Contestéle que no estaba distante de complacerlo, sabiendo quién fuera ese tercero. Me dijo que con el Dr. Ureta nada habían acordado sobre eso, sino

sólo que le propusiera los que a su juicio le parecieran bien, y que igual cosa me decía a mí. Contestéle que lo más racional era que él indicase aquel a quien pudiera favorecer con la decisión que decía. Preguntóme, entonces, qué me parecía el Dr. don Antonio Arenas. Le contesté que muy bien y que en su favor desistiría con gusto, pues creía que también lo aceptaría mi partido. Me encargó, entonces, pues que era mi amigo, fuera a prevenírsele y persuadirlo a que aceptara la candidatura, esperando, mientras tanto, a saber los que le propusiera Ureta.

Cumpliendo su encargo, fuí donde el Dr. Arenas para hacerle saber en lo que se pensaba, encareciéndole de mi parte en que se prestase, pues ello sería útil al país y de ese modo se saldría de la situación difícil y perjudicial e incierta y contraria a la paz pública en que se estaba respecto de la elección de Presidente. Se negó abiertamente diciéndome que por nada se prestaría a ello y que así se lo hiciera saber al Presidente. Antes de ir donde éste para comunicarle la negativa del Dr. Arenas, encontré en mi casa una esquelita suya en la que simplemente me decía que suspendiera el encargo que me había hecho y continuara las cosas como estaban. Fuí, sin embargo, donde él y entonces me dijo que era de tal modo absurdo lo que Ureta le había propuesto respecto de las personas en quienes se fijaba para Presidente, que desistía del proyecto y se resolvía a sólo proteger mi candidatura, pidiéndome hasta una lista o razón de las personas que me conviniera fueran nombradas en los destinos públicos y de policía, y de lo que juzgase conveniente que hiciera. Cándorosamente se la di; pero poco o nada se hizo de lo que le indicaba, continuando todo como estaba, es decir, favoreciendo don Juan Francisco a Pardo, el ministro Santa María a Ureta, y los demás ministros indiferentes, a excepción del de Justicia que también era por Pardo y por cuyo medio volvió a verse éste con él, no obstante de continuar prevenido contra él o, al menos, de manifestarlo y de asegurarme su decisión favorable a mí.

En medio de esto, un día, por conducto del señor Derteano, me mandó decir [*el Presidente*] que deseaba lo viera esa noche, pues que tenía que hablar conmigo con urgencia. Lo hice así y, llevándome a su despacho para que estuviéramos solos, me dijo que había concebido un gran proyecto salvador de la situación eleccionaria y conducente a la conservación de la paz pública; que él consistía en que se refundieran las tres candidaturas en una sola a favor de uno de los candidatos, que ya había hablado sobre ello con los señores Pardo y Ureta, quienes gustosos se prestaban al proyecto, habiéndole asegurado el primero, y aun prometido, que se iría fuera del país mientras se practicara la elección y, por tanto, sólo dependía

de mi aquiescencia el que se realizara ese gran plan. Sorprendido con tan inesperada nueva y fastidiado de tanta vacilación y engaño, díjele que yo lo facilitaría más: que desde ese momento me tuviera por desistido de la candidatura cuyo hecho haría público al día siguiente, y que, por tanto, se entendiera sólo con los otros dos candidatos para realizarlo. Me contestó que de ningún modo consentiría en tal cosa porque su pensamiento era que fuese yo el designado para mandar. Contestéle que no comprendía cómo, ni quién pudiese hacer esa designación, ni cómo pudiera llevarse al cabo contrariando la voluntad de los partidos que sostenían cada candidatura. Dijo que ello era muy fácil de verificarse con sólo que nos reuniéramos ante él los tres candidatos, y que nosotros mismos determinaríamos el modo de hacer la elección del que debía quedar como único candidato, renunciando los otros su candidatura. Le repliqué que eso mismo era impracticable, a menos que todos convinieran, o bien que él, como Presidente, determinase el candidato, o que lo señalara la suerte, pues de otro modo era imposible esa designación sujeta a nosotros mismos. Dijo que bien podía ser lo primero, en cuyo caso aceptaría el cargo, y que de ningún modo conviniera yo en lo segundo, pues era jugar una probabilidad contra dos, y que estuviera seguro de su decisión por mí.

Convenidos en esto, me retiré, y al día siguiente, como ya lo había acordado con los otros y entonces conmigo, nos reunimos los tres en Palacio a una hora dada. Cuando ya estábamos reunidos se nos presentó él e, indicándonos el objeto de nuestra reunión, propuso el que cada uno emitiera su opinión respecto del modo cómo debía determinarse quién de los tres quedaría como único candidato. Tomando la palabra el señor Pardo dijo que lo más sencillo y natural era que el Presidente designara cuál fuera la candidatura que debía quedar; lo apoyó, opinando del mismo modo, el Dr. Ureta y, por último, también yo. Mas el Presidente se negó abiertamente de la manera más absoluta y dijo que se buscara otro medio de resolver el asunto. Propuso, entonces, el señor Pardo que, puesto se negaba el Presidente de un modo absoluto, podía nombrarse una junta de personas de representación y altos puestos en la Capital, designándolas precisamente en amigos suyos para que ellos señalaran el candidato. Se negó a ello el Dr. Ureta, dando la causa, y yo también, que estudiosamente era hasta entonces el último que siempre hablaba. Por tal negativa, y empezando el señor Pardo por hacer un grande elogio del desprendimiento y grandes cualidades de rectitud y pureza que poseía don Juan Francisco Balta, hermano del Presidente, dijo que podía someterse a él la designación. Yo, entonces, anticipándome al Dr. Ureta, convine en ello con

el despacho que me inspiraba tal cinismo y resuelto a no ser por más tiempo objeto de burlas. Tuvo que ceder el Dr. Ureta, y así quedó terminado el asunto.

Se hallaba entonces en Iquique ese caballero, donde había ido para atender el gran ingenio de beneficio de salitres de que se había hecho durante la presidencia de su hermano, y por ello se mandó que inmediatamente zarpase para allí un vapor de guerra con el fin de que viniera sin demora. Luego que llegó, nos reunimos con él en Palacio los tres candidatos por citación del Presidente, y se le expuso por nosotros la determinación que se había tomado. Dijo él que aceptaba la misión pero que era preciso se le expusiera por escrito. Sobre tabla se redactó el oficio que debía pasársele al objeto y, al recibirlo, después de dar las gracias por el alto honor que se le hacía y la gran confianza que encerraba tan delicado asunto, pidió tres días para resolver.

Debe comprenderse que, desde que tuvimos la primera reunión, yo no vi ni debía ver para nada al Presidente, y que debía también estar seguro de que no sería el designado. Mas, al día siguiente de la segunda reunión, me dijo el señor Porras, que era el amigo más íntimo de él, que habían hablado sobre el asunto ambos y que el Presidente le había asegurado que yo precisamente sería el designado, pues le pediría a su hermano ese servicio en compensación de los muchos que le había hecho, sin deberle él ninguno. No creí que sucediera esto aunque realmente se interesara el Presidente. Sabía cuán ligado estaba Pardo a don Juan Francisco y la animosidad que tenía contra mí; sabía, en fin, cuánto imperaba éste en su hermano; y así se lo expuse al señor Porras, agregándole que cuando más, sucedería que don Juan Francisco no se atreviese a resolver nada en asunto tan delicado, y que contestara excusándose. A pesar de lo que me dijo Porras, no consentí por un momento en ser el elegido, y en honor del Presidente diré que, tal vez, procedía de buena fe conmigo en todo, pero que la dominación que sobre él tenía su hermano, hacía que no realizaran sus deseos.

Llegó, al fin, el plazo pedido para resolver y entonces el tal don Francisco nos dirigió una nota a cada uno de los candidatos, excusándose de hacer la elección. Puede ser que esto fuera obra del Presidente, no logrando persuadirlo en favor mío, pues en seguida me mandó llamar y me dijo que estaba determinado a proteger mi candidatura y que contase con ello. Pasaron, sin embargo, algunos días de esto, sin que nada hiciera en mi favor, cuando se me presentó el señor Piérola, mandado por él, a decirme que sus deseos, su convicción y aun su corazón estaban por mí; pero que, no obstante, nada podía hacer, y que fuese a hablar con él. Hicelo así y,

repitiéndome las mismas palabras, me dijo que juzgaba conveniente, [para] que la elección no recayera en Pardo, el que yo desistiera en favor del señor Arenas, como habíamos pensado antes, de cuyo modo podría él proceder abiertamente en favor suyo y proteger su elección; que ya había hablado con dicho señor sobre el particular y logrado convencerlo; [y] que, por último, obrando ambos a ese fin, era seguro que obtendríamos el triunfo. Conocí que debía ceder, y, como no tenía ambición al mando según lo he expuesto varias veces, díjele que, por mi parte, no había inconveniente; pero que, ante todo, exigía yo el que hiciera una pública manifestación de proteger esa candidatura presentándola como la del Gobierno; que, hecho eso, ya tendría yo motivo para mi desistimiento y para recomendarla a mis amigos y partidarios. Me contestó que eso era mucho exigir; pero que, si lo consideraba indispensable, no tendría inconveniente en verificarlo. Díjele que lo exigía y que después que él hubiera hecho esa manifestación, sería cuando yo también publicara mi desistimiento. Se hicieron ambas cosas, como es notorio (9), y de ese modo concluyó mi candidatura, quedando, por tanto, obligado el Presidente a sostener la del Dr. Arenas, que recomendó a los colegios electorales; y yo [a] ayudarla encareciendo y suplicando a mis partidarios y amigos para que la apoyaran y acogieran como suya.

Fiel siempre a cuanto he ofrecido, así lo hice previniendo a los de la Capital y escribiendo a los de fuera para que en lo sucesivo se entendiesen directamente con el nuevo candidato, haciéndole saber que lo hacían por prevención mía. Así lo verificaron y recuerdo que con ese motivo me dijo el señor Arenas que sólo entonces había podido conocer cuán avanzada estaba mi candidatura; teniendo además la calidad de que, si en muchas partes se habían hecho elecciones duales y triales, casi en lo general las legales estaban de mi parte.

El Presidente, también, el mismo día que exhibió al Dr. Arenas como candidato, dijo a éste que desde entonces considerase Palacio como su casa y que, como si fuera el gobernante, indicara a los ministros cuanto considerase conducente a su triunfo, pues estaban prevenidos de obedecerle; el de Gobierno, principalmente, iba todos los días a casa del doctor [Arenas] para pedir sus órdenes. Mas, a pesar de estas cosas, nunca se hizo lo que él indicaba; sólo se vió que don Juan Francisco Balta retiró su favor a Pardo, que el coronel [Tomás] Gutiérrez, a quien se había nombrado ministro de Guerra, se ocupaba de aumentar considerablemente los cuerpos del ejército y hacer toda clase de aprestos como para una campaña y que el de Gobierno mandaba agentes y comisionados a los prefectos de los

departamentos y jefes de gendarmerías, y que aun algunos diputados influyentes, decididos amigos del Presidente, marcharon a sus pueblos con instrucciones reservadas.

Mientras tanto, si a la candidatura del señor Arenas se agregaron sus amigos personales, que no eran pocos, haciéndose con ello poderosa, también creció la de Pardo, uniéndose a ella los enemigos y resentidos del Gobierno que no lo habían hecho antes por consideración a mí, muy especialmente militares y representantes de las Cámaras; robusteciéndose mucho por tales causas y otras que no debo indicar, principalmente en la Comisión Permanente. Si nosotros, a pesar de ello y de los grandes recursos monetarios de que disponía Pardo, hubiéramos tenido la acción decidida del Gobierno, habríamos sido invencibles; pero esta [acción] no se ejercía de modo alguno, ni contábamos con esos recursos que por desgracia, se habían hecho necesarios entre nosotros para esa clase de asuntos, en razón a que, según le decía el Presidente al señor Arenas, lo aplazaba todo para cuando se reuniera el Congreso, para cuya época le ofrecía que nada le faltaría y sería eficaz su ayuda. Quedaba, pues, mientras tanto, por ello, reducida esa candidatura a sólo nuestros esfuerzos.

A fin de que se remediara con antelación los desórdenes que habían tenido lugar en las elecciones y la injusta y arbitraria parcialidad con que procedía la Comisión Permanente en la calificación que hacía de senadores elegidos, concibió el señor Arenas la idea de que se convocase un Congreso extraordinario, único Poder autorizado para juzgar el asunto, y que, dictando las providencias convenientes, salvara las dificultades y peligros que pudieran presentarse en el apremiante y pequeño tiempo que tendría el Congreso ordinario para entender en el asunto eleccionario. Comunicado su pensamiento al Presidente, autorizó éste para que, reuniéndonos en junta privada el señor Arenas, sus ministros de Guerra y Gobierno, los señores Piérola y Derteano y yo, discutiéramos detenidamente el asunto comprometiéndose, por su parte, a someterse a nuestra deliberación y verificar lo que acordáramos. Dos días consecutivos nos ocupamos del asunto, considerándolo bajo todos sus fases de conveniencia nacional y de orden [público]; decidiendo, al fin, por unanimidad que la medida era no sólo útil sino necesaria; habiendo sido, por consiguiente, de la misma opinión aun los ministros antes nombrados.

Cuando se comunicó al Presidente lo determinado por la junta, ordenó al ministro de Gobierno que pusiera el decreto de convocatoria, y al de Guerra, que preparara el ejército para las publicaciones del bando de ley. Estaba al día siguiente el decreto en la pren-

sa y el ejército listo en sus cuarteles para salir al bando, cuando mandó llamar el Presidente a los indicados ministros, y les dió orden para que no se verificase lo que había dispuesto, suspendiendo la publicación del decreto.

Sorprendente en extremo fué esta determinación a los que habíamos compuesto la junta, cuya causa nos era desconocida, muy especialmente a los señores Arenas, Piérola, Derteano y yo. Con tal motivo, y para saberla, fué primero, el Dr. Arenas, a ver al Presidente y después yo, preparados a hacerle las observaciones necesarias en pro de tal medida. A ambos nos contestó del mismo modo, diciéndonos que encontraba fundadas y convincentes nuestras razones y nada tenía que argüir contra ellas; pero que su corazón, atinado siempre en sus inspiraciones, le decía que no debía proceder como se había pensado, y obedecía a esa inspiración. No había qué replicar a semejante excusa y nos resignamos; pero, naturalmente, desalentados y llenos de disgusto, muy especialmente cuando, a la vez, notábamos que nada se hacía por parte del Gobierno a favor de la candidatura que él mismo había presentado, muy especialmente en la Comisión Permanente respecto de la calificación de Senadores, cosa tan importante. Sin su ayuda en esto, pudimos, al fin, lograr mayoría en ella; pero, conociéndola su presidente, que estaba por Pardo, suspendió las calificaciones temiendo perderlas, lo cual costó, al menos, el mal de que nos fueran contrarias las que después se hubieran hecho.

Molesto yo con el proceder del Gobierno, estando enfermo y aconsejado por los médicos de hacer una navegación por esta causa, determiné ir a Chile, cuyo clima decían convendría a mi salud, con la resolución de volver antes que se reunieran las Juntas Preparatorias del Congreso que debía instalarse, ofreciendo al Dr. Arenas verificarlo así, para ayudarlo, pues mientras tanto, de nada servía mi presencia en el país, atendido el estado en que las cosas se hallaban. Juzgué, también, que acaso mi ausencia contribuiría en algo a que el Presidente variase de conducta y se mostrara más decidido, haciendo algo en favor de la candidatura que había exhibido.

Nada cambiaron las cosas con mi ausencia, continuando como las dejé. La protección del Presidente a la candidatura Arenas sólo se reducía a asegurar a todos y protestar que Pardo no gobernaría; a las medidas de aumento del ejército y demás que llevo expuestas, cuyos secretos sólo conocían él, su hermano don Juan Francisco y sus ministros Gutiérrez y Santa María; y a los ofrecimientos que le hacía al Dr. Arenas de que, cuando se reuniera el Congreso, pondría en acción todo su influjo [y] que entonces le proporcionaría todo el dinero que fuera preciso y con cuanto fuera necesario que

él hiciera. Mientras tanto, Pardo y los suyos se habían alentado muchísimo con el hecho de haberse impedido el que se reuniera el Congreso extraordinario. Ganaban infinito en el terreno eleccionario, a causa de que el Gobierno nada hacía en él para cruzarlo. Confiando en la popularidad que también ganaban por la gran inacción de la autoridad, se preparaban igualmente para oponer fuerza a la fuerza, en caso necesario, habiéndose puesto de acuerdo con Prado, que estaba en Chile, y con quien contaban para que éste procurase allí armas y artículos de guerra y los tuviera expeditos para dicho caso, contando también con la mayor parte de la escuadra que tenían a su favor, cosas que sólo se supieron después, cuando se vieron realizar algunos de esos hechos.

Hallándose en tal estado las cosas, se acercaba la época en la que debían reunirse las Juntas Preparatorias (10) para que los dos tercios existentes del Congreso calificaran el tercio elegido y, como lo ofrecí al Dr. Arenas, vine de Chile con antelación. Por sólo nuestros trabajos personales y por la correspondencia que teníamos con los representantes de esos dos tercios, contábamos con la mayoría de los de ambas Cámaras. Mas llegaban los diputados y senadores y, encontrándose con la inacción e indiferencia del Gobierno, que llegó al grado de no mandarles el [*Presidente*] ni sus ministros una tarjeta de bienvenida como era de inveterada costumbre, algunos de ellos resentidos por eso y siendo bien agasajados por Pardo, se le plegaron, aun faltando a los compromisos que con nosotros tenían. La primera calificación de una y otra Cámara debía dar la idea de cuál sería el resultado de la elección, pues es claro que el partido que triunfara en ella aumentaría progresivamente su mayoría. En diputados, la primera cuestión fué la recepción de un diputado suplente que pertenecía a nosotros; y, sin embargo de ser de ley, la perdimos por un sólo voto; claro es, pues, que, si el Gobierno nos hubiera ayudado, no hubiera sucedido tal cosa y la mayoría era nuestra. En senadores, usando de un ardid, los adictos a Pardo propusieron que se considerasen como calificados a los señores La Fuente, Althaus y Montero por ser unipersonales. Contaron, naturalmente, con que, siendo el primero amigo íntimo mío y el segundo, mi pariente y protegido por mí, no me opondría. Así sucedió, y aunque ellos con eso contaron con dos votos, los de los últimos, el primero era nuestro y ganaron poco, porque aun el segundo tenía influencia que me serviría en algunos casos. Continuando la calificación en diputados triunfaban, como era consiguiente, los de Pardo. En senadores quisieron hacer iguales sorpresas pero, prevenido ya yo, que presidía las Juntas, no lo lograron.

A pesar de lo dicho, no creíamos perdida la cuestión, y juzgá-

bamos que, con sólo lograr que fueran calificados en diputados el señor Piérولا y en senadores el señor Derteano, para lo cual habíamos tomado las medidas necesarias, sería posible que las cosas se compusieran porque estando en las Cámaras los nombrados como representantes, sería mayor y más directa la influencia que en ellas tenían. Hallándose en este estado las cosas, hizo llamar al Presidente ante sí a algunos de los diputados y senadores que le merecían más confianza, y también a mí, aunque no se la mereciera; y, estando con él, nos preguntó si, atendido lo que pasaba, juzgábamos la elección perdida. Los otros, que no estaban al corriente de lo que acabo de decir, le contestaron que así lo creían. Yo, que tampoco podía descubrir eso, pues del secreto pendía el éxito, dije que no pensaba de tal modo y que me parecía que, si el Presidente obraba con decisión en el asunto, podíamos triunfar. Pareció mostrarse molesto conmigo por esto; y dijo que, sabiendo lo que pensábamos, él procedería.

Necesario es advertir que, como todos saben, desde que empezaron las Juntas Preparatorias, se situaron en Palacio varios batallones y se llevaron allí piezas de artillería, ametralladoras y municiones en abundancia, cuyas cosas debían tener un objeto; y, atendidas las protestas que hacía el Presidente de que no consentiría que Pardo mandase, se juzgaba que ese objeto fuera el de rechazar con la fuerza si la elección resultaba en favor de éste, y así me lo dijo el ministro Santa María, como prueba de la confianza que tenía en mí, siendo claro que igual la tendría con otros. Mas la verdad era que todo ello, como cuanto se había hecho antes desde que desistió don Juan Francisco Balta, conducía, como se demostró después, a sólo la perpetuidad del dominio de los Balta. Por eso, en un momento de despecho, había dicho don Juan Francisco al señor Piérولا que después de ellos era preciso que el Perú se convirtiera en un lago de sangre para que entonces aparecieran los Balta como el iris de la paz. Por eso, el hacer contra mí cuanto [le] fué posible, hasta obligarme a renunciar porque mi candidatura cruzaba su plan. Por eso, la tenaz resistencia contra Pardo, en quien también veían un inconveniente. Por eso, lanzar la candidatura del señor Arenas y abandonarlo después. Por eso, aquel aumento del ejército y los preparativos de guerra. Por eso, el envío de comisionados a los departamentos para preparar la revolución. Por eso, en fin, ese desentendimiento de los diputados. No convenía que Arenas triunfara, pues entonces no habría pretexto; era preciso que apareciera pujante la candidatura de Pardo para tenerlo.

Pero no contaron con que, cuando llegara el momento, faltaría valor al que era Presidente para tan gigantesca y difícil empresa;

o que, no teniendo inmediata entonces la perniciosa influencia del hermano, calmara la ambición y obraría el patriotismo resignándolo a someterse a la ley. Se dijo, también, que cuando llamó ante sí a los senadores y diputados de que he hablado antes, habían tenido lugar sugerencias de personas respetables, entre ellas la de un obispo y del señor Meiggs, contratista de los ferrocarriles, que tenía gran poderío en él; quienes le aconsejaron que en sus intereses y en los del país estaba el que, si era elegido Pardo, se sometiera a él y le entregara el mando, y ello había motivado esa reunión (11). Sea de lo dicho lo que fuere, el caso es que, creyendo el coronel Gutiérrez llegado el momento de obrar, se fué donde el Presidente para obligarlo a que se procediera. Este, que estaba ya completamente desalentado y con el ánimo dispuesto a obedecer la ley, le contestó, sin haber tomado providencia alguna de precaución, que había variado de propósito y estaba dispuesto a someterse a las deliberaciones del Congreso, sean ellas las que fueren. Díjole entonces Gutiérrez que cómo procedía de ese modo después de haberlo comprometido tan fuertemente, lo mismo que a sus hermanos, y héchole crear compromisos con otros jefes. Contestóle el Presidente que ello podría remediarse yéndose él y sus hermanos de pronto a Chile, para lo que les daría cuatro mil pesos y después se remediarían las cosas. Júzguese cuánto, y con mucha justicia, debió irritar eso a dicho coronel, que por meses había trabajado y preparado por mando de aquél la susodicha revolución comprometiendo a todos los jefes del ejército para ella. Con el arrebató que era consiguiente a tal impresión y, haciendo uso de un batallón que mandaba su hermano [*Silvestre*] y estaba en Palacio, puso en prisión al Presidente verificando la revolución contra él y contra el Congreso (12).

Cuando esto sucedía, se hallaban funcionando las Juntas Preparatorias de ambas Cámaras con *quorum* para Congreso, presidida la del Senado por mí. Con la noticia que nos trajo un ayudante del Presidente de su prisión, recibí también la de que la guardia del Senado se había retirado sin conocimiento mío, por orden de Gutiérrez. Claro era lo que pasaba; pero yo manifesté a los senadores que nuestro deber exigía permanecer en el puesto hasta conocer lo que sobre nosotros se resolvía, autorizando, sin embargo, a los señores Benavides y Montero para que se retiraran, por ser los más comprometidos en la causa de Pardo. Contestaron estos señores que no aceptaban la gracia pues querían correr la suerte, de todos, así es que se conservó el Senado intacto, con excepción sólo de un senador que se retiró sin autorización mía, cuyo nombre no quiero escribir cumpliendo mi propósito. La guardia de la Cámara de Diputados también se había retirado, pero conservándose los miembros de ella

en sus puestos. Vino entonces una comisión de ésta, invitando a los senadores para juntarnos en Congreso, en lo que todos consentimos, marchando a reunirnos. Luego que esto se verificó, dispusieron que yo los presidiera como presidente del Senado y, tomando el puesto, dispuse que una comisión dictaminase sobre cómo debía proceder el Congreso, teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir con la revolución hecha, la prisión del Presidente y el retiro de los guardias de honor del Congreso; nombrando a personas de representación como el general La Fuente y otros de cuya capacidad y discreción y sin distinción de colores políticos, pues pertenecían a los dos que entonces militaban, [para que] pudiera lograrse una determinación patriótica y atinada (13). Dióse sobre tabla el informe, el cual, ligeramente discutido, pues no tuvo contradicción y votado nominalmente, fué aprobado por unanimidad, convirtiéndose, por consiguiente, en la ley que todos conocen y que, para que tuviera mayor validez y fuerza, se dispuso que fuera autorizada con la firma de todos los representantes, otorgándose a mí otras facultades como presidente del Senado, puesto que no había Presidente de la República.

Se estaba concluyendo de firmar la ley, cuando apareció fuerza armada en la puerta del Congreso con orden de disolverlo a bayonetazos y aprisionar [a] algunos. Los representantes, habiendo ya cumplido su deber, procuraron fugar por los techos y por donde les fué posible. Yo me dirigí a la puerta para abrirme paso o correr la suerte que me estuviera deparada. Por fortuna, el jefe que mandaba aquella fuerza era muy decidido por mí y partidario mío; y, luego que me vió, dió orden a los soldados que estaban con la bayoneta calada que me dejaran salir. Me esperaban en un coche de alquiler mis hijos Pío y Rufino, quienes habían prevenido al cochero que, luego que yo entrase en él a las volandas y por calles extraviadas, me llevaran a casa. Sucedió así y, luego que llegué a ella, salí a ver a un amigo, con quien me era urgente hablar. Cuando volví se me dijo que un oficial con tropa había estado allí y preguntado por mí. Volví, sin embargo, a salir para ir donde el señor Piérola con quien también necesitaba hablar, previniendo a los de mi casa donde iba, y que, si ocurría algo, mandasen avisármelo allí; era esto ya cerca del anochecer y encontré en la calle partidas de gente armada situadas en diversos puntos. A poco de estar con dicho señor, vinieron de casa a avisarme que nuevamente había ido gente armada en busca mía; precisamente el que mandaba la fuerza era el capitán Cerdeña, hijo del general, decidido también por mí quien sólo preguntaba por mí, y esa segunda vez seguramente con intención de que se conociera el peligro que corría, dijo a sus soldados, de manera que lo oyese mi familia: "Ya se nos escapó y será difícil tomarlo".

Prevenido con esto, ya no volví a mi casa y, acompañado del mismo Piérola, me fui a casa de mi primo [*J. de la Cruz*] Benavente, que era entonces Ministro de Bolivia, no precisamente a asilarme, pues eso habría sido imprudente, sino como huésped reservado. Supe después que el objeto de Gutiérrez al buscarme era el de fusilarme, pues me atribuía todo lo ocurrido en el Congreso y quería hacer conmigo un ejemplo para aterrorizar (14).

A la noche siguiente de estar yo allí, fué como a asilarse [*sic*] el ministro Santa María. Me sorprendió mucho esto pues lo creía unido a la revolución. Para imponerme de lo que pasaba, no tuve inconveniente en verme con él. Me contó, entonces, lo ocurrido entre el Presidente y Gutiérrez y la causa de haberse sublevado éste y aprisionado al primero. Me confesó de la revolución que, de muy antemano, tenían acordada entre los Balta, Gutiérrez y él para que no mandase Pardo; pero que el Presidente, en cuyo favor debía hacerse, se había acobardado. Me hizo saber que, cuando el hecho ocurrió, se encontraba él en su despacho, pero que ni Gutiérrez le dijo nada ni le hizo caso después, a pesar de haberse mantenido en su puesto todo el día; que temía, en fin, que como amigo de los Balta, lo persiguiera Gutiérrez y por ello se ocultaba; pero que, estando yo allí, juzgaba prudente irse a otra parte porque estando unidos, corríamos ambos peligro. Convine en esto y se despidió para irse a otro lugar.

Estando en casa de un ministro extranjero que, por su carácter de tal, tenía libertad para todo y para saberlo todo, estaba, por consiguiente, yo en aptitud de estar al corriente de cuanto ocurría instantáneamente. Sabía, que lo tanto, lo impopular que era aquella revolución; supe que Pardo, aunque buscado, pudo a tiempo ocultarse, primero en casa de mi hijo Pío, de la que después se trasladó a otra, y que, disfrazado, logró irse a embarcar en uno de los buques de la escuadra que se pronunció contra la revolución (15); supe que la impopularidad y aislamiento de Gutiérrez, había llegado al grado de nombrar Secretario General a [*Fernando*] Casas, tan conocido por todos y cuyas cualidades no es necesario describir; que [*Tomás*] Gutiérrez, aunque de conocido valor, no teniendo de un lado ni capacidad ni aptitudes para tan importante puesto, y de otro, habiendo verificado una revolución que no estaba preparada para él, en nada atinaba ni podía contar con la lealtad de los que habían sido envueltos en ella y que lo abandonaban aun los soldados, no pudiendo contar sino con sus tres hermanos, que mandaban tres cuerpos (16); que uno de estos [*hermanos*], el de mayor valor y capacidad, había sido muerto en la estación del ferrocarril (17) por un hombre del pueblo al embarcarse, siendo, por tanto, esa san-

gre la primera que debía formar aquel lago de que habló don Juan Francisco, a la que siguió la de su hermano Presidente, que hizo deramar otro hermano de Gutiérrez [(*Marceliano*)], fusilándolo en la prisión que lo tenía, en venganza de lo que se había hecho con su hermano en la estación del Callao.

Aterrado seguramente el Dictador, pues de tal carácter se invistió, con esa impopularidad, con ese aislamiento y esa incapacidad, sabido es que fué a asilarse en el cuartel de Santa Catalina, cuyo hecho, de un lado, acabó de desalentar a los que con él estaban y, de otro, dió ánimo al pueblo que más decididamente se mostraba contra él. Sucedió también que otro hermano suyo [(*Marceliano*)] que mandaba un batallón en el Castillo del Callao fué muerto de un balazo disparado contra él, estando en la muralla con inconsiderado valor. La escuadra, también se pronunció en contra suya, estando Pardo en ella. Todo lo dicho, el que ningún pueblo se pronunciara a su favor y el que su fuerza se disolvía rápidamente, debieron acabarlo de aterrar.

Conociendo seguramente por todo esto que no podía llevar a cabo una empresa superior a sus fuerzas y a que lo condujo un arrebatado de exaltación momentánea causada por el engaño, salió de Santa Catalina con alguna tropa para buscar cómo salvarse de algún modo. Abandonado de ella o separándose él solo con tal designio, aconteció la horrible catástrofe que todos conocen, que ojalá pudiera borrarse de la memoria y de los acontecimientos del Perú, no recordándola ni la historia, para salvarnos del baldón y mengua que ella trae al nombre peruano (18). Apareció, entonces, Herencia Zevallos, con el carácter de Vice-Presidente que era, para hacerse cargo de la situación; pero sin valor para evitar aunque fuera con el consejo, el espectáculo atroz que se ofrecía a la vista de todos. A Dios gracias que no tuve ni indirecta parte en lo que aconteció.

Después del desenlace de esa fatal revolución apareció el señor Pardo, que se hizo el hombre de la situación y a quien el público recibió con entusiasmo. De desearse es también que se olvidaran las palabras que entonces dirigió al pueblo, diciéndoles que era sensible lo acontecido, pero merecido el castigo. ¡Quién le habría dicho, ni pudiera pensar él mismo, que más tarde una mano aleve le había de quitar la vida también, de una manera estrepitosa y violenta en el mismo santuario de la Ley!

CAPITULO XXVII

LOS GOBIERNOS DE MANUEL PARDO Y DE MARIANO IGNACIO PRADO

(1872-1879)

Con los acontecimientos dichos, claro es que la cuestión electoral estaba resuelta a favor del señor Pardo, pero era necesario darle la fórmula legal y que el Congreso funcionara para ello, siguiendo después sus trabajos ordinarios. Yo, senador, debí también continuar en el puesto, llenando el deber de tal, aunque ya sin el interés electoral, como lo hizo el mismo Dr. Arenas que era candidato para la Presidencia. A pesar de que las calificaciones fueron hechas por los amigos de Pardo, como era consiguiente, resultaron a favor del señor Arenas como setecientos votos unipersonales de los cuatro mil electores. Declarándose el resto por Pardo, claro es que tuvo la mayoría y se proclamó Presidente. Asistí yo a las calificaciones y a la proclamación, como también al acto de que prestara el juramento como Presidente (1).

Desde que desistí de la candidatura, fué con el propósito de que mi vida pública terminara tan luego como hubiera llenado los compromisos que entonces contraí y los deberes de senador en la próxima legislatura. Y tan cierto era esto que entonces presenté a los clubes reunidos de mis partidarios, al señor Piérola, diciéndoles que, en lo sucesivo, lo reconocieran como jefe del partido y sucesor mío. Aunque resuelto a cumplir el propósito dicho, siendo ya Presidente el señor Pardo, juzgué de mi deber, ya como general de la Nación ya como senador, visitarlo en testimonio de mi sometimiento a su autoridad y lo visité, en efecto, al día siguiente que prestó el juramento. Me recibió con la mayor amabilidad y cariño y aun me felicitó por la noble y patriótica conducta que había observado en los días de la fatal revolución de Gutiérrez, siendo éstas sus pa-

labras. Agregó que me agradecía la visita, y que esperaba lo ayudara con los consejos de mi experiencia en el difícil cargo que tenía, muy especialmente en materias de Guerra, que ignoraba; hablamos algo sobre esto, y me retiré satisfecho de su proceder, y resuelto a servirlo en lo que no fuera contrario a la justicia ni a mi honor.

No sólo estuvo atento entonces, como he dicho, sino que al día siguiente me pagó públicamente la visita concurriendo a ella con sus edecanes. Obligado y reconocido a sus atenciones, seguí viéndolo de vez en cuando y siempre me recibía con distinción a cuantos estaban con él y con exquisita amabilidad, lo cual también me obligaba a él más cada vez. No sólo esto, sino que, sea por conveniencia pública, pues lo era realmente, sea por beneficiarme y reparar mis pérdidas, trató de llevar a cabo espontáneamente, y sin la menor indicación mía, el proyecto que desde la época de Balta había de extender la población sobre los terrenos de la "Victoria", principiando por construir allí los palacios de Gobierno y Justicia, lo cual le daban gran importancia, y sobre lo que aun estaban formados los planos de la nueva población. Con tal fin, dirigió un proyecto al Senado pidiendo autorización para vender el Palacio existente y otras propiedades del Estado, y con su importe emprender aquella obra; también espontáneamente me habló del asunto, encargándome que, a su nombre, hablara al senador García a cuya comisión había ido el asunto a fin de que lo activara y se resolviera lo más pronto. Se conocía claramente que quería beneficiarme.

Antes que estas cosas sucedieran, deseando yo una buena administración, que la fusión de los partidos se hiciera y que no hubiera contradicciones ni resistencias al nuevo Presidente, y creyendo conducente a esos fines el poner a éste en inteligencia con el señor Piérola, pero no atreviéndome a tener confianza tal con aquél, hablé a mi pariente don Emilio Althaus, que era el amigo más íntimo de Pardo, para que él procurara descubrir si sería bien recibida una visita que le hiciese Piérola. Habiéndome contestado que, habido Pardo, le dijo que tendría gusto de ello, comuniqué mi proyecto a aquél, quien convino en irlo a visitar el domingo próximo. Por desgracia, para ese día fué invitado el Presidente a un convite que le prepararon en la Exposición; y por ello no se hizo la visita, aplazándola para el siguiente domingo.

En esa semana, por desgracia, tuvieron lugar acontecimientos extraños que destruyeron mi proyecto e hicieron impracticable aquella visita, de la cual acaso pudieron resultar bienes o, por lo menos, que no acaecieran cosas tan funestas para el país como las que acontecieron. De un lado, en la tal semana aparecieron publicaciones sobre Hacienda, basadas en documentos del archivo del minis-

terio, ofensivas a Piérola; y, de otro, se presentó el Presidente en las Cámaras con un mensaje que demostraba el malísimo estado de ella, presentándola en bancarrota (2). Ofendido Piérola con ambas cosas que creía iban directamente contra él, cuando no creía que era tal el estado de la Hacienda, escribió, sin que yo lo supiera, un tremendo artículo contra Pardo, refutando el mensaje presentándolo como impostor y que su fin único era engañar a la Nación (3). No estaba firmado el artículo; pero conocidamente era suyo. Cuando lo leí, fui donde él y le manifesté que habría sido mejor que se hubiera publicado bajo de su firma y sólo con la parte razonada, sin la acritud que lo acompañaba. Pero él estaba despechado con la inmerecida ofensa que le hacían y, además, ello estaba ya hecho, y no tenía remedio.

Despechado también el Presidente, con la que a él se le hizo, influyó en que la Cámara de Diputados [*para que*] lo acusara como infractor de la Constitución y de las leyes en el desempeño del ministerio que había ejercido, resuelto a castigarlo e infamarlo con una sentencia condenatoria, que para siempre lo anulase; se acusó también, aunque más levemente al ministro de Guerra, Balta (4). Amigo yo de Piérola y que por lo tanto no podía abandonarlo en aquel conflicto, cuando, de otro lado, conocía la injusticia y que en defenderlo no dañaba en manera alguna al Gobierno ni a su administración, pues el asunto era puramente personal. Tomé, [*pues*], parte en su defensa principiando por escribir a algunos diputados, que consideraba amigos, para que lo favorecieran con su voto. Uno de ellos, indigno de la amistad y de la confianza que en él tenía, por congraciarse o medrar, entregó mi carta, que se publicó en la prensa, como acusando mi parcialidad. Nada conseguí en Diputados, cuya Cámara declaró haber lugar a formación de causa, y vino el asunto al Senado, donde se contaba más seguro que el Gobierno triunfaría, pues allí indudablemente tenía una inmensa mayoría. Pero también allí era mi acción más directa y, esforzándome hasta donde fué posible, logré el que se declarara no haber lugar a causa, salvándolo de trece acusaciones que le hicieron (5).

Ese inocente comportamiento mío que, si favorecía a Piérola, [*en*] nada dañaba a Pardo, lo disgustó y previno fuertemente contra mí, juzgando también que era cómplice de la revolución que tramaba Piérola. Que se pensó de este modo, lo supo éste por aviso de los mismos agentes secretos que se comisionaron para que lo espíaran, uno de los [*cuales*] aun le mostró la tarjeta que tenía para hacerlo prender con los agentes de policía [*tan*] luego que notara algo. Me comunicó eso y, entonces, tanto yo como otros amigos, entre ellos el señor Derteano, le aconsejamos que se fuera por al-

gún tiempo al extranjero para calmar esa persecución; pero aconsejándole, al menos yo, que de ninguna manera pensase en conspirar, haciéndole conocer cuán espinoso y sin fruto era ese camino, en el que no se cosechan sino engaños y perfidias y el ser explotado.

[Piérola] se fué realmente a Chile y, sabiendo yo después que, no obstante mi consejo, alucinado con ofrecimientos que le hacían, se conspiraba en su nombre, le escribí una larga carta reprobando aquello y repitiéndole mis consejos. Me contestó de un modo contrario a mis ideas y entonces le volví a escribir más extensamente contra ello, diciéndole que se perdía si procedía en contrario de lo que con tanto fundamento reprobaba yo, a cuya carta no me contestó y, por tanto, quedó cortada nuestra comunicación. Realmente se conspiraba en Lima y conspiraban también en Arequipa los señores [Herencia] Zevallos y Gamio, de acuerdo con él. Afirmando lo primero porque una vez me dijo el señor Derteano que, para el efecto, le había pedido la señora de Piérola veinte mil pesos y que él le había contestado que si yo le decía [que] los diese, lo efectuaría. Comunicándomelo éste, fué mi opinión que no hiciera tal cosa, cargando yo la responsabilidad. Juzgué que, con ello, hacía un servicio a Piérola. Debíó saber el Gobierno que se conspiraba en Lima y [aun] cuando mi procedimiento era el que he dicho, se juzgó que yo era el promovedor de aquello.

Habiendo llegado eso a mi noticia cuando, de otro lado, estaba realmente bastante enfermo, pedí licencia al Senado para retirarme de la Cámara, e ir a reparar mi salud, variando de clima, en una hacienda de Chancay, que tenía un amigo mío. Concedida la licencia, me fuí, en efecto, a ella, juzgando que, de ese modo, calmarían también las sospechas contra mí. Estando en ese lugar de la manera más tranquila, supe que habían sido aprisionados en Arequipa [Herencia] Zevallos y Gamio y que, traídos al Callao, se les mandaba a las montañas de Amazonas, desembarcándolos en Chancay, de donde debían hacer el viaje por tierra y, tanto de Lima como del mismo Chancay, se me escribió que yo también debía ser tomado y llevado preso con ellos (6). Con tales noticias tomé precauciones para no ser tomado; pero, resuelto a que, si realmente me buscaban, ir a Lima y presentarme al Gobierno y a mi Cámara. No sucedió lo primero y, por tanto, permanecí quieto, trasladándome a Chancay. Allí tuve ocasión de verme con frecuencia con el señor Graña, amigo íntimo de Pardo, quien por mis conversaciones y mi conducta, tuvo motivo para persuadirse de la injusticia con que se me hacían inculpaciones. Lo hizo saber a Pardo y éste le dijo que si me comportaba así, podía permanecer tranquilo allí. Pero, concibiendo yo que obraran los chismes y, por ellos, estar expuesto a un

desaire, resolví irme a Europa, único modo de hacer patente mi conducta prescindente de la política; con ello también llenaba mi propósito de separarme completamente de ella, como lo tenía resuelto, a la vez que restablecer mi salud. Solicité, como era necesario, licencia de mi Cámara para verificar ese viaje y, concedido, lo realicé (7), yéndome a establecer en París quedando, por consiguiente, cortadas mis relaciones con Pardo quien, desde que me constituí en defensor de Piérola, se ofendió conmigo fuertemente y abandonó el proyecto de extender la población de Lima sobre los terrenos de mi quinta. Tales fueron los frutos de mi amistad a éste y de la justicia con que procedí.

Hallábame en ese lugar, sin comunicarme con más personas del Perú que las de mi familia, cuando, después de insignificantes y desatinados desórdenes acaecidos en las inmediaciones de Lima contra Pardo, apareció Piérola en el lugar [en] que yo estaba (8). Como ningún motivo personal nos separaba, lo visité cuando llegó, y después él a mí, casi todos los días, mostrándome el mismo cariño, y confianza que siempre. Dió lugar esto a que nos explicáramos y me comunicara el objeto con que iba allí. En cuanto a lo primero, me dijo que, si no había contestado mi segunda carta, era por los respetos que me guardaba y que, estando en contradicción con mis ideas, no quería refutarlas; en lo segundo, que su objeto era procurar recursos para derrocar a Pardo, cuya administración estaba siendo tan funesta para el país. Nada había que contestar a lo primero pero, en cuanto a lo segundo, aunque conviniendo en los desaciertos de éste que, en efecto eran bien claros, le dije que el camino que se proponía para remediarlo ni era atinado ni posible. Con el conocimiento que tenía yo del Perú y de sus hombres, con la experiencia que me daba una larga carrera política, en la que tanto había visto, y con los desengaños y decepciones que había sufrido en la única vez que fui conspirador con sobrada justicia y más elementos, me esforcé en demostrarle cuán impracticable e infructuoso era aquel medio para remediar el mal y le hice ver que por los legales era muy posible y aun probable que él llegase al poder y entonces los remediará. Le demostré la falta de hombres en el Perú para empresas gigantescas y cuán dañadas estaban la moral y las costumbres y que, por todo, era mejor que esperara tranquilo hasta la época eleccionaria y entonces trabajara en aquel terreno. Mas nada de esto hizo fuerza en él, primero porque lo alucinaban especuladores políticos, y después porque, desgraciadamente, no escuchaba consejos y cree su razón superior a ellos.

Continuó, por tanto, preparando sus elementos sin comunicarme nada sobre ello, entendiéndose más bien con mi hijo Juan Mar-

tín, por quien algo sabía yo; y al fin partió aun sin despedirse de mí, no por desatención ni desconfianza, pues a mi citado hijo le dijo que se despediría de mí, sino porque acaso creyó que no aprobará su proceder y lo desalentara nuevamente. Después de haberse marchado y ser conocidos por todos los peruanos que allí estaban sus aprestos y viaje, hablé sobre el particular y tratamos de ello con los señores Goyeneche, el señor Dreyfus y el señor Santisteban, con los cuales estaba yo en intimidad, manifestándoles que desaprobaba aquello pues tal era mi sentir, aunque deseando una buena suerte a Piérola.

Sabido es el triste desenlace que tuvo la empresa de éste, principiando por la pérdida del "Talismán", buque que conducía sus elementos de guerra y, siguiendo a ello, su derrota en Moquegua y Arequipa, por cuyas causas tuvo que emigrar a Bolivia. Debió entonces conocer la justicia de mis observaciones, pues es sabido que le faltaron muchos en las ofertas de activa cooperación que le ofrecieron y, llegado el caso, nada hicieron. Sentí su desgracia ciertamente, lo confieso, pero la esperaba (9).

Habiendo perdido, durante mi ausencia del Perú, a mi santa madre, y soportado el doble dolor que me causó su muerte y el no haberla podido servir y asistir en sus últimos momentos, lo cual era el único aliciente que podía tener para volver a él, pensaba permanecer en París, por lo menos mientras mandara Pardo; pero coincidiendo, a la vez, el decreto que dió Pardo sobre los bancos, lo cual debía depreciar el cambio (10), el haber terminado el contrato de arrendamiento de mi casa, con cuyo recurso contaba para vivir, y la llegada de mi hijo Rufino a París en comisión del banco de que era gerente, juzgando que muy pronto me escasearían los fondos para atender a mis necesidades, resolví, por todo esto, venir a Lima acompañado de ese hijo. Era, también, la época en la que debían hacerse las elecciones para Presidente de la República, cuyos candidatos eran Prado, protegido por Pardo, y Montero, de otro lado, de quienes nada podía temer.

Llegué al Callao precisamente en la tarde, víspera del día en que debía hacerse la elección (11). Se esperaba que ella fuera muy tumultuosa pero, como yo nada tenía que temer de eso, pues no había tomado ni tomaba parte alguna en el asunto, me trasladé en la misma tarde a Lima. Por fortuna, nada de gran importancia ocurrió, habiendo triunfado el partido de Prado. Luego que el Presidente Pardo supo mi llegada a Lima, convencido, sin duda, de mi conducta pacífica y prescindente en política, me mandó saludar al día siguiente con un edecán felicitándome por mi regreso al país. Deber mío era corresponder a ese acto de atención y, por ello, fuí a verlo pron-

tamente, habiendo sido recibido por él de una manera amigable y afectuosa. Me visitaron también ambos candidatos, cuyas visitas correspondí pero sin que tratara con uno ni otro sobre política ni de sus pretensiones y, por tanto, sin comprometerme a favor de ninguno. Verdad es que yo estaba inclinado a Prado porque aparecía protegida desde un principio su candidatura por muchos amigos míos, entre ellos los generales La Fuente y La Puerta (12), y por eso aun le escribí una carta de Europa interesándolo para que protegiera la elección de senador en mi hijo Juan Martín, que deseaba ese puesto, pero sin comprometerme personalmente a cosa alguna, pues estaba firme en el propósito que había hecho de no volver a mezclarme en la política, desde que me separé del Senado para ir a Chancay, lo que cumplí y he seguido cumpliendo hasta ahora. A pesar de esto, no dejé de ser molestado [en] una ocasión, y se creyó que conspiraba sin razón alguna y sin otro fundamento que el de ser amigo de Piérola y por compromiso de mi citado hijo con éste, lo cual después referiré.

Apareciendo triunfante la elección del general Prado, por haberla ganado en muchos lugares y por la protección que le prestaba el Presidente Pardo, determinó ir a Chile por asuntos propios, despidiéndose de mí personalmente, lo cual me obligó a visitarlo también cuando volvió. En esa ocasión nos vimos varias veces, tratándonos amigablemente. Mientras se reunía el Congreso que debía resolver sobre la elección, decidió como todos saben, marchar a Europa para ocuparse de la negociación de contrato sobre guano, que debía renovarse cuando ya él mandara y cuya comisión parece y se aseguró que la había pedido a Pardo desde Chile con instancia (13).

También entonces se despidió de mí personalmente y, como nadie ignorara el verdadero objeto de su viaje, le hablé sobre el particular por el interés que, como todo peruano, debía tener de que realizara una buena negociación y en razón a que, estando recién llegado de Europa y al corriente de lo que allí pasaba respecto de la consignación y venta del guano, como de nuestro crédito en decadencia ya, por causas que omito, pues son conocidas, podía darle, como le dí, noticias exactas sobre ambas cosas, que podían serle de algún provecho. Ocurriéndoseme también, en aquel acto que los servicios de mi hijo Juan Martín, residente entonces en París, podían serle de utilidad en la misión que llevaba, por ser asunto que conocía, pues lo había manejado antes y porque me constaban las buenas relaciones que tenía en los círculos sociales de alguna importancia y en el alto comercio de aquel país, exponiéndole ambas cosas, le propuse [a Prado] que, si lo juzgaba conveniente

[yo] le escribiría [*a Juan Martín*] a fin de que se pusiera a sus órdenes luego que él llegara a Europa y sirviera en todo lo que tuviera a bien ocuparlo con referencia al asunto. Aceptado el ofrecimiento, así lo hice.

No es de mi incumbencia ni conduce a mis objetos referir lo que aconteció respecto de esa fatal consignación, desde que fueron a Europa para procurarla los señores Rosas y Althaus mandados por el Presidente Pardo y menos debo hacerlo siendo ello conocido por muchos y cuando mi citado hijo, por haber tenido alguna ingerencia en el asunto, ha escrito una exposición que, si no ha publicado hasta ahora por falta de oportunidad, es seguro que lo habrá hecho antes que estas Memorias puedan ser leídas (14). Pero si eso debo omitir, no así lo que aconteció con el general Prado, por la influencia que ello pudo tener en su conducta posterior conmigo, por los graves males que ha sufrido el país, en su crédito y hacienda, y porque fué, sin duda, causa de los futuros procedimientos de mi hijo en política.

Puesto en viaje el señor Prado para Europa, cuya noticia se tuvo allí por telégrafo, como la misión que llevaba el señor Riva Agüero, no obstante esto, por haber sido nombrado con el doble carácter de Ministro en Francia y Agente financiero del Perú, a consecuencia de haber desaprobado el Gobierno el contrato que hicieron los señores Althaus y Rosas con la Sociedad General, pactó otro con la misma Sociedad, bien desventajoso a los intereses de la Nación. Sabiéndolo mi hijo, a quien desde antes y entonces manifestaban los miembros del Directorio del Banco de París y de los Países Bajos, estar dispuestos a tomar la consignación del guano en los términos que lo deseaba el Gobierno del Perú, creyó de su deber avisar al general Prado [*acerca de lo*] uno y [*de lo*] otro, escribiéndole una carta bien circunstanciada con encargo a un amigo suyo, para que le fuera entregada luego que llegara a Londres. Se le entregó antes de desembarcar y la contestó con agradecimiento.

Con este motivo, fué mi hijo a Londres para verlo y juntos se dirigieron a París, en donde el general Prado lo instó para que en su nombre y [*en*] representación suya se ocupara del asunto a fin de lograr una propuesta o contrato conforme a las instrucciones que le dió y, si esto sucedía, la llevara a Londres, a donde regresó el general.

Aceptado el encargo por mi hijo, sería demás exponer cuánta diligencia empleó para corresponder debidamente a la confianza que se le había hecho, bastando a demostrarlo el [*hecho que*] que, después de varias consultas, para las que tuvo que ir personalmente a ver al general, obtuvo, al fin, del Directorio del expresado Banco

[de París y de los Países Bajos], no sólo una propuesta ventajosa que llenaba las condiciones prescritas, sino también el que quedara solemnemente comprometido a que, tan luego como se le hiciera saber que su propuesta era aceptada, y antes de consumarse el contrato, [pudiera] presentar otra por la cual se obligaba a rescatar, con sus fondos, de cuenta del Perú, toda su deuda externa al 50% de su valor total, de manera que ambos contratos fueran firmados a la vez. Equivalía lo segundo, como lo comprenderá cualquiera, a que nuestra deuda, que era entonces, sin comprender los intereses vencidos, de treinta y dos millones seiscientos ochenta mil trescientas veinte mil libras, o sean ciento sesenta y tres millones cuatrocientos cuarenta y un mil soles, quedara reducida a sólo la mitad y con la ventaja de no tener sino un solo acreedor, lo cual, naturalmente, había de hacer que en poco tiempo se restableciera completamente nuestro crédito, máxime cuando estaba el guano en manos de tan respetable y poderosa asociación, que sabría darle impulso a su venta y ofrecía pureza y seguridad en sus productos.

Juzgando mi hijo haber logrado con ambas cosas hacer un servicio al país, llevó al señor Prado la propuesta del Banco, y le instruyó del compromiso que éste había contraído respecto de nuestra deuda. Examinada por él ligeramente la primera y hechas algunas modificaciones de poca importancia que no habrían servido de inconveniente, dijo a mi hijo que quería estudiarla detenidamente y [que] con tal objeto la dejara en su poder. No pudiendo ni debiendo oponerse a tal cosa, así lo hizo, sin sospechar que ello pudiera encerrar diverso objeto. Mas, habiendo vuelto a verlo al día siguiente para saber su determinación, halló con sorpresa que, en unión de otras dos personas y dicha propuesta a la vista, se ocupaban de su contenido.

Como lo demostraron los resultados y después llegó a saberlo mi hijo, era causa de ello el que, estando resueltamente decidido de antemano a hacer el contrato de consignación con la Casa de Rafael, para que después se transfiriera a la Compañía Peruana de Guano, como sucedió, en lo cual estaban interesadas esas dos personas, y habiendo la indicada casa presentado también su propuesta en el mismo día o el anterior, se trataba de modificar ésta, comparándola con la otra, en términos que la hicieran aceptable aunque, no obstante, quedara en inferiores condiciones a las que contenía la propuesta del Banco.

Practicada tal operación, quedó, como estaba resuelto, sancionado el contrato de consignación con la Casa de Rafael, de segundo orden por cierto, no obstante sus desventajas e inconveniencias

en todo sentido, sin que hubieran bastado a impedirlo las observaciones y comparaciones que hizo mi hijo demostrando ambas cosas.

Verificado el contrato de consignación con la tal casa, lo cual acabó de destruir nuestro crédito, y cuyas dañosas consecuencias conocen todos, púsose en viaje al señor Prado de regreso al Perú, trayéndolo para su aprobación. Llegó a Lima en circunstancias de estar próximo a instalarse el Congreso que debía ocuparse de la elección para Presidente de la República, siendo él promovido para aquel cargo, como era de esperarse merced a las influencias del señor Pardo para su elección y de contar éste con gran mayoría en ambas Cámaras. Lo visité yo el mismo día en su casa y también al siguiente que tomó el mando (15), en Palacio, como debía hacerlo por mi carácter de general. Mas, no habiendo correspondido a mis visitas, como lo hizo con otros de menos representación social que yo, ni merecidole después ningún acto de atención personal, quedaron naturalmente cortadas nuestras relaciones de amistad.

Conocen todos cuál fué la política incierta y manera de gobernar de aquel mandatario y se sabe que, al poco tiempo de estar en el poder, tuvo lugar en la plaza principal y en día claro, un desorden o alboroto público de una multitud encabezada por algunos que, no obstante de haber sido enemigos siempre del anterior gobierno [de] don Manuel Pardo, se demostraban y habían sido partidarios en la elección del que mandaba, los que, con discursos seductores respecto de la mala administración de Pardo y atribuyendo a sus errores el mal estado de nuestra hacienda, exaltaron esa multitud contra él de manera que, en tumulto, atacó primero el Club Nacional a pedradas, por considerarlo compuesto de amigos suyos, y en seguida se dirigieron a su casa con miras hostiles y atentatorias a su personas, lo cual lo obligó a fugar de ella por los techos y asilarse en otra inmediata (16). Como ese atentado fuese efectuado por los que he dicho y la acción de la autoridad se mostró inactiva e indiferente para evitarlo y aun acaecido, para reprimirlo y contenerlo, sin que [entonces] ni después se tomaran medidas conducentes a esclarecer los hechos y que fueran juzgados y castigados los autores, fué considerado aquello por los amigos de Pardo y por él mismo, como obra encubierta del propio Gobierno en hostilidad a su persona para librarse de su influencia y a su partido, al cual temía y en el que no confiaba. Y tal fué esa persuasión que él [(Pardo)] determinó expatriarse marchándose a Chile furtivamente, a la vez que sus partidarios del Congreso, que estaban en mayoría, propusieron y obtuvieron un voto de censura respecto de algunos de los ministros por tal hecho, por lo cual dejaron ellos sus puestos, siendo consecuencia

que todo ese partido llamado civilista se hiciera adverso a la autoridad (17).

Si nadie ignora lo anteriormente expuesto, también es sabido que, al poco tiempo de ello, apareció en la ciudad de Moquegua don Nicolás de Piérola, expatriado en toda la época del anterior Gobierno, a quien se había plegado el partido anticivilista, y con quien conspiraban muchos de ese partido, considerándolo el llamado a remediar la mala situación del país. Declarándose [Piérola] Jefe Supremo [y] es probable [que], contando con la cooperación de esos [partidarios] en otros puntos de la República, aquella ciudad (18) y los pueblos de sus inmediaciones se le plegaron con entusiasmo, presentándose sus habitantes voluntarios en gran porción para que organizara fuerzas. Mas, habiendo obrado con actividad el Gobierno y mandado sobre él prontamente una parte del ejército, fué, como es notorio, batido en Yacango (19), y así terminó esa revolución. Pero, a pesar de ello, tal hecho demuestra que tampoco contaba el Gobierno con el apoyo de ese partido, siendo entonces claro que sólo estaban con él los servidores políticos y militares, por la legitimidad de su autoridad y los que, explotando en provecho propio las rentas fiscales, le pertenecían por tal causa.

Debo declarar que, fiel a mi propósito, no tuve ni la más indirecta parte en aquellos sucesos, ni tampoco mi hijo Juan Martín que, cuando ellos acontecían, aun se mantenía en Europa. Pero, habiendo venido éste después al país y encontrándolo mal dispuesto contra esa autoridad, de quien se había formado mal concepto, y que se conspiraba porque, sobre lo dicho, no se veía que hiciera cosa alguna conducente al mejoramiento de la República en ningún sentido y, por el contrario, le imputaban inculpaciones desfavorables en materia de Hacienda, cuya verdad o injusticia aclara el tiempo; tuvo la desgracia de plegarse a los conspiradores. Lo conducía también a ello la ciega decisión que tenía por el señor Piérola, a quien juzgaba el más aparente para gobernar la Nación y hacer su felicidad.

Obra suya, en gran parte, fué la sublevación del "Huáscar". Una vez que, con gran antelación al suceso, me habló sobre ello, en la confianza de padre, no sólo le desaprobé el proyecto, sino que le manifesté lo perjudicial e infructuoso que sería realizado y aun le pronostiqué que, si tal hacían, quedarían expuestos a que, declarados piratas, fueran capturados como tales por los buques de guerra extranjeros desde que no tenían una autoridad establecida en alguna parte del Perú a quien servir. No obstante esto, siguió en su propósito y, al fin, sublevaron aquel buque (20) poniéndose él y otros a su bordo para verificar el movimiento.

Bastó este hecho para que, sin que yo hubiera dado motivo ni para la más leve sospecha, sólo por ser padre y, como si los padres debieran ser responsables por las faltas de los hijos, se previno el tal Presidente contra mí, me hizo asechar con agentes de policía, trató de prenderme y ejerció otros actos de hostilidad contra mí. Al favor e influencia de don José Canevaro, 2º Vice-Presidente de la República entonces, que aun me ofreció su casa como asilo, debí el que no se me hubiera aprisionado; pero, como debía ser, mis relaciones con aquel jefe [*general Prado*] quedaron completamente cortadas.

Innecesario es el que exponga los sucesos del buque sublevado hasta que Piérola se puso a su bordo, como las medidas, muy del caso, que tomó el Gobierno contra él, principalmente la de haber mandado fuerza marítima en su persecución y para que cuidara y guardara los puertos del Sur pues, siendo sabidas, no hay objeto. Pero sí debo recordar que, habiéndose agregado a ellas la de solicitar del Gobierno de Chile el que lo apresara en los suyos, cosa a la cual se negó fundadamente; y concertándose con el jefe de la estación naval de guerra inglesa (21), situada en el Callao, el que saliera en su busca y lo tomara a cualquier costa, ocasionando ello el reñido combate que, con tanto heroísmo y honor de nuestra bandera, sostuvo el "Huáscar" contra el "Shah" y el "Amethyst" sin ser vencido a pesar de la superioridad de éstos (22). [*Debo recordar también*] que, habiendo Piérola después de ello dirigiéndose al lugar donde estaban los buques nuestros, que habían ido en su persecución, para pedirles su ayuda a fin de empeñar nuevo combate con los ingleses y no lográndolo, prefirió entregarse a ellos (23), mediante una capitulación, y marcharse él a Chile. Tales cosas, de un lado, aumentaron considerablemente el prestigio y buena reputación de Piérola y, de otro, acabaron de desconceptuar la del gobernante, por lo cual se promovió una revolución en Lima y el Callao por jefes amigos de Pardo, que se atribuyó ser obra de éste, la cual, aunque verificada con éxito en el segundo lugar, fué sofocada, por no haber correspondido en el primero a la combinación acordada; sin otro resultado, por tanto, que el [*de*] marcharse Pardo a Chile de incógnito, lo cual confirmó las sospechas respecto de él, pero sin que por tal incidente dejara de continuarse conspirando en el país a favor de Piérola (24).

Si esto sucedía contra la autoridad, sabido es también que élla, por medio de las autoridades y de los enemigos del civilismo, conspiraba promoviendo plebiscitos que tendieran a disolver el Congreso y cambiar las municipalidades y los colegios electorales, en cuyos cuerpos estaba el poder de ese partido y, por consiguiente, el

de Pardo; y debe recordarse lo que, a este respecto, aconteció en Arequipa y Lima, verificándose allí una especie de revolución por la misma autoridad y aquí el que grandes masas de pueblo se reunieran en las calles y plazas toleradas por el Gobierno, que en mon-tón se dirigieron donde funcionaba el Congreso para atacarlo y disolverlo, lo cual no se verificó porque, acobardándose el Presidente de su propia obra, lo impidió con la fuerza pública, pero sin tomar providencia alguna contra los promovedores del hecho, porque eso no podía hacer (25).

Nunca, atendido todo lo que llevo expuesto y lo que en compendio diré en seguida, cuya verdad nadie podrá desmentir, pudo ser peor la situación del Perú. Dividido en dos partidos intransigentes entre sí que pretendían dominar el uno sobre el otro y ambos, enemigos del gobernante; éste, envanecido cual nadie, juzgando que su nombre bastaba para todo, ciego sin conocer esa situación y, por tanto, sin hacer nada que fuera capaz de remediarla; el país, sin crédito absolutamente en el exterior; en materia de Hacienda, entregada la principal fuente de su riqueza a personas sin conciencia que la explotaban en provecho propio y, por ello, sin recursos en lo absoluto para cualquier eventualidad; su escuadra desatendida aun de lo más necesario, inutilizados sus buques de más poder, sin pensarse en repararlos, desmantelados los otros, sin las correspondientes dotaciones en marinería ni artilleros, y descuidada, de modo que aun se pensó y propuso en el Congreso su desarme por ahorrar el gasto que hacían mientras que Chile había engrosado la suya con dos poderosos blindados y la tenía en el mejor pie, indudablemente con preconcebido objeto; su ejército diminuto, sin la necesaria disciplina ni organización, confiándose más en guardias nacionales, tampoco bien organizadas; sus parques, en fin, completamente desprovistos, principalmente de las poderosas armas de nuevo invento y de la nueva artillería que hacía inútil la anterior, única que se poseía. Y, para colmo de esa mala situación, agravada la importante provincia de Tarapacá por providencias atentatorias y violentas, decretadas por el anterior Gobierno contra los salitreros que también tenían intereses de Chile, y se mantenían vigentes, no obstante fundados reclamos de aquéllos; y, por fin, celebrando un fatal pacto secreto de alianza defensiva con Bolivia (26), que no necesitábamos ni podía servirnos de provecho en ningún caso.

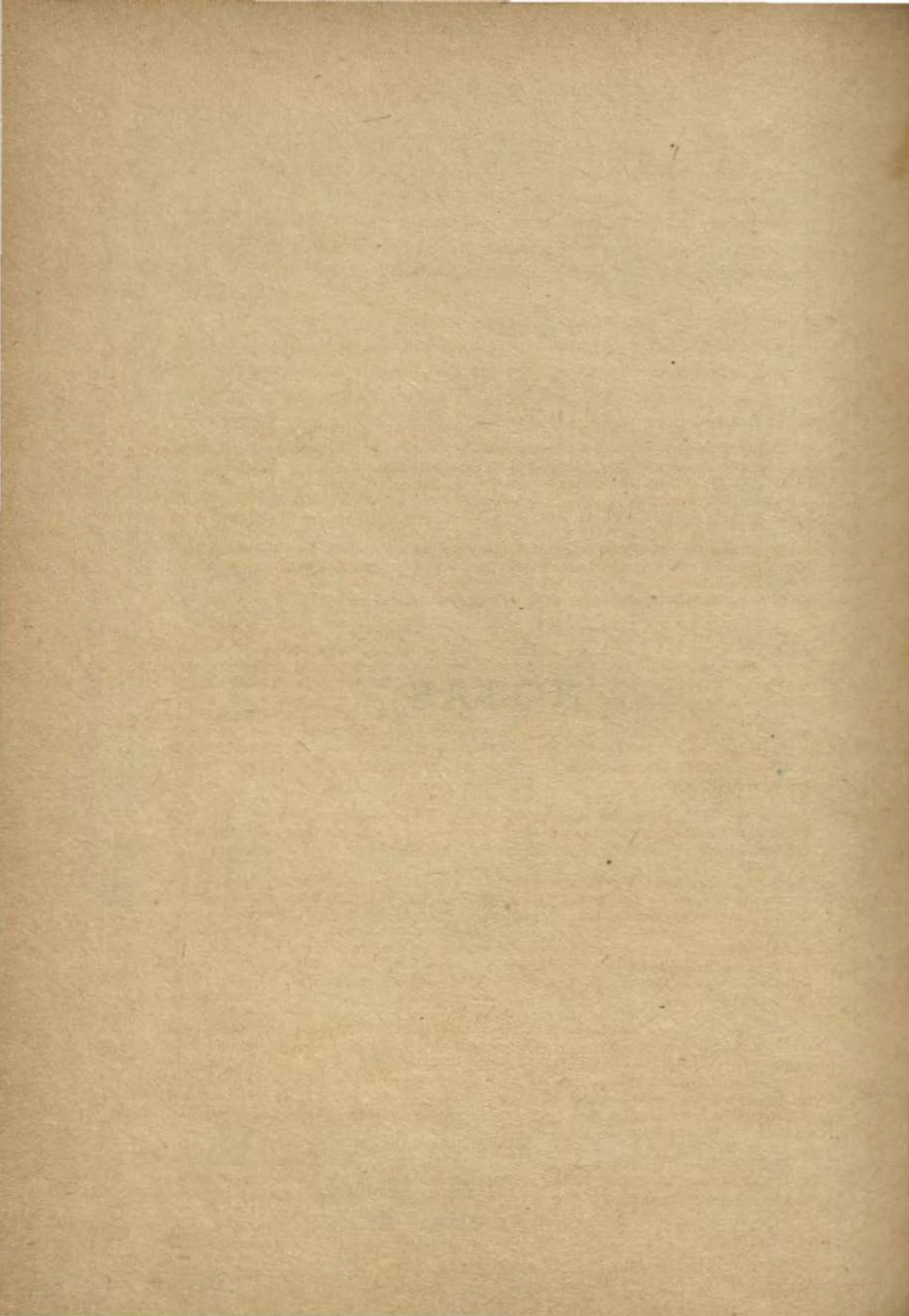
Nos encontrábamos en esa situación de impotencia en fuerzas de mar y tierra, de descuido e imprevisión administrativa, de desorden interior y de falta de recursos, cosas que estaban al alcance de todo hombre que tuviera buen sentido, y que Chile conocía bien, cuando esta nación, que de tiempos atrás ambicionaba mejorar la

suya y engrandecerse apropiándose de territorios valiosos en sus fronteras al Sur y al Norte, hizo la ocupación violenta de Antofagasta (27), perteneciente a Bolivia, con la seguridad de que no sería defendido por ella ni tenía medios para poderlo recuperar y, contando con que el Perú, impotente como estaba, no podía oponerse y, si tal intentaba, sería arrastrado a fatales consecuencias en provecho de ella.

Los tristes y desgraciados sucesos que en toda ella tuvieron lugar para nosotros, por consecuencia de ese mal estado e impotencia en que estábamos cuando ello sucedió y de los desaciertos que se cometieron en toda la campaña, ocasionándonos derrota tras de derrota hasta perder la Capital (28) y ser dominados por las huestes chilenas, no deben ser descritos ni juzgados por mí, pues de ello se ocupará la historia y plumas más competentes, reduciéndome, por tanto, sólo a lo que a mí [*me*] toca.

Confieso que me fué muy sensible el que nos viéramos enyuetos en aquella guerra; pero a pesar de ello, dispuesto estaba a sacrificarme en defensa del honor y de los derechos de mi Patria, esperando ser ocupado, como creí serlo por mis antecedentes y larga carrera militar, pero no pertenecía a los favorecidos.

NOTAS



CAPITULO I

(1) La revolución triunfante de Buenos Aires en 25 de mayo de 1810, permitió a los jefes de este movimiento organizar, a las órdenes de Castelli, una fuerza de quinientos hombres armados, titulada "Ejército Auxiliador del Perú", el que, después de sucesivos éxitos parciales, aprovechando el apoyo popular y fermento revolucionario existentes en las Provincias del Río de la Plata y Alto Perú, consiguió que, obtenida la victoria, por los patriotas, en la batalla de Suipacha, el Alto Perú se levantase y adhiriase a la revolución porteña. El ejército de Castelli de 500 hombres mal armados, había alcanzado, a fines del año 1810, apoderarse de Córdova y todo el norte de la actual Argentina y del territorio de la actual Bolivia, hasta las márgenes del río Desaguadero, y su fuerza se aumentó hasta alcanzar al número de 14,000 hombres.

(2) *Don Domingo Tristán* (1768-1847), natural de Arequipa, de familia prominente y de fortuna. Hizo distinguida carrera administrativa bajo la dominación española. Se caracterizó por sus simpatías por la causa independiente desde sus inicios y, consecuente en sus ideas, fué de los primeros en presentarse a San Martín para ofrecer sus servicios. Este le otorgó el grado de general de brigada, y casi de inmediato, lo puso al frente de una división formada por más de dos mil hombres con la misión de ocupar la costa al sur de Lima. Infelizmente, fué vencido y deshechas sus fuerzas el 7 de abril de 1822 en la hacienda Macacona, cerca de Ica. Durante la República desempeñó diversos puestos de importancia.

(3) La marcha del ejército al mando de Goyeneche se inició a las tres de la mañana del 20 de junio de 1811. Ese mismo día se dió la batalla de Guayqui, en la que la victoria se inclinó a las armas realistas.

(4) Gregorio Hoyos, Marqués de Valdehoyos, de origen antillano, fué nombrado por el virrey Pezuela Intendente de La Paz. Fama de cruel adquirió en tal cargo, pues, nombrado por real orden Presidente de la Audiencia del Cuzco, este nombramiento fué dado, entre otras, como causa de la revolución de Pumacahua. En la sublevación que se produjo en La Paz, como repercusión de la rebelión de Pumacahua, y acusado de haber asesinado alevosamente a prisioneros, fué cruelmente masacrado por el populacho como represalia el 28 de setiembre de 1814.

(5) Ildefonso Muñecas, cura de la parroquia del Sagrario del Cuzco, fué uno de los principales jefes del movimiento revolucionario de esa ciudad presidido por el brigadier Pumacahua. "Fué preso el 23 de abril de 1816 con 14 compañeros suyos, a quienes se les fusiló por orden del coronel Aveleyra" (M. de Mendiburu.— "Diccionario Histórico Biográfico del Perú"). El hermano del célebre cura, que ayuda a don José Martín Echenique, debió ser don Juan Manuel Muñecas, persona de noble carácter.

(6) Arzobispo de Lima era el Ilmo. Sr. Bartolomé María de las Heras (1743-1823), quien fué recibido como tal en Lima el 18 de noviembre de 1806, desempeñando el gobierno de su grey hasta que, por diferencias con el gobierno

de San Martín, dimitió tan alto cargo, retirándose del Perú el 13 de noviembre de 1821. Fué el arzobispo Las Heras prelado de mucha virtud y caridad.

(7) El virrey D. José Fernando de Abascal y Souza (1743-1821), se desempeñó como vice-soberano del Perú desde el 26 de julio de 1806 hasta el 7 de julio de 1816, fecha en que fué relevado de su cargo, por sus insistentes solicitudes, por el general Pezuela.

(8) "*Palcabamba*, hacienda cocal, Dpto. Puno, prov. Sandia, dist. Phara, a orillas del río Huarihuari" (M. F. Paz Soldán.— "Diccionario Geográfico Estadístico del Perú".— Lima, 1877).

(9) La revolución de Pumacahua se inició en el Cuzco el 3 de agosto de 1814, debiéndose señalar su fin en el día de la batalla de Umachiri, el 11 de marzo de 1815.

(10) *Phara*, "pueblo capital de este distrito de la provincia de Sandia, Dpt. Puno; dista de Crucero 16 leg. (89 km.)" (M. F. Paz Soldán.— "Diccionario Geográfico Estadístico del Perú".— Lima, 1877).

(11) "*Crucero*, pueblo capital de este distrito de la provincia de Carabaya, Dpt. Puno. Antes de 1875 era la capital de la provincia. Dista de Puno 46 leg. (256 km.)".

(12) La *batalla de Ayohuma o Ayoma* fué dada entre el ejército patriota dirigido por el general argentino Manuel Belgrano y el realista, bajo las órdenes del general Joaquín de la Pezuela; el triunfo fué obtenido por éste el 14 de noviembre de 1813.

(13) La batalla de *Vilcapugio*, de 19 de octubre de 1813, entre las mismas fuerzas referidas en la nota anterior y con los mismos comandos, fué igualmente favorable al ejército del Rey.

(14) El canónigo don Jorge de Benavente, fué natural de La Paz, habiendo pasado de muy niño a Arequipa, patria de sus padres. Desde el comienzo de su carrera sacerdotal estuvo al lado del obispo Las Heras. Después de distinguidas promociones en diversos cargos eclesiásticos, en los que se distinguió por sus virtudes cristianas y su desprendimiento ejemplar, fué consagrado Arzobispo de Lima el 28 de agosto de 1835. Su entronizamiento en la sede de Santo Toribio de Mogrovejo fué recibida con gran entusiasmo y alegría por el clero y los fieles, no así por Mons. Benavente, quien tuvo cabal comprensión de los graves problemas que le estaban encomendados resolver; no fué esto motivo para que no trabajase con gran actividad y con grandes molestias para disciplinar a sus gobernados y para restablecer unas honrosas relaciones con los diversos gobiernos civiles, los que se sucedían con gran rapidez, y sin descuidar el fomento de la vida espiritual. Probablemente por estos esfuerzos, en edad relativamente prematura, presa de extraña enfermedad, falleció el 10 de marzo de 1839.

(15) El Colegio del Príncipe, fué reformado por el Virrey Príncipe de Esquilache, quien le asignó su título, pues anteriormente se le había denominado Colegio de Caciques, primitivamente fundado por el Virrey Toledo para dar educación a los hijos de indios nobles. En los albores de la República se le cambió el nombre de Príncipe por el de la Libertad, habiendo sido posteriormente, refundido dentro del Colegio de San Carlos.

En la época que lo frecuentó don José Rufino Echenique, habiendo sido clausurado el Colegio de San Carlos, él del Príncipe albergó en sus aulas a lo más distinguido de la juventud limeña.

(16) El general San Martín desembarcó en la bahía de Paracas el 8 de setiembre de 1820.

(17) La expedición al mando del general Juan Antonio Alvarez de Arenales partió de Ica el 21 de octubre de 1820, dirigiéndose al interior, habiendo en su marcha ocupado Huamanga, Huanta, Jauja (21 de Noviembre de 1820),

Tarma (Noviembre 23) y Cerro de Pasco (Diciembre 6) después de vencer a las fuerzas realistas al mando de O'Reilly. La expedición regresó a reunirse con el grueso de las fuerzas, por orden de San Martín, haciéndolo en la hacienda Retes el 18 de enero de 1821. El gobernador de Tarma, nombrado por Arenales, fué el argentino don Francisco de Paula Otero, quien estaba avecinado en el Perú desde algunos años antes, y había pertenecido a los grupos que conspiraban en favor de los patriotas con anterioridad a la llegada de San Martín. Otero alcanzó el grado de general de división de nuestros ejércitos, estableciéndose en forma definitiva en nuestra patria.

(18) *Viñac*, "pueblo capital de este distrito, prov. Yaucos, Dpt. Lima; habt. 493; al E. de Huangascar de la prov. Castrovirreyna, a 3.399 m. alt.; dista de Lima 49 leguas..." (M. F. Paz Soldán.— "Diccionario Geográfico Estadístico del Perú".— Lima, 1877).

CAPITULO II

(1) La batalla de la Macacona fué dada en la hacienda de ese nombre, cercana a la ciudad de Ica, el día 7 de Abril de 1822, entre la división patriota a órdenes del general Tristán y un cuerpo de ejército realista al mando del general Canterac. Las pérdidas fueron grandes, pues cayeron mil prisioneros, se perdieron dos mil fusiles, etc.

(2) El motín de Balconcillo se inicia con un memorial de protesta suscrito el 13 de enero de 1823, en el pueblo de Lurín, por el general Alvarez de Arenales y todos los jefes de cuerpo del ejército acantonado en ese lugar, representación en que se quejaban de la inactividad de la Junta de Gobierno. La falta de respuesta por parte de ésta exasperó al pueblo y a la fuerza armada, interviniendo en esta agitación don José de la Riva Agüero. Arenales, general de carácter severo y ajeno a la política, a pesar de haber sido solicitado para tomar el mando, renunció, entregando el ejército a Santa Cruz, quien lo hizo avanzar sobre Lima, a la hacienda Balconcillo, el 27 de enero de ese año de 1823.

(3) La *sorpresa de Azapa* se produjo en la noche del 16 de junio, con tropa a las órdenes del coronel Eléspuru, quien sorprendió al escuadrón Dragones de Arequipa, del ejército realista, tomándole 239 hombres, 139 caballos y 223 mulas, estas últimas, de gran utilidad para el ejército expedicionario dirigido por Santa Cruz.

La que se conoce en la Historia con el nombre de Segunda Expedición a Intermedios, se dió a la vela, en el Callao, del 14 al 25 de mayo de 1823. El puerto de Arica fué capturado por la escuadra nacional, comandada por Guisse, el día 7 de junio.

(4) Las *batallas de Torata y Moquegua*, en las que lucharon los ejércitos realistas bajo el mando del general don Jerónimo Valdés y, en la segunda del general Canterac, y el patriota a las órdenes del general Rudecindo Alvarado, fueron ambas dos triunfos para las armas del Rey, y se efectuaron los días 19 y 21 de enero de 1823, respectivamente.

(5) La ciudad de La Paz fué ocupada por el ejército patriota el día 8 de agosto de 1823.

(6) La *batalla de Zepita* se dió el 25 de agosto de 1825.

(7) La reunión de las fuerzas de La Serna y Olañeta se produjo el 14 de setiembre de 1823.

(8) El combate de Falsouri se realizó el 16 de octubre de 1823.

(9) La isla de Esteves, en la actualidad península del lago Titicaca, está frente de la ciudad de Puno. Su clima, al igual que el de la zona, es riguroso. Fué usada por los realistas como prisión de oficiales patriotas.

(10) Para las batallas de Macacona, Torata y Moquegua, véanse notas 1 y 4 de este capítulo.

(11) La *rebelión de Olañeta*, que tiene su causa en los desprecios de los oficiales venidos con La Serna para los que actuaban en la guerra de América, sin lujos de uniformes ni de tácticas napoleónicas, agravadas por razones de diferencias políticas (absolutistas y liberales), se había producido de hecho ya por el mes de octubre de 1823, pero adquiere caracteres francos el 4 de febrero de 1824, con la proclama de Olañeta que, bajo el epígrafe de "*Viva la religión*", acusa de infidelidad a La Serna. No obstante, La Serna, por intermedio del general Valdez, llega a un convenio con Olañeta, que se firmó el 11 de marzo de 1824 en Tarapaya. Empero, la situación siguió tirante y Olañeta siguió actuando en forma independiente y aun sospechosa.

(12) La *batalla de Ayacucho* tuvo lugar el día 9 de diciembre de 1824.

(13) El general Pedro Antonio de Olañeta murió el 1º de abril de 1825 en la acción de armas de Tumusla, producida por parte de sus propias tropas sublevadas por el coronel Medinaceli.

(14) El 6 de noviembre de 1826 el Congreso de Bolivia, reunido en Chuquisaca, sancionó la *Constitución Vitalicia*, eligiendo Presidente de la República al mariscal don Antonio José de Sucre.

(15) La *capitulación de Rodil*, por la que se entregaban los castillos del Callao, se firmó el 23 de enero de 1826.

(16) Las indias de Iquicha fueron movidas por oficiales realistas desde el mismo mes de diciembre de 1824.

(17) *Infra* página 160 y siguientes. Véase también "El general Echenique, Presidente despojado del Perú, en su vindicación".— New York, 1855, página 35 y siguiente.

(18) Con la derrota sobre los iquichanos, mandados por su cabecilla Sorregui, el 26 de marzo de 1828, en el punto llamado Huayllay, se puede señalar el fin de la sublevación de estos indios. Tan es así que el 8 de mayo de ese mismo año, el prefecto Tristán por bandos señala las normas de convivencia pacífica.

CAPITULO III

(1) El general Francisco de Paula Otero hizo su entrada al Chancha-mayo en el mes de Agosto de 1827.

(2) *Infra* pág. 16 y siguientes, puede verse la página 122 de "El general José Rufino Echenique a sus compatriotas", Lima, 1858, Tipografía de Aurelio Alfaro y Cía.

(3) El general José de La Mar fué elegido presidente por el Congreso el 9 de junio de 1827 pero, estando ausente del país, sólo pudo hacerse cargo del mando supremo el 22 de agosto de 1827.

(4) El día 1º de mayo de 1828, atravesando el río Desaguadero, ingresó el ejército peruano al mando de Gamarra en territorio de Bolivia.

(5) El *tratado de Piquiza* se firmó el 6 de junio de 1828.

CAPITULO IV

(1) El comienzo de las hostilidades de la guerra contra Colombia se podría señalar con la fecha del combate entre la corbeta peruana "Libertad" y

las colombianas "Guayaquileña" y "Pichincha", que fué el día 31 de agosto de 1828, y en la que la victoria sonrió a los peruanos, a las órdenes del heroico comandante Carlos Ma. Postigo. Las operaciones navales de la escuadra peruana dirigida por Guisse se inician el 19 de setiembre de ese mismo año. La campaña terrestre tiene su comienzo el día 28 de noviembre de 1828, fecha en que las tropas de La Mar comenzaron a pasar la frontera.

(2) El jefe de la escuadra peruana era el vice-almirante don Martín Jorge Guisse, quien, previo un bloqueo naval a Guayaquil, bombardeó este puerto los días que corren del 22 al 24 de noviembre de 1828, en cuyo último día murió, alcanzado por una bala de cañon de las baterías guayaquileñas, el ilustre Guisse. Por este sensible acontecimiento, fué nombrado jefe de nuestra escuadra Postigo, el que ocupó Guayaquil, que capituló, el 1º de febrero de 1829.

(3) Saraguro fué ocupado por tropas al mando del coronel Raulet el 23 de diciembre de 1828, desalojando a la guarnición colombiana, que sufrió pérdidas.

(4) El *encuentro del puente de Saraguro* tuvo lugar el 13 de febrero de 1829.

(5) El *combate del Portete de Tarqui* se efectuó el 26 de febrero de 1829.

(6) El *convenio de Jirón* se firmó el 28 de febrero de 1829, siendo los delegados peruanos el mariscal Agustín Gamarra y el general Luis José de Orbegoso y por Colombia, los generales Juan José Flores y Florencio O'Leary.

(7) El Vice-presidente de la República, don Manuel Salazar y Baquijano fué obligado a renunciar por el motín militar del general Antonio Gutiérrez de La Fuente el 6 de junio de 1829; y el día siguiente, 7, por similar rebelión de Gamarra, era depuesto don José de La Mar, Presidente Constitucional del Perú, en la ciudad de Piura.

(8) El 9 de junio de 1829 fué embarcado La Mar en la goleta Mercedes, por el puerto de Paíta, y con destino a Costa Rica, donde se le desterraba; junto con el Presidente se expatrió al coronel Pedro Bermúdez. Puntual e interesante descripción del modo como se procedió con el benemérito La Mar la da don Nemesio Vargas en el Tomo V, páginas 110 y siguientes, de su "Historia del Perú Independiente".

(9) Se equivoca el general Echenique al manifestar que la guerra concluyó con la ratificación del tratado de Tarqui. Si bien es cierto que La Mar desconoció, en tremenda y acusadora carta a Sucre, fechada en Gonzanama el 17 de marzo de 1819, el convenio nombrado, siendo sus motivos las crueldades y arrogancias de un Sucre, —que no era vencedor de nuestro ejército sino simplemente de un encuentro, que más no se puede llamar a Tarqui—, el ejército peruano seguía ocupando Guayaquil y su ría. La guerra termina, y el ejército peruano se retira de territorio colombiano no por el resultado de acciones militares sino por el de los acuerdos diplomáticos.

Estos acuerdos fueron: el *armisticio de Piura*, celebrado por los plenipotenciarios teniente coronel Juan Agustín Lira, por el Perú, y el coronel Antonio de la Guerra, por Colombia. La fecha de su celebración fué el 10 de julio de 1829, conviniéndose la suspensión de las hostilidades y la devolución de Guayaquil por el Perú. Gamarra y Bolívar aprobaron de inmediato el armisticio.

Para cumplir con otra estipulación del referido armisticio se firmó en Guayaquil el 22 de setiembre de 1829 el *tratado Larrea-Gual*, el primero plenipotenciario peruano y el otro, por Colombia. Este tratado fué igualmente ratificado por ambos estados.

CAPITULO V

(1) En el Cuzco, el día 25 de agosto de 1830 el coronel Gregorio Escobedo se sublevó, consiguiendo aprisionar al prefecto y jefes militares.

(2) El motín fué rápidamente debelado por una reacción de las mismas fuerzas sublevadas, y dos días después el Cuzco estaba por el orden. El 28 de ese mismo mes de agosto fué capturado Escobedo en Tarayoc, cuando trataba de huir.

(3) Las conferencias entre Gamarra y Santa Cruz, en el Desaguadero, fueron celebradas los días 24 y 28 de diciembre de 1830. Se convino que las negociaciones de un tratado de comercio y de amistad se siguiesen en Arequipa, negociaciones que fracasaron.

(4) El batallón que comandaba el entonces teniente coronel Echenique era el de Piquiza, cuerpo favorito de Gamarra, a quien se nombraba el Mariscal de Piquiza. En este mismo cuerpo servía el capitán Felipe Rossel, quien, por razones de valor y de paisanaje, se había granjeado la más alta estima de Gamarra. Los hechos que se refieren acontecieron en la noche que fué entre los días 18 y 19 de marzo de 1832. El Presidente Gamarra conoció del complot por la delación hecha por el capitán Marcos Antezana. Esta delación fué confirmada por el coronel Clemente Ramos, jefe del batallón Callao.

(5) Rossel fué enjuiciado en forma sumarísima en la misma noche de su captura, siendo ejecutado en la mañana del siguiente día, el 19 de marzo. Murió con toda arrogancia, y de él dijo don Santiago Távara, en su "Historia de los Partidos", editada en esta "Biblioteca de la República", página 94: *"Rossel marchó al patíbulo como se marcha a una parada"*.

(6) El gobierno sospechó que hubieran intervenido en este conato de motín el coronel Ramón Castilla y el diputado Iguain, ambos conspiradores permanentes contra Gamarra. También recayeron sospechas sobre otras personas. La represión fué incruenta contentándose el gobierno con la salida del país de ellos.

(7) Distintos autores, contemporáneos de Gamarra, repiten que catorce fueron las revoluciones o conspiraciones contra el régimen de ese general. No obstante, la minuciosa investigación hecha, sobre el particular, por don Dante Herrera Alarcón, lo lleva a creer que el número fué de diecisiete, a continuación, en forma somera, damos la relación de las mismas, gentilmente proporcionada por el señor Herrera:

1) La conspiración santa-crucista de Arequipa, hecha abortar por los coroneles Amat y León y Estrada, y el teniente coronel Ramón Castilla, en el amanecer de 9 de agosto de 1829.

2) La rebelión, que el 26 de agosto de 1830, iniciase en el Cuzco el coronel José Gregorio Escobedo.

3) La deposición del Vice-presidente La Fuente, acusado de conspirar contra el Gobierno de Gamarra, su fecha fué el 16 de abril de 1831.

4) Motín de la corbeta "Libertad", el 26 de junio de 1831.

5) Motín del bergantín "Congreso", el 26 de agosto de 1831.

6) Prisiones del diputado José Félix Iguain, coronel Ramón Castilla y otros el 1º de enero de 1832, bajo acusación de conspiración.

7) Conato del capitán Felipe Rossel y su aprisionamiento el 18 de marzo de 1832.

8) Conspiración dirigida por el general Cerdeña. Fué descubierta el 11 de noviembre de 1832, con las consiguientes prisiones.

9) Conspiración de Salaverry del 21 de noviembre de 1832.

10) Rebelión de Carabayllo, estallada el 16 de marzo de 1833.

11) Rebelión de Ayacucho, encabezada por los capitanes Deustua y Flores, que se inició el 24 de julio de 1833.

12) Rebelión de Amazonas, dirigida por Salaverry, de 13 de setiembre de 1833.

13) Conspiración de Piura, presidida por el coronel Miguel Delgado, y descubierta el 16 de setiembre de 1833.

14) Insurrección de Huacho, iniciada con el asesinato del subprefecto Andrés Fajardo y otros gamarristas el 17 de setiembre de 1833.

15) Sublevación de Salaverry en Cajamarca, el 26 de octubre de 1833.

16) Conspiración de los rivagüerinos, descubierta el 11 de noviembre de 1833.

17) Sedición de Nestares, en Chancay, el 16 de noviembre de 1833.

Pero como los motines de los buques de guerra "Libertad" y "Congreso" se debieron a estar impagas sus tripulaciones, suponemos que el Gral. Gamarra no los tomase en cuenta. Por razones cronológicas, pues la conspiración santa cruzista fué anterior a su proclamación como Presidente Provisorio, Gamarra tampoco la debió enumerar; de donde resulta que fueron 14 dichas conspiraciones.

(8) El *motín de Ayacucho* se produjo el 24 de junio de 1833. En esta asonada asesinaron al prefecto, coronel Juan Antonio González, y al jefe militar del departamento, coronel Mariano Guillén. Las tropas sublevadas fueron las del batallón Callao.

(9) El encuentro de Pultunchara se efectuó el 15 de agosto de 1833, conforme aparece del "parte" del general Bermúdez publicado en "El Conciliador" de 22 de agosto de ese mismo año.

(10) Habiéndose hecho sospechoso, como conspirador, el teniente coronel Felipe Santiago Salaverry, fué apresado el 15 de marzo de 1833. Después de intentar enjuiciarlo, se le deportó a Chachapoyas, embarcándosele con tal destino a mediados de julio de 1833.

(11) Salaverry se sublevó en Amazonas el 13 de setiembre de 1833, pero su intenciona fué rápidamente debelada. Preso a consecuencia de este fracaso, Salaverry se rebela en Cajamarca el 26 de octubre de 1833. La rebelión tuvo felices comienzos, tanto que el gobierno tuvo que enviar fuerzas de Lima al mando del general Vidal; éste consiguió batir a Salaverry en uno de los combates más sangrientos de nuestras guerras civiles, el de la Garita de Moche (actual puerto Salaverry), el día 19 de noviembre de 1833.

(12) Al inaugurarse la legislatura de 1832, la Cámara de Diputados recibió del Consejo de Estado un catálogo de infracciones que, a juicio de dicho cuerpo, había cometido el Presidente de la República. Fué con esos antecedentes que se produjo el famoso discurso de Vigil en la sesión de 7 de noviembre de 1832. De esta oración del catoniano Vigil, siempre se recuerdan las frases: "Yo debo acusar ¡Yo acuso!"

La conmoción que se produjo en la ciudad fué tremenda. Periódicos y público, y, por supuesto, parlamentarios y políticos tuvieron materia para sendos debates. Por su parte, don Francisco de Paula Vigil publicó un folleto intitulado "A sus conciudadanos el Diputados Vigil", Lima.— Imprenta de la Patria, de T. Lopes. —1833.

CAPITULO VI

(1) Desde que se hizo cargo del Mando supremo de la República, el general Gamarra optó por asegurarse la fidelidad del ejército. Para lograr tal objetivo usó de los siguientes sistemas: a) separar a todos los jefes de cuerpos que no fuesen adictos, sustituyéndolos por amigos leales; b) organizó una logia militar con el compromiso de mutua ayuda para conservar estas colocaciones claves; c) con la Ley de Reforma Militar, que fué promulgada el 12 de diciembre de 1829, disponiéndose en ella la reducción de la fuerza armada, dándose de baja a los oficiales en razón de sus servicios; d) con la incorporación a la actividad de oficiales capitulados en Ayacucho, que habían servido en el ejército realista; f) con el reparto de ascensos; ésta fué medida general de los caudillos.

(2) El general Gamarra tomó el control del país desde el momento que apresó al Presidente La Mar, o sea, el 7 de junio de 1829. Habiéndose suble-

vado, el día anterior, en Lima, el general La Fuente contra el Vicepresidente Salazar y Baquíjano, Encargado del Poder Ejecutivo, a quien depuso, y siendo este motín de acuerdo con Gamarra, La Fuente reconoció a aquel de inmediato como jefe de la República.

(3) Don Santiago Távara en su "Historia de los Partidos", ya citada, páginas 134 y 135, al tratar de los pre-candidatos del "partido liberal", dice que eran los generales Nieto y Orbegoso, ausentes de Lima, "grave inconveniente en las circunstancias que se atravesaban". La llegada de Orbegoso a Lima, 6 o 8 días antes de la elección, "le dió ventajas sobre la candidatura del general N.". Circunstancia que debió haber pesado en el ánimo de Luna Pizarro y su grupo más allegado, fué el carácter maleable de Orbegoso, lo que no se encontraba en Nieto, que poseía un muy otro temperamento.

(4) Reunidos todos los liberales en torno de la candidatura de Orbegoso, presentando un frente único, obtuvieron que la Convención lo eligiese Presidente Provisorio de la República el 20 de diciembre de 1833.

(5) El general Luis José de Orbegoso se hizo cargo del mando supremo de la Nación el 21 de diciembre de 1833. La situación del nuevo Presidente, elegido contra la voluntad del saliente, general Gamarra, era muy precaria, puesto que todas las prefecturas y los mandos militares estaban en manos de gentes adictas al ex-Presidente, quien se había esforzado en conservar el mando del ejército nacional, alegando estar vigente su puesto de general en jefe, cargo que Orbegoso no quiso reconocerle. En vista de esta ambigua situación, como supone Echenique, y es corroborado por Távara (Véase "Historia de los Partidos", Cap. XV), aconsejado por los liberales, aunque con desconocimiento de Luna Pizarro, corifeo del "partido" liberal, planeó retirarse a los Castillos de la Independencia, en el Callao.

(6) El día 3 de enero de 1834 el Presidente Orbegoso pasó a los castillos del Callao, en compañía del ministro o secretario general doctor José Villa. Es de primera importancia la información contenida en la "Memoria leída en el Callao a la Convención Nacional el 6 de Febrero del presente año (1834) por José Villa, Ministro de Hacienda y encargado del Despacho de Guerra y Marina".

(7) El batallón que mandaba Zubiaga era el "Cuzco". El general Gamarra publicó "Manifiesto que hace el General Gamarra al Congreso y a toda la nación peruana sobre los acontecimientos que lo obligaron a defenderse y defender la tranquilidad pública bajo las órdenes del General de Brigada don Pedro Bermúdez". —Cuzco, Imprenta Libre por Evaristo Gonzáles. Por su parte, Echenique dió a la imprenta otro folleto, intitulado "El Coronel de Ejército, ciudadano José Rufino Echenique ante el Respetable e Imparcial Tribunal de la Opinión pública".— Cuzco 1834.

(8) El general Domingo Nieto solicitó auxilios del Presidente Santa Cruz, así lo expresa el Deán Valdivia, encargado de la redacción de las notas pasadas por Nieto al ministro peruano en Bolivia, Dr. Pedro Antonio de la Torre; la primera nota en tal sentido debió ser despachada con "un expreso" el día 15 de enero de 1834 (Véase pág. 30 y ss. de las "Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa", del Deán Juan Gualberto Valdivia.— Lima, 1874).

(9) Las conversaciones para tratar sobre auxilios de Santa Cruz, se llevaron a efecto en Arequipa entre don Elías Bedoya, representante enviado por el presidente boliviano, y el Deán Juan Gualberto Valdivia, nombrado por Nieto. La toma de Lima por Orbegoso fué el motivo de que cortasen las negociaciones.

(10) Sobre la escuadra dice el ministro José Villa, en su "Memoria" citada: "la marina siempre ha sido fiel, defendiendo la justicia y el orden legal".

(11) El 28 de enero de 1834 se retiró de Lima el general Bermúdez, habiéndose, ese mismo día, levantado el sitio de las fortalezas del Callao. Al día siguiente Orbegoso era recibido en Lima en forma triunfal.

(12) El capitán don Juan Francisco Balta, alcanzó el grado de coronel de nuestros ejércitos. Durante el gobierno de su hermano, el coronel José Balta, fué su ministro de Guerra y Marina, y personaje influyentísimo, pues siendo de más carácter que el Presidente, muchas fueron las veces que don Juan Francisco hizo primar su voluntad sobre la de su hermano don José, no empee su alto cargo. Véanse los capítulos XXV y XXVI de estas "Memorias".

(13) Durante el mes de marzo de 1834 el general Miller sostuvo diversos encuentros, con variada suerte, con las fuerzas de Bermúdez. En "El Redactor", de 11 de marzo de 1834, aparece un parte de Miller, fechado en Cacas, el 6 de ese mes, dando cuenta del combate de Junín, sin precisar fecha, pero puede inferirse que debió haberse realizado alrededor del día cinco de marzo.

(14) El general José María Frías, fué natural de Piura, habiendo tomado parte en las guerras de la Independencia. Pertenecía al arma de caballería, hombre de noble sentimientos, de gran ecuanimidad y valor. Su arrojo y el haber sido jefe del regimiento de caballería que estaba del lado de Orbegoso, lo impulsó a adelantarse, para con su sola presencia dominar a los soldados, pero un grupo de éstos, se revolvió al mando de un sargento y dieron muerte al valiente general.

(15) El general Orbegoso salió de Lima al frente de sus tropas el 29 de marzo de 1834.

(16) El encuentro de Huaylacucho se efectuó el 17 de abril de 1834.

(17) El abrazo de Maquinhuyo, tuvo lugar en ese punto, cercano a Jauja, el día 24 de abril de 1834.

CAPITULO VII

(1) La idea de una federación entre el Perú y el Alto Perú era grata a los surperuanos y a los altoperuanos. Corifeo, aunque desde premisas diversas a Santa Cruz, de esa unión era don Agustín Gamarra. Es de todos conocido que la ciudad imperial era el lugar de su nacimiento lo mismo que de su esposa, doña Francisca Zubiaga de Gamarra; en lugar aquel tenía por esas circunstancias inúmeros partidarios. El otro gonfalon fué don Andrés Santa Cruz, que, si bien es cierto que había nacido en la otra orilla del Titicaca, estaba entrañablemente vinculado al Cuzco, ciudad donde se había educado y en la que había discutido su adolescencia, dando con estas ocasiones motivo a tener muy hondas vinculaciones, amén de que era casado con una cusqueña, doña Francisca Cernadas, hija de un oidor de la que fuese Audiencia cuzqueña. Testimonios de estos vínculos los encontraremos en las cartas que publicase en el N° 100 de la Revista Universitaria de la Universidad cusquense el infatigable historiador doctor Jorge Cornejo Bouroncle, entre las que se encuentran cartas de Santa Cruz al prominente cusqueño don Anselmo Centeno, en las que se comprueba el evidente lazo económico existente entre la actual Bolivia y la vieja capital incaica, y cómo Santa Cruz trata de fomentar esos vínculos así como también juega recordando el cusqueñismo de su esposa. Debe recordarse, también, la existencia de la filial de la logia santacrucina "Independencia Peruana" en la ciudad imperial, cuyos orígenes y desarrollo también se describen por el historiador boliviano Agustín Iturricha en su "Historia de Bolivia bajo la administración del General Santa Cruz". Las razones que aduce el general Echenique son validísimas.

(2) Por las visitas del general La Fuente a diversos detenidos en el Castillo del Callao y los comentarios que corrían, el gobierno hizo detener a dicho general, deportándolo el 16 de mayo de 1834 con destino a Costa Rica. Debe recordarse que La Fuente, quien se había amotinado años antes contra La Mar, no podía ser visto por los liberales que rodeaban a Orbegoso con simpatías. (Ver Vargas, pág. 55 ss., T. 7).

(3) La desconfianza de Orbegoso hacia Echenique estaba motivada en la íntima amistad de éste con el general Gamarrá. No sólo la fomentaba Salaverry, conforme lo manifiestan estas Memorias, sino también el general Ramón Castilla, prefecto de Puno, quien en repetidas cartas, especialmente las fechadas en el mes de octubre de 1834, desde la ciudad del lago, le repite a Orbegoso: "La traición está perfectamente organizada... Echenique está encargado de hacer y sostener la revolución en los departamentos del sur... Santa Cruz debe ayudarlo..." ("El General de Brigada Ramón Castilla a sus conciudadanos", Quillota, Octubre 10 de 1836.— Véanse las cartas que se reproducen de las páginas 50 a la 70).

(4) El Presidente Orbegoso salió de Lima el 11 de noviembre de 1834 (José María Blanco, "Diario de la marcha que hace Su Excelencia el Presidente Provisorio de la República Peruana, Don Luis José Orbegoso, a los Departamentos del Sur", publicado por Luis Varela y Orbegoso en "Documentos del Gran Mariscal Don Luis José de Orbegoso", Lima 1929, tomo III, pág. 3). Llegando al Cuzco el día 26 de Diciembre, saliendo de dicha ciudad el 29 de enero de 1835, día en que se dirigió a Puno (Obra citada, págs. 102 y 112, respectivamente).

CAPITULO VIII

(1) El general Felipe Santiago Salaverry, nombrado gobernador de los Castillos del Callao por Orbegoso, se levantó en armas contra el gobierno el 23 de febrero de 1835. Ese mismo día ocupó Lima, pues también en esa fecha fugó de la Capital el Vice-Presidente, Encargado del Poder Ejecutivo, don Manuel Salazar y Baquijano, quien se dirigió, por la quebrada de Santa a Jauja.

(2) El 14 de marzo de 1835 se levantó en el Cuzco, plegándose a la revolución de Salaverry el coronel Manuel Lopera, con el batallón "Defensores de la Libertad"; dicho jefe asumió el mando militar y nombró prefecto del Cuzco a don Martín Gabino Concha.

(3) El general Manuel Martínez de Aparicio era uno de los más caracterizados simpatizantes peruanos de Santa Cruz y de la federación Perú-Boliviana; sus contactos con ese jefe databan de 1829, habiendo sido apresado en Arequipa el 19 de agosto de 1829 por el coronel Amat y León, teniente coronel Castilla y otros jefes, y remitido a Lima por conspirar a favor de Santa Cruz. El general Martínez de Aparicio se había retirado de Lima, juntamente con Salazar y Baquijano, a raíz de la revolución de Salaverry.

Don Ildefonso de Zavala, tarapaqueño, había figurado en primerísima línea entre los liberales; simpatizante de la Confederación e íntimo asociado del Presidente Orbegoso, de quien será Secretario o Ministro General al tiempo de la intervención de Santa Cruz y de la formación de la Confederación.

(4) El pronunciamiento del batallón Ayacucho, cuyo jefe era el coronel Echenique, fué encabezado por los capitanes Pichua y José Valcázar. Este pronunciamiento fué ocasionado por las noticias provenientes del Sur, que indicaban haberse revolucionado contra Orbegoso las fuerzas del Cuzco, Ayacucho y Lampa. La noticia de la defección de la división de Valle Riestra a favor de Salaverry, hizo pensar al honorable Salazar y Baquijano que su misión había concluido; fué por esto que se dirigió, desde Canipaco, el 2 de abril de 1835, a Salaverry reconociéndolo como jefe de la Nación (Véase "Historia del General Salaverry", por Manuel Bilbao, Tercera Edición, Lima, 1936, páginas 147 y 148).

(5) El 28 de marzo de 1835, a las 4 de la mañana, se dió por el general Juan José Salas secundado principalmente por Coloma y Lanao, en Pisco, el grito por Salaverry, que fué secundado por la división y aprisionado su jefe el general Francisco Valle Riestra y el coronel Trinidad Morán.

(6) Estas conversaciones debieron tener lugar en la primera quincena del mes de mayo de 1835.

(7) El general Luis La Puerta fué Vice-presidente de la República del 2 de agosto de 1876 al 23 de diciembre de 1879, siendo Presidente el general Mariano Ignacio Prado. Esta referencia sirve para ubicar que esta parte de las Memorias fueron escritas por el general Echenique entre los referidos años, y, más probablemente, por algunas alusiones, en el año de 1879.

(8) El general Agustín Gamarra ingresó al Perú, según el Dean Valdivia, el 20 de mayo de 1835 ("Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa", Lima 1874, pág. 104). El general Dellepiane dice: "A mediados de mayo de 1835 Gamarra pasó el Desaguadero y a poco recibió en Puno, el 18 de mayo a la división del coronel Lopera... ocupó el Cuzco el 20 de mayo... los gamarristas sedujeron pronto a las tropas de Larnas y éste se vió abandonado de sus soldados, pasándose a Gamarra (15 de junio)" ("Historia Militar del Perú", Cuarta Edición, Lima 1943, págs. 330 y 331).

(9) "El 15 de junio de 1835 se firmó el tratado hecho en La Paz por Quiroz con el Presidente Santa Cruz..." (J. G. Valdivia Ob. cit. pág. 118). Santa Cruz pasó el Desaguadero con su ejército el 16 de junio, "y ofició al General Orbegoso para una entrevista en Vilque, Orbegoso marchó inmediatamente" (Ob. cit. pág. 119). La conferencia de Vilque se produjo el 8 de julio de 1835.

CAPITULO IX

(1) *Infra* págs. 49 y 50, 101 y 102.

(2) El tratado fué firmado en La Paz el día 15 de junio de 1835 y ratificado en Arequipa, por Orbegoso, el día 24 de junio de 1835.

(3) Las fuerzas peruanas salieron de Arequipa el 16 de julio de 1835 para incorporarse al Ejército Unido.

(4) La reunión del Ejército Unido se produjo en Lampa, el 22 de julio de 1835, al llegar a este punto las tropas peruanas, emprendiendo la campaña el 9 de agosto.

(5) La batalla de Yanacocha tuvo lugar cerca de la laguna de dicho nombre, el día 13 de agosto de 1835.

(6) Santa Cruz ocupó el Cuzco el 16 de agosto. El jefe fusilado por Santa Cruz fué el coronel Manuel La Torre, firmante del acta de la guerra a muerte; en el campo de batalla se ajustició al capitán Moya.

(7) Las "Instrucciones" que indica don José Rufino Echenique se publicarían como anexos a estas "Memorias"; no han podido ser halladas por los editores, razón por la que no aparecerán en este volumen.

(8) El general Francisco Vidal con tropas orbegosistas entró en Lima el 30 de diciembre de 1835; pocos días antes se habían posesionado de Lima partidas de montoneros acaudillados por facinerosos de la fama de León Escobar y Vivas que, al grito "¡Viva Santa Cruz!", hicieron tropelías sin cuento. El general Vidal con un acto de valor tomó preso a León Escobar y lo hizo fusilar, consiguiendo de esta guisa imponer cierto respeto. El general Orbegoso, al frente de una pequeña escolta, hizo su entrada a Lima el 8 de enero de 1836, siendo recibido jubilosamente por la población. El día 9 ingresaba el general Morán con 600 infantes y 200 soldados de caballería. Los castillos del Callao fueron asediados en la tarde de ese mismo día, habiéndose capturado el castillo del Sol y el Arsenal el día 18 y el día 21 capituló el castillo de la Independencia (antiguo Real Felipe).

(9) La batalla de Socabaya se dió el 7 de febrero de 1836.

Previo enjuiciamiento ante Consejo de Guerra, fueron condenados a muerte y fusilados en Arequipa, el 18 de febrero de 1836, en la plaza principal, los siguientes jefes salaverrinos: general Santiago Felipe Salaverry, general Juan

Pablo Fernandini, coroneles Gregorio Solar, Miguel Rivas, Juan Cárdenas, Camilo Carrillo, Manuel Valdivia, Manuel Moya y Julián Picoaga.

CAPITULO X

(1) En la Asamblea de Sicuani se reunieron los representantes de los departamentos de Arequipa, Cuzco, Puno y Ayacucho; proclamaron la formación, con los nombrados departamentos, del Estado Sud-Peruano, con el compromiso de formar una Confederación con Bolivia y el Estado que surgiera en el Norte del Perú (17 de marzo de 1836).

(2) La Asamblea de Huaura formada con los representantes de los departamentos del Norte, sancionó el 6 de agosto de 1836 la formación del Estado Nor-Peruano y la Confederación Perú-Boliviana bajo la égida de Santa Cruz.

(3) El día 15 de agosto de 1836 hizo Santa Cruz su entrada a Lima, por la Portada de Maravillas, siendo recibido por inmenso y entusiasta gentío.

(4) El tratado de Paucarpata fué firmado en el pueblo de ese nombre el día 17 de noviembre de 1837.

(5) El 7 de agosto de 1838 el llamado Ejército Restaurador empezó a desembarcar en la bahía de Ancón. Las negociaciones entre los "restauradores" y los generales Orbegoso y Nieto duraron del día 9 de agosto al 15 del mismo mes, día en que se rechazaron definitivamente las propuestas hechas a Orbegoso. Estas negociaciones fueron por carta y en otras oportunidades en conferencias entre Nieto y Castilla y de Nieto y Bulnes, realizándose en la hacienda Tambo Inga, del valle del Chillón y distante de Lima unos 20 kilómetros. Las tropas "restauradoras" acampaban en *Copacabana*, punto cercano al actual pueblo de Puente de Piedra, y las de Orbegoso en Infantas, a poco más o menos siete kilómetros de Lima.

(6) El llano de Asnapuquio es una pequeña planicie cuyo nombre toma de un puquio, aun en la actualidad existente, dentro de los límites de la hacienda Naranjal. Dista de Lima 5 kilómetros, y era zona fácilmente defendible por su configuración topográfica y por los pantanos existentes en esa época.

(7) El encuentro de Guía tuvo lugar el 21 de agosto de 1838.

(8) La elección de Gamarra como Presidente Provisional del Perú tuvo lugar el día 24 de agosto.

(9) Los documentos que ofrecía publicar el autor de estas "Memorias" desgraciadamente no han podido ser habidos, razón por la que no figurarán en este volumen.

(10) La entrada de Santa Cruz a Lima tuvo lugar el 10 de noviembre de 1838, teniendo, dice el historiador chileno Gonzalo Bulnes, "recibimiento triunfal por un pueblo fascinado de sus glorias". ("Historia de la Campaña del Perú en 1838", Santiago 1878, pág. 267).

(11) La batalla de Ancash, también conocida por el nombre de Yungay, se efectuó el día 20 de enero de 1839.

(12) Se equivoca el autor de las "Memorias" al decir que Santa Cruz se expatrió a Chile. La verdad fué que Santa Cruz, viendo su vida en peligro, se refugió en la fragata inglesa "Sammarang", surta en Islay, con auxilio de la marinería de ese barco, el 23 de febrero de 1839. Este barco se dió a la vela para Guayaquil, puerto donde desembarca Santa Cruz el 13 de marzo.

(13) El coronel Manuel Ignacio de Vivanco se rebeló en Arequipa el 1º de enero de 1841. Después de diversos incidentes la revolución fué prácticamente debelada con el triunfo de las fuerzas gubernamentales, al mando de Cas-

tila, sobre los vivanquistas, comandados de Ugarteche y Boza, en Cuevillas, 6 de abril de 1841.

La batalla de Ingavi o Incahue tuvo lugar el 18 de noviembre de 1841.

CAPITULO XI

(1) La batalla de Agua Santa tuvo lugar en una zona pantanosa, situada al norte del valle de Pisco, cercana a esta ciudad, y se efectuó el 17 de octubre de 1842.

(2) El 13 de enero de 1843.

(3) Don Benito Laso (1783-1862), natural de Arequipa, fué de los peruanos que actuaron desde antes de San Martín en favor de la independencia. De ideas autoritarias, fué simpatizante de los gobiernos fuertes. Fué el mantor intelectual de la revolución La Fuente-Vidal, debiéndose destacar su celo por la educación y la labor reformadora que efectuase en estos ramos dando como consecuencia el florecimiento del Convictorio de San Carlos y de la Escuela de Medicina de San Fernando, a cuyos frentes puso a los insignes Bartolomé Herrera y Cayetano Heredia. Ninguna historia de las ideas en el Perú podrá olvidar su famosa "Exposición", publicada en Lima el año 1826, que es uno de los documentos clásicos del pensamiento autoritario peruano.

(4) El coronel Justo Herculles y su adepto Castañeda fueron fusilados el 22 y 23 de enero de 1843.

(5) Como fecha de la iniciación de la revolución a favor de Vivanco, realizada en Arequipa, mientras ese jefe se encontraba en el Cuzco, puede señalarse el 26 de enero de 1843, fecha en que fué hecho prisionero el mariscal don Domingo Nieto, quien tenía facultades especiales del gobierno para ordenar el sur de la República.

(6) El Congreso de Huancayo, al elegir a los miembros del Consejo de Estado, que actuarían siendo Presidente de la República el general Gamarra, designó como presidente de dicho cuerpo a don Manuel Menéndez, como vicepresidente a don Justo Figuerola, y como segundo vicepresidente al general Francisco Vidal los que en el mismo orden debían suplir al Presidente de la República. Muy revuelta anduvo la República desde y a raíz de la muerte del Presidente Gamarra en Ingavi (18 de noviembre de 1841), situación que no se tranquilizó hasta el 11 de diciembre de 1844, después que, victorioso Castilla de Vivanco (Carmen Alto), reconoce como legítimo el gobierno de Menéndez. No es esta nota el lugar oportuno de hacer siquiera una breve reseña de los turbulentos momentos que vivió la Patria en esos años. De esta época es la anécdota del encargado del Poder Ejecutivo, don Justo Figuerola que, sintiéndose importunado, ordena a su hija arrojar por el balcón la banda, insignia del poder.

(7) Don Justo Figuerola, primer vicepresidente del Consejo de Estado, asumió el poder por renuncia del general Vidal, y por estar en Chile el presidente del Consejo de Estado don Manuel Menéndez.

(8) El 21 de marzo de 1843 se produjo el cabildo abierto, por el que el pueblo de Lima reconocía como jefe de la República al general Vivanco, nombrándose como prefecto al coronel Echenique quien, al mismo tiempo, quedaba encargado del mando supremo en forma provisional, siendo poco después sustituido en esta última función por el general Juan Antonio Pezet (27 de marzo de 1843).

(9) El general Vivanco llegó a Lima el 7 de abril de 1843, asumiendo el supremo mando de la Nación, y nombrando de inmediato su gabinete ministerial, que fué formado por: don Felipe Pardo (Relaciones Exteriores), don Pedro A. La Torre (Hacienda), don Andrés Martínez (Justicia y Obras Públicas), don José Luis Gómez Sánchez (Gobierno) y el general Manuel de la Guarda (Guerra y Marina).

(10) Estando aún en la contienda civil, Vivanco decretó el 9 de marzo de 1843, que todas las autoridades y funcionarios le jurasen lealtad. Aunque, impulsados por la necesidad, muchos lo hicieron. La medida que, apenas en el mando supremo la hizo compulsiva, fué vista con desagrado y algunos connotados jefes la rechazaron; se contaban: entre ellos el mariscal Domingo Nieto, general Ramón Castilla, general Bermúdez, coroneles Mendiburu, Cisneros, y comandante Benavides. Todos éstos, exceptuándose a Castilla, pidieron pasaporte a Chile. Castilla, invocando razones de salud marchó a Tarapacá, en forma oculta.

(11) La conspiración del comandante José María Lastres y del capitán Julián Verástegui, distinguidos oficiales del ejército, y en la que tuvo parte activa la esposa del general Castilla, doña Francisca Díez Canseco, fué descubierta por una delación. Las resultas fueron el fusilamiento de dichos militares en la plaza mayor de Lima, el 23 de Diciembre de 1843, y la condena a deportación por ocho años contra la señora de Castilla.

(12) El buque que conducía al voluntario exilio a los jefes nombrados en la nota 10 de este capítulo, llegó el 16 de mayo a Arica. En este puerto las autoridades, muy afectas al coronel Mendiburu, quien anteriormente se había distinguido como progresista prefecto de Tacna, les permitieron desembarcar, para que siguiesen viaje a Bolivia, a reunirse con los generales Torrico y San Román, quienes preparaban una revolución en La Paz. Pero la popularidad de Mendiburu en Tacna, el gran partido del mariscal Nieto en Moquegua, de cuyo departamento era hijo, y el ambiente propicio, movieron a estos jefes a pronunciarse contra el gobierno de Vivanco y reconociendo la autoridad de Figueroa, conforme a la Constitución, el 17 de mayo de 1843. La revolución tenía como jefe al mariscal don Domingo Nieto, quien nombró como prefecto al coronel Mendiburu.

(13) El encuentro de las fuerzas de Guarda con las de Nieto y Castilla, con el éxito de estos dos últimos, se produjo en San Antonio, el día 28 de octubre de 1843.

Anteriormente las fuerzas de Vivanco habían obligado a capitular a los generales Torrico y San Román (6 de agosto). En cambio, la suerte les había sido adversa en Pachía, el 29 de agosto, puesto que Nieto y Castilla habían derrotado al jefe vivanquista Juan Francisco Balta.

(14) Los revolucionarios el 9 de junio de 1843 constituyeron una primera Junta de Gobierno, la que estuvo presidida por el general Juan Crisóstomo Torrico. Los diversos acontecimientos, la intervención de Castilla, quien se entendió de inmediato con Nieto pero no sucedió lo mismo entre éstos y los generales Torrico y San Román; la capitulación de estos jefes ante las fuerzas vivanquistas; los cambios que ya se habían producido, etc.; dieron como resultado que el 3 de setiembre de 1843 se constituyese la Junta de Gobierno Provisorio de los Departamentos Libres, presidida por el mariscal Nieto e integrada por el general Castilla, coronel Pedro Cisneros, doctor José María Zegarra y el coronel de la Guardia Nacional Nicolás Jacinto Chocano y, como Secretario General, al coronel José Félix Iguain.

(15) El Supremo Director salió de Lima, al frente de sus tropas, el 30 de noviembre de 1843.

(16) Chincheros, pueblo del departamento de Apurímac.

(17) El local de la Aduana, sito en la calle de ese nombre, quinta cuadra del actual Jirón (calle) Antonio Miró Quesada, fué posteriormente destinado al uso de las oficinas del Poder Judicial y en la actualidad, habiéndose previamente demolido, se ubica el edificio del Ministerio de Hacienda y Comercio el que, en realidad, ocupa una parte del área de la antigua Aduana, puesto que la otra está dedicada a integrar la actual avenida Abancay. Débese recordar que, para completar el área necesaria para el actual edificio, el Supremo Gobierno tuvo que llevar adelante la expropiación de otros predios, los que habían sido aledaños a la antigua Aduana.

(18) La montaña de Comas está situada en la provincia de Jauja y, por razones topográficas y climáticas, se presta para evadirse de perseguidores.

(19) Los documentos no se reproducen por no haberse podido obtener.

(20) El 17 de junio de 1844 se investió don Domingo Elías del mando supremo de la República.

(21) La correspondencia cursada entre Elías y Echenique fué publicada en "El Peruano", empezándose en el número de 3 de julio de 1844, para proseguir, con ciertas intermitencias en los siguientes.

(22) *Infra*, véase nota anterior.

(23) La carta en cuestión no se publica por no haberse podido obtener.

(24) Don Domingo Elías hizo renuncia del mando ante una junta de notables, el 10 de agosto de 1844, entregándolo al presidente del Consejo de Estado don Manuel Menéndez el que, por razones de salud, lo transmitió casi de inmediato a don Justo Figuerola, primer vicepresidente de dicho Consejo. Sólo el 7 de octubre de 1844 es que asume la dirección del Poder Ejecutivo don Manuel Menéndez.

(25) La Presidencia de la República fué asumida por el general don Ramón Castilla el 20 de abril de 1845.

CAPITULO XII

(1) Entre los requisitos exigidos por la Constitución de 1839 para ser Consejero de Estado, estaba el de "tener cuarenta años cumplidos".

El Consejo de Estado, conforme la nombrada Constitución, debía ser elegido por el Congreso, debiéndose componer de quince individuos, teniendo cinco suplentes. Debía ser presidido por uno de los Consejeros, que debía ser designado igualmente por el Congreso, que también nombraba al primer y segundo vicepresidentes del Consejo.

Conforme con la Constitución de 1839, el Consejo de Estado tenía gran importancia en la vida nacional; entre otras obligaciones tenía la de "velar sobre la observancia de la Constitución y las leyes, dirigiendo al Poder Ejecutivo" las necesarias representaciones en tal sentido y pudiendo exigir responsabilidad; podía convocar a Congreso Extraordinario; declarar a la Patria en peligro, en cuyo caso podía otorgar al Presidente de la República facultades extraordinarias; además de las nombradas, tenía otras facultades de primera importancia, las que estaban señaladas en el artículo 103 de la Constitución, compuesto de 12 incisos.

El presidente del Consejo de Estado, conforme con el artículo 82 de la Ley Fundamental, debía hacerse cargo de la Presidencia de la República por muerte del Presidente o por impedimento del mismo. El art. 84 prescribía que, si "faltare el Presidente del Consejo, se encargara del Supremo Poder Ejecutivo, el que lo haya subrogado accidentalmente en la presidencia".

(2) Fué don Domingo Elías y Carbajo natural de Ica, donde nació el 19 de diciembre de 1805. Hijo de padres acomodados, fué enviado a educarse a España y Francia. Emprendedor y progresista, de infatigable actividad, gracias a la agricultura y comercio devino en uno de los hombres más acaudalados del Perú. Sus ideas liberales, su munificencia (fundación del Colegio de Guadalupe) y su actuación en la Semana Magna, hicieron que ganase gran ascendiente popular y el título de "Hombre del Pueblo".

Don Domingo Elías es personaje prominentísimo en nuestra historia política, social y económica. Falleció en Lima el 3 de diciembre de 1867, después de larga enfermedad.

(3) Los ministros de Guerra y Marina de Castilla en su primer período presidencial, fueron: Mendiburu, Echenique, San Pomán en 1848, Raygada también en ese año, y Cisneros en 1850.

El general Echenique dió a la imprenta su "Memoria que dirige al Congreso del Perú en 1847 el Ministro de Guerra y Marina", Lima, Imprenta de José Masías, 1847.

(4) La chacra de la Victoria se ubicaba, fundamentalmente, en lo que hoy es el barrio limeño del mismo nombre.

(5) *Infra*, nota 11 del Capítulo XVII.

(6) El estado revolucionario creado por Belzu, a raíz de su amotinamiento contra el Presidente Ballivián, el 5 de junio de 1847, trajo como consecuencia, a pesar de que el coronel Belzu fuese derrotado y tuviese que refugiarse en el Perú, que el general Ballivián renunciase la Presidencia en favor del general Guilarte (Diciembre 23 de 1847). Este jefe no duró mucho tiempo, ni siquiera diez días, al producirse una asonada a favor de Belzu. Este, que no quería mostrarse apresurado, dió el mando supremo al general Velasco. Belzu se sublevó contra Velasco el día 7 de octubre de 1848. Belzu alcanzó a derrotar al Presidente Velasco en el encuentro de Yamparaez (6 de diciembre de 1848).

(7) El 3 de noviembre de 1847 se firmó en Arequipa, por los plenipotenciarios que representaban al Presidente Castilla y al Presidente Ballivián, un tratado de paz y comercio. Al ratificarse este tratado, el Perú hizo algunas aclaraciones y restricciones.

Habiendo asumido el mando supremo de Bolivia el general Velasco, quien se caracterizó por su política peruanófila, se procedió a firmar un nuevo tratado en la ciudad de Sucre, en el que se incorporaron las adiciones y enmiendas deseadas por el Perú. Este tratado fué de fecha 10 de octubre de 1848.

(8) El 21 de febrero de 1849 hizo Castilla, con su intervención personal, abortar un plan subversivo de los batallones "Ayacucho" y "Yungay". En el día, y también con su intervención personal, hizo detener a los generales San Román y Torrico, así como a otras personas más.

Parece que la conspiración tenía proyecciones internacionales, estando dentro de su programa ideas confederacionistas.

De primer interés son los hechos contenidos en la "Memoria dirigida a las Cámaras en las sesiones extraordinarias de 1849, por el Ministro de Relaciones Exteriores, Justicia y Negocios Eclesiásticos a consecuencia de la conspiración descubierta el 21 de Febrero". Lima, 1849. Era ministro de Relaciones Exteriores don Felipe Pardo y Aliaga.

CAPITULO XIII

(1) El doctor Juan Manuel del Mar, nacido en el Cuzco el 7 de diciembre de 1806, tuvo una destacada actuación política. De profesión abogado, figuró en distintos puestos públicos desde el año 1832, habiendo actuado como parlamentario, magistrado, Consejero de Estado, ministro en los diversos ramos y, por último, en 1858, fué elegido Vicepresidente de la República. Mientras duró la campaña militar emprendida por el Presidente Castilla, en el Ecuador, él asumió, por unos seis meses, el supremo mando de la Nación. En el año de 1862 fué candidato a la Presidencia de la República, en oposición al candidato oficialista, general San Román; por este y otros motivos, provenientes de la época en que ejerció el Mando, se distanció del general Castilla. Enfermó gravemente durante el proceso electoral, falleciendo después de larga y valerosa agonía, rodeado del respeto de sus conciudadanos, y dejando a su familia en honrosa pobreza, a pesar de haber tenido brillante actuación en época en que el país vivía en plena abundancia. Su muerte ocurrió el 15 de junio de 1862.

(2) Las elecciones de los colegios electorales se llevaron a cabo el domingo 17 de febrero de 1850. Por violentos desórdenes, en Lima se postergaron hasta el día 22. Estos comicios se efectuaron estando vigente la ley de elecciones políticas de 22 de Diciembre de 1849.

(3) Sobre un total de 4.250 electores, 2.590 votaron a favor del general

Echenique, siguiéndolo en la votación Elías con 775, el resto de los votos se repartieron entre Vivanco, San Román, Bermúdez y La Fuente, en ese orden, habiéndose viciado algunos votos.

Al asumir el Mando Supremo, el general Echenique nombró como Ministro General al general D. Juan C. Torrico.

(4) Los relatos contemporáneos indican que el motín de Arequipa fué una asonada popular, nacida de un estallido repentino, provocado por la celebración que de su triunfo hacían los echeniquistas de esa ciudad, fervorosamente vivanquista, y las desacertadas medidas de las autoridades, las que, indudablemente, habían tenido órdenes capciosas de Castilla.

El deán Valdivia, el general Vivanco y el general Echenique, que historian este motín, están acordes en que fué una asonada popular sin plan previo.

El deán Valdivia señala el día 21 de abril de 1851 como la fecha de la algarazara, y el general Vivanco el día 20.

Después de dos días de tumultos, en los que la autoridad, el prefecto general Alejandro Deustua había perdido el control de la ciudad, los jefes populares se pusieron de acuerdo con aquél, y convinieron en mandar representantes a Lima, donde el Presidente Echenique, para dilucidar sus puntos de vista.

Llegados a Lima los comisionados por el pueblo arequipeño, Valdivia fué puesto aprisionado por unos días. Igualmente llegaron presos de Arequipa, enviados por el prefecto, que había recibido refuerzos, más de cuarenta personas.

Al decir del deán en sus "Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa", después de algunos días de detención fueron puestas en libertad por orden personal del Presidente, terminando en esta forma el motín.

CAPITULO XIV

(1) Antonio Leocadio Guzmán, nacido en Caracas, se educó en España. En su país natal destacó por sus dotes de político y escritor y por sus extraordinarias condiciones de demagogo. En 1826, enviado a Lima por Páez, conoció a Bolívar. Siendo Presidente Echenique, en 1852, volvió al Perú como representante de los herederos del Libertador, y obtuvo del gobierno peruano un millón de pesos, cumpliéndose la munificencia otorgada por el Congreso de 1825.

(2) "En la constitución de 1839 fueron suprimidas (*las municipalidades*), dejando solamente a los síndicos procuradores; y encargando a un Intendente de Policía todas las funciones de los Ayuntamientos... Por la ley de 9 de diciembre de ese año (1853) se restablecieron y organizaron las municipalidades; pero envuelto el país en guerra civil... fué necesario que la constitución de 1856 creara expresamente las municipalidades". (Francisco García Calderón.— "Diccionario de la Legislación Peruana".— Lima 1862.— Página 672).

(3) El Decreto Supremo que convocaba a Congreso Extraordinario por segunda vez en el año de 1851, fué expedido por el Presidente Echenique con fecha 30 de abril de 1851. El texto completo se encuentra en las páginas 37 y 38 del tomo IV, de la "Crónica Parlamentaria del Perú" por Emilio Dancuart.

El decreto, sintetizando, decía que los objetos que se sometía a consideración, eran: la sanción de los códigos y su complementario de Procedimientos; la rectificación de la ley electoral; el restablecimiento de las Municipalidades; la reconsideración de la ley de conscripción militar; la consolidación; el feble boliviano; exoneración de patente para los artesanos; considerar las rentas públicas; considerar las consultas del Consejo de Estado sobre el nuevo reglamento de comercio; y dar cuenta de los sucesos de Arequipa (Véase nota 4 del Capítulo XIII), para que dicte las medidas conducentes al restablecimiento del orden.

(4) El Decreto de 24 de febrero de 1852 suprimió la obligación del uso de pasaportes para toda clase de personas que transitasen dentro del territorio nacional.

(5) La compra de esclavos en Nueva Granada, junto con la de manumisos, no obstante que esta operación estaba legalmente prohibida en Colombia,

El general Echenique dió a la imprenta su "Memoria que dirige al Congreso del Perú en 1847 el Ministro de Guerra y Marina", Lima, Imprenta de José Masías, 1847.

(4) La chacra de la Victoria se ubicaba, fundamentalmente, en lo que hoy es el barrio limeño del mismo nombre.

(5) *Infra*, nota 11 del Capítulo XVII.

(6) El estado revolucionario creado por Belzu, a raíz de su amotinamiento contra el Presidente Ballivián, el 5 de junio de 1847, trajo como consecuencia, a pesar de que el coronel Belzu fuese derrotado y tuviese que refugiarse en el Perú, que el general Ballivián renunciase la Presidencia en favor del general Guilarte (Diciembre 23 de 1847). Este jefe no duró mucho tiempo, ni siquiera diez días, al producirse una asonada a favor de Belzu. Este, que no quería mostrarse apresurado, dió el mando supremo al general Velasco. Belzu se sublevó contra Velasco el día 7 de octubre de 1848. Belzu alcanzó a derrotar al Presidente Velasco en el encuentro de Yamparaez (6 de diciembre de 1848).

(7) El 3 de noviembre de 1847 se firmó en Arequipa, por los plenipotenciarios que representaban al Presidente Castilla y al Presidente Ballivián, un tratado de paz y comercio. Al ratificarse este tratado, el Perú hizo algunas aclaraciones y restricciones.

Habiendo asumido el mando supremo de Bolivia el general Velasco, quien se caracterizó por su política peruanófila, se procedió a firmar un nuevo tratado en la ciudad de Sucre, en el que se incorporaron las adiciones y enmiendas deseadas por el Perú. Este tratado fué de fecha 10 de octubre de 1848.

(8) El 21 de febrero de 1849 hizo Castilla, con su intervención personal, abortar un plan subversivo de los batallones "Ayacucho" y "Yungay". En el día, y también con su intervención personal, hizo detener a los generales San Román y Torrico, así como a otras personas más.

Parece que la conspiración tenía proyecciones internacionales, estando dentro de su programa ideas confederacionistas.

De primer interés son los hechos contenidos en la "Memoria dirigida a las Cámaras en las sesiones extraordinarias de 1849, por el Ministro de Relaciones Exteriores, Justicia y Negocios Eclesiásticos a consecuencia de la conspiración descubierta el 21 de Febrero". Lima, 1849. Era ministro de Relaciones Exteriores don Felipe Pardo y Aliaga.

CAPITULO XIII

(1) El doctor Juan Manuel del Mar, nacido en el Cuzco el 7 de diciembre de 1806, tuvo una destacada actuación política. De profesión abogado, figuró en distintos puestos públicos desde el año 1832, habiendo actuado como parlamentario, magistrado, Consejero de Estado, ministro en los diversos ramos y, por último, en 1858, fué elegido Vicepresidente de la República. Mientras duró la campaña militar emprendida por el Presidente Castilla, en el Ecuador, él asumió, por unos seis meses, el supremo mando de la Nación. En el año de 1862 fué candidato a la Presidencia de la República, en oposición al candidato oficialista, general San Román; por este y otros motivos, provenientes de la época en que ejerció el Mando, se distanció del general Castilla. Enfermó gravemente durante el proceso electoral, falleciendo después de larga y valerosa agonía, rodeado del respeto de sus conciudadanos, y dejando a su familia en honrosa pobreza, a pesar de haber tenido brillante actuación en época en que el país vivía en plena abundancia. Su muerte ocurrió el 15 de junio de 1862.

(2) Las elecciones de los colegios electorales se llevaron a cabo el domingo 17 de febrero de 1850. Por violentos desórdenes, en Lima se postergaron hasta el día 22. Estos comicios se efectuaron estando vigente la ley de elecciones políticas de 22 de Diciembre de 1849.

(3) Sobre un total de 4.250 electores, 2.590 votaron a favor del general

Echenique, siguiéndolo en la votación Elías con 775, el resto de los votos se repartieron entre Vivanco, San Román, Bermúdez y La Fuente, en ese orden, habiéndose viado algunos votos.

Al asumir el Mando Supremo, el general Echenique nombró como Ministro General al general D. Juan C. Torrico.

(4) Los relatos contemporáneos indican que el motín de Arequipa fué una asonada popular, nacida de un estallido repentino, provocado por la celebración que de su triunfo hacían los echeniquistas de esa ciudad, fervorosamente vivanquista, y las desacertadas medidas de las autoridades, las que, indudablemente, habían tenido órdenes capciosas de Castilla.

El deán Valdivia, el general Vivanco y el general Echenique, que historian este motín, están acordes en que fué una asonada popular sin plan previo.

El deán Valdivia señala el día 21 de abril de 1851 como la fecha de la algaraza, y el general Vivanco el día 20.

Después de dos días de tumultos, en los que la autoridad, el prefecto general Alejandro Deustua había perdido el control de la ciudad, los jefes populares se pusieron de acuerdo con aquél, y convinieron en mandar representantes a Lima, donde el Presidente Echenique, para dilucidar sus puntos de vista.

Llegados a Lima los comisionados por el pueblo arequipeño, Valdivia fué puesto aprisionado por unos días. Igualmente llegaron presos de Arequipa, enviados por el prefecto, que había recibido refuerzos, más de cuarenta personas.

Al decir del deán en sus "Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa", después de algunos días de detención fueron puestas en libertad por orden personal del Presidente, terminando en esta forma el motín.

CAPITULO XIV

(1) Antonio Leocadio Guzmán, nacido en Caracas, se educó en España. En su país natal destacó por sus dotes de político y escritor y por sus extraordinarias condiciones de demagogo. En 1826, enviado a Lima por Páez, conoció a Bolívar. Siendo Presidente Echenique, en 1852, volvió al Perú como representante de los herederos del Libertador, y obtuvo del gobierno peruano un millón de pesos, cumpliéndose la munificencia otorgada por el Congreso de 1825.

(2) "En la constitución de 1839 fueron suprimidas (*las municipalidades*), dejando solamente a los síndicos procuradores; y encargando a un Intendente de Policía todas las funciones de los Ayuntamientos... Por la ley de 9 de diciembre de ese año (1853) se restablecieron y organizaron las municipalidades; pero envuelto el país en guerra civil... fué necesario que la constitución de 1856 creara expresamente las municipalidades". (Francisco García Calderón.— "Diccionario de la Legislación Peruana".— Lima 1862.— Página 672).

(3) El Decreto Supremo que convocaba a Congreso Extraordinario por segunda vez en el año de 1851, fué expedido por el Presidente Echenique con fecha 30 de abril de 1851. El texto completo se encuentra en las páginas 37 y 38 del tomo IV, de la "Crónica Parlamentaria del Perú" por Emilio Dancuart.

El decreto, sintetizando, decía que los objetos que se sometía a consideración, eran: la sanción de los códigos y su complementario de Procedimientos; la rectificación de la ley electoral; el restablecimiento de las Municipalidades; la reconsideración de la ley de conscripción militar; la consolidación; el feble boliviano; exoneración de patente para los artesanos; considerar las rentas públicas; considerar las consultas del Consejo de Estado sobre el nuevo reglamento de comercio; y dar cuenta de los sucesos de Arequipa (Véase nota 4 del Capítulo XIII), para que dicte las medidas conducentes al restablecimiento del orden.

(4) El Decreto de 24 de febrero de 1852 suprimió la obligación del uso de pasaportes para toda clase de personas que transitasen dentro del territorio nacional.

(5) La compra de esclavos en Nueva Granada, junto con la de manumisos, no obstante que esta operación estaba legalmente prohibida en Colombia,

fué aprobada por las autoridades de ese país y, a pesar de haber sido realizada por particulares, dió ocasión, por razones de política interna neogranadina, a fomentar una delicada cuestión internacional con nuestra Nación. Este hecho, agravado por la expedición del general Flores y por la deuda pendiente con los países surgidos de la Gran Colombia, dió motivo al nombramiento de don Santiago Távara como Ministro Plenipotenciario y Extraordinario del Perú ante el gobierno de Bogotá, ciudad a la que llegó nuestro representante en setiembre de 1852. Datos curiosos y examen exhaustivo de estos asuntos se encontrarán en los dos folletos publicados por Távara bajo el rubro de "Misión a Bogotá en 1852, a consecuencia de la expedición de Flores al Ecuador", &c, conducida por Santiago Távara; ambos folletos se publicaron en Lima en el año 1853.

(6) El Reglamento de Comercio fué aprobado por el Consejo de Estado el 4 de marzo de 1852 y puesto en vigor por el Presidente Echenique el 6 de marzo de 1852.

(7) En Londres, siendo plenipotenciario peruano don Joaquín José de Osma, se celebró un tratado de amistad y comercio entre el Perú y la Gran Bretaña, el 10 de abril de 1850. Este tratado fué ratificado el 1º de diciembre de 1851 por el Presidente Echenique, refrendado por don Bartolomé Herrera, como ministro de Relaciones Exteriores.

En Lima, y como plenipotenciario peruano el general Juan Crisóstomo Torrico, Ministro General, se llegó a una Convención Postal con Gran Bretaña, el día 13 de agosto de 1851, la misma que fué ratificada por el Presidente Echenique el 1º de diciembre de 1851.

(8) Sobre la expedición del general Flores deben leerse las páginas 69 a 74 de "El general Echenique, Presidente despojado del Perú, en su Vindicta", New York 1855.

En la página 72, dice el general Echenique: *"Puesto que me he decidido a estampar la verdad en este escrito, confesaré también que contribuí, entre otras personas de categoría, comerciantes y hacendados del país (Perú), con cinco mil pesos de mi propio peculio para la compra del Vapor Chili, y esto más como un testimonio de amistad y de gratitud al Señor Espantoso que por otro motivo"*.

(9) Véase nota 5 de este Capítulo XIV.

(10) La misión del Itmo. Bartolomé Herrera se llevó a cabo durante el año de 1853.

(11) Sobre este tratado con España, dice el doctor Arturo García Salazar en su "Resumen de Historia Diplomática del Perú", Lima, 1928, lo siguiente: *"En 1853 el presidente general Echenique acreditó como ministro plenipotenciario en Madrid a don Joaquín J. de Osma, el cual firmó con el primer secretario de Estado, señor Angel Calderón de la Barca, un tratado de paz y amistad el 24 de setiembre de este año. No creyó el gobierno (peruano) conveniente ratificarlo, principalmente porque la renuncia que su Majestad Católica hacía de sus derechos, pareció ofensiva al ministro de relaciones exteriores, don José G. Paz Soldán, quien censuró también, en su nota de 12 de diciembre, algunas otras cláusulas del tratado, en especial las relativas a la deuda española, mereciendo del señor Osma una respuesta justificada, pero poco respetuosa"*.

(12) Véase la memoria del Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores correspondiente al año 1853, en que se ocupa de la disputa sobre las islas Lobos.

CAPITULO XV

(1) La introducción de chinos en el Perú se inició el 15 de octubre de 1849, al arribar al Callao la barca dinamarquesa "Frederic Wilhelm" trayendo 75 asiáticos consignados a los señores Elías y Rodríguez.

Por ley de 17 de noviembre de 1849 se reconocía al introductor de colonos extranjeros el pago de una prima de treinta pesos por inmigrante. En el art. 2º de la misma ley, se daba la exclusiva de la introducción de chinos a don Domingo Elías y a don Juan Rodríguez, privilegio que tendría validez por cuatro años.

(2) En su Mensaje al Congreso Ordinario, el 28 de julio de 1853, el general Echenique indicaba la necesidad de que el Congreso estudiase un nuevo sistema para atraer la inmigración, pues el de la ley de 1849 no había dado los resultados apetecidos.

El mismo Presidente Echenique rubricaría la derogatoria de la ley de 17 de noviembre de 1849.

(3) En diciembre de 1851 se presentó a la consideración del Congreso un proyecto de irrigación del río Chira, para lo que pedía una autorización para colocar un empréstito en Europa por dos millones de pesos, para invertirse en dicha empresa, debiendo dedicarse cien mil pesos al canal de Uchusuma. El proyecto fué desechado. Sobre esta materia se publicaron dos folletos, intitulados "Proyecto de Irrigación con el Río Chira en la Provincia de Piura, promovido por el Sr. D. Domingo Elías", ambos fueron publicados en la Imprenta del Comercio, en Lima, 1852; el segundo folleto, que tenía el mismo título, indicaba ser "Segunda Parte".

(4) Las medidas para intensificar las obras del canal de Uchusuma fueron dictadas por el gobierno de Echenique.

(5) La Memoria a que se refiere el general Echenique, fué presentada por el Ministro de Gobierno, Policía y Obras Públicas, don José Gregorio Paz Soldán, en 1853.

(6) Se trata del Taimi, derivación del río Chongoyape (Véase "Diccionario Geográfico del Perú" por Germán Stiglich.— Lima, 1922.— Página 1024).

(7) El gobierno contrató con el alemán doctor Cosme D. Schutz y don Manuel Ijurra, en 4 de junio de 1853, los que ofrecían introducir en el Perú, para la hoya amazónica, 13.000 colonos alemanes, debiendo abonar el gobierno una prima de treinta pesos por colono, se daba como plazo seis años. El gobierno peruano debía adelantar diez mil pesos en cada uno de los tres años del contrato. Este convenio fué declarado caduco en diciembre de 1855.

(8) Los ingenieros contratados fueron Emilio Chevalier, Carlos Farroquet y Ernesto Malinowsky. Este último realizó una ponderable obra en nuestro país, donde su nombre es objeto de grata recordación.

CAPITULO XVI

(1) Memoria presentada ante el Congreso por el Dr. José Manuel Tirado, ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. (En "Registro Oficial" de 17 y 20 de agosto).

(2) Los Códigos Civil y de Enjuiciamientos Civiles fueron promulgados el 29 de diciembre de 1851, entrando en vigencia el 28 de julio de 1852.

(3) En distintas oportunidades pidió el Presidente Echenique al Congreso la preparación de un Código Penal, materia mucho más ardua que los otros Códigos puesto que entraban en discusión principios que estaban en controversia en todo el universo, encendiendo, doquiera se suscitasen, candentes polémicas; así, por ejemplo: la pena de muerte, los azotes, los castigos corporales, si las cárceles eran lugares de castigo, reclusión o seguridad, etc. El Perú no fué extraño a tales discusiones, y si el Código Penal sólo se promulgó en 1862; en cambio, nuestra literatura jurídica se enriqueció. Echenique puso el cúmplase a la ley que designaba una Comisión redactora de los Códigos Penales en 30 de setiembre de 1853.

(4) El Código de Comercio fué promulgado por el Decreto Supremo de 30 de Abril de 1853; dando cumplimiento a la ley de 10 de enero de 1852.

(5) Ministro Plenipotenciario del Perú en España era don Joaquín José de Osma.

(6) En marzo de 1848 principió a funcionar el Colegio de los Sagrados Corazones en la calle Espíritu Santo, en el local que hasta hace pocos años ocupase la Escuela Nacional de Ingenieros. En marzo de 1851 los cursos se iniciaron en el supreso convento de Belén, en el mismo lugar en que funciona en el día.

(7) Véase Memoria que presenta al Congreso de 1853 el ministro de Justicia, Instrucción, Beneficencia y Negocios Eclesiásticos. (En "Registro Oficial" de 1º, 6, 12 y 30 de setiembre de 1853).

(8) Sobre el hundimiento de la fragata "Mercedes" véase la nota 1 del Capítulo XIX. El comandante de la fragata al momento de su naufragio era el capitán de navío don Juan Noel y Lastra, quien había dado anteriormente muestra de su carácter pleno de heroicidad, pues años antes, cuando la goleta de guerra "Libertad" estaba a cargo del bloqueo de Huanchaco, el navío de guerra británico, de mucho más poder, trató de romperlo. Noel con astucia juntó su barco al inglés y, a la intimación del comandante británico, repuso que en la santa bárbara del "Libertad" había pólvora bastante para volar juntos. El bloqueo fué respetado.

Al pedirsele, desde una lancha de salvamento por el ministro de Guerra y Marina, general Allende, que se salvase, su respuesta fué: "Yo trataré de salvar mi buque o pereceré con él". De nada valieron las súplicas de la esposa. El estoico Noel se sacrificó, de acuerdo con las más nobles tradiciones navales, con su buque.

Es por esto que su nombre tendrá impercedero recuerdo en los versos del himno de la Escuela Naval del Perú, que dicen:

"Como el noble Noel prefiramos,
"a salvarnos, a otros salvar".

(9) En todos los mensajes de Echenique resalta su amor por los institutos armados del país. Militar por profunda vocación, siempre dedicó su cariño a la milicia y de ella con preferencia a los humildes, como son los hombres de tropa y los suboficiales, y esos hombres que, a través de nuestra Historia, pese a quien le pesare, siempre supieron ser consecuentes, le fueron fieles; y así dirá en "El General Echenique, Presidente despojado del Perú, en su Vindicación", New York, 1855 (pág. 128): *"Quedó desde entonces el gobierno entregado a sólo aquellos hombres de bien, de principios y de sentimientos rectos que no se arredran, y al noble ejército permanente y la marina, que llenaron hasta el último momento sus deberes quedando fieles a la constitución"*.

CAPITULO XVII

(1) El guano comienza a producir utilidades al Estado Peruano a partir del año 1840, pero en muy pequeña escala; se puede señalar como el año que comienza el apogeo de este fertilizante en la economía nacional, el de 1847, pues el 13 de julio de ese año se firmó un contrato con las casas Gibbs y Montané para la consignación del guano destinado a Europa, con excepción de Francia, y percibió el gobierno un adelanto de 700.000 pesos.

(2) Véase nota 6 del Capítulo XIV.

(3) Dice César Antonio Ugarte, en su "Bosquejo de la Historia Económica del Perú" (Lima, 1926): "En 1851 y 1853 se celebraron varios contratos (de consignación) para la venta (del guano) en Francia y sus colonias, en España y Asia" (pág. 116).

(4) El ministro de Hacienda que fué enviado a Londres para el arreglo de la deuda inglesa fué don Manuel de Mendiburu. Este enviado firmó el fa-

moso contrato de la conversión el 25 de febrero de 1853 con las firmas Murrieta & Cía. y C. J. Hambro e hijos.

(5) El pago de la deuda chilena tuvo lugar en 1853.

(6) El tratado por el que se arreglaba la deuda con Venezuela, fué firmado en Lima el 25 de julio de 1853 y ratificado, por el Perú, el 22 de noviembre del mismo año.

(7) Las deudas con Nueva Granada (actual Colombia) y Ecuador quedaron transadas en el convenio celebrado en Bogotá el 25 de junio de 1853.

(8) Las leyes que dieron origen a la consolidación fueron las de 15 de setiembre de 1847, 20 de diciembre de 1847, 10 de marzo de 1848 y 16 de marzo de 1850; estas cuatro leyes fueron promulgadas por el Presidente Castilla.

(9) En el artículo 5º del Decreto de 30 de abril de 1851, por el que se convocaba a Congreso Extraordinario, Echenique pedía la regularización de la consolidación.

(10) Véase nota 4 de este mismo capítulo XVII.

(11) La ley que normaba la conversión de la moneda feble boliviana fué promulgada por el Presidente Echenique el 19 de noviembre de 1853.

Desde el año de 1830, bajo el gobierno de Santa Cruz, en Bolivia se acuñaba moneda de ley más baja que la peruana. El comercio del Sur del Perú con Bolivia era importantísimo, añadiéndose la especulación de algunos; el hecho fué que el Perú se fué inundando de esta mala moneda, que provocó los consiguientes trastornos. En 1848 por un tratado firmado por ambas naciones, se trató de solucionar el problema y, lo mismo, en convenio firmado en La Paz al año siguiente. Por estos tratados Bolivia se comprometía a no emitir más moneda de baja ley; sin embargo, los gobiernos bolivianos no respetaron estos compromisos, a pesar de los reclamos reiterados de nuestros representantes diplomáticos. Motivo fueron estas reclamaciones para que el Presidente Belzu, amigo de Castilla, expulsase en forma ofensiva a nuestro representante en esa república. Este hecho ocasionó el envío de un ultimatum al gobierno boliviano, que fué rechazado, y su consecuencia última fué la declaratoria de guerra del Perú, la cual fué autorizada por ley del Congreso de 16 de agosto de 1853, que fué promulgada el día siguiente.

CAPITULO XVIII

(1) Estos hechos acontecieron en el primer semestre de 1853, en los meses previos a la reunión del Congreso Ordinario de ese año.

(2) La primera carta de don Domingo Elías fué publicada en "El Comercio" del 12 de agosto de 1853; ésta tuvo una respuesta del general Echenique, que apareció en el mismo diario el día 13 de ese mismo mes; y la segunda, y última carta de Elías, que fué la más tremante, se encontraba en las columnas del mismo periódico del 16 de agosto, esto es, todas aparecieron en un lapso menor al de una semana.

(3) Se refiere al mensaje presidencial al Congreso leído el día 17 de noviembre de 1853. Es de primer interés el folleto, del mismo general Echenique, intitulado: "Manifiesto del Presidente de la República del Perú acompañado de documentos por el cual se justifica la conducta de este gobierno con motivos de los actos del de Bolivia", Lima, 1853. El "Manifiesto" tiene diez páginas y los documentos abarcan 78. Está datado en 24 de junio de 1853.

(4) Para sofocar este conato revolucionario marchó al norte el general Torrico, ministro de Guerra y Marina, quien, al llegar a Paíta, encontró que el gobierno había controlado la situación.

(5) La ley que autoriza la declaratoria de guerra a Bolivia tiene fecha de 16 de agosto de 1853; fué promulgada el día 17 del mismo mes.

(6) El general Torrico batió a Elías en el combate de Saraja, 7 de enero de 1854.

(7) Es de primer interés para conocer las maniobras y astucias del general Castilla, que le permitieron ponerse al frente de Arequipa, cuyos hijos no se caracterizaron por su afecto al mariscal, un folleto del general Manuel Ignacio de Vivanco, que es uno de los más notables documentos políticos de nuestra historia y es también una de las más bellas producciones de nuestra literatura, pues se encuentra escrito en castiza y tersa prosa. El folleto se intitula: "Exposición que hace el general Vivanco a los Pueblos del Perú, y a Arequipa en Particular, de los Motivos y Razones que ha tenido para no tomar parte en la actual Guerra Civil", Tipografía de "El Heraldó", Lima, 1854.

(8) La proclama de Castilla está datada en Lima, el 13 de enero de 1854.

CAPITULO XIX

(1) La fragata "Mercedes", comandada por el heroico Noel, naufragó en la madrugada, más o menos a las tres, del día dos de mayo de 1853 y en las cercanías del puerto de Casma. A su bordo se encontraba el ministro de Guerra y Marina, general Allende, quien pudo salvarse.

La fragata navegaba remolcada por el vapor "Rímac"; la causa de su pérdida fué el haberse roto los cables de remolque, que la dejaron al garete por breve tiempo, dando lugar a que se estrellase contra la llamada roca "Negra".

(2) El colegio de Nuestra Señora de Guadalupe que dirigía don Sebastián Lorente, había sido fundado por los comerciantes don Domingo Elías y don Nicolás Rodrigo.

Al tomar la dirección Lorente, le dió gran auge al colegio, el que era preferido por los liberales de la época pues, se enseñaba en este instituto, de acuerdo con estas doctrinas y en oposición del colegio de San Carlos, donde se impartía instrucción de características autoritarias, acordes con los principios de su director, el ilustre Bartolomé Herrera.

Fué Guadalupe el crisol donde se forjaron liberales como don José Gálvez.

(3) El combate de Izcuchaca sucedió el 2 de agosto de 1854. Jefe de la fuerza castillista era el capitán Mariano Ignacio Prado, dando lugar, por su valiente comportamiento, a ganarse el aprecio de su caudillo.

(4) Se refiere a los acontecimientos narrados en el Capítulo XII de estas "Memorias".

(5) Estas marchas y contramarchas tenían lugar a mediados del mes de octubre de 1854.

(6) El encuentro del Alto del Conde debió realizarse el 16 de noviembre de 1854.

(7) La versión del Deán Valdivia, que se encontrará en página 321 y siguientes de sus "Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa", dice que Vivanco no atacó, sino fué el atacado por fuerzas castillistas que le dieron una sorpresa en el pueblo de Quequeña.

(8) En la noche del 30 de noviembre al 1º de diciembre de 1854 irrumpieron sobre Arequipa las fuerzas gobiernistas mandadas por los generales Trinidad Morán y Manuel Ignacio de Vivanco, con el fracaso expresado en las "Memorias" y siendo herido Vivanco, quien pudo fugar. El general Morán, glorioso veterano de las guerras de Independencia, héroe del combate de Matará en el que, por su heroica conducta, salvó al ejército patriota que 6 días después batiría a las fuerzas del Rey de España en Ayacucho, consolidando la libertad

de la América, fué fusilado el 3 de diciembre de 1854, o sea, a los 30 años, al trigésimo aniversario del combate de Matará.

(9) El deán Valdivia (Obra citada, pág. 330) dice: "El Dr. Ureta había tenido bien pagada a una negra vieja de Miraflores que llevaba comida para vender a los soldados de Echenique, y ésta le dió aviso de que los enemigos habían hecho derribar las paredes de las puertas de las huertas (*sic*) de la extremidad del pueblo de Miraflores".

(10) La batalla de La Palma se dió en la hacienda de La Palma (no Las Palmas, actual base de aviación militar) cercana a Miraflores, el día 5 de enero de 1855.

(11) Muy bien realizados son los estudios del general José Luis Salmón, titulados "Una Guerra Civil Interesante y la Batalla de La Palma", aparecidos en distintos números del "Boletín del Ministerio de Guerra y Marina". El padre del autor había tomado parte en ella en la clase de sub-teniente.

(12) Sobre la situación de Echenique como asilado en la legación británica y su salida del Perú, son de primer interés las páginas 140 a 143 de su "Vindicación". La numeración de páginas señaladas corresponde a la edición de New York.

CAPITULO XX

(1) "El General Echenique, Presidente Despojado del Perú, en su Vindicación". —New York 1855. Hay una segunda edición de este folleto, en la imprenta "El Heraldo de Lima", 1855, ordenada por la madre del autor, doña Hermenegilda Benavente de Echenique.

(2) La resolución que disponía que "D. José Rufino Echenique y sus agentes acusados por la opinión pública de los graves delitos consumados durante la última administración, podrán volver al Perú para ser oídos en el juicio que se abrirá...", es de fecha 10 de abril de 1855. La resolución era originada por la representación enviada de Nueva York al presidente de la Corte Supremo, por el general Echenique, expresando su deseo de someterse a juicio tan pronto fuese posible obtenerlo en condiciones normales; en ese recurso dice el general Echenique: "Sin embargo, jamás renunciaré el derecho que tengo para pedir este juicio que, además, reputo como un deber público".

Posteriormente, la Convención expidió una ley, el 23 de noviembre de 1855, sometiendo a juicio al general Echenique y sus más cercanos allegados políticos.

(3) Nuestras diligencias para indagar la fecha del paso del general Echenique, abordo de un buque de guerra británico han sido infructuosas. Suponemos sería a fines de 1856 o principios del siguiente año.

(4) El general Echenique se refiere al distanciamiento de los liberales, que culminó con la disolución de la Convención y, más tarde, con un intento de asesinato contra Castilla, en el que, se dijo, estuvo complicado don José Gálvez. También por el motín del general Fermín Castillo.

(5) Véase nota 4 del Capítulo XIII.

(6) Arequipa se pronunció por Vivanco el 1º de noviembre de 1856.

(7) El 16 de noviembre se empezó a plegar la escuadra a la revolución vivanquista, habiendo logrado el dominio del mar este caudillo.

Vivanco el 22 de abril trata de apoderarse del Callao, siendo rechazado después de sangriento combate.

Los tiroteos de Yumina son de fecha 28 y 29 de junio.

Arequipa es tomada por las fuerzas de Castilla el 7 de marzo de 1858, después de haberse combatido fieramente desde el día anterior.

CAPITULO XXI

(1) La Convención fué disuelta el 2 de noviembre de 1847 por fuerzas mandadas por el teniente coronel Pablo Arguedas.

(2) Castilla obtuvo que el Congreso de 1858 fuese conforme a sus deseos. La filiación de la mayor parte de los representantes era la conservadora. Entre otros, fueron elegidos los prominentes echeniquistas general José Miguel Medina y monseñor Bartolomé Herrera, quienes fueron presidente del Senado y vicepresidente de la Cámara de Diputados, respectivamente.

(3) Aunque el nominalmente derrotado por Linares fué el Presidente Córdova, el caído era Belzu, pues éste había entregado el mando supremo de Bolivia, previas elecciones amañadas, al general Córdova, su hijo político y su protegido. El Presidente Córdova, ante las defecciones de sus fuerzas, tuvo que fugarse al Perú el 21 de octubre de 1857.

(4) Véase la nota 6 del Capítulo XII.

(5) El general Fermín del Castillo se sublevó en Lima el 15 de agosto de 1856. Parece que fué inspirado por el grupo más avanzado de los liberales de esa época.

(6) El coronel Federico Larrañaga se distinguió por su intrepidez. Ferrocioso echeniquista perdió una pierna combatiendo por su caudillo en Arequipa. Esto no fué obstáculo para que se hiciese notar por su valor en el 2 de Mayo y en la Guerra del Pacifico. Su actuación como Cónsul de nuestro país en Panamá, durante una buena parte de dicha Guerra, lo mostró como hombre de recursos y de empresa. Fué periodista combativo. Falleció en Lima el 30 de mayo de 1884 a 53 años de edad.

(7) Muchas inquietudes causaba al gobierno de Linares el apoyo que, más o menos veladamente, prestaba Castilla a los emigrados bolivianos. Por esto en 1858 se vió en la precisión de pedir al gobierno de Lima un acuerdo sobre exilados políticos, habiéndose arribado a mediados de ese año a un convenio verbal.

(8) La caída de Linares se efectuó el 14 de enero de 1861.

(9) Don Guillermo Bogardus, cuya familia radicó en el Perú en 1829, figuró considerablemente en el mundo de los negocios a partir de mediados del siglo XIX. Fué echeniquista y después decidido pierolista. Su nombre se encontrará repetidas veces en la copiosa literatura que sobre el guano y sus empréstitos se dió a las prensas en la segunda mitad del siglo pasado.

(10) Del escrito presentado por doña Victoria Tristán de Echenique, de fecha 25 de marzo de 1861 (Véase Anexo Núm. 5, de la "Exposición que dirige a los pueblos del Perú José Rufino Echenique", Lima, 1861), debe colegirse que el vapor Bolivia, que conducía como pasajero al general Echenique, arribó al Callao el día 24 de marzo de 1861.

(11) Del escrito citado en la nota anterior, se desprende que el general Echenique fué aprisionado en la mañana del día 25 en el vapor "Bolivia", de donde se le traslado al pontón "Sachaca".

(12) El general Echenique hace resaltar la figura del general Pezet, pues éste había sido uno de sus lugartenientes en la batalla de La Palma.

(13) El Congreso el 30 de abril de 1861 resolvió que la Corte Suprema de Justicia abriese juicio de residencia contra don José Rufino Echenique, sustrayéndolo de la jurisdicción del juez Corzo del Callao.

El pintoresco oficio del Ejecutivo al Congreso es de fecha 14 de mayo de 1861. También se encuentra reproducido en el folleto citado en la nota 10 de este Capítulo, como el anexo número 7.

(14) La resolución que deportaba a Echenique y sus amigos es de 12 de agosto de 1861.

(15) La Comisión Permanente del Cuerpo Legislativo, en oficio de 11 de setiembre de 1861, firmado por don Manuel Irigoyen, se dirigía al Ministro de Gobierno protestando por la expatriación.

El Gobierno contestaba, por conducto del ministro de Gobierno Manuel Morales, el 19 de setiembre que la medida no era una infracción constitucional, puesto que no se deportaba sino "que a Echenique y los que les acompañaban sólo se les manda volver al lugar donde antes se hallaban".

(16) Antes de abandonar la patria Echenique se dirigía a la Corte Suprema acusando la violencia que el general Castilla cometía y pidiendo ser enjuiciado. Este escrito tiene fecha 10 de setiembre de 1861. Para esta parte de las "Memorias" es un valioso complemento el folleto citado en la nota 10, en el que se reproduce como anexo número 12 este escrito presentado a la Corte Suprema.

CAPITULO XXII

(1) El Congreso proclamó Presidente al Gran Mariscal Miguel San Román el 29 de agosto, inaugurándose este gobierno el 24 de octubre de 1862.

(2) El general Echenique llegó a Lima el 11 de noviembre de 1862.

(3) El 17 de noviembre 1862 solicitaba a la Corte Suprema la apertura del juicio de residencia sobre su propio gobierno.

(4) Es don Francisco González de Prada, hermano del literato y político don Manuel González Prada. Fué don Francisco abogado de fortuna, conservador y religioso y de situación expectable.

(5) La tradición cuenta que don Ramón Castilla, noticiado de que todo hacía suponer que los días de vida del Presidente San Román estaban contados, dejando de lado su distanciamiento, fué a visitarlo y le expuso que debía de disponer sus asuntos terrenales y espirituales. En este campo fué el famoso franciscano Gual el que auxilió al Presidente moribundo.

(6) Los santos sacramentos fueron administrados al Presidente San Román el 2 de abril de 1863, y dice una relación de la época ("Corona Fúnebre del Excmo. Sr. Gran Mariscal D. Miguel San Román, Presidente de la República, Muerto en la villa de Chorrillos el 3 de Abril de 1863", Imprenta "El Mercurio". —Lima, 1863): "El general Echenique llevaba el *estandarte*, simbolo precioso de la redención cristiana". Don Miguel San Román falleció a las 11 de la mañana del día 3 de abril.

(7) El Gran Mariscal Ramón Castilla, como Encargado del Gobierno, asume el mando el 3 de enero de 1863.

(8) El general Pedro Diez Canseco se encarga del mando supremo el 9 de abril de 1863.

(9) El general Juan Antonio Pezet, primer Vicepresidente de la República, toma el mando supremo el 5 de Agosto de 1863.

(10) En la 3ª. Junta Preparatoria del Senado, de 16 de julio de 1864, fueron aprobadas las credenciales de don Ramón Castilla como senador por Moquegua. En la 3ª. Junta Preparatoria de la Cámara de Diputados se aprobaron las de don José Rufino Echenique como diputado por Lima, habiendo funcionado esa Junta el 19 de julio del mismo año.

(11) La señora Doña Victoria Tristán de Echenique falleció el 1º. de junio de 1864.

CAPITULO XXIII

- (1) La escuadra española llegó al Callao el 12 de julio de 1863.
- (2) El ministro nombrado por Echenique ante España en el año 1853 fué don Joaquín José de Osma. El Presidente Castilla envió como plenipotenciario a Madrid, en 1859, a don Pedro Gálvez. La patente de Cónsul del Perú en Madrid fué expedida por Castilla en 1855 a favor de don Mariano Moreyra.
- (3) Véase nota 1 de este Capítulo.
- (4) Las islas de Chíncha fueron ocupadas por la escuadra española el 14 de abril de 1864. Gobernador de las islas era el capitán de navío don Ramón Valle-Riestra, quien no contaba con fuerzas para oponerse a las del almirante español.
- (5) El jefe de la escuadra, don Luis H. Pinzón, visitó Buenos Aires en noviembre de 1862. Después de diversas entrevistas obtuvo del Presidente de la Argentina, general Bartolomé Mitre, el ofrecimiento formal de enviar un plenipotenciario a Madrid para ajustar un tratado entre ambas naciones; este tratado fué firmado en Madrid el 21 de setiembre de 1863, ratificado por Argentina el 7 de noviembre de ese año y, por España, el 9 de enero de 1864. Las ratificaciones fueron cambiadas en Madrid el 20 de junio de este último año.
- (6) Los llamados sucesos de Talambo comenzaron el 4 de agosto de 1863.
- (7) Si bien por parte del Perú no se hostilizó a los buques españoles, pues de la costa vecina se les negociaron víveres, también es cierto que los españoles, por su parte, no impidieron que se llevase adelante el tráfico del guano, primera fuente de recursos de nuestro país. Sobre este particular puede verse "Historia de la Guerra de España en el Pacífico", escrita por el teniente de navío español Pedro de Novo y Colson, impresa en Madrid en 1882, particularmente la página 179 y siguientes.
- (8) Se refiere a que en febrero de 1824 el escuadrón Escolta, en que figuraba el entonces capitán Manuel de Mendiburu, en lugar de marchar a Chancay, a donde había sido enviado para unirse al ejército patriota, contramarchó a Lima y se entregó a los realistas. Si bien es cierto que este hecho no se puede reputar a Mendiburu, oficial subalterno, sí se señaló siempre el hecho de que éste, en lugar de tratar de unirse al ejército libertador, optase por marcharse de paseo a Brasil y España, para sólo volver al Perú en 1827.
- (9) El Congreso se instaló el 28 de julio de 1864.
- (10) El general Echenique actuaba de acuerdo con la opinión peruana. Novo y Colson, en la obra citada, pág. 193, dice: "El Perú se conmovió hondamente y, demostrando enérgica actitud para defender su derecho, fué pródigo en manifestaciones de patriotismo". William Columbus Davis, historiador norteamericano, en su brillante obra "The Last Conquistadores", The University of Georgia Press, 1950, pág. 66, manifiesta: "Vidas y fortunas de todas clases de gentes, de lo más bajo a lo más alto, fueron puestas a disposición del gobierno. El jefe en esto fué el capitalista peruano Candamo, quien presó un millón de pesos".
- (11) La Comisión permanente del Congreso autorizó al Ejecutivo, en 17 de abril de 1864, para que negociase un empréstito por cincuenta millones de pesos.
- (12) Este pedido de declaratoria de guerra contra España fué hecho por don Ramón Castilla en la sesión secreta del Congreso de 31 de agosto.
- (13) No hubo tal poblada; sólo se trató de una manifestación de simpatía al Perú por parte del pueblo de Panamá; en tal sentido afirma F. E. Ce-

rruti, secretario privado de Salazar y Mazarredo en su obra "Perú y España", Lima, 1864. Tales demostraciones tuvieron lugar en la noche del día 20 de junio de 1864. Salazar dió rienda suelta a su malsana imaginación en sus informes al gobierno de Madrid, presentándose como el héroe que había escapado de mil asechanzas.

(14) Sobre las bases de un arreglo, propuestas por el ministro español Pacheco a nuestro cónsul Moreira el 25 de junio de 1864, véase "Documentos relativos a la cuestión española", publicados por el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, en Lima, 1866. El general José Manuel Pareja asumió el mando de la escuadra española el 7 de diciembre de 1864.

(15) El 11 de agosto quedó constituido el gabinete presidido por don Manuel Costas, que estaba integrado por don José Simeón Tejeda, don S. Zarándegui (quien luego fué reemplazado por don Felipe Barriga Alvarez), el general Frisancho y por don Toribio Pacheco.

(16) Esta ley fué fechada el 9 de setiembre de 1864.

(17) Las negociaciones entre Vivanco y Pareja comenzaron el 30 de diciembre de 1864 a bordo de la fragata española "Resolución" y el tratado fué firmado. Después de diversos incidentes, inclusive un ultimatum de Pareja, el tratado, conocido con el nombre de Vivanco-Pareja, fué firmado en la "Villa de Madrid", al ancla en la rada del Callao, el 27 de enero de 1865.

(18) El artículo 52º de la Constitución señalaba el término de 100 días útiles para las sesiones del Congreso Ordinario; este plazo vencía el 31 de enero de 1865.

(19) El Decreto que ratifica el tratado Vivanco-Pareja es de fecha 2 de febrero de 1865 y está datado en el Callao.

(20) El 5 de febrero hubo en el Callao algunos disturbios populares contra la marinería española. Al día siguiente, 6 de febrero de 1865, concurrió don Ramón Castilla a Palacio para dejar constancia al Presidente Pezet de estar contra el tratado; ese mismo día era preso. Castilla fué embarcado en el buque peruano "Guisse", el que se dió a la vela en la madrugada del 21 de febrero de 1865.

(21) El 28 de febrero de 1865 se levantó en Arequipa, contra el gobierno de Pezet, el coronel don Mariano Ignacio Prado.

CAPITULO XXIV

(1) El general Pedro Diez Canseco alcanzó el ejército revolucionario en Ayacucho, el día 23 de junio de 1865, siendo reconocido por el coronel Prado el día 24 y haciéndose cargo del mando supremo al día subsiguiente, o sea, el 25.

(2) El general Diez Canseco expidió en Chincha, el 12 de Octubre de 1865, el Decreto declarando la guerra a España (Vicuña Mackenna.— "Diez meses de Misión a los Estados Unidos de Norte América".— Santiago 1867.— Tomo I, páginas 52 y 53).

(3) A fines de octubre las tropas del Ejército Restaurador a órdenes de Prado empezaron a ser desembarcadas en el puerto de Chilca, aproximadamente a unos sesentaicinco kilómetros al sur de Lima y menos de treinta kilómetros del pueblo de Lurín, donde se hallaban acantonadas las fuerzas de Pezet, las que habían salido de Lima el 26 de octubre.

(4) Lima fué capturada el 6 de noviembre de 1865. Se combatió desde la aurora hasta el mediodía.

(5) El 8 de noviembre se rindió el ejército de Pezet; ese mismo día se embarcó Pezet al extranjero.

(6) El 28 de noviembre de 1865 asumió el mando, con el título de dictador, el coronel Mariano Ignacio Prado.

(7) El Decreto en que se declara la guerra a España está fechado el 14 de enero de 1866.

(8) La "Covadonga" fué capturada el 26 de noviembre de 1865.

(9) La batalla de Abtao se dió el 7 de febrero de 1866.

(10) Valparaíso fué bombardeado por la escuadra española el 31 de marzo de 1866, durando el cañoneo desde las 9.15 a. m. hasta las 12 m.

(11) El día 11 de abril, en la mañana, la escuadra española fué vista, desde el Callao, en las cercanías de la isla de San Lorenzo.

(12) El decreto de creación del Consejo de Guerra de Oficiales Generales, fué datado en el Callao el 1º. de Mayo de 1866.

(13) El Consejo de Guerra de Oficiales Generales estaba compuesto por: el Gran Mariscal Antonio Gutiérrez de La Fuente, que lo presidía; los generales de división José Rufino Echenique y Fermín del Castillo; los de brigada Pedro Cisneros, Francisco Forcelledo, Nicolás Freyre y Rudecindo Beltrán

(14) En el Decreto de 30 de abril de 1866, se prescribía que, en caso de muerte del Jefe Supremo, los Secretarios de Estado formarían un Consejo de Gobierno, el que ejercería el Poder Público.

(15) El 2 de Mayo de 1866 se rompieron los fuegos por la escuadra española, el blindado "Numancia", a las 11.15 a. m.

(16) En la batalla del 2 de mayo, 50 cañones peruanos se opusieron a 275 de la escuadra española.

(17) A las 5 de la tarde el combate se suspendió, retirándose los buques españoles a San Lorenzo y, según las informaciones de los observadores neutrales, con excepción de la blindada "Numancia", todos los barcos españoles resultaron malamente dañados y dos aparecían como en condiciones de hundirse. El jefe español Méndez Nuñez fué severamente herido.

(18) La escuadra española zarpó el 10 de mayo, repartida en dos divisiones; una de ellas toma la ruta de las Filipinas; la otra volvió a los puertos de su patria por el cabo de Hornos.

(19) La entrada triunfal del general Prado en Lima se efectuó el 13 de mayo de 1866.

(20) El nombramiento de Tucker como jefe de la escuadra peruana se expidió en los primeros días de junio de 1866. Tan pronto los marinos peruanos se enteraron, notificaron al gobierno su decisión de apartarse de la escuadra por no desear ser mandados por un extranjero. El gobierno envió al miembro del gabinete presidencial don Manuel Pardo, en el "Chalaco", a Valparaíso a tratar de persuadirlos y quien al no poder convencerlos, los trajo prisioneros en el referido barco, que zarpó de Valparaíso el 9 de agosto de 1866.

(21) El 10 de febrero de 1867 el Consejo de Guerra pronunció su fallo y por unanimidad de votos declaró inocentes a todos los procesados. El Consejo estaba integrado por el Mariscal de La Fuente, que lo presidía, los generales Echenique, del Castillo, Pedro Cisneros, La Puerta y Freyre.

(22) El coronel M. I. Prado asumió la Presidencia Constitucional de la República el 31 de agosto de 1867.

(23) El año de 1867 es uno de los más movidos de nuestra inquieta vida republicana. Conspiraciones, proclamaciones, conatos revolucionarios, montoneras, se suceden; larga y difícil sería hacer la relación puntual; Ernesto Diez Canseco, en "Los Generales Diez Canseco", Lima, 1950, página 251 y siguientes, narra, basándose fundamentalmente en el diario "El Comercio" de la época, los incidentes de este año.

(24) El 22 de setiembre de 1867 se inició en Arequipa la revolución del general Pedro Diez Canseco.

(25) El Presidente Prado se embarcó en el Callao el 13 de octubre para combatir la revolución de Arequipa.

(26) La actividad revolucionaria del coronel José Balta se intensificó el mes de noviembre de 1867, batiendo al ministro Cornejo el 7 de enero de 1867.

(27) El Presidente Prado llegó a Lima, de vuelta de Arequipa, el 5 de enero de 1868 y, viendo el avance revolucionario, renunció el 7 del mismo mes.

(28) Los disturbios de Lima a favor de Diez Canseco tuvieron lugar los días 7 y 8 de enero.

(29) Proclamado en Lima como Jefe de la República el general Pedro Diez Canseco y, estando ausente de la capital, se nombró para que ejerciese el mando supremo, entretanto llegase ese general, a su hermano don Francisco Diez Canseco.

(30) El 22 de enero de 1868 asumió el poder el general Pedro Diez Canseco.

CAPITULO XXV

(1) Son los doctores Miguel del Carpio y Juan Antonio Ribeyro.

(2) El Supremo Decreto, aprobando la propuesta presentada por don Enrique Meiggs para la construcción del ferrocarril de Mollendo a Arequipa, fué rubricado por el Vicepresidente Diez Canseco el 30 de abril de 1868. Refrendada la firma de aquél el ministro general La Fuente.

(3) El otro candidato a la presidencia fué el doctor Manuel Toribio Ureta.

(4) *Infra* página 53.

(5) El ministro de Hacienda fué el doctor Francisco García Calderón.

(6) Don Nicolás de Piérola dirigía el periódico "El Tiempo".

(7) Don Nicolás de Piérola aceptó el cargo de ministro de Hacienda el 6 de enero de 1869 y juró el cargo al día siguiente.

(8) El apellido es Sanz y no Sáenz.

(9) Las instrucciones entregadas a don Juan Martín Echenique tienen fecha 27 de marzo de 1869.

(10) Don Juan Martín Echenique volvió de Europa, en unión de Dreyfus, el 8 de agosto de 1869. Traían el contrato firmado el 5 de julio de ese mismo año.

(11) Piérola en su informe a la Corte Suprema, diría: "después de luchar en vano, por sí y por medio de sus socios, llamados nacionales y demantes del Gobierno, para conseguir, no las bases de éste (se refería al contrato), que ellos conocían y tenían copia, sino los términos del contrato mismo ajustado, términos que no era posible comunicar sino traicionando el decoro y la dignidad del Gobierno y los más preciosos intereses del país".

(12) Según el informe referido en la nota anterior, los consignatarios presentaron una primera propuesta al gobierno el 14 de agosto y, después de conocer los términos del contrato Dreyfus, que había sido aprobado dos días antes, el 19 de agosto pretendieron que el Gobierno considerara este acuerdo como base para un remate público. Finalmente el 31 de agosto presentaron su última propuesta ofreciendo algunas mejoras y dos millones de soles a favor del Gobierno.

(13) El fallo de la Corte Suprema fué de 26 de noviembre de 1869. El Gobierno afrontó ese fallo con una Resolución de 20 de diciembre de ese mismo año.

(14) El Congreso debía reunirse, como lo hizo, el 28 de julio de 1870.

(15) Por Resolución Legislativa de 11 de noviembre de 1870 el Congreso aprobó el Contrato Dreyfus.

(16) Arequipense Diez Canseco aprobó el contrato con Meiggs a pesar de ser más alto que otras propuestas, basándose en la garantía que representaba Meiggs por su experiencia y capitales. Condescendencia de Diez Canseco con los agricultores del valle de Tambo fué que la línea tomase la ruta de Mejía, alargándola.

(17) El Congreso expidió la ley de 18 de diciembre de 1851 autorizando al Ejecutivo la construcción del ferrocarril de Arica a Tacna. El Gobierno celebró un ventajoso contrato con D. José Hegan, por el que éste se comprometió a construir el ferrocarril por su cuenta, con la garantía del Estado Peruano de asegurarle un rendimiento de $6\frac{1}{2}\%$ al capital que invirtiese; también le hacía, por tres años, un adelanto de dos millones de pesos, por los que el contratista abonaría intereses.

(18) El 18 de diciembre de 1869 se expidió el Decreto que aprobaba la propuesta de don Enrique Meiggs para construir el ferrocarril de Lima a Oroya.

(19) La expresión del general Echenique, comentando las frases de don Juan Francisco Balta, hacen evidente el hecho de que estas "Memorias" fueron escritas durante la guerra del Pacífico.

(20) La concesión de la construcción del ferrocarril de Ilo a Moquegua fué otorgada a la firma Deves Frères el 10 de diciembre de 1870. En el mes de enero de 1871, esa firma traspasó la concesión a don Enrique Meiggs con aprobación del Gobierno.

(21) El contrato del ferrocarril de Arequipa a Puno es de 18 de diciembre de 1869.

(22) El Gobierno de Balta el 9 de junio de 1871 aceptó, aunque condicionalmente, la oferta de D. Benito Valdeavellano y D. Dionisio Derteano para construir el ferrocarril de Chimbote a Huaraz.

(23) El 23 de abril de 1870 se firmó el contrato por el que se autorizaba por el Supremo Gobierno a don Juan M. Ugarte la construcción de un ferrocarril de Salaverry a Trujillo. Con anterioridad se había dado la concesión de un ferrocarril de Malabrigo a Ascope, a don José Gregorio García; la fecha de esta concesión es 26 de agosto de 1869. Después de diversos incidentes el Gobierno tomó a su cargo la construcción del ferrocarril decidiendo que fuese

de Salaverry a Chocope partiendo de allí dos ramales, uno a Ascope y otro a Paiján. La construcción se adjudicó a Pedro T. Larrañaga el 3 de junio de 1872.

(24) La ley de 24 de enero de 1871 autorizó al Ejecutivo la contratación de un empréstito de quince millones de libras esterlinas, de los cuales dos se debían aplicar a irrigaciones de la Costa y trece a la construcción de los ferrocarriles de Cuzco, Cajamarca y Huaraz. El 17 de julio se contrató en Lima la emisión de este empréstito con la casa Dreyfus.

CAPÍTULO XXVI

(1) Los capitanes Domingo Millán y Manuel Prudan fueron fusilados el 21 de marzo de 1824.

(2) La mayor falta de tino, si así puede llamarse, de don Manuel Pardo es haberse encargado de ordenar los asuntos de la escuadra en tiempos de Tucker.

(3) En el periódico "La Sociedad" de 26 de abril de 1871 aparece un artículo en el que se ocupa del desistimiento de don Juan Francisco Balta como candidato presidencial.

(4) Los testimonios contemporáneos están acordes al manifestar la repugnancia del Presidente Balta a una candidatura presidencial civil victoriosa y sus propósitos de evitarla aun con un golpe de estado.

(5) Don Nicolás de Piérola dejó en forma definitiva el Ministerio de Hacienda el 18 de julio de 1871.

(6) El prefecto Chocano fué sustituido por don Pedro José Bustamante el 17 de Agosto de 1871.

(7) Esta anécdota también está recogida con algunas variantes por don Nicanor Camino en "Rasgos característicos del ilustre Manuel Pardo".

(8) La elección de ciudadanos que debían formar los colegios electorales se realizó el 15 de octubre de 1871.

(9) El 2 de noviembre de 1871 el Presidente Balta dirigió un manifiesto a la Nación proponiendo como candidato de unión nacional al doctor Antonio Arenas. El 7 de noviembre de 1871 hizo público su retiro el general Echénique, no haciéndolo ni don Manuel Pardo ni el Dr. M. T. Ureta.

(10) Las Juntas Preparatorias empezaron a funcionar el 13 de julio de 1872.

(11) Los autores contemporáneos están acordes en que existieron influencias de amigos que hicieron desistir a don José Balta de la idea de un golpe de estado. Todos están acordes en señalar a don Enrique Meiggs como la influencia decisiva; también aconsejaron en tal sentido al Presidente, según Guillermo A. Seoane, los señores Melchor T. García y José Loayza, y a estos nombres, según la versión de Faustino Silva, debería agregarse el de don Esteban Montero, acudado salitreiro que se hallaba en vísperas de contraer matrimonio con una hija del Presidente.

(12) El día era el 22 de julio de 1872, y el batallón al mando del coronel Silvestre Gutiérrez era el "Pichincha", N° 2.

(13) La comisión estaba compuesta por los senadores Mariscal Antonio G. de La Fuente y Manuel F. Benavides y los diputados José S. Tejeda, Luciano B. Cisneros y Ricardo W. Espinoza, los que prepararon el proyecto de declaración por el que se condenaba la actitud de los amotinados y "conside-

rándolos fuera de la ley" y haciendo un llamamiento al pueblo y a la parte leal del ejército, a cumplir con su deber.

(14) Por un sentimiento de pudor hidalgo, Echenique calla su noble actitud como presidente del Congreso, al no decir que había citado para lugar secreto a los representantes para que se llevase a efecto, a pesar de la situación, la reunión del Congreso ordinario y como algunos diputados hablaban de unión, el anciano general, dirigiéndose a los presentes, con laconismo militar les expresó: "Cuando la patria está en peligro no hay partidos ¡Viva el Perú!, ganándose la aclamación de los congresistas.

(15) La armada peruana se pronunció contra la asonada de los Gutiérrez el 23 de julio, en reunión convocada por el ilustre Grau.

(16) Los hermanos del dictador Tomás Gutiérrez eran: el coronel Silvestre Gutiérrez, jefe del batallón "Pichincha"; el coronel Marceliano Gutiérrez, comandante del batallón "Zepita" N° 3; y el coronel Marcelino Gutiérrez al mando del batallón "Ayacucho" N° 4.

(17) El día 26 de julio de 1872 fué asesinado el coronel Silvestre Gutiérrez en la estación del ferrocarril al Callao, sita entre las plazas de San Juan de Dios y de la Micheo. Ese mismo día fué asesinado en el cuartel de San Francisco el coronel José Balta, Presidente de la República.

(18) El coronel Marceliano Gutiérrez pereció en el Castillo del Callao el día 26. El día 27, después de salir del fuerte de Santa Catalina, el coronel Tomás Gutiérrez, viéndose perdido, se dió como prisionero al coronel Domingo Ayarza, quien, en unión de otros caballeros, trató de salvarlo de las iras del populacho, lo cual no pudieron conseguir a pesar de su esfuerzos, siendo materialmente hecho pedazos por la plebe. Los cadáveres de los hermanos Tomás y Silvestre fueron colgados de las torres de la catedral de Lima, y posteriormente quemados, todo esto por la plebe enardecida. Sólo pudo escapar con vida el coronel Marcelino Gutiérrez.

CAPITULO XXVII

(1) Don Manuel Pardo y Lavalle asumió la Presidencia Constitucional de la República el 2 de agosto de 1872.

(2) El Presidente Pardo leyó un mensaje a las Cámaras el 21 de setiembre de 1872. Hacía la exposición de la delicada situación económica del país, antes del mes de haberse hecho cargo del Poder Supremo, y señalaba responsabilidades a la anterior Administración.

(3) No existiendo colecciones completas de "La Patria" ni en la Biblioteca Nacional, ni en la Central de la Universidad de San Marcos, ni tampoco en la de la Cámara de Diputados, no ha sido dable ubicar el dato concreto sobre la fecha en que apareció publicado el artículo de don Nicolás de Piérola que dice el general Echenique apareció sin firma.

(4) La proposición presentada a la Cámara de Diputados en que se pide la acusación de Piérola, junto con otros ministros de Balta, fué suscrita el 13 de agosto de 1872. El Dictamen de la Comisión de la Cámara de Diputados aprobaba lo propuesto el 16 de setiembre de 1876, y en ese Dictamen se hacían 12 cargos contra don Nicolás de Piérola. La acusación fué aprobada por gran mayoría y elevada al Senado, a quien estaba dirigida.

(5) La carta del general Echenique, tratando de favorecer a don Nicolás de Piérola, era de fecha 4 de octubre de 1872 y fué publicada en el periódico "El Nacional" del 6 del mismo mes.

El 17 de octubre de 1872 se dió cuenta al Senado de la acusación y se nombró una Comisión dictaminadora. Esta encontró fundados los cargos contra Piérola, dando cuenta el 6 de noviembre. Piérola publicó su tremante "Ex-

posición del S. D. Nicolás de Piérola, con motivo de las acusaciones entabladas contra él, como Ministro de la anterior administración, ante el Senado por la Cámara de Diputados. Precedida y seguida de los documentos conducentes a darle la claridad y comprobarla". Lima, Imprenta de "La Patria", 1872. Después de largos debates el Senado, en sesión de 21 de noviembre desechó todos los cargos de la acusación contra Piérola.

(6) Los coroneles Mariano Herencia Zevallos y Domingo Gamio fueron enviados, por razones de seguridad política, al interior de la República. Por razones que no se han podido esclarecer, el jefe de la escolta que los conducía a Pozuzo, alegando que habían pretendido fugar, les hizo dar muerte. Enjuiciado por orden del Gobierno, fué internado en la Penitenciaría por doce años, pero no dió otra razón que la de impedir la fuga. La muerte de ambos coroneles ocurrió el 1º de febrero de 1873.

(7) En "El Comercio" de 23 de julio de 1872 aparece la noticia de que ha sido concedida la autorización de viajar a Europa por razones de salud al general José R. Echenique.

(8) Estos desórdenes ocurrieron en los últimos meses de 1873, y estaban fomentados por la prensa opositorista que mostraba gran actividad, tanto doctrinaria cuanto panfletaria. Piérola debió de llegar a Europa a comienzos del año 1874.

(9) Los expedicionarios de "El Talismán", que habían partido de Chile el 10 de octubre de 1874, no pudieron desembarcar el 24 en Pacasmayo; lográndolo hacer en Ilo el 1º de noviembre, pero "El Talismán" fué capturado por el "Huáscar" en el siguiente día. Después de diversos incidentes, en forma plena de audacia y desesperación, Piérola trató, sin éxito, de tomar Arequipa con trescientos hombres; a raíz de este fracaso Piérola tuvo que cruzar la frontera de Bolivia.

(10) Para mejorar la situación financiera y bancaria del país el Presidente Pardo dictó los Decretos de 1º, 9 y 11 de agosto de 1875, también los Decretos de 10 de setiembre y 1º de diciembre de ese mismo año.

(11) Las elecciones presidenciales del año 1875, tuvieron lugar en Lima el 17 de octubre.

(12) El 31 de enero de 1875 un grupo de espectables ciudadanos presentó la candidatura del general Prado, en una Circular, que era firmada por La Puerta, por Pedro Paz Soldán, Alejandro Arenas, Juan Francisco Pazos, Buenaventura Elguera, Pablo de Vivero y otros.

(13) El general Prado se embarcó a Europa el 21 de marzo de 1876.

(14) Hasta la fecha no ha sido publicado lo escrito por don Juan Martín Echenique sobre el contrato Raphael.

(15) El 2 de agosto de 1876 asumía la Presidencia el general Mariano Ignacio Prado.

(16) El 20 de agosto de 1876, a raíz de una reunión popular a favor del gobierno del general Prado, que fuese presidida por el anciano Mariscal de La Fuente, y que degeneró en una asonada contra diversos partidarios del ex-Presidente Pardo y contra la misma casa del ex-Mandatario. Al día siguiente, en la Cámara de Diputados se aprobaba por abrumadora mayoría un voto de censura contra el Ministerio. Las relaciones entre el ex-Presidente y el Presidente Prado se tornaron cada día más tensas.

(17) El día 4 de junio de 1877 se produce en el Callao un pronunciamiento por las fuerzas armadas existentes en ese puerto y en unión de civiles, entre los que se destacaban pardistas. La desconfianza hacia el jefe del Partido Civil existía desde largos meses, acentuándose con los últimos acontecimientos.

Tuvo don Manuel Pardo que esconderse, pudiendo embarcarse por el Callao el 15 de ese mismo mes de junio con destino a Chile.

(18) Don Nicolás de Piérola había desembarcado clandestinamente en Arica el 3 de octubre de 1876; ese mismo día se levantó en su favor el vecindario de Pacocha; el 16 de octubre se posesionaba de Moquegua.

(19) Fuerzas del gobierno al mando del general La Cotería batieron a los pierolistas en Yacango el 19 de octubre y su jefe tuvo que dirigirse a Bolivia.

(20) El "Huáscar" se sublevó por Piérola en el Callao el día 6 de mayo de 1877.

(21) El jefe de la estación naval inglesa en el Callao era el almirante A. M. de Horsey.

(22) El combate del "Huáscar" con la "Shah" y el "Amethyst" tuvo lugar en las cercanías del puerto de Pacocha el día 29 de mayo de 1877.

(23) El "Huáscar" se entregó a la escuadra peruana al mando del capitán de navío Juan G. More, en Iquique, el 31 de mayo de 1877.

(24) Véase nota 17 de este mismo Capítulo.

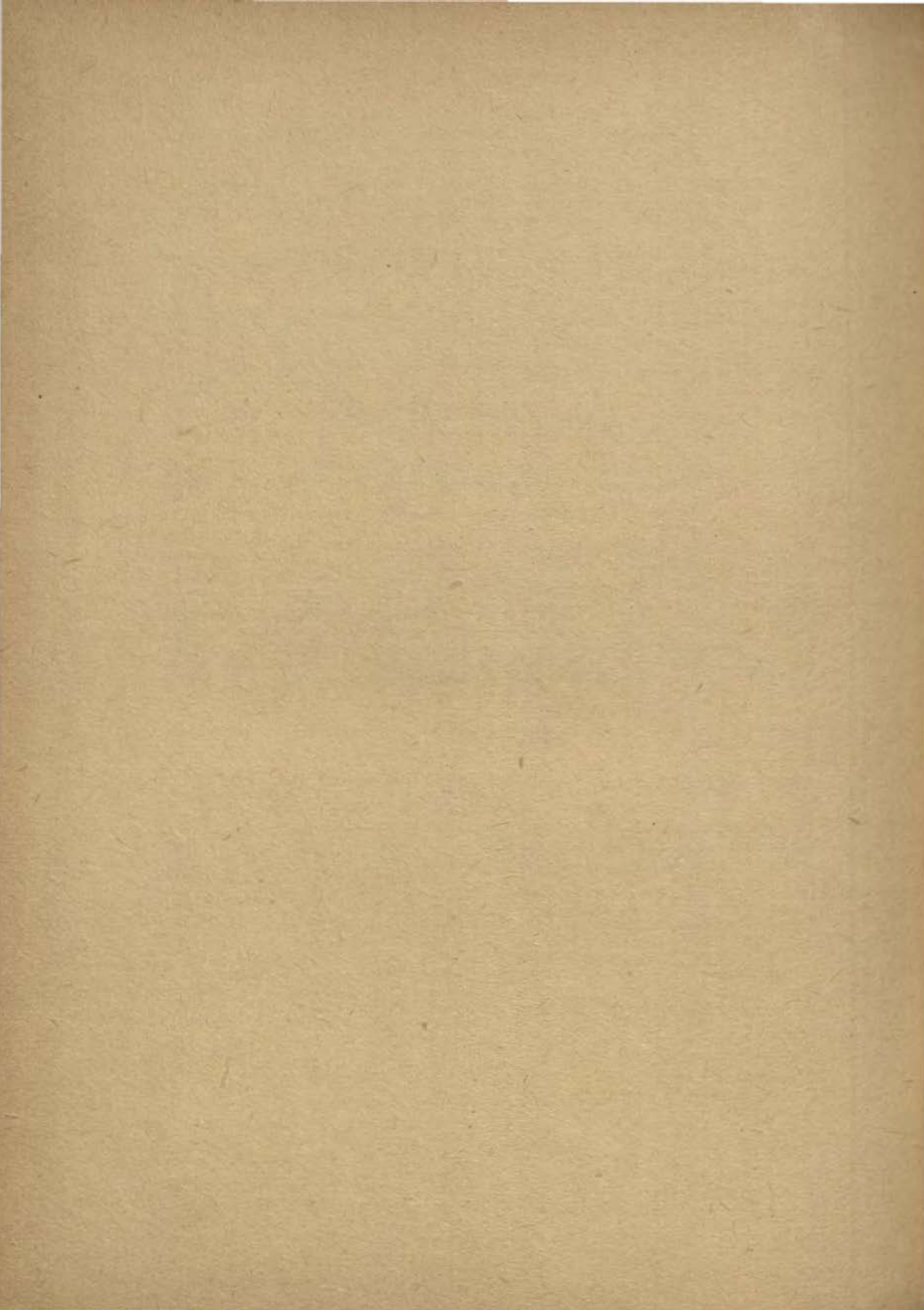
(25) El Presidente Prado había confrontado el serio problema de unas Cámaras con gran mayoría civilista, partido que se hallaba distanciado de él. Los distintos medios de hacerse de una mayoría en el Parlamento le habían fracasado. Ante esta situación trató de dar un golpe de estado contra el Congreso; para poder darle una apariencia legal dió órdenes a las autoridades de la República para que se fomentasen ideas de un plebiscito. En esa forma quería desautorizar al Congreso y poder llamar a nuevas elecciones para representantes; estos movimientos se acentuaron a mediados del año 1878. El Congreso para cortar estos intentos pasó el 29 de octubre de ese año una ley que prohibía el plebiscito.

(26) La alianza defensiva con Bolivia se firmó en Lima el 6 de febrero de 1873.

(27) Fuerzas armadas chilenas ocuparon militarmente el puerto boliviano de Antofagasta el 14 de febrero de 1879.

(28) La batalla de San Juan tuvo lugar en las proximidades de Chorrillos el 13 de enero de 1881; la de Miraflores, en las vecindades del pueblo del mismo nombre, el 15 del mismo; y Lima fué ocupada por el ejército de Chile el 17 de enero de 1881.

INDICES



INDICE DE NOMBRES DE PERSONAS Y PERIODICOS

- Abascal, José Fernando de.— 344.
 Agreda, Sebastián.— 240.
 Alfaro, Aurelio.— XIV, 346.
 Allende, José.— XXIV, 61, 101, 129,
 133, 135, 270, 273, 362, 364.
 Althaus, Clemente.— XXII, 31.
 Althaus, Emilio.— LVI, 275, 296, 297,
 321, 328, 334.
 Althaus, Familia.— 286.
 Alvarado Ortiz, Francisco.— 121, 130.
 Alvarado, Imprenta de.— LXVIII.
 Alvarado, Rudecindo.— 10, 345.
 Alvarez Calderón, Clarisa Olavegoya
 de.— LXIX.
 Alvarez, Mariano.— 259.
 Alvarez, Max.— 254.
 Alvizuri, Fernando.— LXX.
 Alzamora, Blas José.— XL, 298.
 Amat y León, Manuel.— 348, 352.
 Ampuero, José María.— XXXVIII.
 Andraca, Intendente.— 284, 286.
 Angulo, Tnte.— 53, 58.
 Antezana, Marcos.— 348.
 Aparicio, Manuel Martínez de.— 82,
 103, 352.
 Aramburu, Eleuterio.— 17.
 Arce, Pbro. Miguel Antonio.— XXXVIII.
 Arenales, Juan Antonio Alvarez de.—
 9, 344, 345.
 Arenas, Alejandro.— 375.
 Arenas, Antonio.— LV, LVI, 290, 292,
 315, 318, 319, 320, 321, 322, 327,
 373.
 Arguedas, Pablo.— XXIV, 235, 366.
 Arredondo, Ignacia Novoa de.— XLI.
 Arredondo, Manuel Antonio de.— XLI.
 Arredondo, Manuel de.— XLI.
 Arrisueño, Valerio.— 52.
 Astete, Sr.— 88.
 Aveleyra, Coronel.— 343.
 Ayarza, Domingo.— 374.
 Baillivián, José.— 147, 148, 236, 358.
 Balta, José.— LIII-LVII, 285, 287, 289,
 290, 292, 301, 306, 307, 325, 328,
 351, 372-374.
 Balta, Juan Francisco.— LIII-LV, 53,
 290, 292, 300, 302, 305-307, 309-318,
 320, 322, 325, 326, 329, 351, 356, 372,
 373.
 Bao.— 57.
 Baquero, Coronel.— 280.
 Barca, Angel Calderón de la.— 360.
 Barriga Alvarez, Felipe.— 369.
 Basagotia, Manuel Mariano.— 152.
 Basombrio Echenique, Enrique.— XI.
 Basurto.— 105.
 Bedoya, Elías.— 350.
 Belgrano, Manuel.— 344.
 Beltrán, Rudecindo.— 370.
 Belzú, Manuel Isidoro.— XLIII, 148, 171,
 207, 212, 236, 237, 358, 363, 366.
 Benavente, J. de la Cruz.— 325.
 Benavente, Mons. Jorge de.— XXIX,
 3, 5, 344.
 Benavente, Pedro.— 14, 24, 25.
 Benavides, Manuel F.— 323, 373.
 Benavides, Miguel.— 9.
 Bermúdez, Pedro. XXIV, XXV, XXXII,
 XXXVII, LI, LX, 33, 45, 50-52, 57, 58,
 63-67, 69-71, 93, 134, 135, 347, 349-
 351, 356, 359.
 Bilbao, Manuel.— LXVIII, 352.
 Blanco, José María.— LXVII, 352.
 Blanco, Pedro.— 109.
 Blanco, Sr.— 115.
 Bogardus, Guillermo.— XLIX, 243, 244,
 366.
 Bolívar, Simón.— XVII, XX, XXI, 14,
 23, 26, 27, 32, 180, 347, 359.
 Bolívar, Sres.— 97.
 Bonifaz, XXXVIII.
 Boza, Valentín.— 355.
 Braun, Felipe.— 25.
 Bryce, James.— LIX.
 Bulnes, Gonzalo.— XXX, 354.
 Bulnes, Manuel.— 109, 354.

- Bustamante, Pedro.— 283.
 Bustamante, Pedro José.— 373.
 Cabieses, Hericilio.— 248.
 Cáceres, Andrés A.— LXX.
 Cáceres, Z. Aurora.— LXX.
 Calderón, Pedro José.— 270.
 Camacaro, Comandante.— XXI, 30.
 Camino, Nicanor.— 373.
 Candamo, Manuel.— 368.
 Canevaro, José.— 296, 338.
 Canterac, José.— 345.
 Caravedo, Baltasar.— 231.
 Cárcamo, Ramón.— XLIX, 279.
 Cárdenas, Diputado.— LII, 268, 269.
 Cárdenas, Juan.— 354.
 Carpio, Miguel del.— 289, 371.
 Carranza, Coronel.— 224.
 Carrillo, Benigno.— 19.
 Carrillo, Camilo.— 354.
 Casanova, Domingo.— 77, 82.
 Casós, Fernando.— LVII, 325.
 Castañeda, Pedro.— 355.
 Castañón.— 15.
 Castelli, Juan José.— 1, 2, 12, 343.
 Castilla, Francisca Díez Canseco de.— 356.
 Castilla, Ramón.— XIII, XVI, XVII, XXVII, XXXII, XXXIII, XXXV-XXXVII, XLI, XLIII-XLVII, XLIX, LI, LII, LX, LXIV, 23, 42, 121, 124-128, 130, 131, 133, 134, 136-143, 145-153, 156-162, 164, 169, 171, 184, 189, 193, 195, 197, 199-202, 205-207, 209-212, 215-221, 223-225, 227-248, 251-255, 257-261, 264-272, 306, 307, 348, 352, 354-359, 363-369.
 Castillo, Fermín del.— XLV, XLIX, 125, 126, 234, 238, 365, 366, 370.
 Centeno, Anselmo.— 351.
 Cerdeña, Blas.— XXI, LXIX, 30, 35, 37, 348.
 Cerdeña, Capitán.— 324.
 Cerruti, F. E.— 368.
 Cisneros, Luciano B.— 373.
 Cisneros, Pedro XXXV, 223, 224, 356, 357, 370.
 Cisneros, Sres.— 107.
 Coloma, José Ildefonso.— 352.
 Colón, Cristóbal.— 180.
 "Comercio. (El)" (Periódico).— XIV, LXVI, LXVII, 363, 375.
 "Conciliador, El" (Periódico).— 41, 349.
 Concha, José Manuel.— XLI.
 Concha, Martín Gabino.— 86, 352.
 Contreras (Montano).— 120.
 Cora, Capitán.— 20.
 Córdova, Jorge.— 366.
 Cornejo Bouroncle, Jorge.— 351.
 Cornejo, Mariano P.— 285.
 Corzo, Juez.— 246, 366.
 Costas, Manuel.— LII, 212, 238, 267, 369.
 Cotes, Manuel María.— XLI.
 Cuba, Coronel.— 274.
 Charún, Mons. Agustín Guillermo.— XXXIX, 191.
 Chávez, Sr.— 269.
 Chevalier, Emilio.— 361.
 Chocano, Francisco.— 309, 310, 373.
 Chocano, Nicolás Jacinto.— 356.
 Dancuart, Emilio.— 359.
 Davis, William Colombus.— 368.
 Delgado, Dr.— 213.
 Delgado, Miguel.— 348.
 Dellepiane, Carlos.— 353.
 Derteano, Dionisio.— LIV.— 301, 311, 315, 319, 320, 322, 329, 330, 372.
 Deustua, Alejandro.— XLI, XLIII, XLIV, 43, 148, 164, 172, 210, 211, 223, 224, 348, 359.
 Deves, Fréres.— 372.
 Díaz Velez, Eustaquio.— 1, 12.
 Díez Canseco, Ernesto.— 371.
 Díez Canseco, Francisco.— 286, 287, 371.
 Díez Canseco, Pedro.— LXX, 251, 257, 258, 273, 274, 285, 286, 289, 301, 367, 369, 371, 372.
 Dreyfus, Augusto.— LIII, LIV, LIX, 297, 298, 299, 300, 307, 332, 371, 372, 373.
 Echenique, Hermenegilda Benavente de.— 1, 365.
 Echenique, José Martín.— 1, 343.
 Echenique, José Rufino.— XI-XVII, XIX-XXXIII, XXXV-XLIX, LI-LVII, LIX, LXIII, LXX, LXXI, 15, 101, 141, 167, 205, 247, 251, 344, 346-348, 350-353, 355, 357-363, 365-368, 370, 372-375.
 Echenique, Juan Martín.— LIV, LVII, 283, 291, 294-298, 310, 313, 331, 333, 334, 337, 371, 375.
 Echenique, Pedro.— 4.
 Echenique, Pío.— 280, 297, 310, 324, 310, 324, 325.
 Echenique, Ramón.— 5, 20, 60.
 Echenique, Rufino.— 324, 332.
 Echenique, Victoria Tristán de.— XXIX, 106, 366, 367.
 Egúsqiza, Manuel.— 104, 105.
 Eléspuru, Juan Bautista.— 248, 345.
 Elguera, Buenaventura.— 375.
 Elguera, Pablo.— XXXV, 143, 144.
 Elías, Domingo.— XIV, XVI, XXXII, XXXVI, XXXVII, XLI, XLIII, XLIV, 97, 104, 127, 131, 132, 134-136, 138, 142, 150, 151, 155-157, 159, 169, 178, 205-212, 220, 221, 228, 243, 251, 357, 359-361, 363, 364.
 Escobar, León.— 353.
 Escobedo, José Gregorio.— 35, 347, 348.
 Escudero, Bernardo.— 26.
 Espantoso, Sr.— 360.
 Espinosa, León.— LXVIII.
 Espinoza, Ricardo W.— 373.
 Esquilache, Príncipe.— 344.
 Estrada, Mateo.— 348.

- Fajardo, Andrés.— 349.
 Farroquet, Carlos.— 361.
 "Fenix" (Revista).— LXVIII, LXIX.
 Fernández, Ruperto.— 238, 239.
 Fernandini, Juan Pablo.— 353.
 Ferreyros, Manuel.— 282.
 Ferreyros, Manuel Bartolomé.— 271.
 Figuerola, Justo.— 121, 132, 355, 356, 357.
 Flores, Juan José.— 171, 347, 360.
 Forcelledo, Francisco.— 129, 370.
 Freyre, Nicolás.— 240, 247, 257, 371, 272, 370.
 Freyre, Sr.— 202.
 Frias, José María.— XXV, 59, 60, 61, 62, 63, 351.
 Frisnacho, Isidro.— 267, 369.
 Fuentes, Sargento Mayor.— 21.
 Gabancu, Tnte. Coronel.— 14.
 Gálvez, José.— LIII, 234, 242, 275, 276, 277, 278, 279, 282, 364, 365.
 Gálvez, Pedro.— 290.
 Gamarra, Agustín.— XVII, XX-XXV, XXVII, XXIX, XXX, XXXIII, LI, LX, LXV, 9, 10, 12, 23, 24, 26, 28, 29, 32, 33, 35, 41-44, 46-54, 56-58, 60, 64, 67, 71-73, 75, 78, 81, 89, 91, 93, 104, 105, 109-111, 113-117, 120, 155, 346-355.
 Gamarra, Andrés.— LXV.
 Gamarra, Francisca Zubiaga de.— XXIII, XXV, 51, 351.
 Gamio, Domingo.— 231, 238, 239, 240, 330, 375.
 García Salazar, Arturo.— 360.
 García, Aurelio.— 281, 282.
 García Rosell, César.— LXVII.
 García Calderón, Francisco.— 359, 371.
 García Urrutia, José.— 270.
 García, José Antonio.— 328.
 García, José Gregorio.— 372.
 García Díaz, José R.— LXX.
 García, Melchor T.— 373.
 Garmendia, Francisco.— 309.
 Gibbs, Casa.— 108, 196, 197, 207, 209, 362.
 Gil, S. A. (Librería e Imprenta).— LXVII.
 Gill, Thomas.— 108.
 Gómez Sánchez, Evaristo.— 270.
 Gómez Sánchez, José Luis.— 50, 126, 212, 355.
 González, Comandante.— 273.
 González de Prada, Francisco.— 256, 260, 367.
 González, Juan Antonio.— 43, 349.
 González Prada, Manuel.— 367.
 González, P. Evaristo.— XIII, 350.
 Goyeneche, José Manuel.— 2, 3, 343.
 Goyeneche, Srs.— 332.
 Graña, Sr.— 295, 330.
 Grau, Miguel.— 282, 374.
 Gual, O. F. M., Padre.— 367.
 Gual, Pedro.— 347.
 Guarda, Manuel de la.— 76, 89, 94, 95, 125, 126, 223, 355, 356.
 Guerra, Antonio de la.— 347.
 Guerrero, Julio C.— LXX.
 Guilarde, Eusebio.— 358.
 Guillén, José Gregorio.— XXVII, 75, 78.
 Guillén.— Mariano.— 43, 349.
 Guisse, Martín Jorge.— 347.
 Gutiérrez, Hermanos.— LIV-LVII, 305, 374.
 Gutiérrez, Marcellano.— 326, 374.
 Gutiérrez, Marcelino.— 374.
 Gutiérrez, Silvestre.— 323, 373, 374.
 Gutiérrez, Tomás.— 318, 320, 323, 325, 327, 374.
 Guzmán, Antonio Leocadio.— 167, 359.
 Hambro e Hijos, C. J.— 363.
 Haza, Antonio de la.— 245.
 Hegan, José.— 372.
 Heras, Bartolomé María.— 343, 344.
 Herceles, Justo.— 28, 119, 120, 355.
 Heredia, Cayetano.— 355.
 Herencia Zavallos, Mariano.— 241, 242, 326, 330, 375.
 Herrera, Mons. Bartolomé.— XL, 162, 173, 355, 360, 364, 366.
 Herrera, Capitán.— 43.
 Herrera Alarcón, Dante.— 348.
 Herrera, Gonzalo.— XL.
 Herrera, Rodrigo.— XL.
 Horsey, A. M. de.— 376.
 Iguain, José Félix.— XXXVI, 42, 158, 244, 348, 356.
 Ijorra, Manuel.— 361.
 Irogoyen, Manuel.— 367.
 Iturregui, Juan Manuel.— 212.
 Iturricha, Agustín.— 351.
 La Barrera, Luis.— XLIX.
 La Colera, Manuel G.— 376.
 La Fuente, Antonio Gutiérrez de.— XXVI, XL, LIII, LVI, 33, 42, 43, 67, 70, 75, 119, 120, 172, 211, 219, 232, 257, 260, 277, 278, 283, 284, 286, 321, 324, 333, 347, 348, 350, 351, 355, 359, 370, 371, 373, 375.
 La Mar, José de.— XX-XXII, XXVIII, 23, 26-33, 45, 346, 347, 349, 351.
 Lanao, Manuel.— 352.
 Lanza, Miguel.— 13.
 La Puente, Dr.— 255, 256.
 La Puerta, Luis.— XVII, LXIX.— 88, 141, 285, 286, 333, 353, 370, 375.
 Larenas, Manuel.— 87, 89, 93, 353.
 La Rosa, Teodoro.— 298.
 Larrañaga, Federico.— 239, 240, 248, 279, 280, 313, 366.
 Larrañaga, Pedro T.— 373.
 Larrea y Loredó, José.— 347.
 Larrea, Juan José.— 86.
 Larriba.— 166.
 La Serna, José de.— 345, 346.
 Lazo, Benito.— 119, 120, 355.
 Lazo, Francisco.— 190.

- Lastres, José María.— 125, 356.
 La Torre, Manuel.— 353.
 Lavallo, José Antonio de.— 149, 263.
 Leguía, Jorge Guillermo.— XL.
 Linares, José M. XLVIII, 236, 237, 239, 240, 242, 366.
 Lira, Juan Agustín.— 347.
 Loayza, José.— 373.
 Lopera, Manuel.— 89, 131, 233, 352, 353.
 Lopes, T.— 349.
 Lorente, Sebastián.— XLIV, 215, 364.
 Lostaunau, Sr. 107.
 Luna, Dr.— 286.
 Luna Pizarro, Fco. Javier.— XVII, LXX, 350.
 Malinowsky, Ernesto.— 361.
 Mar, Juan Manuel del.— XXXVII, 159, 160, 161, 358.
 Mariátegui, Francisco Javier, XXXVIII.
 Martínez, Andrés.— 355.
 Martínez, Tnte. Coronel.— 23.
 Masías, José.— XIII, 358.
 Medina, José Miguel.— 64, 65, 70, 85, 87-89, 93, 137-140, 366.
 Medinacelli, Carlos.— 346.
 Meiggs, Enrique.— 302, 323, 371, 372, 373.
 Méndez Núñez, Casto.— 275, 280, 370.
 Méndez, Coronel.— 111.
 Mendiburu, José de.— XL.
 Mendiburu, Manuel de.— XXXV, XL, XLIV, XLV, 82, 138, 142, 150, 215, 218, 264, 265, 343, 356, 357, 362, 368.
 Menéndez, Manuel.— XXXIII, 121, 138, 139, 140, 355, 357.
 Merino, Coronel.— 84, 85.
 Mier, Aquiles.— 197.
 Millán, Domingo.— 305, 373.
 Miller, Guillermo.— 15, 56, 57, 58, 59, 62, 63, 351.
 Mitre, Bartolomé.— 262, 264, 368.
 Mogrovejo, Sto. Toribio de.— 344.
 Moncayo, Pedro.— 194, 225.
 Montané, Casa.— 362.
 Montero, Esteban.— 373.
 Montero, Lizardo.— LVI, 231, 232, 280, 282, 285, 321, 323, 332.
 Montero, Luis.— 190.
 Morales Macedo, Carlos.— LXVIII.
 Morales, Manuel.— 367.
 Morán, Trinidad.— XLVI, 93, 94, 95, 98, 219, 220, 221, 352, 353, 364.
 More, Juan G.— 376.
 Moreno, E.— LXVII.
 Moreyra, Mariano.— 261, 266, 368, 369.
 Moya, Manuel.— 354.
 Moya, Capitán.— 41, 353.
 Muñecas, Ildefonso.— 343.
 Muñecas, Juan Manuel.— 3, 343.
 Muñoz, Capitán de Corbeta.— XLIX, 247.
 Murrieta y Cía.— 363.
 "Nacional (El)" (Periódico).— 374.
 Necochea, Mariano.— 50, 51, 63, 71, 72, 73, 78.
 Nestares (Montonero).— 349.
 Nieto, Domingo.— XXIX, 46, 49, 50, 109, 110, 111, 125, 126, 350, 354, 355, 356.
 Noel y Lastra, Juan.— 362, 364.
 Novo y Colson, Pedro de.— LII, 368.
 Novoa, Clérigo.— 209.
 Obando, José María.— 171.
 O'Higgins, Bernardo.— XXX, XLI.
 Olañeta, Antonio Pedro.— 10, 11, 12, 13, 14, 15, 345, 346.
 Olañeta, Casimiro.— 114, 167, 212.
 Olavegoya, Sr.— XLVI, 178, 219.
 O'Leary, D. Florencio.— 347.
 Orbegoso, Luis José de.— XXIV-XXVII, XXIX, XXX, XL, XLVI-XLVIII, LXVIII, 45-51, 59-67, 69-71, 75-78, 81-83, 87-95, 97-99, 101, 102, 107, 109-111, 347, 350-354.
 Orbegoso, Luis, José de.— LXVII.
 Orbegoso Pinillos, Manuel.— LXVI, LXVII.
 Orbegoso, Pedro J.— LXVI, LXVII.
 Orbegoso, Rosa Mercedes Riglos de.— LXVI.
 O'Reilly, Diego.— 345.
 Orihuela, Sr.— XXVII, 78.
 Osma, Joaquín José de.— XL, 360, 362, 368.
 Otero, Francisco de Paula.— LXIX, 7, 21, 63, 345, 346.
 Pacheco, Joaquín F.— 369.
 Pacheco, Toribio.— XVII, 254, 267, 369.
 Palma, Ricardo.— XLI.
 Pando, José María.— XVII, 66.
 Pardo, Felipe.— XXXII, 133, 159, 355, 358.
 Pardo y Barrera, José.— LXX.
 Pardo de Zela, Juan.— XXXVIII, 9, 129, 131.
 Pardo, Manuel.— LIV-LVII, 282, 283, 306, 307, 309-319, 321-323, 325-334, 336, 338, 339, 370, 373-376.
 Paredes, Mariano.— XLIII.
 Pareja, José Manuel.— LII, 266, 271, 275, 369.
 "Patria (La)" (Periódico).— 374.
 Paz Soldán, Carlos.— LXVI.
 Paz Soldán, José Gregorio.— 142, 147, 360, 361.
 Paz Soldán, Mariano Felipe.— LXV, LXVI, LXVII, 169, 344, 345.
 Paz Soldán, Pedro.— 375.
 Pazos, Juan Francisco.— 375.
 Peña y Santa Cruz, Sr.— XXIX, 107.
 "Peruano (El)" (Periódico).— 357.
 Pezet, Juan Antonio.— XVI, XLVII, LII, LXII, LXX, 121, 122, 211, 212, 223, 224, 243, 245, 246, 251, 257-261, 263-

- 266, 268, 271-274, 276-277, 281, 355, 366, 367, 369, 370.
- Pezuela, Joaquín de la.— 6, 343, 344.
- Picahua, Capitán.— 352.
- Picoaga, Julián.— 354.
- Piedra, José Manuel.— 107.
- Piérola, Nicolás de.— XXXVIII, LIII, LIV, LVII, 294, 296, 305, 308, 311, 313, 319, 320, 322, 324, 327-333, 337, 338, 371-376.
- Piérola, Sub-teniente.— 53.
- Pinillos, Sra. Boza de.— 97.
- Pinto, Sr.— 207.
- Pinzón, Luis H.— LII, 174, 261-264, 266, 271, 368.
- Porras, Coronel.— 95.
- Porras, Melitón.— 314, 317.
- "Porvenir" (Periódico de Cerro de Pasco).— 135.
- Postigo, Carlos María.— 347.
- Prado, Mariano Ignacio.— XVI, LIII, 272-274, 276, 282, 283, 285, 286, 306, 327, 332-336, 338, 353, 364, 369-371, 375, 376.
- Prudan, Manuel.— 305, 373.
- Pueras Castro, Néstor.— LXVIII, LXIX.
- Pumacahua, Mateo.— XIX, 4, 5, 343, 344.
- Quintana, Pedro de la.— 132, 210.
- Quiroz, Anselmo.— LXVI, 55, 141, 142, 150, 197, 353.
- Ramos, Clemente.— 38, 348.
- Raphael, Casa de.— LVII, LIX, 335, 375.
- Ratimmenton.— XLIII.
- Raulet, Cnel.— 347.
- Raygada José María.— XXXV, XXXVI, 357.
- "Redactor (El)" (Periódico).— 351.
- "Registro Oficial" (Periódico).— XXXIX, 164, 361, 362.
- Reyes, Oscar Efrén.— XX.
- Ribeyro, Juan Antonio.— 289, 371.
- Ríos, Capitán.— 36, 38.
- Riva Agüero, José de la.— XVII, LXV, 10, 63, 345.
- Riva Agüero y Loos, José de la.— 313, 334.
- Rivas, Miguel.— XLI, 40, 87-89, 99, 233-235, 248, 255, 354.
- Rivero, Francisco del.— 1, 2.
- Rodil, José Ramón.— 15, 346.
- Rodrigo, Nicolás.— 364.
- Rodríguez, Juan.— 360, 361.
- Rojas, Sr.— 5.
- Ros, Manuel.— 119.
- Roscos, Francisco.— 334.
- Rosel, Sr.— 116.
- Rosell, Felipe.— XXII, XXIII, XXVIII, 39, 40, 41, 42, 348.
- Ruden, Casa.— 178.
- Ruiz, Monseñor.— 191.
- Rumrill, Jorge.— 146, 201, 279.
- Sagarnaqa, Manuel.— 25.
- Salas, Juan José.— 352.
- Salaverry, Felipe Santiago.— XXVI, XXVII, XXVIII, LX, 44, 63, 69-71, 75, 78, 81-85, 87-89, 92, 93, 95-99, 348, 349, 352, 353.
- Salaverry, Juan.— 131, 216.
- Salazar y Mazaredo, Eusebio.— LII, 266, 267, 270, 369.
- Salazar y Baquijano, Manuel.— 32, 33, 81, 83, 150, 347, 350, 352.
- Salcedo, Coronel.— 111, 129, 130, 209.
- Salcedo, José María.— 281.
- Saldías, Manuel.— 111.
- Salmón, José Luis.— 365.
- San Cristóbal, Evaristo.— XIII, XXXIX, LXVII.
- San Martín, José de.— XVII, 7, 9, 110, 203, 343, 344, 345, 355.
- San Román, Miguel.— XXXV-XXXVII, XLV, LI, LII, LXI, 17, 32, 33, 139, 140, 142, 148-151, 153, 155, 156, 158, 160, 165, 166, 217, 220, 223, 249, 251-253, 258, 356, 358, 359, 367.
- Santa Cruz, Andrés de.— XXIV, XXV, XXVII-XXXI, XXXIII, LX, LXVIII, 10-12, 49, 50, 60, 89-91, 93-95, 97-99, 101-104, 107, 109, 112-114, 117, 136, 170, 202, 345, 348, 350-354, 363.
- Santa Cruz, Francisca Cernadas.— 351.
- Santa Cruz, Oscar de.— LXVIII.
- Santa María, Manuel.— LVII, 300, 306, 309, 310, 315, 320, 322, 325.
- Santisteban, Sr.— 332.
- Sanz, Toribio.— 295, 371.
- Schutz, Cosme.— 361.
- Segura, General.— 285.
- Secane, Guillermo A.— 373.
- Sierra, Mariano.— LXIX, 64, 65, 67.
- Silva, Faustino.— 373.
- "Sociedad (La)" (Periódico).— 373.
- Solar, Coronel.— 98.
- Solar, Gregorio.— 354.
- Sorequi, 346.
- Stiglich, Germán.— 361.
- Suarez, Gral.— XLVII, 223.
- Sucre Antonio José de.— XX, XXI, 12, 15, 23, 25, 26, 28, 29, 30, 171, 346, 347.
- Tafur, Tnte.— 41, 166.
- Tauro, Alberto.— XXXVI.
- Távora, Santiago.— XVII, XX, XXIII, XXIV, 348, 350, 360.
- Tejeda, José Simeón.— 267, 369, 373.
- "Tiempo (El)".— 371.
- Tirado, José Manuel.— XXXIX, XL, 361.
- Tizón, H. G.— XLIX.
- Toledo, Virrey.— 344.
- Torre, Pedro Antonio de la.— 350, 355.
- Torre Tagle, José B.— XLI.
- Torrico, Juan Cristóbal.— XXXIX, XLI, XLIII, LI, 119, 129, 156, 207, 211, 212, 356, 358-360, 363, 364.
- Tristán, Domingo.— 1, 2, 3, 9, 343, 345, 346.
- Tristán, Florentino.— 244.

- Tristán, Pedro.— 197.
 Tristán, Pío.— XXVIII, XXIX, 2, 91, 107, 108.
 Tucker, John.— LIII, 282, 283, 370, 373.
 Turbay, Gabriel.— XXXVIII.
 Ugarte, César Antonio.— 362.
 Ugarte, Juan M.— 372.
 Ugarteche, Juan Antonio.— XXIV, LXII, 38-40, 49, 58, 60, 62, 66, 286, 355.
 Ugarteche, Pedro.— XIII, XXXIX.
 Ulloa Cisneros, Alberto.— LVI.
 Ureta, Manuel Toribio.— XXXVII, XLIX, LIII, LV, LVII, 202, 238, 306, 307, 309-312, 314-317, 365, 371, 373.
 Ureta, Tnte.— 66.
 Urdaneta, Rafael.— XX.
 Valcázar, José.— 352.
 Valdeavellano, Benito.— 296, 297, 372.
 Val de Hoyos, Marqués de.— 3, 343.
 Valdéz, Jerónimo.— 10, 11, 12, 345, 346.
 Valdivia, Deán Juan Gualberto.— XVII, XLIII, XLV, LXVIII, 350, 353, 359, 364, 365.
 Valdivia, Manuel.— 354.
 Valle Riestra, Francisco.— 83, 352.
 Valle Riestra, Ramón.— 146, 368.
 Varela, Héctor.— LVI.
 Varela y Orbeago, Luis.— LXVII, 352.
 Varese, Establecimientos Gráficos.— LXVIII.
 Vargas, Nemesio.— 347, 351.
 Velasco, José Miguel de.— 212.
 Verástegui, Julián.— 125, 356.
 Vial Espantoso, XXXVIII.
 Vicuña Mackenna, Benjamín.— XXX, 369.
 Vidal, Francisco de.— XXXI, LI, LXVIII, LXIX, 29, 119, 120, 121, 222, 349, 353, 355.
 Vigil, Francisco de Paula Gonzales.— XXIV, 44, 349.
 Vigil, General.— 211.
 Villa, José.— 350.
 Vivanco, Manuel Ignacio de.— XIV, XVII, XXXI-XXXIII, XXXVII, XXXVIII, XLIII, XLVIII, LI, LII, LXI, LXII, LXIX, 52, 117, 120-123, 125-128, 130, 133, 134, 137, 138, 143, 146, 147, 155, 156, 158-161, 163-166, 205, 208, 211, 220, 221, 227, 231-234, 238, 239, 256, 269, 292, 354-356, 359, 364, 365, 369.
 Vivanco, Reynaldo de.— LXIX.
 Vivas (Montonero).— 353.
 Vivero, Pablo de.— 375.
 Wilson, Bedford.— 114.
 Zapata, Sr.— 309.
 Zarándegui, Julián.— 267, 369.
 Zárate, Manuel Antonio.— 270.
 Zavala, Ildefonso.— 82, 84, 85, 86, 87, 88, 91, 93, 352.
 Zagarra, José María.— 356.
 Zubiaga, Coronel.— 48, 350.
 Zúñiga, Justiniano de.— LVI, LVII.
 "Zurriago", El" (Periódico).— 150.

INDICE DE NOMBRES GEOGRAFICOS

- Abtao, 275, 370.
 Agua Santa.— 119, 355.
 Alto del Conde.— 220, 364.
 Alto Perú (Véase Bolivia).
 Amancas, Pampa de.— 180.
 Amazonas, Hoya del.— 309, 330.
 Amazonas, Provincia de.— 44, 181, 182, 183, 348, 349.
 América.— XXVII, 115, 174, 345, 365.
 América del Sur.— LIX.
 Ancash.— 113, 181, 354.
 Ancón.— 51, 109, 299, 354.
 Andahuaylas, Provincia de.— 181.
 Andaimayo, Hacienda.— 107.
 Anta, Laguna de.— 181.
 Antofagasta.— 340, 376.
 Apurímac.— 131, 356.
 Apurímac, Río.— 181.
 Arequipa.— XVII, XXXI, XXXII, XXXVI, XXXVII, XLIV, XLV, XLVI, LXIX, 2, 3, 5, 10, 26, 27, 50, 76, 81, 84, 89, 90, 93, 98, 99, 114, 117, 120, 124, 125, 128, 130, 131, 133, 134, 152, 153, 155, 156, 161, 163, 164, 165, 166, 171, 174, 179, 208, 211, 212, 220, 221, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 251, 252, 253, 257, 272, 274, 284, 285, 286, 289, 301, 302, 309, 330, 332, 339, 343, 344, 345, 348, 350, 352, 353, 354, 355, 358, 359, 364, 365, 366, 369, 371, 372, 375.
 Arequipa, Departamento de.— 180.
 Argentina, República.— 343, 368.
 Arica.— 10, 179, 231, 252, 302, 345, 356, 372, 376.
 Ascope.— 302; 372, 373.
 Asia.— 362.
 Asnapuquio.— 109, 354.
 Ate, Valle de.— 221.
 Atlántico, Océano.— 22, 182.
 Ayacucho.— XXIV, XXXVI, 12, 15, 16, 19, 20, 25, 26, 35, 36, 38, 40, 42, 43, 44, 59, 60, 71, 77, 84, 85, 87, 88, 94, 95, 121, 122, 128, 130, 137, 150, 166, 181, 213, 215, 276, 305, 344, 346, 348, 349, 352, 354, 364, 369.
 Ayaviri.— 181.
 Ayohuma.— 5, 344.
 Azángaro, Pueblo de.— 37, 90, 181.
 Azapa.— 10, 345.
 Balconcillo, Hacienda.— 10, 114, 345.
 Balsas.— 181.
 Batán Grande (Hacienda).— 35.
 Bélgica.— 170.
 Bellavista.— 139, 146.
 Berlín.— LXX.
 Bogotá.— 360.
 Bolivia.— XIII, XX, XXVII, XXX, XXXIX, XLII, XLIII, XLIX, LVII, LXVI, 1, 2, 10, 11, 12, 15, 19, 23, 24, 25, 26, 28, 31, 36, 49, 71, 88, 89, 90, 95, 114, 147, 148, 167, 171, 173, 202, 206, 207, 208, 209, 211, 212, 213, 236, 237, 240, 242, 325, 332, 339, 340, 343, 346, 351, 352, 354, 356, 358, 363, 364, 366, 375-376.
 Borja.— (Ver Santiago de Borja).— 181.
 Brasil.— 171, 182, 183, 368.
 Brest.— 281.
 Buenos Aires.— LVI, LXVI, LXX, 1, 2, 10, 167, 262, 264, 343, 368.
 Cabezas, Chacra de las (Ver: Victoria, Chacra de la).—
 Cacas.— 351.
 Caiguasi.— 25.
 Cajamarca.— XLIV, 35, 212, 349, 373.
 Calca.— 4.
 Callao.— XXIV, XLIV, XLVIII, XLIX, LXIII, 5, 6, 10, 12, 14, 15, 27, 44, 48, 50, 51, 59, 71, 110, 134, 137, 141, 146, 172, 179, 180, 183, 191, 196, 210, 212, 222, 230, 232, 233, 243, 244, 245, 246, 252, 261, 274, 276, 277, 278, 283, 286, 295, 296, 305, 308, 326, 330, 332, 338, 346, 348, 350, 351, 352, 353, 360, 365, 366, 369, 370, 371, 374, 375, 376.

- Canipaco.— 352.
 Canta.— XLVI, 54, 56, 57.
 Canta, Quebrada de.— LX, 52, 134, 292, 352.
 Cañete.— 9, 111.
 Carabaya.— 4, 90, 344.
 Carabayillo.— 348.
 Caracas.— 359.
 Caracato.— 238, 240.
 Caraz.— 181.
 Carhuas.— 181.
 Carmen Alto.— XXXIII, 134, 135, 355.
 Cartagena.— 192.
 Casapalca.— XLVI, 219.
 Casma.— 181, 183, 364.
 Castrovirreyna, Provincia.— 345.
 Cerdeña.— 170.
 Cerro de Pasco.— XXIX, XXXIII, XLVI, 54, 55, 56, 57, 107, 128, 129, 134, 135, 136, 138, 220, 345.
 Cieneguilla, Valle de.— 221.
 Cobiya.— 207, 236, 238, 242.
 Conaica.— 216.
 Cochabamba.— XIX, 2, 12.
 Colombia.— XX, XXIII, XXXVIII, XLIII, 23, 26, 27, 28, 29, 31, 40, 169, 171, 173, 199, 346, 347, 359, 360, 363.
 Comas, Montañas de.— 129, 357.
 Combapata, Río.— 181.
 Concepción.— 60, 65, 129, 130.
 Conchucos, Provincia de.— 107.
 Congata.— 180.
 Copacabana.— 354.
 Córdoba (Argentina).— 343.
 Coronel, Puerto de.— XLIX, 243.
 Costa Rica.— 33, 347, 351.
 Crucero.— 5, 90, 344.
 Cuenca.— XX.
 Cuevillas.— 355.
 Cuiva, Hacienda.— XLI.
 Cuzco.— XIII, XXIV, XXVI, XXVII, 4, 10, 15, 20, 23, 35, 36, 43, 53, 57, 67, 71, 72, 73, 74, 77, 78, 82, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 126, 128, 130, 131, 182, 212, 213, 217, 241, 242, 302, 309, 310, 343, 344, 347, 348, 350, 351, 352, 353, 354, 358, 373.
 Cuzco, Departamento del.— 180.
 Chacapalca.— XLV, 218.
 Chacacayo.— 132, 219.
 Chachapoyas.— 181, 191, 349.
 Chahuanka.— 180.
 Chancay.— 51, 52, 120, 330, 333, 349, 368.
 Chancay, Provincia de.— 50, 330.
 Chanchamayo.— XX, 19, 21, 74, 75, 147, 181, 346.
 Chanchamayo, Río.— 21.
 Chaulluma.— 181.
 Chiclayo.— XLIV, 285, 289, 290.
 Chila.— 369.
 Chile.— XI, XII, XXX, XXXVIII, XLIX, LV, LIX, LXX, 29, 102, 108, 109, 115, 144, 172, 184, 196, 198, 199, 232, 236, 237, 242, 247, 275, 320, 321, 323, 330, 333, 336, 338, 339, 354, 355, 356, 375, 376.
 Chillón, Valle del.— 354.
 Chimba, La.— 13.
 Chimbote.— 302, 303, 372.
 Chíncha.— 9, 266, 273, 369.
 Chíncha, Islas de.— XLVIII, LII, 197, 229, 264, 368.
 Chincheros.— 128, 356.
 Chiquián.— 181.
 Chira, Río.— 361.
 Chocope.— 373.
 Chongos.— XLV, 216.
 Chongoyape, Río.— 361.
 Chorrillos.— 245, 257, 263, 273, 367, 376.
 Chupaca.— XLV, 216.
 Chuquibamba.— 164, 190.
 Chuquisaca.— 25, 26, 346.
 Daule.— XX.
 Desaguadero, Río.— 2, 343, 346, 348, 353.
 Ecuador.— XXXVIII, XLIII, 166, 171, 172, 194, 199, 225, 358, 360, 363.
 España.— XX, LII, LXI, 14, 24, 173, 188, 261, 266, 269, 273, 275, 280, 281, 283, 294, 357, 359, 360, 362, 364, 368, 369, 370.
 Estados Unidos de América.— 146, 169, 171, 174, 183, 185, 201, 247, 281, 282, 369.
 Esteves, Isla de.— XIX, 13, 305, 345.
 Europa.— XL, XLVIII, 174, 179, 180, 184, 189, 190, 191, 193, 197, 199, 202, 207, 209, 211, 225, 226, 247, 257, 261, 276, 281, 294, 295, 296, 297, 298, 302, 331, 333, 334, 337, 361, 362, 371, 375.
 Falsouri.— 13, 345.
 Filipinas, Islas.— 370.
 Francia.— XLIII, 170, 334, 357, 362.
 Georgia, Estado de.— 368.
 Gonzanama.— 347.
 Gran Bretaña.— 360.
 Guacul.— 2, 343.
 Guayaquil.— XX, 22, 27, 28, 31, 32, 32, 33, 108, 172, 347, 354.
 Guía, Portada de.— XXIX, 111, 354.
 Hornos, Cabo de.— 370.
 Huaca Juliana.— 222.
 Huacho.— 51, 349.
 Huailacuyo.— XXV, XXIX, 67, 71.
 Huailabamba, Río.— 181.
 Huapacha, Puente de.— XLVI, 58.
 Huatichico.— 62.
 Hualgayoc.— 181.
 Huamachuco.— 181.
 Huamanga (Véase Ayacucho).—
 Huancavelica.— XLV, 61, 62, 63, 84, 129, 130, 179, 216, 309.
 Huancayo.— 35, 36, 65, 83, 139, 170, 216, 355.

- Huanchaco (Caleta).— 362.
 Huando.— 216.
 Huangascar.— 345.
 Huanta.— 44, 181, 344.
 Huánuco.— 35.
 Huarás.— 35, 129, 131, 181, 212, 302, 372, 373.
 Huari.— 181.
 Huarihuari, Río.— 344.
 Huaripampa.— 217.
 Huarmey.— 51.
 Hucura.— 101, 102, 354.
 Huayati.— 180.
 Huaylacucho.— 351.
 Huayllay.— 346.
 Ica.— XLIV, 9, 19, 83, 95, 96, 97, 179, 210, 343, 344, 345, 357.
 Ilo.— 10, 302, 375.
 Ilpa.— 181.
 Incachue (Ver Ingavi).—
 Infantas (Hacienda).— 109, 354.
 Ingavi.— 117, 355.
 Inglaterra.— XLII, LXVII, 108, 114, 146, 170, 194, 196, 197, 200, 281.
 Iquicha.— XX, 9, 16, 346.
 Iquique.— 317, 376.
 Iscuchaca.— XLV, 61, 129, 130, 216, 130, 216, 364.
 Islay.— 26, 27, 114, 220, 234, 244, 252, 274, 285, 354.
 Italia.— XL.
 Jauja.— XLIV, XLV, 7, 35, 38, 43, 58, 59, 64, 67, 69, 70, 81, 83, 85, 87, 91, 121, 122, 133, 134, 137, 139, 215, 216, 218, 220, 344, 351, 352, 357.
 Jauja, Provincia de.— 3, 58, 95, 128, 129.
 Jauja, Valle de.— 35, 59.
 Jirón, Puerto de.— 347.
 Junín.— 57, 129, 134, 135, 136, 166, 276, 351.
 Junín, Departamento de.— 20, 35, 98.
 Laja.— 11.
 Lambayeque, Ciudad de.— 181.
 La Molina, Hacienda.— 221.
 Lampa.— 24, 36, 181, 352, 353.
 La Palma, Hacienda de.— XLVII, 215, 224, 243, 365, 366.
 La Paz.— XIX, LXVIII, 1, 2, 3, 9, 10, 11, 25, 207, 238, 240, 241, 343, 344, 345, 353, 356, 363.
 La Serena.— 243, 248.
 Las Palmas (Ex-Hacienda, Actual Base Aérea).— 365.
 Libertad, Departamento de La.— 179, 181, 182.
 Lima.— XIII, XIV, XVI, XXV, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXVII, XXXIX, XL, XLI, XLII, XLIII, XLV, XLVI, XLVII, XLIX, LI, LVI, LXV, LXVII, LXVIII, LXIX, LXX, 3, 5, 6, 7, 10, 14, 15, 27, 32, 33, 35, 36, 38, 39, 50, 51, 52, 54, 57, 59, 61, 65, 73, 81, 95, 98, 101, 102, 104, 110, 111, 113, 117, 119, 121, 122, 124, 126, 127, 128, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 138, 139, 141, 150, 153, 155, 158, 161, 164, 172, 179, 180, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 217, 219, 220, 221, 222, 223, 225, 229, 232, 233, 238, 243, 246, 247, 251, 252, 255, 260, 261, 262, 263, 273, 277, 279, 280, 282, 284, 285, 287, 289, 290, 291, 292, 302, 306, 309, 310, 330, 331, 336, 338, 339, 343, 344, 345, 346, 349, 350, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376.
 Lima, Departamento.— 345.
 Lobos, Islas de.— 174, 194, 360.
 Loja.— XX, 28.
 Lolanta, Laguna de.— 181.
 Londres.— 334, 360, 362.
 Luribai.— 238.
 Luricocha.— 181.
 Lurín.— XXXI, 9, 113, 115, 121, 221, 273, 345, 369.
 Lurín, Río.— 180.
 Macacona, Hacienda.— 9, 14, 343, 345, 346.
 Macedonia.— XXVII.
 Machala.— XX.
 Madrid.— XLI, LII, 173, 190, 261, 360, 368, 369.
 Magallanes, Estrechos de.— 281.
 Malabrigo (Puerto).— 372.
 Maquinhucayo.— XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXXII, 67, 68, 69, 71, 72, 73, 75, 79, 92, 93, 111, 129, 351.
 Matalechuza, Hacienda.— LXIX.
 Matará.— 364, 365.
 Matucana.— XLVI, 205.
 Maynas.— 191.
 Mejía (Bañero).— 372.
 Miraflores.— XLVII, LXIX, 222, 365, 376.
 Mocotorillo.— 25.
 Moche, Garita de.— 349.
 Mojos.— 14.
 Mollendo.— 5, 289, 302, 371.
 Montalván, Hacienda de.— XXX, XLI.
 Moquegua.— 10, 11, 14, 125, 126, 127, 180, 191, 220, 221, 236, 239, 240, 241, 302, 332, 337, 346, 356, 367, 376.
 Morococha.— XLVI, 219.
 Monterrico (Hacienda).— 103, 104, 139, 221.
 Moyobamba.— 181.
 Naigual.— 180.
 Naranjal, Hacienda.— 354.
 Nazca.— 104.
 Nueva Granada.— (Véase Colombia)

- Nueva York.— XIV, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XL, XLII, XLIII, XLIV, XLVI, XLVII, XLVIII, LX, 174, 227, 346, 360, 362, 365.
- Oroya, La.— XLV, 139, 218, 219, 302, 372.
- Oruro.— 10, 11, 25, 236.
- Pacajes.— 1.
- Pacasmayo.— 375.
- Pacífico, Océano.— LII, 366, 369, 372.
- Pacocha.— 376.
- Pachachaca.— XLV, 219.
- Pachacaya.— 180.
- Pachia.— 10.
- Paján.— 373.
- Países Bajos.— 334, 335.
- Paita.— 179, 347, 363.
- Palcabamba (Hacienda).— 4, 344.
- Pampas.— XLV, 216.
- Pampas, Río.— 181.
- Panamá.— 230, 261, 266, 270, 366, 368.
- Paracas, Bahía.— 344.
- París.— XXXII, 331, 332, 333, 334, 335.
- Pasco, (Ver Cerro de Pasco).—
- Paucarpata.— 109, 354.
- Paucartambo.— 74.
- Perú.— XI, XII, XIII, XIV, XVI, XX, XXII, XXIV, XXVII, XXIX, XXX, XXXI, XXXIII, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XLI, XLII, XLVII, XLVIII, LI, LIX, LX, LXV, LXVI, LXVIII, LXX, 3, 10, 12, 14, 22, 27, 31, 68, 102, 115, 148, 150, 160, 170, 171, 172, 173, 182, 194, 197, 199, 202, 207, 211, 213, 229, 230, 233, 234, 236, 237, 238, 241, 243, 244, 249, 252, 262, 263, 299, 322, 326, 331, 332, 334, 335, 336, 337, 339, 340, 343, 344, 345, 346, 347, 351, 353, 354, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 368, 369, 374.
- Petropodski.— 247.
- Phara.— 4, 344.
- Piaca.— 180.
- Piquiza.— 23, 274, 346, 348.
- Pisac.— 181.
- Pisco.— 104, 244, 352.
- Pisco, Río.— 179.
- Pisco, Valle de.— 355.
- Plura.— 32, 35, 177, 209, 211, 232, 347, 348, 351.
- Plura, Provincia de.— 361.
- Plata, Provincias del Río de la.— 343.
- Portada, Hacienda Mineral de la.— 241.
- Portezuelo.— 221.
- Portugal.— 170.
- Potosí.— 207.
- Pozuzo.— 375.
- Prusia.— 281.
- Puente de Piedra (Pueblo).— 354.
- Puerto de Coronel.— XLIX, 243.
- Pultunchara, Cerro de.— 44, 349.
- Pumausco, Cerro de.— 181.
- Puno.— XXXVIII, 1, 3, 5, 10, 13, 14, 15, 24, 89, 93, 94, 125, 131, 148, 155, 160, 179, 181, 190, 191, 211, 212, 236, 237, 238, 239, 241, 242, 249, 251, 344, 345, 352, 353, 354, 372.
- Puno, Departamento de.— 24, 36, 181, 344.
- Quequeña.— 364.
- Quilcay.— 181.
- Quillota.— 352.
- Quito.— LXVII, LXVIII.
- Retes, Hacienda.— 345.
- Rimac, Río.— 178, 303.
- "Roca Negra".— 364.
- Roma.— XL, 173.
- Rusia.— 247.
- Sachaca.— 164.
- Salaverry (Puerto de).— 302, 349, 372, 373.
- San Antonio.— XXXII, LX, 356.
- San Borja (Hacienda).— 222, 273.
- San Damián.— 221.
- Sandia, Provincia de.— 344.
- San Javier de la Nazca, Hacienda.— 103.
- San José de la Nazca, Hacienda.— 103.
- San Juan (Hacienda).— 222, 273, 376.
- San Lorenzo, Isla de.— 245, 276, 370.
- San Mateo.— XLVI, 216, 219.
- San Pedro, Hacienda.— 104, 139.
- San Pedro de Mama.— 221.
- Santa, Río.— 179, 181.
- Santa Ana.— 74.
- Santa Clara, Hacienda.— 139.
- Santa Elena.— XX.
- Santiago de Borja.— 181.
- Santiago de Chile.— XXXVIII, 231, 354, 369.
- Saraguro.— XX, 28, 347.
- Sepolteral.— 11.
- Sicuani.— 101, 354.
- Sobero, Puente de.— 59.
- Socabaya.— LXVIII, 91, 99, 353.
- Sollacota.— 90.
- Sucre (Ciudad).— 358.
- Suipacha.— 343.
- Suitucanchar, Hacienda.— 3.
- Surite.— 86.
- Surquillo, Olivar de.— 222, 223.
- Tablada de Lurín.— 221.
- Tacna.— 10, 11, 125, 126, 147, 148, 178, 179, 211, 213, 236, 239, 240, 241, 252, 259, 260, 302, 309, 356, 372.
- Taimi, Río.— 181, 361.
- Talambo (Hacienda).— 368.
- Talcahuano.— 248.
- Tambo, Valle de.— 372.
- Tambo Inga, Hacienda.— 354.

Tarapacá.— 339.
 Tarapaya.— 346
 Tarayoc.— 348.
 Tarma.— XLVI, 21, 22, 51, 56, 57,
 58, 70, 71, 72, 134, 136, 137, 139,
 345.
 Tarqui (Pueblo).— XXI, 347.
 Tarqui, Portete de.— XX, XXI, XXII,
 29, 32, 33, 347.
 Titicaca, Lago.— 179, 345.
 Torata.— 10, 14, 345, 346.
 Trapiche, Hacienda del.— 221.
 Trujillo.— XXXIX, 44, 181, 182, 209,
 210, 212, 233, 372.
 Tumbes.— 89, 208, 210.
 Tumbes, Río.— 178.
 Tumusia.— 346.
 Ucayali (Río).— 191.
 Uchusuma, Canal de.— 178, 361.
 Umachiri.— 5, 344.
 Urcos.— 180.
 Valdivia.— 29.
 Valparaíso.— XIV, XL, XLII, XLIV,

XLVIII, XLIX, LVI, LVII, 229, 230,
 231, 233, 234, 242, 243, 248, 275,
 276, 281, 282, 370.
 Venezuela.— 167, 199, 359, 363.
 Viacha.— 11.
 Victoria, Chacra de La.— 144, 328,
 358.
 Vilcapugio.— 344.
 Vilque.— 89, 90, 353.
 Viluma (Véase Wiluma).
 Viñac.— 7, 83, 345.
 Vitarte, Río.— 179.
 Vitor.— 180.
 Wiluma.— 5.
 Yacango.— 337, 376.
 Yamparacuz.— 358.
 Yanacocha.— LXVIII, 93, 353.
 Yauca.— 20.
 Yauli.— XLVI, 219.
 Yauyos.— 7, 83, 345.
 Yumina.— 365.
 Yungay.— 354.
 Zepita.— LXVIII, 11, 345.

INDICE GENERAL

	Pág.
PROLOGO, por Jorge Basadre	IX
APENDICE AL PROLOGO, por Jorge Basadre	LXV
PROEMIO, por José Rufino Echenique	LXXI
CAPITULO I Familia e infancia	1
" II En las Guerras de la Independencia y en la Campaña de Iquicha	9
" III Reconocimiento de las Selvas del Chanchamayo e invasión de Bolivia	19
" IV Guerra con Colombia y deposición del Presidente La Mar	27
" V Primer Gobierno de Gamarra	35
" VI Elección de Orbegoso y guerra civil de 1834 ...	45
" VII Gobierno de Orbegoso	69
" VIII Revoluciones de Salaverry y Gamarra	81
" IX Intervención de Santa Cruz.— Batalla de Socabaya	91
" X La Confederación Perú-Boliviana.— Echenique, agricultor.— Su matrimonio.— La Restauración	101
" XI La Anarquía de 1842.— El Directorio.— La revolución Constitucionalista.— La "Semana Magna" ...	119
" XII Primer gobierno de Castilla.— Echenique consejero de Estado y ministro de Guerra y Marina	141
" XIII La campaña electoral de 1851.— El motín de Arequipa	155
" XIV Obra de gobierno del presidente Echenique.— Administración interior.— Comercio.— Relaciones Exteriores	167
" XV Obras públicas.— Inmigración.— Estadística.	177
" XVI Justicia.— Educación.— Negocios Eclesiásticos.— Guerra y Marina	187
" XVII Hacienda pública	195
" XVIII Antecedentes e iniciación de la revolución contra el Gobierno de Echenique	205

CAPITULO XIX	La Campaña revolucionaria.— La batalla de La Palma	215
" XX	La revolución de Vivanco	227
" XXI	Echenique conspirador, preso político y expatriado.	235
" XXII	Echenique de regreso al Perú.— Presidencia y fallecimiento de San Román.— Primeros días del gobierno Pezet	251
" XXIII	El Conflicto con España	261
" XXIV	La revolución de 1865.— La guerra con España.— La dictadura y la revolución de 1867	273
" XXV	Gobierno de Balta	289
" XXVI	Las candidaturas presidenciales de 1871 y 1872.— La rebelión de los Gutiérrez	305
" XXVII	Los gobiernos de Manuel Pardo y de Mariano Ignacio Prado.	327
NOTAS		343
	Indice de nombres de personas y periódicos	379
	Indice de nombres geográficos	385
	Indice general	391
	Lista de suscritores de la "Biblioteca de la República"	393

LISTA DE LOS SUSCRITORES DE LA "BIBLIOTECA DE LA REPUBLICA"

A

Adrianzén, Luis
Alarco, Engenio
Alvaríño M., José
Alzamora T., Carlos
Andrade Goycochea, Gonzalo
Aramburú Raygada, Enrique

B

Babilón, Luis
Bagú, Sergio
Balarezo B., Román
Bambarén, Carlos
Barreda Laos, Carlos
Barreda Laos, Ricardo
Barriga, Rev. P. Víctor
Bayly Gallagher, Jaime
Bedoya D., Augusto
Belaúnde Guinassi, Manuel
Bentín Mujica, Pedro
Benvenuto M. Pedro
Berckemeyer, Fernando
Berrocal Falconí, Virgilio
Bianchini, Gino
Biblioteca de la Unión Panamericana
Biblioteca del Banco Central de Reserva del Perú

C

Carbajal Newell, Carlos
Cassinelli, José Luis
Castañón Pasquel, José
Castro, Roberto
Castro Harrison, Jorge
Castro Moreno, Luis
Cillóniz E., Miguel

Cisneros, Alfonso
 Cisneros, Luis Fernán
 Cisneros, Manuel
 Colegio Leoncio Prado
 Cornejo B., Eduardo F.
 Correa Elías, Javier
 Cueto Fernandini, Carlos

D

Dammert León, Augusto
 Delgado Gutiérrez, Ernesto
 Delgado Ottenheim, Enrique
 Denegri Luna, Augusto
 Denegri Luna, Guillermo
 Denegri Luna, Roberto
 Durand Flores, Luis

E

Echecopar García, Luis
 Equiguren E., Luis A.
 Encinas, J. A.
 Espejo, Luis D.
 Espinosa Bravo, Clodoaldo
 Espinosa Palacios, Alfonso

F

Fernández Dávila, Humberto
 Fernández Prada, Carlos
 Ferrero, Raúl

G

Gago G., Luis
 Gálvez, Luis Felipe
 Gambetta, Néstor
 García Rada, Gastón
 García Ribeyro, Héctor
 Garland, Eduardo
 Garrido Lecca Frías, Max
 Gavilán Delgadillo, Narciso
 Gerbolini, Juan Flavio
 Giurato, Toto
 Gonzáles Loli, Carlos
 Graña Garland, Antonio
 Grau Astete, Oscar
 Griffiths Escardó, Guillermo

H

Habich, Eduardo de
 Harth-Terré, E.
 Hernández, José Alfredo
 Hooper López, René

- I Ibarra Samanez, Teófilo
- L León P., Luis
López Raygada, Jaime
- M Martínez, Miguel A.
Maticorena E., Enrique
Maúrtua, Félix Manuel
Mejía L., Luis F.
Menchaca Montero, Carlos de
Miró Quesada Sosa, Aurelio
Miró Quesada Sosa, José Antonio
Monteverde Rosas, Lucila
Moravsky, Bernardo
Morelli Pando, Augusto
Moreno Mendiguren, Alfredo
Moreyra Paz Soldán, Carlos
Moreyra Paz Soldán, Manuel
Mould y Távara, Federico
Mould y Távara, Santiago
Mujica Alvarez Calderón, Elías
Mujica Alvarez Calderón, Pedro
Mujica Gallo, Manuel
Muro Saénz, José A.
Museo Antropológico
- N Navarro L., Félix
Neuhaus Rizo Patrón, Carlos
Nieto Vélez, Armando
- O Olazábal, Bernardino
- P Pajuelo, María Marta
Pando Egúsquiza, César A.
Pardo del Alcázar, Enrique
Picasso Perata, Guillermo
Pizarro, Gonzalo
Puertas, Néstor
- Q Quesada, Alberto
- R Rávago Bustamante, Enrique de
Recavarren, Jorge Luis
Residencia San Antonio de Padua

Reverditto, Américo
Rey Elmore, Jacobo
Risi Ferreyros, Adelmo
Rivero, Gustavo
Romero Rosas, Emilio

S

Sabogal, Alberto
Sánchez Aizcorbe, Rafael
Sarda, Mario
Sarmiento, Alfredo
Schwab, Federico
Serkovic Vidal, Jorge
Sotelo Morán, Joaquín
Sousa Almandóez, Ernesto
Stewart, Watt

T

Thorndike, L. P.
Trelles, Oscar J.
Tudela y Varela, Francisco

U

Ugarteche, Pedro
Ulloa Elías, Manuel
Universidad Católica del Perú
Universidad de California
Universidad de Princeton

V

Vega, Eduardo Manuel
Velaochaga, Guillermo
Velarde, Carlos
Velazco Aragón, Luis
Vélez Picasso, José M.
Vidal, Carlos A.
Villanueva Meyer, Guillermo
Voyses, Tito

BIBLIOTECA
DINILMAR

985.05316 v. II as.

Clas.

Cat.

No. Ing.

Fecha

02092

13m78

MARINA DE GUINEA DEL NORT

Sistema de Clasificación

Clas. 985.05/R4-11/1952

Nº Inv.

Fecha

Libro

4000

Este libro de la Editorial Huascarán,
se acabó de imprimir el día 10 de
Enero de 1952, en los Talleres
Gráficos P. L. Villanueva, S. A.,
Jirón Lampa 277, y la edi-
ción estuvo al cuidado de
Félix Denegri Luna.

